

Selección RNR

SANDRA HEYS

La otra



Romance Actual

La otra
Tercera entrega de la serie
Quinteto de la muerte

Sandra Heys



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para la verdadera Lorena,
quien nunca ha sido otra,
sino la querida amiga de mi corazón.
Y, como siempre, para mi esposo, por elegirme.*

Me gusta la gente capaz de entender que el mayor error del ser humano es intentar sacarse de la cabeza aquello que no sale del corazón.

Mario Benedetti

NOTA EDITORIAL

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Chile, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

CAPÍTULO UNO

Lorena miró alrededor para constatar que no era la única impaciente y nerviosa. De hecho, si de impaciencia se trataba, probablemente su padre, Víctor, era el que llevaba la delantera, paseándose de un lado a otro de la sala de espera. Su madre, Camila, se apoyaba en el pequeño Claudio, su hermano menor, que de pequeño no tenía mucho, la verdad.

Un poco más allá, su tía María José cuchicheaba con Isabel, su prima y una de sus cuatro mejores amigas. Adriana, otra de sus amigas, descansaba en Juan, su marido, quien la besaba tiernamente en la frente para calmarla. Pamela, sentada a su lado, apretaba las manos, alterada, por lo que ella estiró su brazo sobre la espalda de la colorina y se arrimó a su lado. En el asiento del frente, la mamá de Pamela conversaba con su hermana y con las madres de Juan y Adriana.

Una puerta se abrió y reveló uno de los motivos de espera, y no el más importante. El gigante rubio se sacó la mascarilla sin dejar de fruncir el ceño y se acercó a María José.

—Mamá —susurró con un acento extraño—, está bien. Todo salió bien.

—¿Fran? —preguntó la mujer tomando la temblorosa mano de su yerno.

—Fran está bien, solo un poco adolorida. Pude hablar con ella cuando la sacaron de la anestesia, pero le pusieron algo para el dolor en el suero y se quedó dormida nuevamente.

—¿Y...?

—Perfectamente. Tienes un nieto maravilloso, mamá.

Una oleada de alivio recorrió la sala.

—Detalles, cuñado, detalles —pidió Isabel después de abrazar a su madre.

—Cuarenta y ocho centímetros y tres kilos doscientos cincuenta gramos —explicó Baran sonriendo—. El neonatólogo dice que probablemente pase una semana en la incubadora porque sus pulmones están inmaduros y no respira bien, que tal vez tenga reflujo porque su estómago no está preparado para recibir mucho alimento, pero que, dado su tamaño, que no es de un niño prematuro, para los seis meses ya habrá alcanzado el desarrollo normal.

—Todo un bebé ruso, mi nieto, ¿no? —María José sonaba tan tranquila que era imposible para los presentes concebir que era la misma mujer que llevaba horas rezando silenciosamente mientras su hija menor era sometida a una cesárea de emergencia—. ¿Le hicieron todas las pruebas?

—Absolutamente todas —aclaró Baran—. ¿Alguien le avisó a mi familia?

—Yo —respondió Adriana—. Llamé a Malik, dijo que él llamaría a Svetlana y a tus padres. Pietro se encargaría de llamar a John, y él a Tom y Teresa.

—Bien.

—¿Qué pasa, compadre? —preguntó Juan al ver que Baran no dejaba de fruncir el ceño.

—Francisca. Ni siquiera medicada y recién operada deja de ser...

—Descarada —dijeron Pamela y Lorena a coro, imitando el acento de Baran.

—¿Con qué salió ahora mi hermana? —preguntó Isabel.

—A que no adivinas cómo quiere llamar a Dimitri —dijo el ruso.

—Pues, Dimitri —replicó Adriana jocosa.

—De segundo nombre. —Baran lanzó una mirada asesina a la mujer que no se dejó intimidar—. Ni siquiera lo había pensado. Un nombre y dos apellidos suenan bastante bien para mí.

—En Chile la costumbre es dos nombres, dos apellidos —explicó Lorena—. Y en Rusia también, ese nombre raro tuyo... Bueno, ese nombre *más* raro

tuyo... Ya sabes, el de tu papá.

—Estamos en Chile, no quiero ponerle nombre patronímico a mi hijo. — Baran lucía abatido, y Lorena se compadeció de él, sabía que cumpliría la voluntad de su esposa, no tendría otro remedio—. Y aquí hay quien no tiene dos nombres. La hermana de Juan, por ejemplo.

—Y a Juan le encantaría no tener segundo nombre —comentó Juan mostrando su acuerdo enérgicamente.

—¿Entonces? —preguntó Adriana impaciente—. ¿El segundo nombre de Dimitri?

—Baranovich —masculló Baran.

—¿Qué significa eso? —Pamela frunció levemente sus rojas cejas—. ¿Por qué no te gusta?

—Significa «hijo de Baran» —explicó Isabel ante el mutismo de su cuñado.

—Ahhh. —María José miró con dulzura a su yerno, apretó los dedos que aún tenía en su mano y le sonrió—. Eso es porque Fran quiere que todo el mundo sepa que es tu hijo.

—Créeme, mamá, una mirada al niño y todos van a saber que es mi hijo.

—¿Se parece a ti? —preguntó Lorena con un gesto travieso—. Voy a ir a alertar a todas las madres para que tengan cuidado y encierren a sus hijas bajo siete llaves de aquí a unos quince años.

—Trece —dijo Baran. Lorena lo miró interrogante—. Baranovich —agregó el ruso apuntándose. Lorena se rio y siguió atenta las preguntas de los otros.

No, Baran no sabía a qué hora podrían conocer al bebé, dependía del diagnóstico del neonatólogo. No, Adriana no podía ir a hablar con ese doctor de pacotilla para apresurar el trámite. No, Isabel no podía llevarlo al taller de mecánica de la familia apenas saliera del hospital. Sí, Juan estaba de acuerdo en que eso de llevar el nombre de tu padre no era lo mejor del mundo, pero más le valía a Baran no hacer nada que provocara la vergüenza de Dimitri, porque ya tomaría cartas en el asunto. Sí, las cuatro amigas estaban de acuerdo con Juan.

—¡Suficiente! —exigió Baran, levantando una mano después de muchas preguntas y cháchara innecesaria para él—. Voy a ir a ver cómo sigue Fran y más les vale no colarse en ninguna parte.

Lorena le hizo un par de morisquetas burlonas cuando él le dio la espalda. Se dio la vuelta para ver que sus amigas hacían exactamente lo que ella pensaba. Isabel parecía relajada, pero en realidad estaba lista para saltar a la pelea. Adriana lucía furiosa, solo contenida por la mano blanquecina de su esposo. Pamela estaba indignada, pero, era verdad como un templo, la colorina no diría nada de nada a nadie ni para salvar su vida.

Así había sido siempre, desde que eran pequeñas. Lorena sonrió al recordar esos tiempos, especialmente cuando la colorina hija de la secretaria de su tío Cristian se uniera al grupo.

Primero, habían sido ella y su prima Isabel. Casi desde recién nacidas, ambas mostraron el buen humor y disposición a las travesuras, habitual de su familia. Siempre se llevaron bien. Siempre se metían en problemas.

Después, llegó Francisca: perfecta, rubia, delicada, hermosa como un ángel. Parlanchina y metiche, atrevida y aventurera. Seguramente el porqué fue la primera en casarse y ser madre.

A continuación, había llegado Adriana. Gritando y pataleando, no quería ser amiga de Isabel, con quien cursaba los estudios básicos, pero terminaron convirtiéndose, primero, en aliadas y, después, en amigas del alma, cómplices. Lo que también explicaba que se hubiera terminado casando con el único amigo de Isabel. Porque, claro, para una mujer como Isabel era tan fácil conocer gente como muy difícil hacer amistad con el sexo opuesto. No porque no fuera simpática, muy por el contrario, sino que su hermosura era demasiada y todos terminaban enamorándose de ella. El problema era que no veían nada más que su bello exterior, y eso a Isabel no le gustaba.

Hubo un tiempo en el que fueron solo las cuatro, especialmente cuando nació su hermano Claudio, y ella, en ese momento lo comprendía, en un arranque infernal de celos estaba todo el día portándose muy mal y molestando al bebé.

Al final, había llegado Pamela. Catalina, su madre, consiguió el puesto de secretaria del tío Cristian y un día tuvo que llevar a su hija al trabajo, ya que no tenía con quien dejarla. Y por supuesto que la intrusa de Francisca había aprovechado que tenía algún reclamo que hacerle al papá para conocer a la niña nueva. Teniendo la misma edad, pronto fue evidente que serían muy unidas para el resto de su vida, especialmente cuando Cristian convenció a su empleada de inscribir a Pamela en la misma escuela en la que estudiaban todas ellas, cerca del taller.

A partir de ese día, las cinco fueron inseparables y les encantaba ponerse sobrenombres entre ellas. A Isabel y a Adriana las llamaban «las Grandes». Francisca y Pamela eran «las Chicas». Eso era porque las agrupaban por edad e iban en el mismo curso. Un muchacho llamado Pierre, hijo de un matrimonio propietario de una fuente de soda cercana y que iba en un curso intermedio entre las Grandes y las Chicas, comenzó a llamarlas así. Luego, fue cosa automática para ellas usar ese apodo. Lorena era «la Otra», ya que era la mayor de todas e iba en un curso diferente. Eso era lo que admitían en público al menos, pero entre ellas, las bromas no cesaban.

Cada vez que Isabel y Adriana discutían, lo que era mucho, ambas intentaban convencerla de ser su mejor amiga. Y Lorena se dejaba querer. Lo mismo pasaba con Pamela y Francisca, solo que las Chicas no discutían, sino que Franny se iba a sus prácticas de *ballet* y Pamela la buscaba a ella.

Por otro lado, su unión con la más joven de todas se daba de manera un poco más natural que con ninguna otra, dado el talento que ambas tenían para dibujar y crear, a veces, según la necesidad de Francisca, vestuario, escenarios, lo que fuera.

Así, Lorena siempre fue la Otra, aquella que era buscada cuando una pareja se separaba, aunque fuera solo por un par de minutos, la que servía de pegamento en el grupo, incluso entre las dos parejas.

A ella, muy traviesa desde pequeña, le encantaba. Especialmente cuando vieron una película, a escondidas, claro, porque no era nada apropiada para un

grupo de niñas impresionables, donde la protagonista dejaba a su marido para huir con otro hombre al que amaba y que la hacía mucho más feliz. Lorena se sentía orgullosa de ese detalle, ya que la elección de la mujer de la película era la misma que la de su madre, perseguir el amor a pesar de las convenciones sociales.

Cuando su amistad fue sólida como un bloque de granito, buscaron una manera de identificarse como grupo. En ese tiempo, y gracias a la intervención de su querido tío Ismael, las niñas pasaban el tiempo libre viendo películas antiguas.

Ismael, que no era su tío, sino que el trabajador más antiguo de Soublette e Hijos, el taller de mecánica propiedad de la familia de Isabel y Francisca, tenía cierta predilección por algunos actores, entre ellos, Alec Guinness. Para las niñas era Obi-Wan Kenobi, el maestro del joven *jedi*, pero para Ismael, era el mejor actor del universo, así que las incentivaba a ver sus películas.

De esa manera llegó aquella que las marcaría para siempre. «El Quinteto de la Muerte» Ninguna sabía si el nombre original, *The Ladykillers*, era apropiado para ellas, pero definitivamente, «El Quinteto de la Muerte» les sentaba bastante bien.

De partida, eran cinco. Segundo, eran muy vengativas. Nadie podía ir a molestar a ninguna de ellas y salir bien parado. Para hacer honor a la película, intentaban ser sarcásticas, irónicas y más inteligentes que su rival.

Su tío Cristian era el que las incentivaba a permanecer unidas, pese a las disputas entre ellas. «Ustedes son como los dedos de una mano», solía decir. «Cada una independiente de la otra, pero todas juntas forman la mano» Entonces Adriana había llegado con la mejor frase para describirlas: «Te metes con una y te metes con todas»

Lorena sonrió con melancolía al recordar a su tío, especialmente ese día, el día en que nacía su primer nieto. Habían pasado dos años y algo más desde la muerte de Cristian Soublette, y ella aún lo añoraba. Había sido el mejor tío del universo. En honor a la verdad, Lorena tenía que reconocer que era su

único tío. Al menos, el único al que conocía, ya que su madre tenía un hermano a quien no había visto desde el día que supo que jamás sería feliz si rechazaba a Víctor Irribarren.

Lorena entendía a su madre y repudiaba a sus abuelos maternos, de la misma manera en que ellos rechazaron a Camila por enamorarse de un obrero, un soldador huérfano sin más familia que su hermana, estudiante de enfermería.

Además, Lorena adoraba a su padre. Era un hombre fuerte, que se hizo a sí mismo y se encargó de la hermana pequeña cuando perdieron a sus padres en un accidente automovilístico.

En ese tiempo, más de cuarenta años atrás, los Irribarren Marcoleta eran una familia feliz que vivía en el eterno verano de Iquique. Andrés era un trabajador asalariado como cualquiera. Alejandra era dueña de casa y mamá a tiempo completo. Víctor recién terminaba la enseñanza media y había dejado a su familia en busca de un mejor futuro para él. Por eso, se fue a vivir a la capital, hizo el curso más corto y con mejores posibilidades de buenos ingresos y buscó un modesto trabajo en la construcción. María José era una dulce y simpática muchachita de trece años, inteligente y buena estudiante. A pesar de la distancia con su hijo mayor, la familia era feliz.

Hasta el día que Alejandra quiso ir a La Tirana, un pueblo al interior de Iquique, donde se celebraba anualmente una enorme fiesta religiosa. Víctor nunca dejó de agradecer a los vecinos que ofrecieron cuidar a María José por un par de días.

Después del funeral de la pareja, organizado por los mismos vecinos y al que Víctor casi no llega por la distancia entre las ciudades, pasaron unos tiempos muy complicados para los hermanos. Víctor era mayor de edad, pero no María José, y las autoridades competentes no lo consideraban apropiado para entregarle la custodia de la niña. Presentando un frente unido y demasiada madurez para dos personas tan jóvenes, convencieron a un juez que les permitiera permanecer juntos.

Se fueron a vivir a Santiago, donde Víctor tenía trabajo seguro en una

empresa constructora especializada en obras civiles, y consiguió otro limpiando oficinas. Arrendaron un ínfimo departamento de dos habitaciones y María José siguió con sus estudios secundarios, haciéndose cargo también de la casa y cuidando niños para ganar un dinero extra.

Víctor nunca tuvo ningún empacho al reconocer que el día de la investidura de su hermana, antes de comenzar su primera práctica clínica como estudiante de enfermería, lloró como un crío. Habían sido años muy difíciles, pero juntos lo habían conseguido.

Cuando María José, Coté para los amigos, estaba en el último año de la universidad, Víctor conoció a la hija de su jefe. Una muchacha hermosa, inteligente, dulce y noble. Y una artista increíble con una insospechada vena práctica, ya que todo su talento lo vertía en sus estudios de arquitectura. Algún día, ella y su hermano heredarían la empresa familiar, y ella se preparaba para ese momento.

Lo que nadie esperaba era que se enamorara del jefe de los soldados, pero todos tenían claro que era una unión que no recibiría la aprobación de los padres de Camila.

Ella intentó razonar con sus padres, los desafió sutilmente y los amenazó con buscar a propósito quedar embarazada. Pero ellos no cedían.

Llegado a ese punto, Víctor quiso dejarla, no porque no la quisiera, sino porque temía que Camila finalmente eligiera la comodidad y la tranquilidad de una sólida fortuna familiar antes que pasar necesidades a su lado. Además, no quería ser quien la privara de una vida de lujos. No quería condenarla a la pobreza.

Pero Camila los sorprendió a todos al abandonar el hogar familiar y llegar al departamento que Víctor y María José compartían, solo con una maleta.

Al día siguiente, él se encontró cesante. Dos días después, el dueño de la empresa de la competencia le ofrecía un trabajo. Lo mejor fue que, conociendo el enorme talento de Camila y sus grandes ideas, también le ofreció un trabajo a ella, a pesar de que no tenía ningún título que lucir. Hay que decir que no lo

hizo por la nobleza de su corazón, sino que fue la ciega ambición lo que lo guió. Pero a veces, para que la vida sonría a las buenas personas, también tiene que sonreírle a las malas, por lo que este hombre empezó a ganar los proyectos a los que postulaba en contra del padre de Camila y siempre por una idea genial de ella.

A una semana de abandonar a sus padres, Víctor y Camila eran marido y mujer.

Víctor y sus chicas, como gustaba llamar a su esposa y a su hermana, buscaron un departamento más grande para vivir todos juntos con comodidad. Por un par de años el arreglo funcionó muy bien, hasta que María José salió de la universidad y encontró un trabajo.

Hablaba de buscar un lugar propio porque sabía que Camila estaba inquieta, quería agrandar la familia; hablaba de necesitar independencia; hablaba de poder descansar bien, porque las vidas activas de su hermano y cuñada y sus turnos de noche no se llevaban bien. Hablaba de muchas cosas, hasta que ya no habló de nada más que del rubio, alto y guapo nieto de su paciente, que remeció su mundo hasta los cimientos y la conquistó con su eterna alegría y su sonrisa franca y abierta.

Menos de un año después, María José estaba casada y sostenía a su sobrina en brazos. Cristian Soubllette quería un hijo, eso lo sabía todo el mundo, pero tentó al destino declarando que quería al menos un par de hermosas criaturas como Lorena.

Ayudados por la generosa familia Soubllette, los Irribarren Arrigorriaga, es decir, Víctor y Camila, renunciaron a los trabajos que odiaban. Camila siguió con sus intereses en el arte y Víctor inició su propia empresa de soldadura con la que prosperó por los siguientes treinta años. Educó a sus hijos y les dio las alas para ser lo que quisieran. Incluso, llevaba varios años pasando por alto el hecho de que ninguno mostraba interés en su empresa, que ya se había resignado a tener que vender, y que tampoco se apresuraran a sentar cabeza y darle nietos.

Claudio, ocho años menor que Lorena, aún era intocable en ese sentido. «Y en casi todos », rumiaba siempre Lorena, ya que andaba por la vida como volantín sin cola, mostrando interés en todo y nada a la vez, excepto las chicas guapas.

Pero en esos momentos, a unas tres horas del nacimiento de Dimitri, y habiéndolo conocido a través de los vidrios de la incubadora, Víctor y Camila miraban con malos ojos a su hija mayor.

No era que reprobaran su vida. Lorena había salido tan artista como su madre y tan trabajadora como su padre y estaba labrándose un buen camino como diseñadora de modas. Tampoco miraban con malos ojos que ella se divirtiera, pero Camila siempre decía que algo de diversión era bueno, mucha era libertinaje. Y Lorena estaba a punto de caer en el bajo nivel de Sodoma y Gomorra.

Lorena sabía que sus padres jamás rechazarían a nadie que ella quisiera llevar a casa y que la ayudarían en todo lo que pudieran, especialmente en el cuidado de nietos, en plural. Cuando quiso aclararles que no tenía ninguna intención de casarse, replicaron que ser madre soltera no era malo.

Inmediatamente, Claudio preguntó que qué tal era ser padre soltero y Víctor, furioso, le dijo que un Iribarren no se comportaba con ese nivel de irresponsabilidad, que si Claudio dejaba embarazada a una niña, tendría que llevarla inmediatamente al Registro Civil para convertirla en su esposa, aprender a soldar y hacerse con la dirección de su empresa, tal como Isabel se hizo cargo del taller de mecánica de su padre.

Claudio estaba desconcertado.

—¿Está bien ser madre soltera, pero no padre soltero? —preguntó, y sus progenitores contestaron a coro que sí. Y Camila agregó que ellos no se hacían responsables por otros jóvenes, pero que sus hijos cumplirían.

Lorena se reía de la cara perpleja de su hermano cuando discutía ese punto con sus padres, hasta que su mamá le dijo que esperaba que ella se olvidara del bendito condón alguna vez en la vida, ya que sabía que con los ciclos

irregulares de su hija, que ningún tratamiento había sido capaz de controlar, era el método anticonceptivo más eficaz.

—Mamá —dijo Claudio, solo por molestar a su hermana—, cuando una chica está dispuesta a acostarse con tres hombres distintos en la misma semana, debe tener cuidado con más cosas que solo quedar embarazada.

—¡No me importa si se acuesta con cinco! —gritó Camila sorprendiendo a todos—. ¡Con que uno la deje embarazada es suficiente!

—¿Y qué tal diez? —preguntó Lorena, dejándolos a todos con la respuesta en la boca al salir de la casa dando un portazo.

No había que ser un genio para entender que sus padres estaban desesperados por ser abuelos. Tampoco había que tener una inteligencia superior para comprender que Lorena no quería complacerlos.

¿Cómo, si por fin su carrera estaba yendo a donde quería?

Que nadie la malinterpretara, adoraba a su prima, quería mucho al esposo de ella, pero la llegada de Dimitri había metido bebés en la cabeza de todo el «equipo parental», como Claudio llamaba a los padres del Quinteto en su conjunto, incluyendo a sus dos miembros honorarios, Baran y Juan.

Por lo tanto, sabía que Adriana y Juan recibían las mismas insinuaciones de sus padres. A Isabel la dejaban tranquila porque María José tenía a Dimitri. En casa de Pamela nadie hablaba abiertamente de un posible embarazo de la colorina, pero Catalina, ya jubilada, se pasaba el día tejiendo y le había pedido patrones de ropa de bebé a Lorena para coser alguna prenda. Ella decía que se preparaba para la llegada de Dimitri, pero seguía fabricando ropa rosada, incluso después de que la ecografía confirmara el sexo del bebé.

—Mamá está cansada y quiero irme antes que quiebre su habitual silencio y empiece a pedirme nietos —dijo Pamela interrumpiendo los pensamientos de Lorena—. ¿Quieres que te lleve?

—Te lo agradecería —respondió Lorena cáustica—. Mamá ya se ha presentado con tres médicos, dos enfermeros y hasta con el jefe de seguridad del hospital. Todos muy guapos, pero no me interesan.

—¿A ti no te interesan? Todos son PP —preguntó Pamela burlesca, refiriéndose a la única condición que Lorena imponía para que le gustara un hombre, es decir, Pulso y Pene—. Tal vez los enfermeros bateen por el otro equipo, pero el guardia de seguridad está bastante bien.

—El guardia de seguridad es el que batea por el otro equipo —aportó Isabel cuando se unió a la conversación.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Adriana, dejando a su esposo con su madre al notar que había una reunión improvisada del Quinteto.

—Bueno, no me está mirando y me preguntó si ella —apuntó a su prima— era Lorena Irribarren...

—A mí también me miran los hombres. Que no sea tanto como a ti no quiere decir que no lo hagan —intervino Lorena en su propia defensa.

—La diseñadora de modas, creadora de la marca «I de Irresistible», quien confeccionó el vestido de novia más maravilloso del universo para la esposa de ese guapisísimo jugador de fútbol americano, ya saben, la empresaria esa, flacuchenta y horrible, que seguramente se compró tanto marido —terminó Isabel con una sonrisa franca y abierta que sus amigas acompañaron inmediatamente—. No sé qué es más impresionante, que clasifiquen a Anjelica Van der Meer como flacuchenta y horrible, que digan que su esposo es guapisísimo o que sepa que tú eres diseñadora de modas.

—Yo diría que es más impresionante que el tipo ese trate de hablar con Baran cuando acaba de ser papá —aportó Adriana.

—Sabe que es Baran Vinográdov —respondió Isabel— y seguramente no pierde la esperanza que al menos sea bi, dado que es bailarín de *ballet* y que, además, ande necesitado y sea infiel.

—Si me disculpan, voy a ir a marcar territorio —dijo Adriana de repente.

Entonces todas las amigas se giraron para mirar al guardia de seguridad sonreír coqueto a Juan, que buscaba desesperadamente a su esposa. Lorena, Isabel y Pamela se rieron del pálido rostro, normalmente moreno, y de la furia desplegada por Adriana.

—Definitivamente, creo que es hora de irse. —Lorena miró a Pamela y la colorina asintió en silencio.

—Luego vas a tener que aceptar que te prepare un automóvil, prima. — Isabel encabezó la retirada de todos, excepto Baran, quien había conseguido permiso para esperar a que su esposa despertara.

—Mi economía actual no me lo permite —aclaró la diseñadora.

—Pero al taller llegan vehículos de todos los precios —comentó Pamela—. ¿Cómo crees que pude comprar el mío? Dile a Diego que te busque algo bueno.

—Pero ustedes, gracias a la jefa aquí presente —apuntó a Isabel—, pueden pagarlo en cuotas descontadas de su sueldo, yo...

—También, si lo necesitas —intervino Isabel.

—¿Tan bien van las cosas? —preguntó Lorena, ocultando muy bien su envidia.

—Excelente. No le digan a Adriana, pero una de las mejores cosas que me pasaron el año pasado fue contratar a Diego e iniciar el negocio de comercialización de vehículos usados.

—Incluso mucho mejor que el de la certificación —añadió Pamela a las palabras de su amiga y jefa—. Ahora hacemos certificados solo a los que no quieren vendernos su automóvil.

—Pero no pongas esa cara, prima, a ti no te va nada mal tampoco. —Isabel sonrió de medio lado, la sonrisa Irribarren, como decía Lorena, ya que ella también sonreía igual, lo mismo que su tía.

—Económicamente aún no me va del todo bien. Con el hipotecario de mi departamento, el arriendo del local, el sueldo de la costurera que trabaja conmigo y el préstamo del banco para mi negocio, apenas llego a fin de mes —explicó Lorena, ya a un lado del pequeño automóvil azul de Pamela, mientras esperaban al equipo parental—. De hecho, mamá me llena el refrigerador y papá me paga algunas cuentas.

—¿Y el contrato con la cadena de grandes almacenes? —preguntó Adriana,

que había alcanzado a sus amigas después de poner en su lugar al guardia coqueto.

—Estoy trabajando en ello, y el adelanto que conseguiste me sirvió mucho —explicó Lorena—, pero mientras no entregue todos los diseños no hay más dinero. Y como sabes, el grueso llegará a partir del próximo año, cuando mis diseños estén en las vitrinas. Trabajo como china, pero necesito un golpe publicitario enorme en estos momentos, para lo que no tengo presupuesto.

—Sé que rechazaste a Anjelica porque el trato no te beneficiaba —Isabel levantó una mano para acariciar el brazo de su prima—, pero me parecía que Tom...

—Me ofreció un préstamo sin intereses, pero no lo acepté. Era caridad —explicó Lorena ante el desconcierto de sus amigas.

—A mí no me queda nada de ahorros, sino yo invertiría en ti —dijo Adriana, ya que por muchos años había guardado gran parte de su sueldo, pero entre la inversión que hizo en el pequeño negocio de repostería de su hermana Blanca, los arreglos de la casa que compartía con Juan y la luna de miel, había vaciado su cuenta.

—Yo tengo algo —intervino Isabel—, te lo puedo prestar o podemos llegar a un acuerdo para una sociedad. Yo sería una socia tan silenciosa que ni sabrías que estoy ahí.

—Te lo agradezco, pero quiero hacerlo sola. —Lorena le sonrió a todas—. Debo aclarar que no me va tan mal, al contrario, tengo mucho trabajo, muchos encargos muy buenos, gracias al último desfile de modas en el que participé. Es solo que reinvierto cada peso que tengo, mis gastos son muy elevados y no puedo rebajar nada, así que me trago mi orgullo y dejo que mis padres me sigan ayudando en el ámbito personal. Estaba pensando en buscar alguna compañera de departamento. Ya saben que tengo dos dormitorios, aunque el segundo aún está ocupado con telas y cosas y me encanta sentarme ahí a diseñar, pero puedo llevármelo todo al taller y listo. ¿Habría alguna interesada? —miró a Pamela, quien movió negativamente su cabeza.

—Lo siento, Lore —dijo la colorina—, no puedo dejar sola a mamá.

Al llegar a su departamento, Lorena se sentó a la barra de la cocina y comió cualquier cosa que pilló mientras prendía el computador para ver si tenía algún mensaje. Es decir, algún mensaje importante, porque los diez avisos publicitarios que encontró no le interesaron en lo más mínimo.

Malik, el amigo de Baran, envió un correo dirigido a todos ellos en el que explicaba que tanto la familia Vinográdov como los amigos de los recientes padres, viajarían a conocer a Dimitri en dos semanas. También transmitía el ofrecimiento de Pietro de llevar algún material que Lorena necesitara de París, Londres o Roma, ya que antes de ir a Chile, John y él visitarían a sus familias.

Ella respondió para agradecer y rechazar el ofrecimiento. Le habría encantado encargales un montón de material, pero no podía.

Luego revisó algunos correos donde le pedían cita, que ella, con mucho pesar, tuvo que denegar. Ya llevaba algo de retraso en la colección otoño-invierno que estaba preparando, no podía aceptar más encargos.

El último correo que abrió era de una tal Gabriela Matus. Era bastante extraño, ya que daba por sentado que le daría una hora para atenderla el siguiente jueves, porque era el único día que podía asistir a su tienda, y además le exigía máximo sigilo en la confección que solicitaría. Por otro lado, le decía que estaba dispuesta a pagar lo que fuera por obtener un modelo de la línea «I de Irresistible-*Exclusive*», que le encantaría comprar todo el material en Europa, Francia específicamente, aprovechando los contactos que Lorena anunciaba tener en tales latitudes, lo cual no dejaba de ser providencial, considerando que Pietro podía hacer todas las compras y traerlas en tiempo récord y que ella podría poner el precio que quisiera.

No estaba totalmente segura, pero le parecía reconocer el nombre de la mujer, así que realizó una búsqueda en internet y lo que encontró no la decepcionó.

Gabriela era la menor del clan Matus, la única mujer, hija de un empresario multimillonario y de una ex Miss Chile. Tenía el pelo rubio, los ojos verdes,

altísima y una figura de infarto. Muchos la considerarían más hermosa que la misma Isabel, y era muy, pero muy fotogénica, lo que era bueno, ya que dirigía la fundación filantrópica de su familia, asistía a todos los eventos importantes en Chile y también a algunos en el extranjero, por lo que salía en todas las publicaciones de mayor circulación del medio nacional y era referente obligado en todos los programas faranduleros de la televisión. Lorena leyó un comentario que le hizo mucha gracia. Un evento social no era nada si Gabriela Matus no asistía.

Miró su excesivamente repleta agenda, considerando los pro y los contra de aceptar la cita de la mujer. Le encantaría ser tan ordenada como Adriana y poder sentarse a escribir una lista, pero ella prefería pasear por el pasillo de extraña forma, que dividía su departamento en dos.

Cuando se cansó de recorrerlo de arriba abajo, se metió en su dormitorio y miró el ropero doble que ocupaba con toda su ropa. Le encantaba hacer eso cuando necesitaba pensar. La visión de las telas de múltiples colores clarificaba su mente.

Después entró al baño y ordenó sus cosméticos. Notó que casi no tenía crema de manos, por lo que salió a buscar la que guardaba de reserva en el otro baño, el que daba al pasillo, volvió sobre sus pasos, guardó el frasco y siguió paseando por su departamento hasta llegar al segundo dormitorio.

Cuando lo compró, con la ayuda de sus padres y de un crédito hipotecario, le pareció muy razonable que tuviera dos dormitorios y dos baños, ya que se instalaría ahí con su negocio. Además, le encantaba el edificio y la ubicación, lo suficientemente céntrico y cercano a las grandes tiendas y *malls* más importantes de la capital, pero aún en un barrio refinado que le ayudaría a dar la imagen que quería proyectar. Adoraba el departamento en sí, con su extraña forma y distribución, le permitía recibir a los clientes con comodidad y le daba privacidad en sus propios espacios, como el dormitorio y la habitación que cumplía con la triple función de ser *living*, comedor y cocina con barra americana.

Que fuera el último departamento que quedaba por vender, y, por lo tanto, tuviera un bonito descuento, también le había gustado mucho, claro.

Se sentó frente a su mesa de dibujo e hizo algunos trazos en el papel en blanco que tenía sobre ella. No sabía cuál podría ser el encargo de la señorita Matus, pero con su imagen en mente pensó en la paleta de colores que le serviría. Considerando su posición social, el vestido que necesitaba podía ser cualquier cosa, desde un traje de dos piezas para trabajar en la oficina de su fundación, hasta un vestido de gala, pasando por uno de cóctel, de... ¿de novia? ¿Podía ser un vestido de novia?

Dada la fama que había adquirido por diseñar ese tipo de vestidos y las veces que había aparecido en las revistas especializadas, no era extraño. Estaba muy feliz por ese aspecto de su negocio, que había empezado cuando su prima se casó con el mundialmente conocido coreógrafo Baran Vinogradov, aunque para ella era simplemente el nuevo primo a quien podía tomarle el pelo.

El broche de oro se lo había dado el vestido de Anjelica van der Meer. Pudo elegir a cualquiera, Vera Wang, por ejemplo. O Carolina Herrera, Armani, Chanel, cualquiera, pero la eligió a ella, y la seguía eligiendo para confeccionar su ropa de trabajo, sus vestidos de cóctel, y ya le había adelantado que luego tendría que pensar en ropa maternal.

A Anjelica le gustaba tanto lo que Lorena diseñaba para ella, que incluso intentó que se radicara en Estados Unidos y le ofreció una sociedad para que iniciara su propia casa de modas. Pondría todo el capital, compraría la propiedad que Lorena quisiera y donde quisiera, contrataría a tanto personal como fuera necesario. Abogados, contadores, publicistas, lo que Lorena necesitara... a cambio del 80% de la propiedad de la empresa y de dejar de lado la marca «I de Irresistible» por «VIP», algo que Lorena jamás haría, por lo que había rechazado el trato.

Anjelica trató de convencerla, le ofreció el 25% de la propiedad, incluso el 30%, pero lo que la empresaria no entendía era que «I» era ella, Lorena, sin

importar si tenía cien costureras a su mando o ella daba hasta la última puntada.

Al enterarse de esto, y por el enorme cariño que le tenía a su prima Francisca, Thomas van der Meer le ofreció un préstamo sin condiciones, ni siquiera con fecha de caducidad, pero Lorena le dijo que lo único que necesitaba de cualquier miembro de su familia era que usaran la ropa que ella diseñaba y confeccionaba y que dijeran bien su nombre.

Lorena sonrió al pensar en los amigos de su prima y en los extraños giros que daba la vida. Casi cinco años antes, Francisca había partido a cumplir sus sueños y comenzó por estudiar en una reputada academia de *ballet* dirigida por un tiránico ruso que tenía el toque del rey Midas.

El primer día, la primera hora, de hecho, se había juntado con otro estudiante, John, y desde el primer instante se hicieron inseparables. Durante la hora de almuerzo sumó dos amigos más, ambos norteamericanos; ella, Teresa, de ascendencia cubana, él perteneciente a una de las familias más ricas del mundo. A pesar de eso, Thomas era un joven bastante sencillo, si se puede considerar así a alguien que viaja en su avión privado, regala diamantes para la Navidad y ofrece un número con bastantes ceros de préstamo sin ninguna condición.

Juntos destacaron en la academia, pero Francisca brillaba con luz propia hasta que incluso el director se rindió a sus pies, literalmente.

Con los años, y con el enlace de Baran y Francisca, los amigos de ambos comenzaron a reunirse más y más, trabando amistad también con el Quinteto y participando en la mayoría de los eventos importantes en la vida de todos.

Lorena levantó la mirada para fijarse en una fotografía tomada por Baran. En ella aparecían Francisca y Lorena con la Torre Eiffel de fondo. Suspiró recordando los meses que pasó en París.

Lo mejor, por supuesto, había sido la pasantía que Baran le consiguió en una casa de modas parisina. Excepto tener su propia marca, era el trabajo de sus sueños. Y casi se queda ahí, en teoría, había vuelto a terminar el vestido de

novia de Adriana y a ayudarla con su matrimonio. Cerraría su departamento y luego regresaría a Francia. Pero la llegada de Dimitri había alterado los planes de todos, especialmente los de Francisca y Baran que decidieron regresar en forma indefinida a Chile al término del año escolar en la academia.

Malik y Pietro le dijeron que no tenían ningún problema en que se quedara con ellos, pero Lorena sabía que ellos tenían otros planes que los llevarían lejos de la capital francesa. Y ella pensaba que no se sentiría bien sin amigos en una ciudad bella pero ajena.

Y, muy en el fondo, tenía que reconocer que no era lo que ella, en verdad, quería. Sabía que trabajar en su propia marca era más difícil y un camino mucho más largo que intentar hacerse un espacio en una casa de modas ya establecida, pero era lo que ella quería.

Así que se quedó en Santiago y, en vez de ayudar ella a Adriana con su matrimonio, Adriana, siendo contadora de profesión y auto reconocida genio de los negocios, la ayudó a instalarse definitivamente, conseguir el contrato con una cadena de grandes almacenes que quería vender sus diseños en forma masiva y obtener el crédito bancario que la ayudó a comprar telas y otras cosas e instalarse en un local propio.

Además, en una de esas noches en que el Quinteto conversaba las cosas importantes de la vida como quien era el actor más guapo o por qué todos deberían acudir a Isabel para que ella jugara con sus vehículos, nació una de las mejores ideas que jamás escuchara.

Como estaba un poco alegre por el exceso de alcohol, no sabía quién había comenzado, pero al final tenía tres líneas de negocios muy distintivas. La primera era «Irresistible para todos» nombre con el que se comercializaría la colección que sacaría a través de los grandes almacenes.

Si eso iba bien, podría sacar «Súper Irresistible». Una línea de tallas especiales. No había duda en quien había aportado esa idea. Adriana, siempre acomplejada por su sobrepeso, incluso ahora cuando ya casi no existía, le

había dicho que desde que la escuchaba al momento de elegir su ropa, se sentía más confiada, ya que ella, Lorena, tenía un excelente ojo para acentuar sus partes atractivas y ocultar aquellas que solo Juan podía amar.

La contadora estaba tan convencida de la genialidad de su idea que llamó al representante de los almacenes, sin permiso de Lorena, y se la vendió señalando que cada prenda vendría con consejos personalizados especificando el tipo de cuerpo a quien le sentaría bien. Al hombre le gustó lo suficiente como para ampliar el primer contrato de Lorena y que incluyera los consejos, y aceptó que, de alcanzar un determinado nivel de ventas, automáticamente cerrarían el siguiente trato.

Finalmente, estaba la que más le gustaba a ella, «I de Irresistible–*Exclusive*». Ella recibía a su potencial cliente y le presentaba sus diseños, aconsejándolo y guiándolo para conseguir lo mejor de lo mejor. Su clientela número uno era Anjelica, claro estaba, pero necesitaba más, mucho más. Sobre todo, era imperioso tener a alguien más cercano a su base de operaciones, ya que muchas de las que se interesaban en sus diseños observando a Anjelica, vivían en otro país y no todas contaban con los medios para enviar un avión privado a buscar lo que fuera que Lorena confeccionara.

Probablemente esa sería la función de Gabriela Matus en su vida. Ella le daría el impulso definitivo para despegar, primero en el medio nacional y luego para crecer hasta el infinito, hasta que su nombre, su marca, perdurara más allá que ella misma.

El timbre de la puerta interrumpió sus ensoñaciones.

Sin fijarse en quién era, abrió. Un hombre muy moreno, muy alto y muy guapo esperaba apoyado en la pared junto a la puerta. Vestía un añoso pantalón de mezclilla, una desenfadada camisa a cuadros y una excesivamente seductora chaqueta de cuero. Una botella de vino colgaba de su mano y su sonrisa debía estar prohibida en el mundo civilizado. Automáticamente, Lorena arqueó su espalda, se mordió el labio inferior y lo recorrió de pies a cabeza.

—Hola, guapo —saludó con voz enronquecida.

—Hola, preciosa. ¿Quieres pasar un buen rato?

—Siempre. —Lorena apuntó con la cabeza hacia el interior del departamento y cerró la puerta detrás del hombre.

Era lunes y ella no solía divertirse el lunes, pero a la vista del trabajo extra que acababa de aceptar, tal vez era una buena idea. Necesitaba relajarse, ya lo creía. Le quitó la botella, que estaba abierta y a medio consumir, dio un buen trago y desabrochó los botones de la camisa del hombre para revelar el pecho que recorrería lentamente con la lengua.

CAPÍTULO DOS

Faltaban unos tres minutos para las cuatro de la tarde del jueves, cuando Lorena volvía caminando a su tienda después de un largo almuerzo. Llevó su mano al bolsillo trasero del pantalón, donde guardaba la llave, y tocó el borde de la cartulina que constituía la tarjeta de presentación del exquisito colombiano que acababa de conocer.

Tenía las intenciones de comprobar por ella misma si todo lo que se decía de ellos era verdad, así que debía realizar una llamada telefónica que se estaba haciendo imprescindible desde el martes en la mañana.

George, Geor, Gore..., no recordaba muy bien, quizás era simplemente Jorge, le había dicho, cuando se despidió después de la maratón sexual del lunes en la noche, que llevaban algo más de tres meses viéndose. De acuerdo a las normas de Lorena, ya había pasado su fecha de caducidad y, aunque lo pasaba bastante bien con él, nunca jamás rompía sus normas. Si no lo había llamado aún era porque no tenía un prospecto y ella no servía para estar sin un hombre al que recurrir en tiempos de necesidad. Pero con el chocolate colombiano de ojazos como la noche y, esperaba, un martillo entre las piernas que acababa de conocer, ya estaba lista.

Lorena era la primera en reconocer que no era una persona seria, excepto en la administración de su negocio; le gustaba sentir que estaba viva y una parte importante de eso era tener siempre un buen compañero de cama.

Según su experiencia, pasados los tres meses de relación, las cosas solían ponerse serias. No era tan libertina como para, realmente, acostarse con diez

hombres diferentes en una semana, pero diez al año era harina de otro costal.

Así pues, su vida *amorosa* funcionaba más o menos así: Chica conoce a chico, conversan un poco de cosas mundanas y superficiales, salen a tomar un trago, tal vez a bailar, jamás a comer porque en torno a los alimentos uno tiende a hablar de más. Luego, chica y chico buscan una superficie lo suficientemente plana y fuerte para soportar el vaivén de sus cuerpos.

Si la cosa iba bien, podían dar el siguiente paso e intercambiar domicilio y seguir con el mambo horizontal en cualquiera de sus camas. Tres meses después, si Lorena los aguantaba tanto y si las cosas no se ponían serias por parte de ellos antes de tiempo, un dulce beso y un sentido adiós.

Si el chico era realmente bueno y era tan liviano de cuerpo como Lorena, podía haber una segunda parte, pero después de al menos un año de no verse.

A veces, también le daba alegría a su cuerpo de manera momentánea. Es decir, salía a bailar sola, con Isabel, Pamela o alguna otra, conocía a un tipo buenazo y vamos dándole, pero no consejo. Sin intercambio de nada, ni siquiera de fluidos corporales porque ella no los besaba jamás y exigía el uso del preservativo. Después, si te he visto ni me acuerdo.

Lorena era feliz y estaba satisfecha.

Pero no estaba ciega, por lo que notó al hombre trajeado que descendió del Lincoln negro y abrió la puerta trasera. Una delgada y larga pierna enfundada en una media de seda con los Manolos más espectaculares hizo su aparición, acompañada en seguida de su hermana gemela.

Después, la mujer más hermosa, elegante y sofisticada del universo completó el cuadro con su clásico Chanel rosado.

Lorena estaba acostumbrada a las mujeres hermosas, altas y delgadas. Aparte de las modelos con las que trabajaba, su prima era así y ella misma no lo hacía nada de mal. Su tía Coté era la mujer más elegante y sencilla del mundo, su madre era terriblemente sofisticada. Con Anjelica estaba acostumbrada a ver creaciones de las grandes casas llevadas como quien se pone su pijama más cómodo. Pero esa mujer...

Gabriela Matus era, en una palabra, espectacular.

—¿Señorita Irribarren?

¡Diablos!, además tenía una voz dulce y perfectamente modulada.

—Buenas tardes, señorita Matus. —Lorena no sabía si extender su mano o no, en ese momento no podía recordar cuál era la norma de cortesía que aplicaba.

De hecho, en ese instante no podía entender por qué esa criatura celestial la buscaba a ella, que, vestida con un pantalón de mezclilla roto en las rodillas, botas que definitivamente necesitaban jubilarse, una camiseta que nació siendo negra y en ese momento, con suerte, era gris, y su abrigo más grueso y más viejo, se sentía como un niño mendigando a la salida de una iglesia de los barrios altos.

El maquillaje de Gabriela era perfecto. Lorena no llevaba más que el delineador de sus ojos. Los diamantes en las orejas de Gabriela deslumbraban y las pesadas cadenas de platino seguramente le impedían el movimiento de sus manos. Lorena llevaba varias tiras de cuero y retazos de tela que ella misma había pegado o cocido, según como se sintiera. Gabriela tendía su mano, Lorena no supo cómo fue capaz de hablar.

—Encantada de conocerla —dijo Gabriela, aun esperando que Lorena le diera su mano—. He seguido su carrera por varios años y, a decir verdad, me encantan sus diseños, los encuentro originales y refrescantes, muy bien pensados y estructurados. Varias veces he considerado venir a verla, de hecho, quería que me hiciera un vestido el año pasado, pero justo se fue a París y no pudo ser. Pero esta es una oportunidad que no puedo dejar pasar.

Entonces Lorena pudo relajarse y sonreír. Que ella eligiera vestirse como una zarrapastrosa de vez en cuando no quería decir que no pudiera hacer que cualquier mujer pareciera salida de un cuento de hadas. Levantó su mano, estrechó brevemente la de Gabriela y la guió hasta la entrada de su tienda.

—Muchas gracias por sus amables palabras, señorita Matus. Por favor, acompáñeme al interior.

Abrió la puerta y prendió las luces. La estancia cálida y luminosa las recibió con el aroma de un excelente café brasileño. Lorena se dirigió inmediatamente al aparador y vertió el agua y encendió la cafetera. Por si acaso, también preparó el hervidor. Puso en una bandeja dos tazas de fina porcelana y se giró para mirar a su invitada.

—¿Prefiere té o café?

—Café, si es tan amable.

—Por supuesto. Por favor, tome asiento mientras está listo el café y yo voy a sacarme mi ropa de calle.

Para los casos de emergencia, como ese, Lorena tenía guardadas algunas prendas en la bodega de las telas. Entró en lo que consideraba su oficina, maldiciendo su ocurrencia de no tener un acceso directo a la bodega desde la sala de recepción. Isabel se lo había dicho, Adriana estuvo de acuerdo. Incluso su padre se lo comentó, pero Lorena rechazó la idea. No quería que sus clientes tuvieran la posibilidad de inmiscuirse donde no les correspondía. Lo malo era que ella tenía que darse la vuelta del perro a través de la sala de confección.

Se dio la ducha más corta de su vida, se puso el traje que mejor le sentaba, se maquilló rápidamente, dándole gracias... «¡Ah, no!», gritó para sí. «Yo aprendí esto sola». Calzó unos zapatos de taco altísimo que ella misma había modificado para combinar con el traje, y salió en el momento preciso en que la cafetera emitía un breve pitido.

—Justo a tiempo —comentó Gabriela—. Tal como a mí me gusta. Y el cambio es impresionante, si me permite el atrevimiento. Es exactamente lo que quiero, el porqué no voy directamente a Europa a buscar este vestido.

—Muchas gracias, señorita Matus. Y no se preocupe, atrevimientos como ese están no solo permitidos, sino que también son exigidos en este templo a la belleza femenina.

Con una delicada sonrisa, Lorena acercó la bandeja con las tazas de café que había preparado, le entregó la suya a Gabriela y fue a su lugar.

—¿No confecciona ropa de hombre?

—No es mi especialidad, pero cuando un espécimen realmente magnífico hace acto de presencia, yo hago una excepción.

—Como Baran Vinogradov.

—Oh, sí, el primo Barney es una excepción a todas las reglas.

—¿El primo Barney?

—Es una broma familiar. Me imagino que sabrá que su esposa es mi prima.

—Claro que sí. Una maravillosa bailarina, señorita Irribarren. ¿Cuándo vuelve a las tablas?

—Por favor, llámeme Lorena. —Gabriela sonrió aceptando tácitamente su propuesta—. Y en respuesta a su pregunta, me imagino que en un par de meses. Acaba de ser madre.

—Así escuché. Yo patrocino al Teatro Municipal... Es decir, no yo, sino que la fundación de mi familia. También conozco a su madre, Camila Arrigorriaga, una excelente artista plástica. Una lástima que no exponga más.

—A mamá le gusta pintar, no exhibirse.

—De todas maneras, quisiera saber si hace trabajos por encargo. Creo que ella tiene las destrezas necesarias para poder plasmar a mi bebé.

—¿Su bebé? —preguntó Lorena con una ceja arqueada. No tenía idea de que la mujer fuera madre, de hecho, creía que era soltera, por eso había preparado varias propuestas para un vestido de novia.

—Sí, mi Fifi —replicó la mujer con un gesto tierno—. Es una Pomerania de trece años y temo mucho que no le quede tanto tiempo en esta Tierra. —Gabriela pasó uno de sus blancos dedos por la delicada piel de la mejilla—. Padece el síndrome de Legg-Calvé-Perthes y quisiera hacerla retratar antes de que me deje. Sé que suena bastante hueco. —Lorena se mordió los labios, aparentemente no era tan buena como pensaba en ocultar sus pensamientos—. Y podría decir «qué mujer más banal», pero Fifi fue el último regalo de mi abuela, me la trajo directo de Alemania, y me ha acompañado casi la mitad de mi vida.

—Comprendo —murmuró Lorena, aunque no lo hacía en verdad, solo recurrió a lo que sabía—. Mi amiga Adriana es amante de los animales, tiene un perrito, no sé qué raza, se llama Reggie y es un auténtico incordio, bastante salvaje además, pero Adriana lo adora y vive tomándole fotografías.

—Yo misma tengo varios álbumes llenos de fotos de Fifi, pero lo que quiero es algo espectacular para poner en lo que será la oficina de mi nueva casa.

¿Nueva casa? Eso sonaba a planes de matrimonio. Lorena hizo el baile de la victoria mentalmente.

—¿Cuándo es el enlace? —preguntó Lorena atrevidamente.

—¡¿Cómo...?!

—No se preocupe, nadie me ha dicho nada, llámelo intuición femenina.

—Es un alivio. Aún no hemos hecho público el compromiso, Nachi no quiere hacer de esto un circo de tres pistas. Dice que invitar a dos ex presidentes a la boda es suficiente, que no quiere, además, salir a cada rato en las revistas y diarios.

—Por supuesto —concedió Lorena. «¿Nachi?», se preguntó. Fifi ya era bastante ridículo, aunque considerando que era un perro, pasaba. Pero ¿qué hombre que se precie deja que le digan Nachi? Sonaba al esposo de Fifi, no al de *lady* Gabriela.

—Si puedo hablar en confianza...

—Naturalmente.

—Estoy tan feliz con mi matrimonio. Nachi en verdad es perfecto. Yo sé que muchas mujeres dicen eso de sus novios, solo para después llevarse una enorme decepción. Pero Nachi... Ah, él es maravilloso. Pertenece a una de las familias de más raigambre en nuestro país, descendiente directo de uno de los más grandes héroes nacionales, cuya presencia en las Batallas por la Independencia de Chile alentaba corazones y azuzaba brazos. Y él, Nachi, es así. Está a un paso de convertirse en el gerente más joven de esta enorme multinacional dedicada a la exploración y explotación minera.

—¿La Corporación VDM?

—Justamente. Olvidaba que Anjelica es su clienta. ¿Cómo fue que consiguió ese tremendo contrato?

—Tommy es amigo de mi prima. —Y, considerando que ella fue una de las reclutadas para poner celosa a Teresa y que Thomas la abrazaba y besaba en la mejilla sin ningún problema, también podía considerarse su amigo.

—Por supuesto. Thomas. Pero él no se dedica al negocio familiar. —Había algo en el rictus de Gabriela que Lorena no sabía cómo interpretar. Si no la conociera bien, es decir, si no conociera bien a las de su clase, pensaría que era dolor—. También se dedica al arte, *ballet*, específicamente.

—Con un enorme fideicomiso bien asegurado, es fácil seguir tus sueños.

—Hay que ser muy valiente de todas maneras —opinó Gabriela, acentuando el gesto que Lorena pensó que era molestia—. Ir en contra de tu familia cuando es tan poderosa como los Van der Meer.

—Bueno, Tommy no va exactamente en contra de su familia, solo a su padre le molesta que sea bailarín. Y como son su primo y su hermana los que están a cargo de la Corporación, no hay mucho que el viejo verde de August pueda hacer. Pero no estamos...

—Por lo que sé, su madre también tiene algo de experiencia en esas lides. —¿Qué? Lorena no entendía a qué venía ese comentario—. De hecho, por lo que escuché a mi hermano mayor en una ocasión algunos años atrás, su tío siempre habla mal de su madre, la acusa de abandonarlos y de ser el motivo de la ruina de Obras Civiles Arrigorriaga. Mi hermano, claro, sonaba feliz, ya que acababa de comprar los despojos que él mismo provocó, a mi modo de ver.

—No sé qué decirle, la verdad. —Lorena intentaba no sonar muy molesta, cada vez le gustaba menos ese posible negocio y, si no fuera porque lo necesitaba, habría dado una patada en el trasero a *lady* Gabriela—. Excepto que mi consciencia social me obliga a rebelarme en contra de la monopolización de las riquezas que ocurre en este país. Por otro lado, me alegro de que el hombre que despreció a mi padre haya terminado tan mal. —

Hizo una pausa, se humedeció los labios y siguió—. Ahora sé que decirle. Me da lo mismo lo que le pase a los otros Arrigorriaga, a mí solo me interesan tres: mamá, mi hermano y yo misma.

—La entiendo, que ame a mi padre y a mis hermanos no quiere decir que apruebe todas sus estrategias.

—Por supuesto —concedió Lorena con una sonrisa tirante—. Disculpe, señorita Matus, pero al menos yo...

—Gabriela, por favor.

—Gabriela. Yo no tengo mucho tiempo y, aunque no tengo problemas con una hora de charla intrascendente y un buen café, hablar de personas tan desagradables no me interesa. Si realmente desea que confeccione su vestido de novia, por favor, hablemos de negocios.

—Por supuesto.

Entonces Gabriela comenzó a hablar de los planes de boda, del lugar tan exclusivo donde se realizaría, de la decoración, de la comida y, naturalmente, de Nachi. Que Nachi era tan guapo, que era tan inteligente, que tenía tan buenas ideas y tan buen gusto. Que Nachi era tan caballeroso, tan buen hijo, tan querido por toda su familia que incluso su padre lo había aprobado inmediatamente. Que ella tenía tantos deseos de acompañar a Nachi en sus incursiones en la política, porque siendo descendiente de quien era, no podría quedarse en la industria privada toda la vida...

Al cabo de media hora, Lorena quería comer hasta reventar y luego vomitar a Nachi de pies a cabeza.

Como pudo, consiguió que Gabriela mirara algunas revistas para hacerse una idea de lo que la mujer quería, y fue otra terrible tortura. Que de este le gustaba la falda, pero era demasiado amplia. Y esa era muy estrecha. Que este tenía mucho escote, este no tenía suficiente vuelo, el otro parecía un merengue...

Diez minutos después, quería confeccionarle *El traje nuevo del emperador*, es decir, mandarla desnuda a su boda para que sufriera tanto como Lorena en

esos momentos.

Era la hora de sacar la artillería pesada. Así que cogió su propio álbum con las fotografías de los vestidos que había diseñado hasta el momento. En ese caso, no fue una tortura real, solo un montón de piquetes de mosquitos cayendo todos juntos sobre un centímetro de piel.

El vestido de Francisca era fantástico, pero había que ser pequeña y delicada como ella para lucirlo. El de Adriana era una monada... para una mujer tan voluminosa. No había usado esas palabras, pero fue lo que Lorena interpretó. El de Anjelica era precioso y muy pretencioso porque, claro, ella era la vicepresidenta de la Corporación VDM y su novio, un famosísimo *quaterback*.

—A todo esto, tú que conoces personalmente a los Van der Meer, ¿crees que aceptarán la invitación a mi boda con Nachi?

Esa pregunta de *lady* Gabriela casi la sacó de quicio.

En honor a la verdad, debía reconocer que no era una mujer antipática. Más bien, probablemente lo contrario. Lo intentaba demasiado y no resultaba natural.

—¿Puedo hablar francamente contigo, Gaby? —La mujer solo pudo abrir la boca antes que Lorena dijera exactamente lo que pensaba—. No tienes que venderme el evento del siglo, no me importa si tu novio es tal dechado de virtudes que debemos llevarlo inmediatamente a la Congregación para la Causa de los Santos, no me interesa si te gustan o no los vestidos que he hecho anteriormente, ya que fueron confeccionados para personas muy específicas y no para ti. Lo que tengo en mente para ti no le va a servir a nadie más. Y respecto a Tom, Anjelica y el resto de los Van der Meer, no tengo ni idea, pero cuando Tom venga en unos diez días más a conocer a mi sobrino, se lo comentaré, si así quieres, ya sea que me encargues el vestido o no. —Lorena exhaló con fuerza, aliviada por haber dicho todo lo que quería sin interrupciones.

—Nadie me dice Gaby, mis amigos me llaman Gaba. —Gabriela mordió su

labio inferior conteniendo una sonrisa—. Espero que tus buenos deseos se hagan realidad y mi boda sí se convierta en el evento del siglo. Por Dios, espero que mi Nachi no se convierta en un santo... es demasiado perfecto para ser tal cosa. Me encantan los vestidos que has confeccionado antes, por eso estoy aquí. Y te agradeceré que puedas entregarles la invitación. Nachi dijo que bajo ningún aspecto se convertiría en correo en su próximo viaje a tierras norteamericanas, y yo no tengo manera de hacerles llegar la invitación, excepto por el auténtico correo, y eso es de muy mala clase.

—Ya que estamos de acuerdo —Lorena se puso de pie e hizo algo que jamás hacía en la primera entrevista con un cliente—, acompáñame, por favor.

—¿A dónde vamos? —preguntó Gabriela, viendo que Lorena abría unas puertas corredizas a su izquierda.

—Al corazón de mi negocio, la sala de diseño y confección.

Lorena precedió a Gabriela a una habitación mucho más grande que la recepción. Mientras que la primera era muy acogedora, tenía varias sillas cómodas, un escritorio, un aparador con la cafetera y otras pocas cosas, la segunda era un aglutinamiento de muebles, maquinarias y otros elementos de trabajo.

Al menos del doble del tamaño, justo a la derecha de la puerta, había una mesa de dibujo con una banca alta. En la pared a su lado, una pizarra de acrílico, un tablero de corcho con muchos bocetos; un poco más allá, un estante con patrones, muestrarios de telas, botones, hilos y otros materiales.

Al fondo, un centro de planchado, un mesón, tres maniqués y tres máquinas. Una para coser, otra para bordar y una *overlock*. Tiradas, casi con descuido, las tijeras abundaban en la habitación.

—¿A dónde lleva esa puerta? —preguntó Gabriela parada en un espacio vacío en el centro—. ¿Y esa?

—La corredera, a la bodega, donde los clientes no tienen autorizado el paso. Por consideraciones a su seguridad —explicó Lorena, pero la verdad era que la bodega era el punto negro en cuanto al orden—. Y la otra, al probador.

—Es fantástico, pequeñito y ordenado. Yo siempre pensé que un taller de confección de ropa sería un desastre gigante. De hecho...

—Muchos, la mayoría, son así. El tamaño varía según crece el negocio, claro —replicó Lorena con una mueca, ya pronto tendría que usar una de sus afiladas tijeras sobre *lady* Gabriela si ella seguía con esos comentarios tan desatinados—. Respecto del orden, solo puedo agradeceréselo a mi prima Isabel y a mi padre, que confeccionaron los muebles de tal manera que pueden moverse al momento de utilizarlo, y así queda más espacio.

—No era mi intención ofenderte, Lorena. Todo lo contrario, me parece admirable para una mujer de tu edad haber crecido tanto. Y esa pasantía en París... uf, qué envidia. —Francamente, Lorena no sabía si la estaba alabando u ofendiendo, porque eso de «una mujer de tu edad» había sonado a que le decía vieja. ¿O estaba siendo muy paranoica?

—Gracias —prefirió tomar la vía diplomática y tratar de cerrar el tema—. Mira, tengo unos dibujos acá...

—Oh, que preciosos. —Gabriela miraba la pizarra de corcho donde Lorena tenía los dibujos de la colección para los almacenes—. Me encanta ese. ¿Es cuero esa aplicación en la cintura? ¿Cuánto saldría confeccionarlo rápidamente? Necesito un traje para una reunión de negocios que tengo la próxima semana, y ese sería fantástico.

—La verd... —Iba a decir que no estaban a la venta, pero tenía muchos modelos para incluir en la colección y podía prescindir de uno, especialmente uno que ya estaba cortado—...ad es que podría tenerlo para el miércoles, pero la tela es costosa... No como que eso sea un problema para ti, claro. Y sí, la aplicación es de cuero, el corte sirve para remarcar la cintura en una mujer con el cuerpo tipo rectangular.

—O sea flaca y sin nada que mostrar.

—En realidad, no importa si es delgada o gordita, siempre que no tenga curvas marcadas.

—Bueno, si puedes tenerlo para el miércoles, dime el precio y te dejo el

cheque inmediatamente.

—Perfecto. Tendría que tomarte las medidas... pero eso lo voy a hacer de todas maneras. Por eso te hice pasar para acá. Y para mostrarte los bocetos que preparé para ti.

—¿Tienes preparados bocetos para mí? ¿Específicamente para mí? ¿En serio?

—Algunas ideas sueltas de vestidos de noche y de novia. Mis dos apuestas de qué era lo que querías.

—Bien, veamos entonces.

Al ver los bocetos, Gabriela pagó sus incivildades con creces, le gustaron tanto que le pidió que confeccionara todos los vestidos de noche que tenía y eligió tres de novia, aún no sabía por cual se iba a decantar definitivamente, ya que quería verlos con algunas modificaciones.

Como insistía tanto en que no importaba el dinero, Lorena seguía mostrándole características especiales mientras en su mente el valor de la factura subía más y más. Ni siquiera pestañeó cuando Lorena le dijo el costo de los trajes ya solicitados y el posible precio final del vestido de novia, simplemente sacó su chequera y una pluma de oro, que haría las delicias de Adriana, y firmó.

Se despidió prometiendo que volvería el siguiente miércoles por la tarde a buscar el traje prometido y a elegir definitivamente el vestido de novia.

Lorena fue a la bodega y se sacó el traje. Volvió a ponerse su ropa vieja y se recostó por unos momentos sobre el montón de telas que estaban tiradas junto al mesón abatible, una idea genial de su prima para no tener que llevar los rollos de tela a la sala de confección, pero que en ese momento no podía usar porque los rollos estaban tirados ahí mismo.

Después de los quince minutos de descanso que se dio, fue a llamar a la costurera para confirmarle que la necesitaría todo el día durante un par de semanas, y se dispuso a trabajar.

Como no quería parecer tan ansiosa, Lorena esperó hasta la tarde del día viernes para llamar al colombiano. Él se mostró muy dispuesto a reunirse con ella en un bar esa noche. Inmediatamente llamó a George o Gore o cómo se llamase y cortó con él. Se estaba arriesgando a quedarse sin nada y lo sabía, pero ya no quería volver a ver al gringo.

Se vistió dispuesta a divertirse, o sea, una falda corta, una tanga mínima, medias, tacos altísimos, camisa apretada con botones grandes y fáciles de abrir, nada de sostén y un abrigo largo.

Llamó a un taxi pensando que si todo salía como calculaba con *lady* Gabriela, pronto podría decirle a su prima que necesitaba un automóvil pequeño y económico.

En el bar todo salió como esperaba. Un par de tragos, algo de conversación muy alegre, dos bailes, uno de ellos tan apretados que confirmó que el colombiano tenía un martillo entre las piernas, y dio el salto para hacer uso de tan magnífica herramienta.

Se despidieron con la promesa de volverse a encontrar el viernes siguiente.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, pensaba en que su vida estaba mejorando.

Excepto el par de horas que fue a visitar a Francisca, a quien ya habían dado de alta junto con el bebé, trabajó todo el fin de semana. Aprovechó de tantear el terreno con Isabel, quien le comentó que justamente tenía el vehículo ideal para ella, pequeño y lo suficientemente económico como para que Lorena pudiera permitírselo.

—Tu cumpleaños no es luego, pero te regalo la mano de obra en adelante y te cobro solo los materiales y el costo del auto en sí —dijo Isabel—. Y le pedimos a Adriana que prepare un plan de pago adecuado para ti.

Lorena aceptó el trato inmediatamente. El martes, Isabel y Juan, que era su mano derecha en el taller, fueron a dejarlo a las puertas de la tienda.

El miércoles, Gabriela fue a buscar la ropa que Lorena alcanzó a tener lista, eligió el vestido de novia y prometió volver el jueves siguiente a dejarle las invitaciones para los Van der Meer, ya que Lorena le contó que Thomas llegaría ese día y pasaría el fin de semana en Chile.

Para el viernes, ya extrañaba a su colombiano. Bueno, ya extrañaba la herramienta de su colombiano, así que, cuando él la llamó, ella lo invitó a su departamento. Nunca los invitaba tan luego, pero se sentía dichosa y quería celebrar.

Cuando llegaron los amigos de Francisca y Baran era imposible sacarle la sonrisa de los labios. Todo iba tan fantásticamente bien que era para no creerlo. Estaba en una de esas fases productivas y creativas que ya quisiera poder controlar mejor. Había terminado y entregado los diseños, patrones y ejemplos de la colección, consiguió terminar todos los encargos de *Exclusive* en la mitad del tiempo, por lo que pudo aceptar más clientas, le encargó muchas cosas, preciosas cosas, a Pietro y, en ese momento, acariciaba un trozo de encaje Chantilly como si fuera su colombiano, a quien no pudo ver ese viernes porque se reunirían todos en la casa de su prima.

Y siguió y siguió, trabajaba día y noche sin descanso pensando en lo bien que iba todo.

El siguiente viernes terminó su buena racha.

Su colombiano la llamó para decirle que había salido de la ciudad y que no podría verla, pero le prometía que pasaría por su departamento el siguiente martes, día que ella no podía recibirlo porque tenía un desfile de caridad.

—*Quizás el próximo viernes* —le dijo él con su sabroso acento.

—Quizás —respondió Lorena vagamente, porque se sintió de pronto desencantada.

Sin importar nada, el sábado se tomó la tarde para descansar. Así que se fue a su *mall* favorito, donde estaba una botonería que la volvía loca. Se compró un helado, se paseó por las tiendas mirando lo que ofrecía la competencia. Vio a dos muchachitos bailar frente a un juego electrónico y a una mujer salir de

una peluquería con el corte más horroroso del año.

Por dos horas incordió a los dependientes de la botonería, consiguió que mostraran toda la nueva mercadería de la que eligió tantas cosas que perdió la cuenta. Pagó y pidió que le enviaran el pedido a su tienda el lunes.

Ya estaba dispuesta a irse a su casa cuando una cortina dorada entró en su visión. «*¿Lady Gabriela en un lugar tan del pueblo?*», se preguntó, pero no podía ser otra. La elegancia y sofisticación de la mujer destacaban incluso en un vulgar pantalón de mezclilla con zapatillas deportivas y un jersey turquesa.

Entonces lo vio.

Quiso huir, aprovechar que Gabriela no la había visto aún. Trató de alcanzar la escalera de emergencia más cercana, no importaba nada más, solo abandonar el recinto tan pronto como fuera humanamente posible.

Pero la suerte no estuvo de su lado y escuchó la voz de la mujer viajar hasta ella.

—¡Lorena! ¡Qué coincidencia encontrarte aquí!

Ya no había nada que pudiera hacer, estaba atrapada. Respiró profundamente, tratando de obligar a su corazón a dejar de latir tan desbocado, que su piel no pareciera sacada de una película de terror, que sus ojos volvieran a las órbitas. Como pudo, se giró y deshizo lo andado.

—Gabriela, buenas tardes. Esta sí es una sorpresa —dijo como pudo, sin mirar al hombre que la acompañaba, rezando por un milagro. Un auténtico milagro.

—Es que me dijeron que había una tienda que traía cubiertos de plata muy hermosos y quise comprobar por mí misma. Arrastré a mi Nachi porque es para nuestro nidito. —La muchacha sonrió tan candorosamente que Lorena sintió que la Tierra se remecía bajo sus pies—. Te presento a mi novio. Cariño, ella es Lorena Irribarren, de quién te hablé. Me hizo ese precioso traje que usé para la presentación del nuevo proyecto de la fundación y el vestido que voy a estrenar en la fiesta del próximo sábado. También me está haciendo el vestido de novia. Es realmente una diseñadora fantástica. ¿No crees, amor?

—Claro, Gabriela. Un gusto.

Lorena vio la masculina mano que le tendían y supo que no tenía alternativa. Después de tantos años, pasaría. Su mayor temor.

—Un gusto —respondió como pudo y estrechó brevemente la mano que le ofrecían.

Por suerte, Gabriela empezó a contarle del éxito obtenido con el traje y cómo la había puesto por las nubes. Que la mitad de las mujeres presentes quería pedirle cita y el resto se iba a presentar sin más en su tienda. Y siguió, siguió, sin darse cuenta de que ninguno le contestaba. De hecho, él ni siquiera las miraba, según pudo constatar Lorena por el rabillo del ojo.

¿Cómo podía ser eso? ¿Cómo? Pero era verdad, la quemazón de su mano lo confirmaba.

Justo frente a ella, Ignacio Antonio Carrera Goicochea. Aunque ella siempre lo llamó Antonio, él se presentó así cuando lo conoció en la academia de modelaje de su tía. Y Julio, el único amigo que tenían en común, lo ratificó un año después. Todo porque su padre se llamaba de la misma manera y en la casa él era Ignacio o Nacho y su hijo, Antonio. Toño.

Antonio, el hombre con el que su prima la había unido en sus locas predicciones. El hombre que la conquistó y la sedujo con la sencillez de sus modales y lo elevado de su inteligencia. Con su pelo salvaje y su espíritu aventurero.

Y los besos más dulces y cálidos del universo.

Su primer y único amor.

El hombre que le había destrozado el corazón hasta que tuvo una bomba automática dentro de su pecho, que se encargaba de mandar sangre limpia por todo el cuerpo.

—¿Entonces?

—¿Perdón? —preguntó Lorena al ver que Gabriela la miraba atentamente.

—Te preguntaba cómo te fue con los Van der Meer. Pero pareces distraída.

—Cansada más bien. He tenido mucho trabajo. Hoy me lo di de descanso,

pero debería estar en la tienda. —¡Maldita sea! ¿Por qué no estaba en el taller?—. Pero necesitaba descansar un poco.

—Tienes unas ojeras espantosas, perdona que te lo diga. —Gabriela entrecerró los ojos y la miró, crítica—. ¿Qué maquillaje usas? No importa, cámbialo, no está haciendo su trabajo.

—En estos momentos no llevo nada —aclaró la diseñadora. No se había sentido con ánimo de arreglarse, por eso andaba con la ropa más vieja y cómoda que tenía, el pelo suelto y desordenado, y su rostro era un lienzo en blanco. O en blanco y gris, a juzgar por la ceja arqueada y ligeramente despectiva de Gabriela.

—Me haces sentir culpable —dijo Gabriela—. Yo te he dado mucho trabajo.

—No te preocupes. Hoy y mañana descanso y el lunes vuelvo a trabajar. Si me perdonan...

—Pero no me dijiste cómo te ha ido con los Van der Meer. Nachi, cariño, la prima de Lorena es Francisca Soubllette, ya sabes, la bailarina. Y ella es amiga de Thomas van...

—Sé de quién hablas —aclaró Antonio con la voz ronca y aún sin mirarla.

—Bueno, la cosa es, querido, que Lorena amablemente le entregó las invitaciones para nuestra boda. ¿Qué te dijeron?

—De partida, el único que vino fue Tommy, a quien las cosas de la Corporación le importan una mi... quien no se mete en las cosas de la Corporación. Menos ahora que... eh... tienen una producción en mente. —Lorena no sabía muy bien que estaba hablando y esperaba no cometer alguna imprudencia como decir que por fin Teresa había aceptado casarse con Thomas y era el único tema que le interesaba. Y después se dio un par de cachetadas por imbécil. Él le ofreció una de las invitaciones para que ella la viera, pero a Lorena no le interesó, prefirió ir a incordiar a Malik. Si la hubiese visto sabría que Antonio era... que él era... Si ni siquiera podía pensar en las palabras «Antonio es el prometido de Gabriela», ¿cómo podría pronunciarlas?—. Me dijo que se las iba a entregar a su hermana y primo,

pero que creía que ninguno podría asistir, ya que Anjelica está... eh... un poco enferma. —En realidad, estaba embarazada—. Y su primo no... eh... está hasta los topes de trabajo. —A Adam no le interesaba la boda de alguien tan insignificante como el posible gerente de una división tan lejana.

—Oh, qué pena. Tenía mucha ilusión en...

—Disculpen —Antonio la interrumpió bruscamente—. Gabriela, debemos irnos, recuerda que viajo hoy a las diez de la noche.

—Claro, mi amor, siento haberlo olvidado. Te voy a extrañar mucho.

—Que estén bien, nos vemos para la prueba el lunes, Gabriela. —Lorena se despidió rápidamente, no podía soportar las palabras cariñosas de la otra mujer.

Trató de no correr, pero llegó muy apresuradamente al ascensor que la llevaría hasta el estacionamiento. Una vez ahí se subió a su automóvil y salió del *mall*. Temblaba tanto que a un par de cuadras volvió a detenerse, se apoyó en el manubrio y dejó que su cuerpo se remeciera incontroladamente mientras los recuerdos inundaban su cabeza.

CAPÍTULO TRES

Trece años antes

—¡Lore! ¡Lore, aquí!

Lorena se giró para ver a su querido amigo Julio, estudiante de fotografía y quien era capaz de sacar el mejor partido a sus propias creaciones, y sonrió.

Julio no era lo que alguien calificaría como atractivo. Un par de centímetros más bajo que ella, con un ligero sobrepeso, enormes lentes de carey y el pelo cortado al cero, no llamaban la atención de las féminas en general, hasta que Julio empezaba a hablar. Y era un hombre tan interesante, con tantas historias divertidas que contar, que al final de la noche solía ser quien se llevaba a la chica que quería.

Lorena nunca había sido esa chica. Desde el comienzo, Julio le aclaró que se llevaban demasiado bien como para estropearlo todo con un romance breve y sin sentido, que era lo único que él ofrecía.

Lorena se había reído de la disparatada postura, pero finalmente le había encontrado la razón. Tal vez se habría dejado conquistar por el muchacho. Sin embargo, la verdad era que lo prefería de amigo. De mejor amigo.

Se conocieron cuando Lorena llevaba tres meses en el Instituto de Artes y Diseño. Julio iba en segundo año y era muy popular. Un día se le acercó para pedirle que le diera el teléfono de la muchacha que modelaba sus vestidos. Lorena había sonreído, irónica. Siempre era Isabel, siempre.

—Te advierto que mi prima aún es menor de edad —dijo mirándolo fijamente.

—Voy a hacer correr por ahí esa información. —Entendiendo automáticamente la alusión, el joven se sentó a su lado en el pasto y apoyó la cámara fotográfica sobre sus piernas—. Tenemos muchos estimados profesores que la miran como si fuera un postre particularmente exquisito. Y la mayoría de los alumnos no se queda atrás. Pero yo la quiero para que me ayude con un trabajo que tengo que presentar el próximo mes.

—Como excusa es muy buena —espetó Lorena.

—Yo no persigo muchachas bonitas.

—¿Muchachos bonitos entonces?

—Las muchachas bonitas me persiguen a mí.

Ese había sido el inicio de una maravillosa amistad.

Y cinco meses después, Julio le había pedido su apoyo moral en una exposición que debía realizar como parte de su preparación. De tal manera que ahí estuvo ella, dispuesta a hablar maravillas de su amigo a quien quisiera escucharla.

—Por fin llegaste, mi amor —dijo Julio cuando llegó a su lado, besándole la mejilla—. Te ves despampanante. Absolutamente irresistible, cariño. Una lástima que te quiera tanto, porque hoy te daría hasta hacerte desmayar.

—Ya quisieras tú que usara mi espalda para ti —replicó Lorena muerta de la risa y levemente colorada. A pesar de su desparpajo para hablar de esos temas, Lorena era virgen. No porque lo quisiera, sino porque aún no encontraba a nadie que le interesara lo suficiente para dejar de serlo.

—Espalda, rodillas, *a la paraguaya*. Como fuera, podría hacerte *gozarrrrrrrrrrrrrrrrrr*. —El mismo Julio se rio de lo absurdo de su comentario—. La verdad es que me cortaría espantosamente —confesó a media voz—. Con una mujer tan preciosa como tú, hay que tener así las pelotas para pretenderla.

—Tulio, eres el imbécil más grande del universo, mira que hablar de tus pelotas delante de una señorita.

Lorena se giró para ver a quién pertenecía esa voz y casi se atraganta. No era otro que el adorado sobrino de *madame* Danielle, la directora de la

academia de modelaje donde todo el Quinteto había pasado las tardes del miércoles y el sábado estudiando modelaje, cómo no, pero también aprendido a maquillarse, vestirse, protocolo y normas sociales, cómo hablar en público, cómo sentarse, y tantas cosas que ya ni siquiera distinguía una de la otra, simplemente actuaba.

—Lore, este es Antonio, a quien tengo la desgracia de tener como amigo desde los seis años. Toñito, esta preciosidad es...

—Lorena Irribarren —dijo Antonio interrumpiendo a su amigo—. Un placer volver a verte.

—Gracias. Igualmente —Lorena comprobó que Antonio no había cambiado mucho en el último año.

Seguía siendo muy guapo. Alto y delgado, con la piel blanca oscurecida por el sol, ya que pasaba mucho al aire libre. Sus ojos verde oscuro brillaban en medio de las pestañas largas, gruesas y abundantes. La novedad era el mentón cuadrado perfectamente afeitado y el pelo amarrado en una coleta. Limpio, para variar un poco. Antonio era estudiante de geología y Lorena nunca lo había visto así, ya que sus múltiples salidas a terreno se lo impedían, pero esa noche... Lorena suspiró sin emitir un sonido.

Esa noche se notaba claramente que Antonio se había arreglado para ir a la exposición de su amigo, y Lorena estaba que babeaba.

—¿De dónde se conocen? —preguntó Julio mirando de uno al otro.

—De la academia de mi tía —respondió Antonio.

—De la academia de *madame* Danielle —replicó Lorena al mismo tiempo.

—Ah, la mujer que le enseñó a la Bella Isabel todo lo que sabe. —Julio hizo un gesto muy teatral, moviendo las manos con grandes florituras—. Otra cosa que tengo que agradecerle a la tía Dany.

—Por favor, dime que no trataste de propasarte con la pequeña Isabel —pidió Antonio mirando fijamente a su amigo.

—¡No! —Julio se llevó la mano a su pecho fingiendo un desmayo—. Me advirtieron desde el comienzo que era intocable —agregó con un murmullo

fastidiado—, aunque yo no la calificaría como la «pequeña» Isabel.

—Me refiero a su edad, no a su estatura, Tulio —replicó Antonio—. Tiene, ¿qué? ¿Quince, dieciséis?

—Dieciséis—confirmó Lorena—. Falta más de un año para que salga de la veda.

—Por lo que me imagino que tu tío Cristian está preparando la escopeta.

—No —respondió Lorena seriamente, pero no pudo aguantar el tipo—. Él y mi tío Ismael trabajan con varios vehículos, les borran el número de serie del motor y los cambian hasta que resultan irreconocibles.

—Ah, el siempre clásico «atropello y huida». Tal vez me podrían ayudar...

—Toñito, tu hermana mayor ya no tiene solución, y si alguien quiere acostarse con la chica, yo le compro su alcohol, porque lo va a necesitar.

—Idiota... Yo usaría esos vehículos en mis primas, Piti y Poti.

—No me arruines la noche, Toñito, yo no las tocaría ni con un tanque. Pero a Dany —Julio se llevó la mano empuñada a la boca y la mordió—, me caso mañana mismo. No me importa que sea treinta años mayor que yo, que nunca me haya dado ni la hora del día y pase a ser tu tío. —Julio lanzó un profundo suspiro—. No entiendo cómo puede correr la misma sangre por las venas de una mujer como Dany y de ese par de bestias que tienes por primas.

—Probablemente el motivo por el que mi tía no te haya dado ni la hora es que, conociéndonos por tantos años, aún no captas que Piti y Poti son Pía y Lía Goicochea Méndez y Dany es Javiera Daniela Carrera Eguiguren.

—¿O sea? —preguntó Julio mirándolo desconcertado.

—Primas por parte de madre, tía por parte de padre —explicó Lorena constatando la exasperación de Antonio—. No tienen la misma sangre, idiota. Ehhh... Antonio. —Apretándose los labios y con los ojos muy abiertos, Lorena tironeó de la manga de la chaqueta de Antonio—. ¿*Madame* Danielle se llama Javiera Carrera?

—Sí —fue la escueta respuesta de Antonio.

—¿Cómo en la que bailaba la resbalosa? Ya sabes, «A la resbalosa, ay, niña,

gritaba José Miguel» —Lorena canturreó un verso de la canción escrita en honor de los Hermanos Carrera, una de las familias más influyentes de la independencia de Chile.

—Considerando que esa canción se escribió pensando en mi tía tatará, tía chozna o... Bueno, no sé en realidad, tía algo, creo que la respuesta es sí.

—¡Por qué no lo supe antes! —gimió Lorena—, me habría resultado tan útil...

—¿A la hora de bromear a costa de la pobre Dany? —fue la oportunidad de Antonio de apretar los labios evitando reírse—. No creo que necesitaras más municiones.

—Pero...

—Tulio. —Los tres jóvenes se volvieron para identificar al profesor jefe de la carrera de fotografía—. Tiene que circular. Esta es su exposición, no se puede quedar en un rincón cotorreando.

—Sí, profesor —respondió Julio y se alejó mirando de reojo a sus amigos.

—¿Por qué le dicen Tulio? —preguntó Lorena—. ¿Me ha tenido engañada todo este tiempo?

—Es su nombre legal, pero siempre se presenta como Julio porque odia su nombre —explicó Antonio.

—¿Por qué? No es tan feo...

—Si hubieses estudiado en un colegio de hombres con un montón de imbéciles que te lo cambiaban por los apodos más ordinarios del mundo, también lo odiarías.

—Entiendo. —Lorena se contuvo por aproximadamente dos segundos—. ¿Cuáles? —preguntó de forma tan inocente que Antonio primero se rio, luego rodeó sus hombros con un brazo y finalmente besó su frente.

—No seas intrusa, chiquilla —respondió de la misma manera en que solía hacerlo su tía—. Ahora vamos. Se supone que estamos aquí para alabar el trabajo de Tulio. Pero yo no tengo ni idea de nada de arte, así que voy a seguir tu ejemplo. Podemos dar una primera vuelta mientras tú me educas y en la

segunda fingimos que te conquisto soltando palabras grandes como «descontracturar el arte parcial»

—¿Qué?

—«*Construccionar* el arte marcial»

—¿Qué?!

—¿Reconstituir el arte mural?

—*Construccionar* ni siquiera es una palabra.

—No sé, es algo que me dijo Tulio.

—Ahhh... «Deconstruir el arte esencial» —corrigió finalmente Lorena—. Es un concepto en el que está trabajando Julio.

—Eso es lo que yo dije.

—Por supuesto.

—¿No es lo que dije?

—No.

Entonces se miraron y Lorena supo que la parte de él conquistándola no sería fingimiento. Al menos no en ella.

Recorrieron la exhibición fotográfica, conversando y comentando los trabajos, especialmente los de su amigo, ensalzándolo hasta las nubes, discutiendo los méritos de otros alumnos del instituto y haciéndole morisquetas a Julio cuando él hablaba con un profesor.

Lorena estaba cada vez más impresionada con Antonio.

No siempre lo encontró atractivo, una fatal ceguera le impedía ver al hombre debajo de la suciedad, pero después del día en que su prima hizo sus locas predicciones, una tonta tarde de juegos con el Quinteto y le llamara la atención sobre lo guapo que en realidad era, tuvo que darle la razón. Lamentablemente, poco después salieron de vacaciones en la academia de modelaje de *madame* Danielle, y ella no volvió porque ya había entrado al instituto de arte, así que no lo había visto más que en las escasas ocasiones cuando iba a buscar a sus amigas.

Por otro lado, le encantaba la manera que tenía de tratarla, como un perfecto

caballero, asistiéndola en lo que necesitara y guiándola a través de la sala con una mano en su espalda. También le fascinaba la manera en que absorbía cada nuevo conocimiento y sus opiniones claras y bien fundamentadas. En su vida, con su familia y sus amigas, el que no tenía una opinión o no sabía defenderse estaba frito.

Al término de la velada, Antonio, Lorena y todos los invitados tuvieron que retirarse para que los alumnos fueran evaluados. Julio le hizo un gesto a Antonio, él asintió y, poniendo la mano en la espalda de Lorena, la guió hasta su vehículo.

—Julio tiene hambre —comentó Antonio.

—Tremenda novedad.

—Así que vamos a ir por ahí a buscar algo para comer y tal vez un par de cervezas. ¿Vienes con nosotros?

—Podría comer. —Lorena asintió procurando que no se le notara que no tenía hambre, en realidad, solo quería pasar más tiempo con él—. Aunque no creo que los acompañe con la cerveza.

—¿No bebes?

—Prefiero los licores fuertes, tipo *whiskey*. Aunque en el tope de mi lista está el tequila golpeado. Me encanta como se me sube por la nariz, con las burbujas de la bebida.

—Una chica dulce y ruda. —Antonio sonrió, y Lorena pudo ver por primera vez como sus mejillas se quebraban con un tierno hoyuelo—. Me gusta la combinación. —El joven levantó una mano y presionó la punta de la nariz de Lorena entre dos dedos. Luego, acarició la tersa piel femenina y alcanzó a dar un paso para acercarse a ella cuando un grito los alertó que ya no estaban solos.

—¡Nota máxima! ¡Nota máxima! —gritaba Julio mientras corría—. ¡Aprobé con la nota máxima! Ahora, tengo que pensar en un proyecto para el próximo año... Bueno, primero tengo que aprobar las otras asignaturas.

—Todos nosotros —dijo Antonio con sencillez—. Este es mi último año,

por fin. El próximo ya me tocará salir al mundo laboral e independizarme.

—Lo dices como si te hubiera costado mucho llegar hasta acá. —Julio rodó los ojos, exasperado—. Desde niño sabías lo que querías hacer y siempre tuviste un camino liso y bien trazado para ti.

—Bueno, no es el único. —Lorena sintió la necesidad urgente de defenderlo—. Yo siempre supe que quería diseñar ropa. Y mis amigas...

—Además, hace sonar eso de salir al mundo laboral e independizarse como si fuese tan terrible para él. —Julio descartó con un movimiento de su mano el comentario de Lorena—. Me consta que su regalo de titulación es un departamento amoblado por parte de su abuelo, un auto cero kilómetro de sus padres... como si este que tiene ahora fuera muy viejo... y probablemente un viaje a Marte por parte de Dany, que lo adora como si fuera su hijo.

—¿Es verdad eso? —preguntó Lorena.

—Parece que eso de ser descendiente de un prócer de la patria paga bastante bien —contestó Antonio encogiendo los hombros.

—Entonces tú pagas las hamburguesas —concluyó Lorena cerrando la corta distancia que los separaba del automóvil—. Y también el tequila —agregó cuando él la ayudó a ubicarse en el asiento trasero del vehículo, ya que Julio se había subido adelante.

Las siguientes horas fueron muy divertidas. Se burlaron de todo y de todos, especialmente de las primas de Antonio. Lorena casi se cae de su asiento riendo al escuchar a los amigos explicando por qué merecían el poco agraciado apodo. Julio era el que más insistía en el parecido de las mellizas con los personajes televisivos de un programa humorístico de los años ochenta interpretados por dos hombres. Cuando empezaron con la canción que interpretaban, simplemente salió corriendo al baño.

Fueron a un restaurant de comida rápida y comieron hasta reventar, para después ir a un bar. Antonio bebió solo una cerveza, ya que estaba manejando, Lorena tampoco era muy bebedora, así que aceptó dos tequilas golpeados que la dejaron achispada y más alegre de lo habitual. Julio, por otro lado, estaba

celebrando, así que siguió pidiendo un vaso tras otro de distintos licores.

Cuando llegó la hora de pagar, Lorena le dijo a Antonio que no hablaba en serio cuando le indicó que él tenía que invitarla, pero él ni siquiera dejó que viera la cuenta. Julio, por su lado, estaba demasiado borracho para hacer nada más que mover los pies conforme Antonio le instruía.

Con mucho esfuerzo, y con la ayuda del hermano menor de Julio, consiguieron meterlo en la cama. Un sonoro ronquido fue su despedida.

En el momento en que se subieron nuevamente al automóvil, Lorena se puso ansiosa y triste por partes iguales.

Triste, porque le quedaban unos quince minutos en compañía de Antonio y probablemente no volvería a verlo en mucho tiempo, si es que llegaba a suceder.

Ansiosa, porque no parecía que él tuviera mucho apuro en ir a dejarla y, desde el momento en el que la abrazó y la besó en la frente, buscaba cualquier excusa para tocarla y estar muy cerca de ella. De hecho, Lorena se quedó con la idea de que la interrupción de Julio había sido tan mal recibida por él como por ella y que si su amigo hubiese llegado cinco minutos después, probablemente los hubiera sorprendido besándose. ¿O era su imaginación?

—Lorena —musitó Antonio girándose hacia ella.

—¿Sí? —preguntó Lorena esperanzada.

—No puedo mover el auto si no me dices a dónde vamos. —Antonio se inclinó apenas un poco, un movimiento casi imperceptible, pero Lorena sí que lo notó.

—¿Y tú piensas que le doy mi dirección a cualquiera? —Con una ceja arqueada, Lorena lo miró intensamente antes de acercarse mucho a él.

—¿Y yo soy cualquiera? —En ese momento fue evidente para Lorena que no se había imaginado nada que Antonio estaba tan interesado en ella como ella en él, ya que faltaban uno o dos centímetros para que estuvieran totalmente pegados.

—Eso está por verse. —Con un movimiento brusco, Lorena se alejó del

joven y giró para quedar de cara a la puerta. Se acomodó en el asiento, cruzó el cinturón de seguridad y le dio la dirección.

Antonio manejó en absoluto silencio. Ni siquiera le pidió más indicaciones. Lucía absolutamente molesto y Lorena se arrepintió de su brusquedad. En su juvenil inocencia pensaba que estaba jugando a ser seductora, pero se dio cuenta de que Antonio no jugaba, y eso la puso aún más nerviosa. Deseaba hablar con alguien en esos momentos, alguien que le pudiera decir «haz esto, haz esto otro», pero no había nadie y dependía solo de ella. Y ella era juguetona, pero en plan simpático, no tonta grave.

Lorena aún intentaba dilucidar qué decirle a continuación cuando el vehículo se detuvo a unos metros de su casa. Antonio no apagó el motor y ella se sintió morir. Soltó el cinturón de seguridad y abrió la puerta con un susurrado «gracias». Sacó un pie, pero antes de poner el otro sobre el asfalto, decidió que no podía terminar así.

—No eres cualquiera —dijo mirándolo brevemente antes de encaminarse hasta la entrada.

—Lorena.

La voz de Antonio provino de tan cerca que casi saltó. No había escuchado la puerta cerrarse, ni siquiera había notado que Antonio apagara el vehículo. Se giró y lo enfrentó, la luminaria pública la encegueció, por lo que no pudo ver más que los contornos del cuerpo masculino que se detenía a su lado.

—Me...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lorena. La diferencia en temperatura entre el automóvil y la calle era apenas un par de grados, pero fue la visión tan cercana del hombre lo que la hizo estremecer. Antonio tomó los bordes de la chaqueta de Lorena y los juntó antes de seguir hablando.

—Chiquilla preciosa —murmuró dibujando el contorno del rostro femenino con la yema de sus dedos—. Desde el primer momento que te vi, quise hacer esto. Pero eras una niña. Aún lo eres en muchos sentidos.

—No es que tú seas exactamente viejo.

—Soy cinco años mayor que tú. Cuando tengas veinticinco y yo, treinta, no se va a notar, pero tenías dieciséis la primera vez que escuché tu risa.

—¿Mi risa?

—Sí. Algunos escuchan a los grandes maestros. Unos rock, otros pop. A mí, que me den tu risa cualquier día de la semana. Es el mejor sonido que he escuchado.

—Antonio...

El susurro apenas rozó los labios al salir, todos los músculos del cuello del joven se movieron cuando tragó. Sus ojos se entrecerraron y su respiración se alteró.

—No voy a perder un minuto más —dijo con voz ronca antes de enterrar sus dedos en el pelo de la muchacha y pegar sus labios.

Lorena no sabía muy bien qué esperar. No era la primera vez que la besaban, pero como el mismo Antonio había hecho notar, ella era muy joven y él ya era todo un hombre. Tampoco sabía muy bien qué hacer, los anteriores besos que había recibido eran apenas unos pocos roces, ligeros toques, casi jugando.

Claro que Antonio no estaba haciendo algo muy diferente. Paseaba sus labios sobre los de ella en un calmado baile de efímeras caricias, con sus manos sosteniendo la cabeza de Lorena como si temiera que fuera a huir, como si se tratara de una delicada criatura herida que precisara de refugio.

Entonces algo cambió sutilmente en el beso. La misma Lorena participó en la modificación de sus posturas cuando sintió los dedos de Antonio recorriendo su mejilla. Se acercó un poco más a él hasta apoyarse en su pecho, giró la cabeza e inhaló profundamente. Un cálido aroma masculino llenó sus fosas nasales, despertando sus sentidos; un quedo suspiro, un breve gemido acompañó el movimiento de sus manos que buscaban la solidez de los anchos hombros.

Antonio también fue consciente del cambio y lo acentuó rodeando la cintura de Lorena con un brazo, impulsándola con la mano en la nuca para acomodarla mejor a su cuerpo que parecía crecer en altura, bloqueando con su espalda la

luz, encerrándola en el círculo de sus brazos, con sus labios moviéndose más ávidamente, buscando una respuesta que no tardó en llegar.

Lorena separó sus labios y permitió, así, que él capturara la curva inferior. Fue un tirón casi imperceptible, pero comenzó la lenta combustión que subiría por su espalda y se instalaría definitivamente en su corazón, arrasando con todo lo que ella era.

De a poco, Antonio fue aumentando la presión y la velocidad del beso hasta que ya no era la suave luz angelical, sino que el fuego candente de mil demonios desatados para destruir la Tierra. Lorena cruzó los brazos sobre los hombros masculinos, Antonio apresó su estrecha cintura para pegarla completamente a él, para rondar por las suaves curvas de sus caderas, posándose firme y gloriosamente en la parte más baja de la espalda.

El gemido que huyó de la garganta femenina fue como una campanada para dos boxeadores y lenta, lentamente, el ritmo volvió a decrecer, la danza volvió a acompasarse, y, mientras sus labios se rozaban una y otra vez negándose a separarse, Lorena se cuestionaba sus propias emociones.

¿Era posible que un beso, un primer beso, fuera así? ¿Tantas cosas al mismo tiempo? ¿Tierno y cálido? ¿Ardiente y peligroso? ¿Era posible que la simple unión de los labios de dos personas cambiara de un momento para otro la forma en que uno percibía la vida y el mundo alrededor?

Lo primero que Lorena notó cuando finalmente abrió los ojos fue que habían apagado las luces callejeras y que un tímido sol asomaba entre medio de los edificios. Al parecer, también hacía más frío, demasiado para un día de noviembre, porque cierta bruma la rodeaba. Después notó que no era bruma, eran sus alientos saliendo en rápidas ráfagas al encontrarse con el aire mañanero.

Cerró los ojos negándose a creer que no era un sueño.

Antonio tomó sus manos y besó sus dedos, apoyó la frente contra su sien, aferrándola a él, a una realidad que se le antojaba tan lejana.

—Por favor, dime que tú también lo sentiste —pidió Antonio a media voz—,

dime que no estoy solo en esto, que no es mi imaginación jugándome una mala broma. Dime que es verdad.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Antonio se irguió bruscamente ante lo plano de la voz de Lorena, asustado y sorprendido. Una cosa era que ella no estuviera tan comprometida como él en lo que estaba pasando, en lo que empezaba, y otra cosa, el desconocimiento absoluto.

—Lorena...

Entonces la vio, la luminosa sonrisa, las tontas morisquetas. Escuchó la profunda y alegre carcajada, aquél sonido que poblaba sus fantasías más íntimas.

—Creo... no. Estoy segura que esto va a marcar un antes y un después en mi vida. Nunca un beso va a volver a ser lo mismo. —Ante la intensa mirada masculina, Lorena se sintió repentinamente tímida; intentó buscar algún refugio, pero él mismo se lo impidió al encerrar un mechón de su cabello dentro de su puño y tirarlo para obligarla a mirarlo—. Nunca otros labios van a saber tan bien como los tuyos.

—Lore.

Antonio la abrazó y enterró su cara en la curva formada por el hombro y su cuello, adentrándose en la fragancia cítrica de su perfume con el toque salobre de su piel, el calor que abrasaba sus labios, la cortina de su pelo castaño con algunos retazos en cobre. Le dio la bienvenida al tímido apriete de sus brazos sobre la espalda, a la manera en como esa niña-mujer se pegaba a él, tierna y aventurera, pidiendo, ansiando, algo que solo él podía darle.

—¿Eso quiere decir que puedo llamarte? —preguntó Antonio cuando pudo separarse de ella.

—Sí.

—Lore —Antonio tuvo que llamar su atención después de varios minutos de silencio.

—¿Ah? —murmuró distraída por las caricias del joven en su espalda.

—Un número no me vendría mal.

La muchacha lo miró interrogante por dos o tres segundos hasta que comprendió lo que él le pedía. Y como era Lorena, en vez de dar la información requerida, se rio.

Las primeras semanas que Antonio y Lorena estuvieron juntos se sintieron como una larga conversación a través del teléfono.

Quedaba menos de un mes para terminar el año escolar y ambos tenían mucho que hacer. Especialmente Antonio, quien ya había entregado su trabajo de titulación y preparaba la defensa.

Lorena, por su parte, tenía la sensación de estar todo el día dibujando o cosiendo. Una vez más, sus amigas demostraron ser invaluablees en ese sentido y la ayudaron en todo lo que pudieron, especialmente Pamela, que era la que mejor la comprendía, e Isabel, a quien le tocaba modelar toda la ropa que ella preparaba.

Al comienzo, Lorena no sabía muy bien qué eran Antonio y ella, así que no sabía cómo explicárselo a nadie, por lo que prefirió guardar silencio. Pero no pudo seguir ocultándolo el día que, mientras disfrutaban de una película para distraerse de tanto estudio, llegó una visita inesperada.

Era sábado y había pasado una semana y un día desde la exposición de Julio. Ocho días en que Antonio la llamaba cada tarde a las cuatro, cuando sabía que ella estaba sola en casa y podían hablar sin interrupciones. También había ido dos veces al Instituto de Arte. La primera, solo por cinco minutos.

—Necesitaba besarte —le había confesado cuando ella se sorprendió de su rápida llegada y aún más repentina retirada.

Pero el viernes había ido a buscarla para almorzar juntos.

—Tengo un compromiso familiar a la tarde —le había contado—, aunque me encantaría deshacerme de él y poder estar contigo.

—¿Qué pasa con tus estudios? ¿Puedes permitirte no dedicarte a ellos dos viernes seguidos?

—La pregunta es otra, Lore. —Antonio le pasó la bebida que había comprado para ella y aprovechó de besar su frente—. La pregunta es si puedo permitirme no estar contigo. Y la respuesta es no, no puedo. Te necesito.

Y al día siguiente quedó demostrado a cabalidad.

Francisca estaba sentada en el piso junto a las piernas de su hermana, donde apoyaba la cabeza. Adriana parecía una reina en su trono, ocupando la silla favorita de su madre a un costado del *living*. Pamela usaba el sillón frente al de Isabel y Lorena estaba recostada en el sofá.

El timbre sonó, pero ninguna de las amigas se movió.

Claudio, el único otro ocupante de la casa, gritó desde el segundo piso.

—¡Abre tú! Te busca el baboso ese, el que te trajo de madrugada y te metía la lengua hasta la garganta.

—¡Claudio! —gritó ella no solo molesta por lo que decía, sino que también sorprendida por que la estuviera espiando.

—¡Lorena! —exclamaron todas sus amigas, saltando hasta la ventana para ver quién llegaba.

—Es Antonio —anunció Adriana, que fue la primera en llegar.

—¡Se los dije! —Isabel corrió para comprobar con sus propios ojos la veracidad de la información.

Con un poco de temor, Lorena fue a la puerta y salió al jardín con las llaves en la mano. Abrió la reja e inmediatamente Antonio tiró de ella para pegarla a su cuerpo y darle la razón a Claudio.

Ella no quería, no delante de sus amigas y sin ninguna advertencia. Pero no pudo hacer nada más que dejarse llevar.

—No estoy sola —consiguió explicar en medio de sus hambrientos besos.

—¿Tu papá?

—Peor.

—Tus amigas —concluyó Antonio con fatalidad—. En fin, no es como que

no las conozca. Espero que no sean muy... No, no hay esperanza. Serán muy. Todas ustedes son muy.

—¿Muy qué? —preguntó Lorena con el ceño fruncido.

—Solo muy. Muy todo.

—Adriana se va a volver loca corrigiéndote —comentó ella como si nada—, e Isabel no lo va a hacer nada de mal.

—Lo que yo decía. Muy. Vamos.

—Espera. —Lorena tiró su mano antes que él pudiera dar otro paso—. No es necesario. Ellas son mis amigas y...

—Son parte de tu vida, una parte muy importante.

—Ahí está esa palabra de nuevo.

—No creas que no las he escuchado decir que te metes con una de ustedes y te metes con las cinco. Y estoy preparado. Sabía que este momento llegaría más temprano que tarde.

—Oh, créeme, no estás preparado.

Cuando Antonio se fue, quedó claro para Lorena que las dotes de pitonisa de Isabel provenían del otro lado de la familia.

A pesar de lo terrible que lucía al comienzo el que Antonio se encontrara con sus amigas, ellas se comportaron de lo mejor. No hubo bromas pesadas, ninguna hizo preguntas incómodas, todas hablaron con naturalidad, nadie corrigió nada.

Claro que el buen comportamiento se limitó a la visita de Antonio. Cuando él se fue, todas cayeron sobre Lorena con la fuerza destructiva de la bomba atómica.

Las llamadas exactamente a las cuatro de la tarde siguieron llegando por diez días, al cabo de los cuales Lorena se puso su mejor vestido y fue a la universidad donde estudiaba Antonio. Dio gracias por la precaución de llegar con tiempo más que suficiente, ya que se perdió en el campus. Solo la aparición de Julio la salvó de tirarse al suelo y ponerse a llorar.

—Yo sabía que se traían algo —dijo el fotógrafo cuando llegó a su lado—.

¿Vienes a ver la defensa?

—¿Cómo es eso de «yo sabía que se traían algo»? —preguntó Lorena caminando a su lado.

—Cuando le pedí a Antonio que fuera al instituto... A ver, por el principio. Cuando recién te conocí, no te mencioné para nada, pero un día le dije algo de mi amiga Lorena que estudiaba diseño de modas y él me preguntó que quién eras, haciendo una broma absurda y grosera. Yo le dije que no, que estaba equivocado, que tú eras una amiga y nada más, porque tenías apenas 18 años y, como él sabe, a mí me gustan las mujeres mayores.

—En tres días cumpla 19 —comentó Lorena casi sin querer.

—Pero ahora estás más fuera de mi alcance que nunca. Jamás le haría eso a un amigo.

—Bueno, ¿y?

—Después de eso, no volviste a ser mencionada hasta que le pedí que te acompañara ese día en la exposición y él me preguntó cómo te llamabas, y en ese momento no entendí, pero me miró como si le hubiera regalado un millón de dólares. No es como que los necesite, es su abuelo el que tiene el control de la billetera familiar.

—Pero...

—Viniste.

Lorena ni siquiera se había dado cuenta de que habían llegado a su destino. Tampoco había notado que Antonio se acercó a ella. Mucho menos vio que *madame Danielle* estaba junto a una mujer muy elegante que tenía los mismos ojos verdes oscuros de Antonio y que en ese momento se sonreían mutuamente.

—Claro que vine —respondió entrelazando sus dedos con los de él—, no te iba a dejar solo en el día más importante de tu vida.

—¡Hola! —dijo Julio pasando una mano entre sus caras—. Yo también estoy aquí. Ah, el amor. Mejor voy a buscar a mi Dany.

—Hoy no es el día más importante de mi vida. —Antonio se había unido al club de los que no notaban lo que pasaba alrededor, era como si pudiera ver a

través de todo y de todos y fijarse solo en Lorena—. El viernes de la semana anterior es mucho más importante, y otros que ya llegarán lo son incluso más. Pero tú también tienes tus propios estudios de los que preocuparte, Lore, no deberías perder el tiempo...

—No es tiempo perdido.

Antonio se inclinó para besarla, pero ella se movió, por lo que el beso fue a dar a su mejilla. El joven la miró como si no pudiera creerlo, pero ella simplemente miró por encima de su hombro hacia Julio y las mujeres que lo acompañaban.

—Me imagino que esa mujer junto a *madame* es tu madre.

—Ahhh..., no te preocupes, ya saben de ti. —Hizo un nuevo intento de besarla, pero, otra vez, Lorena lo esquivó—. ¿Ahora qué?

—No creo que te combine mi lápiz labial con tu corbata. De hecho, estoy segura.

—Pero... Está bien —aceptó al ver su gesto decidido—. Estás siendo muy, para que lo sepas.

—Mi tía Coté dice que somos unas niñas muy complicadas.

—Y tu tía Coté tiene la razón. Vamos.

Lorena agradecía tener a Julio de respaldo cuando Antonio la llevó a conocer a su madre. La tía ya sabía perfectamente quién era, la había reprendido muchas veces en su academia como para no saberlo, así que la sorprendió que la recibiera tan bien. Ante su clara duda, *madame* le guiñó un ojo.

—Acá no tengo que convertirme en una dama, aquí solo tengo que apreciar tus múltiples cualidades y lo feliz que haces a mi querido sobrino.

Y esa fue la opinión general. Todos la acogieron bien, incluso la hermana pequeña de Antonio, que era una muchacha ceñuda y huraña.

Después de la defensa, tuvieron que esperar una hora para que los profesores calificaran el trabajo y aprobaran a Antonio. Cuando el joven salió con la noticia fue directamente donde Lorena, quien se tiró en sus brazos y por

fin lo besó. Luego, el padre de Antonio los invitó a todos a almorzar.

El día del cumpleaños de Lorena, Antonio llegó muy temprano a su casa con un oso de peluche gigante y un globo rosado que decía «*It's a girl!*». Como Lorena ya estaba de vacaciones, su mamá le había llevado el desayuno a la cama, pero ella inmediatamente se levantó y bajó al comedor donde Camila le había servido a Antonio mientras ella misma bebía su segunda taza de té.

Poco rato después, bajó Claudio y los cuatro siguieron conversando por varias horas. Los jóvenes vieron televisión mientras Camila cocinaba, jugaron cartas y monopolio hasta que llegó Víctor. Almorzaron todos juntos y fue un día tan normal, se adaptaron tan rápidamente, que cualquier persona que los viera pensaría que Antonio llevaba mucho tiempo de invitado en esa casa.

En la tarde, en vez de volver al trabajo, Víctor reclutó a Antonio y a Claudio para arreglar el patio donde recibirían a los invitados al cumpleaños de Lorena.

Las primeras en llegar fueron sus amigas y María José, quienes ayudaron a la cumpleañera y a su madre a preparar la comida.

Como era la costumbre de la familia, Cristian llegó al cierre de su taller con la torta y poco a poco fueron apareciendo los otros invitados, incluyendo a Julio, que era el más feliz de ver a sus amigos juntos.

Después de ese día, ambos eran aceptados muy felizmente en la casa de la familia del otro.

Ni Víctor ni Camila ponían problemas para que Lorena saliera con Antonio a donde quisiera, siempre y cuando los mantuviera informados de su paradero.

Ignacio y Cecilia, los padres de Antonio, también miraban la relación de su hijo con ojos favorables y con una mentalidad muy a largo plazo, ya que sabían que la alegría natural de Lorena hacía feliz a Antonio, pero que también tenía una buena cabeza arriba de los hombros, por lo que sería una excelente compañera en su vida, complementándose y equilibrándose el uno a la otra.

CAPÍTULO CUATRO

Para Lorena, aquel fue el mejor verano de su vida.

Antonio comenzaría a trabajar en marzo, así que aprovecharon para estar juntos hasta el último minuto. Él llegaba temprano a la casa de la muchacha, tomaban el desayuno y salían. A veces llevaban a Claudio a la piscina, otras iban con el Quinteto a algún parque de picnic o simplemente a pasar el rato.

Iban al cine, a comer un helado, un cucurucho de maní, lo que se les antojara en el momento. También salían con Julio y los amigos de Antonio, entre quienes Lorena fue aceptada muy fácilmente por su alegría y buen humor.

Esas ocasiones, normalmente en fiestas nocturnas, solían terminar de madrugada. Antonio nunca bebía mucho, apenas un par de vasos de cerveza, pero Lorena aprovechaba la libertad que le daba estar rodeada de personas mayores, no con sus amigas, que eran muy jóvenes aún para ese tipo de entretenimiento, y la tranquilidad que le daba saber que Antonio siempre la cuidaba y la llevaba a su casa, y bebía hasta quedar algo más que alegre.

Los mejores momentos, sin embargo, eran cuando estaban solos. Muchas veces, Antonio manejaba hasta que encontraban algún lugar que les llamara la atención, estacionaban el automóvil, se bajaban y caminaban por el sector.

A veces parecían dos niños juguetones, corrían en tontas competencias, se tiraban en el pasto, aprovechaban el terreno inclinado para bajar girando. Cuando el calor arreciaba, saltaban en las fuentes y piletas, se tiraban agua, se empujaban hasta empaparse y después se quedaban al sol, conversando tranquilamente mientras compartían pequeños momentos llenos de felicidad.

Durante el mes de enero, las primas de Lorena y sus padres se fueron a la casa que tenían en el balneario de Maitencillo, así que ellos cargaron el automóvil y, con un casi sonámbulo Claudio en el asiento trasero, se fueron a la playa y se quedaron un par de días.

Aunque Antonio nunca hizo ni una insinuación, Lorena siempre estaba observándolo para notar alguna reacción suya a la bella Isabel. Pero él solo era amistoso con ambas muchachas. Como todas sus amigas, Lorena tenía tendencia a pensar que en la presencia de la mayor de sus primas, era imposible que algún joven la prefiriera a ella.

Por supuesto, todos los momentos de diversión estaban condimentados con románticos paseos por solitarias calles, tomados de la mano, besos tiernos y suaves, duros y hambrientos, abrazos apretados, con sus cuerpos tan unidos como era posible.

A lo largo del verano, Lorena notó que cuando usaba alguno de los vestidos que ella misma se confeccionaba, Antonio reaccionaba a ella de una manera muy física. Se acercaba más, buscaba cualquier excusa para tocarla, la besaba larga y apasionadamente.

Lorena meditó mucho sobre ese punto. Por ser estudiante de diseño de modas, y siempre amante de la ropa y el buen vestir, sabía que ciertas prendas ayudaban a una mujer a resaltar sus virtudes y ocultar sus imperfecciones.

Adriana llevaba toda la vida hablando sobre que la ropa no hacía al monje, y, desde el punto de vista filosófico, Lorena tenía que estar de acuerdo con ella en el sentido de que lo importante no era la apariencia, pero también tenía que aducir otra verdad innegable.

Para Lorena, en efecto, la ropa distinguía a una mujer en particular dentro del montón. Que, para una mujer, vestir bien era como poner a un pavo real en medio de avestruces.

Ella sabía que la ropa era meramente funcional, la cuestión estaba en la multiplicidad de funciones que esta cumplía. Abrigaba, protegía de los elementos, daba identidad, aportaba belleza.

Esto último era muy importante para Lorena y para la elección de su profesión. Ella siempre quiso hacer del mundo un lugar mejor, y sus talentos iban en el campo del arte. Dibujaba, pintaba, creaba. Había pensado, primeramente, estudiar algo relacionado con las bellas artes, pero muy joven descubrió que para ella el mejor lienzo era el cuerpo humano, ¿y para qué limitarse a un poco de pintura o algún metal cuando los hilos podían tejer un sueño?

Un año antes había descubierto que la verdadera inteligencia de su prima radicaba en su habilidad para hacer que la gente entendiera las cosas que sabía.

Un claro ejemplo de eso era Antonio.

Lorena sabía que Antonio era estudiante de geología, sabía que sus salidas a terreno lo obligaban a usar ropa vieja y fea, a andar permanentemente sucio. O al menos así lo parecía.

Lo que Lorena no había comprendido era que el miércoles, uno de los días en que iba a clases en la academia de *madame* con el Quinteto era, justamente, el día en que Antonio iba a rebuscar entre los cerros, cercanos y lejanos, material para sus clases e investigaciones.

El sábado, el otro día en que ellas iban a clases, no era tan así y normalmente andaba limpio, aunque su ropa no dejaba de ser vieja, desgastada, ni su pelo largo, levemente ondulado, desordenado, ni su barba descuidada.

De hecho, normalmente el sábado era para Lorena incluso peor que el miércoles, porque le gustaba la apariencia salvaje de Antonio.

Y cuando su prima había dicho «no es nada feo», tuvo que darle la razón, aunque se guardó para ella todo comentario y empezó a ver al hombre detrás de la suciedad y la maraña de pelo.

Lo único que había reconocido para todos, hasta el día en que se encontró con Antonio en la exposición de Julio, era que Isabel le ayudó a profundizar su visión y comprender la verdad detrás del dicho tan odiado de Adriana. En

efecto, para Lorena, la ropa no hacía al monje, solo ayudaba a los demás a que lo vean.

Así, llegó a la misma conclusión respecto de sus veraniegos vestidos y la reacción de Antonio a ellos. El vestido no hacía a la mujer fatal, a la seductora, solo la mostraba.

Como toda mujer Irribarren, Lorena no estaba muy dotada en el plan delantero, así que no tenía mucho sentido para ella acalorarse y sentirse incómoda por un sostén, de tal manera que simplemente lo dejaba de lado a favor de un corpiño un poco más estrecho que ayudara a sus pechos a mantenerse en su lugar, aunque estos en realidad no necesitaran la ayuda, por lo que a veces no le ponía tirante o jugaba con el grosor de este, dependiendo del efecto que quería crear.

Al contrario, como digna hija de su madre, tenía un trasero bonito y lo sabía. Redondo, levantado y firme. También sus piernas eran destacables, ya que era alta y las tenía largas y bien torneadas. En conclusión, usaba faldas cortas para mostrarlas. A veces eran rectas; otras, drapeadas o acampanadas. Tenía la suerte de que casi cualquier forma le sentaba bien, así que, normalmente, la gran decisión era el largo y en verano, corto. Muy corto.

Su cintura no era nada despreciable tampoco. De talle fino y elegante, Lorena siempre usaba modelos que resaltaran esa parte de su anatomía y su delicada espalda, que a Antonio le encantaba por la suavidad de seda de su piel.

Un día, casi a fines de febrero, Lorena se miraba en el espejo mientras esperaba que él pasara a buscarla para ir a una parrillada en la casa que la familia de uno de sus amigos tenía a las afueras de la ciudad.

Ese día, Antonio no tendría otra alternativa que ser muy cariñoso con ella. Su vestido, confeccionado para esa ocasión especial, lo volvería loco y Lorena lo sabía.

Tenía un escote recto y muy recatado por el frente, pero que dejaba al descubierto la mitad de su espalda; solo dos finas tiras lo mantenían sobre sus

hombros. Ceñida a la cintura, la falda tenía corte tipo «A» con un ligero vuelo en el ruedo. Fabricado en un precioso acetato brillante, la parte de arriba era azul y la de abajo, blanca con unas pequeñas florecillas estampadas en el mismo tono. Sandalias de tacones blancas. El único adorno que eligió fue un par de aros de perlas que el mismo Antonio le había regalado para la Navidad.

Lorena estaba muy contenta con el resultado. Parecía joven sin ser infantil y adulta sin lucir avejentada. Cuando Antonio llegó, Lorena dio por inmediatamente pagadas las horas en la máquina de coser y frente al espejo maquillándose. Y si su expresión no fue suficiente, la manera en que parecía no poder apartar las manos de ella fue muy decidora, al punto que varios de sus amigos más cercanos bromeaban a costa de lo enamorado que estaba el joven.

Él solo sonreía y abrazaba a la muchacha, posando su mano sobre la espalda desnuda.

Después de almuerzo, Lorena le pidió a Antonio que fueran a caminar. Él miró sus sandalias de taco, pero ella le sonrió y buscó su bolso, de donde sacó unos zapatos bajos, más apropiados para recorrer los disperechos senderos de tierra.

La propiedad del amigo de Antonio era enorme. Tenía un bonito jardín rodeando la casa, una piscina y un establo. Cuando la pareja pasó al lado, escucharon el relinchar de los caballos y Lorena, que nunca había visto ese animal en vivo, quiso conocerlos.

Cuando volvieron a caminar, se internaron en un campo de hierbas donde crecían unas pequeñas flores amarillas silvestres.

—Qué raro este lado de la propiedad —comentó Lorena inclinándose a mirar las flores—. El resto parece tan cuidado. ¿Qué flor será esta?

—*Mimulus luteus* —respondió Antonio. Lorena lo miró con el ceño fruncido—. Berro amarillo. Pretenden construir una casa más grande acá, pero casi ni vienen, así que... —Antonio encogió los hombros—. Llevo escuchando

los planes de la familia unos seis años. Los que les hemos sacado más provecho al terreno somos Marcelo y yo, ha servido para nuestros análisis por toda la carrera, gracias a un sector, más allá, que es muy rico en minerales. Bueno, rico para estudio, no para explotación.

—Por eso conoces el nombre científico. —Lorena aceptó la mano de Antonio para ponerse de pie, y siguieron caminando—. Me parecía raro eso.

—Raro es, soy geólogo, no floricultor. Pero para los estudios que hicimos en este terreno, tenía que describir hasta la última piedra.

—Eres tan dedicado —replicó Lorena con una sonrisa burlona.

—A ti, claro que soy dedicado. Me voy a volver loco a partir de la tercera semana de marzo. —Se acercó, rodeó la cintura femenina con un brazo y la besó—. Al menos el turno que tengo que cubrir es cuatro por tres, así que el fin de semana podré estar contigo. Lo mejor es que puedo viajar directo desde Calama a Santiago el jueves en la noche.

—Entonces tendré que aplicarme mucho durante la semana, para poder estar contigo sábado y domingo. —Lorena nuevamente se detuvo junto a unos arbustos para contemplar la flor de color morado. No pudo evitarlo, y la forma de la flor, acampanada si estaba cerrada y como plato cuando estaba totalmente abierta, y su color azul morado vivo y fuerte le dio la idea para un vestido de noche.

—Por supuesto. Pero si tienes trabajos que hacer o mucho que estudiar, yo quiero estar a tu lado de todas maneras, aunque sea solo apoyándote. Tal vez enhebrándote la aguja o cortando. Claro que tienes que marcar perfectamente la línea, no se me da bien nada manual.

—Una pena. —Lo miró de reojo para contemplar su reacción al comentario, que podía malinterpretarse o, mejor dicho, bien interpretarse, porque Lorena lo dijo con plena y consciente mala intención—. ¿Cómo se llama esta flor?

—*Solanum etuberosum*. —Antonio se arrodilló junto a ella en el pasto, cerca del arbusto—. Tomatillo de flores grandes. Y no pienses que no sé qué tienes en mente.

—¿Yo? —preguntó Lorena abriendo sus ojos con fingida inocencia—. No tengo nada en mente, excepto disfrutar de las últimas semanas del mejor verano de mi vida y, especialmente, de los últimos días que te tengo solo para mí.

—Y yo soy tan tonto que me lo creo, chiquilla traviesa.

—¿Por qué siempre me dices chiquilla? No soy exactamente una chiquilla.

—Para mí, siempre serás una chiquilla. Incluso cuando tu pelo se vuelva plata y tu carita preciosa esté llena de arrugas. —Antonio la tomó por la cintura para recostarla. Después, él mismo se inclinó hasta cubrir su cuerpo—. Nunca me voy a olvidar de la primera vez que te vi junto a tus amigas. No sé cuál dijo algo gracioso y todas estaban muertas de la risa. Yo llegaba de una salida a terreno de tres días, me sentía sucio y usado, como un trapo viejo, pero ahí estabas tú, riendo como una pequeña niña traviesa. Después Isabel te dijo algo más y tú le respondiste con una morisqueta.

—Ah, claro. Isabel. —Lorena respiró profundamente.

—¿Qué es ese tono, esa manera de decir «Isabel»?

—Nada.

—Lorena. —Antonio la miró por muchos minutos, evaluándola—. Espero que no pienses que me gustaba Isabel o algo por el estilo.

—Vamos, que es lo que siempre pasa. Nosotras podemos estar vestidas como princesas e Isa como pordiosera, pero siempre es ella el centro de las miradas.

—No de las mías. De partida, contigo ya me siento un poco viejo verde, imagínate con una niñita como Isabel. Y segundo, e infinitamente más importante, fuiste tú la que atrajo toda mi atención, con tu risa clara y fuerte y tu cara de chiquilla traviesa.

—Siempre la estabas mirando. Tú y Marcelo, que te acompañaba a la academia los días miércoles. —Lorena no quería sonar tan insegura, así que en realidad parecía petulante y molesta.

—Tal vez parecía que la estaba mirando porque siempre estaba a tu lado.

Marcelo, por otro lado, prefería a Isabel antes que comer, bañarse e incluso soportar a Dany reprendiéndolo por cualquier nimiedad. De hecho, me preguntó directamente por ella. Yo no tenía ni idea, así que, aprovechado la excusa que me daba Marcelo, hice mis indagaciones. Y ha sido la única ocasión en que he tenido el mínimo interés en cualquiera de tus primas, porque si vamos a hablar de Isabel, tenemos que incluir a Francisca que, según yo, es la muñequita más linda que pisa la Tierra y me gustaría que pudieras fabricar una exactamente igual para regalársela a mi hermana pequeña.

—¿Francisca es una muñequita? —preguntó Lorena revolviéndose en el pasto, tratando de liberarse de su agarre.

—Ya lo creo, estoy seguro de que a cualquier niñita le gustaría tenerla en su colección de juguetes, es una cosita tan pequeña y tan bonita que hasta parece un juguete... ¡para una niña, Lorena, no soy un perverso! Franny tiene, ¿qué? ¿Unos diez años? ¿Ocho tal vez?

—Catorce —respondió Lorena ofuscada.

—Catorce, es decir, nueve menos que yo. Espero, por tu bien y mi cordura, nunca más ser acusado de mirar a una niña, menos a una de tus primas. ¿Te queda claro?

—Pero...

—Al parecer, no te queda claro. Voy a tener que buscar otra manera de meterte un poco de sentido común en tu linda cabecita. Y tal y como viniste vestida, te lo andabas buscando —concluyó amenazante. Pero tal amenaza fue en vano, como lo demostró Lorena inmediatamente.

—¡Por fin! —alcanzó a musitar ella mientras Antonio se apropiaba de sus labios.

A Lorena le encantaban los besos de Antonio. Desde el primero hasta el último, aunque los mejores eran los que estaban por venir.

Por la «curiosidad científica», como hubiesen dicho Isabel y Adriana, Lorena se había puesto a analizar sus besos, comenzando por los simplemente tiernos, de saludos o de «aquí estoy yo», apenas rozando sus labios, hasta los

«aquí te tengo toda para mí por fin», largos, profundos, a veces duros y siempre apasionados. Como ese.

Lorena suponía que de tanto besarse habían llegado a comprender cómo moverse y actuar para estar cada vez más compenetrados, para sacar cada vez más satisfacción y anhelo de los besos. Para encender cada vez más la profunda pasión, la llama del deseo que la quemaba con las caricias de Antonio en su rostro, hombros, cuello, con sus manos recorriendo las piernas por debajo de la falda.

Lorena podía ser virgen, pero no era tonta. Sabía que ese era el motivo por el que Antonio adoraba que ella usara faldas, porque podía posar sus manos en las rodillas de Lorena y acariciar sus piernas. Había llegado a una conclusión muy acertada en ese sentido: cuanto menos gente hay alrededor, más arriba llegan las manos de Antonio, como en ese momento, que las sentía vagar casi hasta sus nalgas mientras ella levantaba una pierna para rodear las caderas masculinas.

Fue justo en ese momento cuando la práctica alcanzó a la teoría. Lorena conocía los principios de la excitación y el deseo, las reacciones físicas apropiadas para esas circunstancias, pero nunca las había experimentado, no en verdad, y definitivamente no era lo mismo ver a un chico guapo vestido con traje de baño rojo corriendo por paradisíacas playas en la televisión, que sentirlo endurecerse entre sus piernas.

Hasta ese día, había asumido que no había calor más grande que el del sol del mediodía en verano, pero eso era lo que se dice nada comparado con el exquisito ardor que regaba su piel, con el dolor de sus pechos, con la compulsión de sus caderas que se movían desesperadas por el alivio que no llegaba.

—Lore... shhhh... tranquila —susurró la voz ronca de Antonio en su oído—. Tranquila, amor.

—Pero... no... Antonio, por favor... —Lorena seguía remeciéndose, inquieta bajo el cuerpo de Antonio que intentaba separarse de ella.

—Tranquila, por favor, Lorenita, cálmate, mi cielo. No es el momento ni el lugar oportuno para nada de esto.

—¿Qué me pasa...? No puedo. —Lorena sollozó angustiada—. Haz algo... No puedo...

—Lore...

La muchacha abrió sus ojos para comprobar en el rostro de Antonio la zozobra que inundaba su voz. No comprendía cómo, pero eso la inquietó aún más y la consecuencia inmediata fue que siguió moviéndose.

—Lorena, por favor, para ya —exigió Antonio.

El joven se impulsó con las manos y se alejó de Lorena. Como pudo, se recostó a un par de metros de ella y se cubrió la cara con los brazos. Respiraba trabajosamente y, un par de minutos después, se giró para quedar de costado, con las piernas encogidas y se tironeaba el pelo, restregando sus manos de arriba abajo, incluyendo su rostro.

—Antonio... —murmuró Lorena, acariciando suavemente su brazo, preocupada por él.

—No me toques —gruñó Antonio entre dientes—, solo... dame un minuto, solo uno, Lore, por favor.

—Pero...

Antonio sabía que si seguía en la misma posición no iba a conseguir ese minuto que tanto necesitaba para calmarse, así que se sentó, hizo un gesto doloroso y se alejó nuevamente de Lorena.

—Cielo, por favor, no... Simplemente, quédate ahí, quieta un minuto, por favor. —Lorena hizo amago de moverse, pero Antonio fue más rápido y se alejó unos pasos más—. Si te importo algo, por favor, no te muevas.

—Me importas mucho. Antonio, ¿qué pasa?

—¡Lore, por favor! —Antonio sonaba desesperado—. Tienes 19 años y no estamos en la época victoriana, sabes exactamente qué pasa.

—¡Tonto! —gritó Lorena antes de tirarse al pasto y reír hasta que le dolió el estómago—. No me refiero a eso. —siguió cuando pudo hablar dos sílabas de

corrido—. Mi pregunta es por qué, si ambos..., bueno, ya sabes..., no..., bueno, ya sabes.

—Al parecer, tengo que saber muchas cosas. —Antonio nuevamente se acercó a ella, ya ambos tranquilos, y le tomó la mano.

—Bueno, tú eres el experimentado acá. Supongo.

—Claro que yo soy el experimentado, ¡qué te crees! —Lorena le respondió con una mueca—. Por eso soy el que dice ni aquí ni ahora.

—¿Cuándo entonces?

—Cuando estés lista.

—Estoy lista. —Lorena se acercó a él hasta que quedaron sentados uno muy junto al otro, y Antonio, aún en contra de su buen juicio, le rodeó cintura con un brazo y la besó brevemente en los labios.

—Digamos que te creo, que estoy de acuerdo contigo en que ha llegado el momento de dar el siguiente paso en nuestra relación, sigue sin ser este el lugar apropiado.

—¿Por qué no? Me encantaría... —Lorena se puso muy, muy roja—. Ehhh... ¿Te puedo decir algo sin que pienses mal de mí?

—Adelante. —En esa ocasión, el beso de Antonio fue a dar en la mejilla.

—Me encantaría hacerlo al aire libre —soltó Lorena de pronto—. De hecho, me encantaría hacerlo de todas las maneras posibles.

Antonio se rio y la abrazó.

—Yo sabía que eras una aventurera. Y me encanta eso de ti. Fue de lo primero de lo que me enamoré. Bueno, en realidad, de lo segundo. Lo primero fue tu risa y tu cara de chiquilla traviesa, duendecillo.

—¿Duendeci...? Espera, ¿qué fue eso que dijiste de...? Antonio, ¿en serio tú...?

—¿Que si estoy enamorado de ti? ¿Qué piensas que he estado haciendo estos últimos tres meses sino estar hasta el último segundo contigo para conseguir que tú también te enamores de mí?

—Pues felicitaciones, lo conseguiste. Ahora, pídemme que te lo pruebe.

—¿Comprendes lo extraño de esto?

—Bueno, he perdido tanto tiempo escuchando a mis ex compañeras de curso hablar de sus pololos pidiéndoles la «prueba de amor» que ya está bien bueno que me pase a mí.

—Solo tú podrías hacer que eso sonara lógico.

Lorena volvió a hacerle una mueca a Antonio, con la lengua afuera, enchucando la nariz y poniendo los ojos bizcos, una costumbre que tenía muy arraigada.

—Si te preguntabas por qué te digo duendecillo, ahí está la respuesta —comentó Antonio poniéndole un mechón de pelo detrás de su oreja y tirando levemente el lóbulo—. Con tus ojos verdes y las orejitas que están un poco hacia atrás lo pareces.

—No me gustan mis orejas —dijo Lorena permitiendo que Antonio la ayudara a pararse—. Algún día me las voy a operar para corregir.

—Dios, espero que no lo hagas, yo amo tus orejas. —Y lo demostró arrastrando su boca hasta una, besándola, jugando con el lóbulo entre sus dientes.

—Entonces... Ahhh. —Lorena suspiró—. ¿Amas mis orejas? ¿O es que tienes un fetiche con las orejas? Si es así, ¿cómo se llama ese fetiche en particular? Ya que eres el experimentado, por favor, instrúyeme.

—Lorena —musitó Antonio separándose de ella—, amo todo en ti. Te amo. Tú eres mi fetiche. —Lorena lo miró con los ojos muy abiertos—. En cuanto a cómo se llama el fetiche de las orejas, si es que existe tal cosa, me imagino que aurifilia o algo similar.

—Antonio, ¿no es demasiado luego para decir algo así? —preguntó Lorena con el corazón dando botes dentro de su pecho—. ¿No somos muy jóvenes para que tal sentimiento...?

—No para mí. —Antonio tomó las manos de Lorena y las llevó hasta su boca—. Sabes que soy un hombre de palabra, y esta es la promesa más sagrada que voy a hacer en mi vida.

La tarde se iba, el sol caía sobre el horizonte provocando una extraña luz anaranjada. Cientos de aromas llenaban el aire. Un ligero viento movía los árboles, la falda de Lorena, el pelo enredado de ambos. Se escuchaba el leve frufú de algunos animalillos corriendo libres por el campo. Una estrella impaciente ya llegaba al cielo.

Pero lo único que Antonio y Lorena veían era el uno al otro, encerrados en su mundo particular, en el sentimiento más puro de todos: el primer amor.

—Desde el momento en que te vi —Antonio siguió hablando con voz muy suave y baja, apenas un susurro—, desde tu primera carcajada supe que eras la única para mí.

Tal como Julio anunciara, el abuelo de Antonio le regaló un departamento para su titulación. Además, puso una enorme suma a disposición de Cecilia y la tía Dany para que ellas pudieran comprar muebles y arreglarlo.

Como a Antonio lo único que le interesaba en cuanto a la decoración era que el departamento no fuera rosado, lo dejó todo en sus capaces manos. De hecho, Lorena opinó más que él mismo.

El resultado final fue muy del agrado de todos. El departamento hablaba de un hombre joven, profesional, sociable y enamorado, ya que lo único que él aportó a la decoración fue una fotografía que Julio hizo el día del cumpleaños de Lorena, donde aparecían los dos sonriendo a la cámara.

Tenía dos dormitorios, uno en suite con un balcón privado, y otro más pequeño que quedó como oficina. Un segundo baño daba directamente al pasillo y fue destinado para las visitas.

El *living* comedor era enorme y contaba, además, con una terraza que agregaba varios metros a las áreas sociales, detalle que a Antonio le gustó mucho, ya que solía reunirse regularmente con sus amigos; lo mismo pasaba con la cocina, que estaba muy bien equipada e incluía una pequeña lavandería

y un patio de servicio.

El día de la inauguración estaba repleto. Todos los amigos de Antonio y su familia asistieron. Como era un día especial, también invitaron al Quinteto en pleno, incluyendo a los padres, hermano y tíos de Lorena.

Por un par de horas, comieron, conversaron y compartieron, hasta que Claudio, que era el más pequeño de los asistentes, se quedó dormido en la cama de Antonio. Todos los adultos se fueron y comenzó la verdadera fiesta. Rápido comenzaron a correr las bebidas alcohólicas, subieron el volumen de la música y se pusieron a bailar.

Pasada una hora, aproximadamente, Lorena notó que Antonio estaba muy inquieto. Quiso acercarse a él, pero con tanta gente pululando por el departamento no consiguió alcanzarlo antes que él llegara al equipo de música y lo apagara bruscamente.

—¡Escúchenme todos los buitres! —gritó furioso apuntando a las amigas de Lorena —esas cuatro niñas que están ahí, y que ustedes están acosando, son menores de edad, así que déjenlas tranquilas. Y aunque ella parece una auténtica diosa —agregó mirando a Isabel—, le tocan un pelo y yo ¡les vuelo la raja a patadas! ¿Les quedó claro?

—Pero...

—¡Qué si les quedó claro les dije! —concluyó mirando a su amigo Marcelo, quien osó interrumpirlo. Varios murmuraron su acuerdo y algunas mujeres ocultaban su diversión detrás de las manos o cuchicheando entre ellas.

—No te preocupes, primo —dijo Isabel acercándose a él—, mi papá nos está esperando abajo, teníamos solo una hora de permiso extra y ya se acabó.

—Bien —suspiró Antonio aún alterado—. La próxima vez que haga una fiesta, rechaza mi invitación, por favor. Todas ustedes.

Después que las muchachas se fueron, Lorena arrastró a Antonio hasta su dormitorio y lo sacó al balcón. Rodeó su cintura con los brazos y se apoyó en el pecho. Él respiró profundamente varias veces, buscando el alivio definitivo.

—Nunca me había sentido tan feliz de que mi hermana pequeña sea una arpía —comentó al cabo de varios minutos—. Te juro, Lore, yo los mataba. ¿Viste como el imbécil de Fernando miraba a Fran? Y Fran... podría no haberse maquillado tanto, si tiene apenas cinco años.

—Cada vez le quitas más edad a Franny —replicó Lorena impaciente—. A mí la que me preocupa es Pamela. Con ese pelo rojo tan inusual, ya ha vuelto loco a más de uno. Pero todas sabemos defendernos. Aunque te agradezco enormemente que te preocupes por mis amigas.

—Lo que esas niñas necesitan es una carabina, ya sabes, como antes, que una señorita no podía salir de su casa sin una mujer mayor que la protegiera. Yo elegiría a la abuelita de *Terminator*.

—Estás loco, Antonio.

—Solo por ti.

—¿Te diste cuenta de cómo te llamó Isa? —Antonio movió la cabeza de forma negativa—. Te dijo «primo».

—¿Y eso qué significa?

—Te aceptan, todas ellas, te dan su bendición. Como mamá, que te llamó hijo al despedirse.

—Eso sí lo noté. —Antonio lucía totalmente orgulloso de sí mismo.

—Antonio...

—¿Sí?

—Estoy lista —murmuró sobre sus labios antes de besarlo—. La casa está llena, lo sé, pero no va a ser así siempre.

—Lore...

—Incluso... —Lorena se sonrojó—, mamá me llevó al ginecólogo.

—¿Cómo pasó eso? —preguntó Antonio preocupado.

—No... no hablamos, no directamente. Solo me dijo un día que si yo necesitaba, ella me llevaba. Y que si quería hablar con ella estaba bien, o si prefería hablar con el médico, también.

—Pero...

—Yo le dije que nosotros aún no... —Lorena se puso aún más roja—, pero ella me dijo que lo mejor era estar preparada, así que... —Encogió sus hombros—. Que ella sabía lo que era ser joven y estar enamorada. Incluso..., casi me morí de la vergüenza..., me contó que ella y papá..., bueno, en la segunda cita...

—Es horrible tener ese tipo de conversaciones con los padres. Lore. — Antonio hizo una pausa para tomar sus manos y besar los dedos—. Chiquilla preciosa, mi duendecillo. Te amo, lo sabes.

—Lo sé. —Lorena lo miró con toda la ilusión de sus jóvenes 19 años brillando en los ojos—. Yo también te amo.

—Hazme un favor —pidió Antonio regando sus mejillas con cientos de besos—. Vuélvete un poco loca con el alcohol.

—De acuerdo, lo entiendo. Pero con una condición: quédate a mi lado.

—Siempre.

Era casi el amanecer cuando todos se fueron. Lorena y algunas muchachas habían empezado a ordenar, así que todos comprendieron que era la hora de retirarse. Como era su costumbre, se llevaron la basura consigo y dejaron a los dueños de casa con el ingrato trabajo de lavar la loza, pero Antonio se rio último, ya que había comprado todo desechable.

Lorena estaba cansada y relajada, pero muy alerta a lo que sucedería a continuación. Se había dado una ducha y usaba un vestido que había llevado en caso de que necesitara cambiarse de ropa. Esperaba a Antonio en el balcón del dormitorio mientras contemplaba la tímida aparición del sol.

Cuando escuchó la puerta se volvió. El joven había ido a ducharse al otro baño y llegaba solo con un pantalón de mezclilla y descalzo. En sus manos, una botella de champaña y dos copas.

—Tienes que prometerme algo —pidió entregando las dos copas —tienes que prometerme que si en algún momento te sientes incómoda o si no te gusta algo que yo te haga me lo vas a decir inmediatamente —abrió la botella mientras hablaba y sirvió el burbujeante líquido.

—Lo prometo —dijo Lorena al entregarle su bebida.

—Por otro lado, tienes que dejar que sea yo quien decide qué y cuándo, ¿bien? Déjame, esta primera vez, ser el que haga todo lo que debe hacerse.

—Seré arcilla en tus manos, excepto si haces algo que no me gusta o me incomoda.

—Bien. Dicho esto, brindemos por nosotros y por nuestro futuro.

—Que estemos juntos muchos años —aceptó Lorena chocando su copa con la de él.

—Que estemos juntos para siempre —corrigió Antonio—, que este sea solo el amanecer de nuestra vida.

—Para siempre.

Bebieron la champaña concentrados uno en el otro, con sus manos libres tomadas, los dedos entrelazados. Antonio le sirvió más a Lorena, y ella bebió, sonriendo nerviosa, con cientos de mariposas revoloteando en su estómago.

Después, Antonio cogió ambas copas y las dejó en una mesita. Tomándola de la mano, guió a Lorena hasta la habitación, dejó la ventana abierta para que el fresco aire del amanecer los acompañara, pero cerró las cortinas. Incluso el sol era un intruso poco bienvenido.

Fue un momento mágico.

Lorena había soñado cómo podría ser, pero Antonio superó sus expectativas con creces. La besó lentamente, acarició su cuerpo, la desvistió dándose todo el tiempo necesario. La recostó en la cama y allí siguió besándola y acariciándola. Su boca, su cuello, sus pechos, su vientre, todos recibieron la tranquila atención de la boca y manos masculinas.

Cuando Lorena no podía soportar más, cuando se revolvía sobre las mantas, Antonio aceleró el ritmo, profundizó las caricias, conquistó con lujuria hasta el más recóndito trocito de la mujer.

Entonces la penetró.

Ella estaba tan ansiosa y excitada que olvidó luego la mínima incomodidad que sintió y simplemente se entregó por completo a la posesión del hombre

que amaba.

La siguiente semana fue un carrusel de momentos de diversión, paseos a la luz del sol o de la luna, comida, bebida, muchos besos y mucha pasión.

Lorena sentía que se enamoraba cada día más y que era ferozmente correspondida.

El único punto negro fue que quedaba cada vez menos tiempo para seguir así, juntos los dos, dejando de lado el mundo y sus responsabilidades. El lunes próximo marcaría el inicio de la nueva vida de Antonio, trabajaría en el norte del país, con un turno que lo alejaría por cuatro días completos.

Por primera vez, el joven deseaba no ser tan responsable, no ser un hombre que cumplía su palabra a cabalidad. Ella se burlaba por eso, porque Antonio siempre decía que la palabra de un hombre era lo único que tenía en el mundo y, si faltaba a ella, no valía nada.

Y como sucedía que él había aceptado un contrato de trabajo en una empresa minera y que ese contrato debía desarrollarse a dos mil kilómetros de Santiago, no tenía más remedio que coger el avión el domingo por la noche.

—De todas maneras, mañana yo entro a clases —dijo Lorena cuando se despedían en el aeropuerto.

—Sí, lo sé. Tienes que concentrarte en tus estudios, amor. Mientras antes termines tu carrera, antes podemos seguir con nuestros planes.

—Te lo prometo, el próximo año me titulo sí o sí. Después puedo usar los contactos de la tía Dany para hacer una pasantía en alguna casa de modas y, en un máximo de tres años, me instalo con mi propia tienda. Y después...

—Vas a ser una estrella, Lore. —Antonio se inclinó y besó la frente de la muchacha—. Y yo voy a estar tan orgulloso de ti. Lo único malo es que no sé si me aguante cuatro años para hacerte mi esposa.

—Igualmente, vamos a esperar a que yo cumpla veinticinco años para ser

tres en casa.

—Lo único que me mantiene en una pieza es esa casa. Va a ser la casa de tus sueños, amor. Yo voy a conseguirla para ti.

—Tú y los millones de tu abuelo. —Lorena le hizo una mueca burlona.

—No. Yo. Para ti, para nosotros, para nuestro futuro. Yo voy a sacar el mineral a la tierra con mis manos. Te lo juro, amor.

—Lo sé, Antonio, lo sé. Y te amo aún más por eso.

—Ese es mi vuelo —dijo Antonio cuando se escucharon por los altoparlantes las palabras fatales que los separarían—. Dile a tu papá que muchas gracias por traerme y que no se preocupe el jueves, voy a llegar como a las dos de la mañana, así que tomaré un taxi.

—Yo quería venir a buscarte —murmuró Lorena apenada.

—No, mi amor, usted descanse, que el viernes es día de clases.

—Seguramente mañana voy a saber mi horario.

—Independiente de eso, el jueves llego directo al departamento, me ducho y duermo hasta el mediodía. Después, me voy al instituto para almorzar contigo y ver qué hacemos el fin de semana.

—Yo voto por calentar las sábanas hasta que se incendien y, después, calentarlas un poco más —susurró Lorena sugerente, muy cerca del oído de Antonio.

—No puedo decir que no me guste tu plan, pero en algún momento tengo que visitar a mi familia y ver la luz del sol, ¿no?

—¿Es realmente necesario?

—Estás loca, Lorena.

—Solo por ti.

CAPÍTULO CINCO

Las siguientes semanas funcionaron siempre así. El domingo en la noche, Lorena y Víctor llevaban a Antonio al aeropuerto. De lunes a jueves, él trabajaba y ella estudiaba, ambos con ahínco para que no existiera la posibilidad de tener que hacerlo el fin de semana, excepto Lorena, que siempre tenía alguna tarea pendiente o un examen que preparar, a veces algo corto que despachaba inmediatamente. Otras, Antonio estaba junto a ella, pacientemente la veía dibujar o manipular telas u otros materiales y la ayudaba para que terminara lo más pronto posible.

Hablaban todas las noches, cerca de las diez, hora en que por fin terminaba la jornada laboral de Antonio.

El jueves en la noche, Antonio la llamaba cuando estaba en el aeropuerto. Volvía cansado hasta decir basta, pero una ducha, diez horas de sueño ininterrumpido y la promesa de la cálida bienvenida de Lorena era lo único que necesitaba para sacarse las toneladas de arena y agotamiento que parecía pegarse a él en el desierto más árido del mundo.

Lo mejor de todo era que Lorena no tenía clases los viernes en la tarde, así que Antonio pasaba a buscarla e iban a almorzar por cualquier lado, un fino restaurante, un local de comida rápida, un picnic en el parque.

Después disfrutaban de un exquisito fin de semana.

El primero de ellos partió con la celebración del cumpleaños número veinticuatro de Antonio. Sus padres invitaron a toda la familia y amigos, incluyendo a Lorena y los suyos.

A los padres de Antonio les gustaba cada vez más la unión de su hijo con Lorena y su familia. Respetaban el enorme esfuerzo de Víctor por levantar su empresa y admiraban las bellas obras de Camila. Claudio hacía las delicias de todos, era un jovencito gracioso y tierno, atento con los mayores y entretenido con sus pares, que terminaría la adolescencia siendo inteligente, guapo y muy simpático.

Muchos sábados salían de la ciudad, la mayoría a una casita en el campo que tenía la familia de Antonio, para que él pudiera descansar lejos del ajetreo de la gran ciudad y limpiar sus pulmones de la contaminación propia de una empresa de la gran minería del cobre.

En esas ocasiones, Antonio aprovechaba para enseñarle a Lorena a manejar. Ella se reía alegando que no era necesario, que Isabel, su tío Cristian, su tío Ismael o su mismo padre podían enseñarle.

—¿Para qué perder el tiempo? —concluía Lorena antes que Antonio empezara con sus instrucciones.

—Necesito comprobar que estás aprendiendo. No puedo dejarte el auto de otra manera —le explicó finalmente Antonio.

—¿Tienes intenciones de dejarme el auto? —preguntó Lorena entusiasmada con el plan.

—De momento. Tal vez para tu próximo cumpleaños pueda regalarte uno.

—No es necesario —murmuró Lorena contrita. No le molestaba que la familia de Antonio tuviera tanto dinero, su padre no lo hacía nada mal tampoco, pero no quería que pareciera que ella estaba con él por interés.

—Claro que lo es. Mi trabajo siempre me va a llevar a distintos rincones del mundo. De hecho, me están ofreciendo un trabajo en Sudáfrica. Es mucho dinero y es muy interesante. No puedo abusar de tu papá, amor, tienes que ser independiente.

—Pero...

—Algún día vamos a tener hijos, Lorena. ¿Tengo que explicarte que es un lío salir con ellos sin auto? ¿Y si yo estoy al otro lado del planeta? ¿Y si...?

—¡Pero eso sería en unos seis años más, no tienes por qué regalarme un auto ahora! —gritó Lorena, molesta por la insistencia de Antonio. Es decir, no molesta, pero sí fastidiada.

—De acuerdo, cuando llegue el momento lo hablaremos como personas razonables. Sin embargo, estoy seguro de que Isabel va a sacar su licencia el mismo día de su cumpleaños dieciocho, ¿No quieres tú ser la primera del Quinteto en tenerla? ¿No dices siempre que te encantaría hacer algo que las otras no pueden o no han hecho aún? Y esto es lo tuyo, puedes sacar la licencia antes que Isabel.

Entonces el estado de ánimo de Lorena cambió totalmente y volvió a ser la misma bromista de siempre.

—Ah, pero es que eso ya pasó y tú tienes todo el mérito.

—¿Cómo? —preguntó Antonio, perdido por el radical cambio en Lorena y su comentario.

—Bueno, fui la primera del Quinteto en conocerle el ojo a la papa. La primera en bailar el mambo horizontal, en ponerle los puntos a las íes, saludar al cuatro letras, remojar el bizcocho, bañar al nene, lustrar la manija, blanquear la chimenea...

Las alegres carcajadas de Antonio impidieron que Lorena siguiera sumando expresiones para decir «hacer el amor» con ese toque irreverente tan propio de ella.

Después de eso se besaron para dejar de lado toda discusión y todo aprendizaje también, excepto para buscar nombres a lo que estaban haciendo.

Lorena era tan feliz como era humanamente posible serlo. Antonio llenaba todos los vacíos de su alma, iluminaba su vida, aun la noche más oscura, con una simple llamada telefónica. Podía ser el peor día, podía haber salido todo mal, de principio a fin, pero escuchar la ronca voz de Antonio decirle lo mucho que la amaba solucionaba hasta el más gigantesco problema.

Cada vez que Antonio se iba, Lorena creía morir un poquito, solo la consolaban las palabras que él siempre repetía antes de irse. «Es por nuestro

futuro, por nuestra vida, por los hijos que un día llegarán. Te amo, Lorena, te amo tanto que me duele. Y te prometo que el fin de semana te compensaré».

Y así lo hacía. Así lo hacían ambos. Lorena se entregaba con todo lo que tenía, con todo lo que era. Desde el momento en que salía de clases el viernes, hasta escuchar el tan odiado llamado para abordar, no había ni un minuto que no pasaran juntos.

Estaban tan compenetrados, que Lorena no pensaba en el «departamento de Antonio» sino en su «otra casa». Ya consideraba una parte del closet, de la cama, del mueble del baño y el velador izquierdo completamente suyo. Todo lo demás eran áreas grises y Antonio disfrutaba mucho escucharla decir «mi» y «tu» al referirse a partes del departamento.

Y disfrutaba aún más al verla usar sus cosas con total libertad, especialmente su ropa. Lorena tenía debilidad por los calcetines de hombre, ya que decía que eran más gruesos y cómodos que los de mujer. La misma conversación se suscitaba todas las mañanas de domingo.

—Lore, ¿dónde están mis calcetines negros?

—¿Cuáles exactamente?

—Ya sabes, mis calcetines favoritos, los que me regala Dany.

—¿Esos negros, bien gruesos?

—Sí.

—En mis pies.

—Por favor, dime que estás usando pantuflas.

—Oh, claro.

—¡Lorena Alejandra! Vas a arruinarlos.

—Tranquilo, después *madame* te regalará otros.

—Pero...

—Ah, antes que lo preguntes, también estoy usando tu camisa favorita, esa que tu mamá bordó en el bolsillo.

—Pero...

—Y no estoy usando nada más.

Y con esa frase, Lorena terminaba de un plumazo todas las quejas de Antonio.

Un día, cuando Antonio llevaba ya dos meses trabajando, Lorena abrió un cajón del velador de él buscando un cortaúñas. Pero su sorpresa fue enorme al encontrar lo que parecía un cigarrillo, pero de aspecto muy extraño. Lo tomó e inmediatamente su aroma la llevó a las fiestas del instituto.

—¡Antonio! ¿Es esto lo que yo pienso que es? —gritó cuando él estaba aún en el baño.

—Si ese «esto» es un regalo de Marcelo que guardé en mi velador, entonces sí, es lo que crees que es —respondió Antonio cruzando la puerta, totalmente desnudo, con una toalla en la mano—. Sí, es lo que tú crees —confirmó cuando la vio con el cigarro de marihuana en las manos.

—¿Fumas mucho? ¿Cómo es que yo no sabía? ¿Podemos...?

—Una cosa a la vez, amor. No, no fumo mucho y no lo sabías porque no lo he hecho desde el primer año en la universidad. Me relajaba y divertía, pero no lo seguí fumando desde que empeñé mi palabra en algo tan absurdo que después me negué a...

—¿Qué era lo que...? No, espera, ¿Ignacio Antonio Carrera Goicochea incumple su palabra?

—No te hagas la graciosa. No te pienso decir a qué me comprometí, pero si alguna vez encuentras una foto mía en una posición extraña con Julio vestido de mujer, es mi gemelo malvado el que estás viendo. Yo no incumplo mi palabra.

—¿Una posición extraña con Julio vestido de mujer? ¿Se suponía que era mujer o travesti? —Lorena se rio de su propia ocurrencia—. O sea, ¿se suponía que era mujer y lo hacían a lo perrito o era travesti y lo hacían *a lo perrito*?

—¿Te das cuenta de que acabas de decir lo mismo?

—Pero tú entendiste lo que quiero decir. Julio era mujer e iban por los labios de seda o era travesti e iban por el asterisco.

—Tú sí sabes que con una mujer también se puede ir por el asterisco, ¿verdad?

—Por supuesto que sé que las mujeres también tenemos culo, ¡qué crees! — Lorena se sonrojó, se mordió el labio, pero, resuelta, siguió con la conversación—. A pesar que tú nunca... que tú nunca... jamás has tocado el timbre de la puerta de atrás.

—¿Tú querrías?

—¿Tú querrías? —repitió Lorena, sin saber cómo sentirse con esa conversación.

—No quisiera hacer nada con lo que te pudieras sentir incómoda — respondió Antonio. Se sentó atrás de ella en la cama y le rodeó la cintura con un brazo.

—Pero ¿querrías? —Antonio encogió los hombros—. Sé honesto conmigo, Antonio. Como yo lidie con tus deseos es problema...

—De los dos. Si quieres que sea sincero, lo seré. No me molestaría explorar otras facetas de nuestra relación, a donde sea que nos lleve. Contigo lo quiero todo y soy feliz teniendo las más locas relaciones sexuales o jugando en el parque como dos niños inocentes.

—¿Entonces si yo quisiera tú también?

—Considerando que somos jóvenes, creo que es el momento de experimentar. —Antonio tomó un encendedor del cajón abierto y le quitó el cigarro a Lorena—. Hemos hablado de nuestro futuro, de casarnos y tener hijos, pero ningún edificio crece sin cimientos, y es ahora cuando tenemos que construirlos. Hacer crecer nuestra confianza mutua y nuestra complicidad. Y asumo que esto sí llama tu atención —concluyó mostrándole el cigarro—. Ven, recuéstate en mi pecho y déjame ayudarte.

—Solo por saber qué se siente.

—Lo entiendo. ¿Quieres que vaya a buscar algo antes de fumar?

—Una botella de *whiskey*. Sin vasos —dijo Lorena nerviosa—. Y algo para... ya sabes. Por si acaso.

—Voy a ver si tengo algo que pueda servirnos.

—En mi cartera —Lorena nunca había experimentado un calor semejante—. Yo... lo vi un día y... por impulso...

—Bien, vuelvo en seguida.

Tal como lo prometiera, Antonio volvió con una botella a medio beber de *whiskey* y un tubito de aspecto demasiado vulgar para lo que era, según Lorena.

—Desnúdate —le pidió Antonio cuando llegó al lado de la cama.

—¿Para qué?

—¿Para qué crees tú? Para que estés tan *piluchita* como yo. Vamos, fuera ropa.

—De acuerdo.

Lorena solo usaba una camisa larga y suelta, así que no le costó mucho quedar totalmente desnuda. Antonio se sentó en el medio de la cama y se apoyó en la cabecera con la ayuda de los almohadones. Palmeó el colchón entre sus piernas y Lorena inmediatamente se sentó ahí.

Antonio le ofreció la botella y ella la agarró y bebió un buen trago. Después, él la imitó antes de rodear el estómago de Lorena con un brazo y acomodarla de tal manera que la muchacha quedaba totalmente recostada sobre su pecho. Le acercó el cigarro a los labios y ella lo aceptó. Finalmente, encendió el fuego.

—Inhala profundamente y aguanta la respiración dejando el humo dentro.

—De acuerdo. —Lorena hizo tal cual lo que él le había instruido.

—Ahora expúlsalo.

Ella soltó el aire con un gesto extraño.

—Siento como que algo me aprieta la cabeza.

—Es normal. ¿Quieres? —Le ofreció la botella mientras él fumaba, y después fueron cambiando hasta que Lorena dio la pitada final—. Dame. —Lorena lo miró extrañada—. Bésame.

Ella asintió y se acercó a él, unió sus labios y liberó el humo dentro de su

boca.

—¿Sientes lo mismo de esa manera?

—No. Es apenas un cosquilleo, pero quería que me besaras. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Extraña. Mareada, como cuando bebo, pero más. Y muy relajada. — Lorena bostezó—. Parezco león —dijo, refiriéndose a lo mucho que abría la boca para bostezar.

—Una leoncita sexy de ojos desenfocados.

Lorena no lo había notado, pero Antonio aprovechaba la posición para tener libre acceso a sus pechos y a su vagina, la acariciaba muy por encima, apenas rozándola.

—¿Tengo los ojos desenfocados? —Antonio asintió en silencio—. Amor, si mis manos están acá —Lorena levantó las suyas delante de la cara—, ¿cómo me estoy tocando la... ya sabes... la...?

—Porque no eres tú quien te toca, soy yo —respondió Antonio divertido.

—Ahhh... con razón, yo pensaba que me había salido una tercera mano. Sería útil para cortar, ya sabes que a veces la tela se escurre y... ¡Hey, tengo una idea genial! Un vestido sin tirantes, pero... ay, no, se me fue... me distrae mi tercera mano... ¿Qué...? Ohhhhh... quiero *whiskey*...

Antonio seguía acariciando sus pechos con una mano y su clítoris con la otra, trazando círculos alrededor de la carne expuesta. Lorena que tenía perfectamente claro lo que él intentaba y lo dejó actuar.

Mientras la muchacha bebía cortos sorbos de *whiskey*, Antonio besaba su cuello, jugaba con sus pechos, invadía con sus dedos la íntima cavidad. Cuando notó que Lorena se estremecía y encorvaba al borde del orgasmo, la tomó por las caderas y la sentó con una nalga sobre su pierna.

Ayudándose con la boca, abrió el tubito y vertió el gel en sus dedos. Muy lentamente se metió en medio de las nalgas de Lorena, quien inmediatamente dio un respingo.

—Tranquila, mi amor, tranquila, si no quieres, no pasa nada.

—Quiero, pero tengo miedo.

—En el momento que tú me digas, yo paro, ¿está bien?

—Sí —el susurro tímido y valiente de Lorena remeció el alma de Antonio, que volvió a apropiarse de su boca mientras extendía el gel.

—Quiero que me mires en todo momento. —Antonio volvió a tomar el tubito y extendió más gel, aprovechando de penetrarla con un dedo para preparar el estrecho canal—. Trata de no cerrar los ojos. Si es demasiado para ti, quiero saberlo, porque estoy seguro de que tú no me lo vas a decir.

—Te juro que te lo voy a decir, pero también te juro que te voy a mirar siempre. Podría estar mirándote hasta el fin de los días y nunca dejar de querer perderme en tu mirada, en ti.

—Te amo, Lorena.

—Y yo.

Con mucho cuidado, Antonio la ayudó a deslizarse por su carne tumescente, sujetándola con fuerza por la cintura, acariciando sus nalgas y besando su cuello para conseguir que ella se relajara. Un pequeño gemido y los dientes apretando el labio inferior lo obligaron a detenerse.

—No —susurró Lorena—, no te detengas. No te salgas, solo déjame... solo un minuto, para adaptarme.

Entonces Antonio volvió a acariciar su clítoris, por un lado, luego por el otro, trazando círculos, variando la presión, la velocidad hasta que Lorena misma fue quien siguió moviéndose, recibéndolo en su interior.

—Mierda, Lore —masculló Antonio cuando estuvo totalmente dentro.

Ella se dejó llevar por un instante, con la cabeza apoyada en el fuerte hombro masculino. Se giró para recibir su beso antes de empezar a moverse, muy despacio al comienzo, cada vez más rápido, en consonancia con el movimiento de la mano y dedos de Antonio sobre su vagina.

Lorena se sentía extraña. No era un «extraña» malo, solo extraña. Eran demasiadas sensaciones juntas. El exceso de alcohol y la marihuana habían dejado nublados sus sentidos y no podía distinguir una de la otra y, como

siempre, los besos de Antonio tenían la virtud de calmar su mente y acelerar su corazón. Tenía un cierto ardor por su penetración, no dolor, solo ardía un poco y era una sensación ajena, no totalmente bienvenida, pero tampoco era que quisiera detenerla.

Sus manos viajando por todo su cuerpo, concentrándose especialmente en el clítoris, la tenían al borde del abismo y ella quería saltar, perderse para siempre en el paraíso verde oscuro de sus ojos. Aunque Antonio no le hubiera hecho prometer que no dejaría de mirarlo, ella nunca podría haberse apartado. El magnetismo absoluto que ejercía su mirada sobre ella la había convertido en adicta a él. Era suya, totalmente suya.

—Y yo, tuyo —dijo Antonio, y Lorena por fin pudo notar que hablaba, contándole todo lo que sentía, diciendo su nombre a cada momento.

—Te amo, Antonio. Te amo tanto, yo... ahhhh... sí... ohhh...

Entonces Lorena se desplomó sobre él, absolutamente devastada.

—¡Lore! —gritó Antonio, encerrando su cintura con el acero de sus brazos, acompañándola en el viaje sin retorno de su entrega.

Horas después, Lorena no sabía cuántas, despertó con las caricias de las manos masculinas en su rostro. Como pudo abrió los ojos y trató de enfocarse en Antonio, en su pelo largo y suelto, totalmente salvaje, su barba de dos días y su expresión de enamorado. Sonrió. Era todo de ella, como ella era toda de él.

—Duendecillo travieso —murmuró Antonio besando su frente antes de alejarse—. Toma esto.

—¿Qué es?

—Un analgésico y antiinflamatorio, no quiero que te sientas mal después.

—Gracias. —Lorena volvió a recostarse. Lo mismo hizo Antonio un segundo después y siguió con las parsimoniosas caricias en su rostro y cabello.

—Amor, prométeme algo.

—Claro.

—Júrame que nunca vas a hacer esto con nadie que no sea yo.

—No podría... ni siquiera puedo pensar en que otro hombre me toque, jamás podría dejar que... tú sabes.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Pero yo me refería a otra cosa. Fue evidente que la mezcla de alcohol y marihuana te dejó totalmente desinhibida, pero principalmente indefensa. Por eso, quiero que me prometas que nunca vas a hacer algo similar si no estoy yo cerca para protegerte.

—Soy...

—Mi corazón, mi alma y mi dueña. Eres todo para mí, eso es lo que eres. Te amo, Lorena. Me veo en la extraña posición de necesitar protegerte de todo daño y, al mismo tiempo, de no querer que te pierdas nada de lo que quieras disfrutar, por eso no te pido que nunca bebas ni fumes, solo que no lo hagas sin mí, especialmente la parte de fumar.

—Antonio. —Lorena levantó la mano y acarició su mejilla.

—Quiero que tengas todo lo que quieras, que disfrutes de todo lo que anheles. Eres joven, y hermosa, y mía. Cualquier cosa que quieras, tienes que decírmelo y yo te la daré, pero, por favor, habla conmigo antes, no cometas ninguna locura sin mí.

—No es locura si estoy contigo —respondió Lorena con un asomo de sonrisa—, pero te juro que no haré nada que pueda clasificarse como locura sin ti.

—Bien. Duerme ahora.

En las siguientes semanas, ambos cumplieron sus promesas. Lorena siempre le decía lo que fuera que quisiera hacer y él siempre satisfacía hasta su más mínimo capricho.

Lorena sabía que había pensado muchas veces que no podía estar más enamorada ni compenetrada con Antonio y sabía que cada una de ellas era verdad, pero había llegado a un punto en el que tenía que aceptar que, a medida que avanzaran juntos por la vida, que crecieran y se hicieran totalmente adultos, todos sus sentimientos iban a seguir intensificándose.

Así, disfrutaban de largas tardes de ocio y de eternas noches de pasión.

Lorena sonreía cuando recordaba todas y cada una de las locuras que cometían juntos. Su cuerpo alcanzaba temperaturas extremas al pensar en las cientos de maneras que habían inventado para amarse, en las miles de pequeñas y grandes cosas que cimentaban su futuro, cada vez más convencida de que nunca podría amar a otro hombre, mucho menos llegar a necesitarlo tanto como anhelaba a Antonio.

A veces lo amaba tanto que dolía. Lo extrañaba tanto que sus ojos se llenaban de lágrimas solo de recordarlo.

Y en ocasiones tenía tanto miedo de perderlo, de quedar destrozada si llegaba a estar sin él que trataba de convencerse de que no era tanto, que solo era su juventud lo que la hacía pensar y sentir así, que era el hecho de haberle dado su virginidad, de haber disfrutado de una pasión sin límites y de haber recorrido largos caminos de la vida a su lado, lo que hacía que sus sentimientos se intensificaran hasta límites insospechados.

Entonces abría la puerta de la sala de clases el viernes antes del almuerzo y ahí estaba Antonio, guapo hasta decir basta, con su largo pelo suelto, fragante y lustroso, sus mejillas recién afeitadas y alguna camisa que ella misma cosiera para él, y todo el temor, todos los deseos de contenerse se olvidaban y volvía a amarlo sin condiciones, sin restricciones.

Sin sentido.

Había ocasiones en que Lorena pensaba que el tiempo pasaba más rápido

para ella que para los demás. Era la única explicación posible para estar en el último día de clases de ese semestre, sacándole un vestido a Isabel y poniéndole rápidamente otro, retocando su maquillaje, arreglando su peinado para que ella pudiera volver a la pasarela y obtener la máxima nota para su prima.

Cuando las muchachas se despidieron y Lorena pudo calmarse, el mundo se le vino encima.

Estaba muy triste porque Antonio había tenido algún problema en la mina y no había viajado la noche anterior, así que no podía compartir con él su felicidad por haber aprobado todas sus asignaturas.

Seguía cumpliendo sus promesas, especialmente la más importante: trabajar sin descanso para el futuro que estaban construyendo juntos. Lo mismo Antonio.

A Lorena le incomodaba a veces hablar de tales temas con Antonio, especialmente porque su parte era la fácil, ella solo debía estudiar y aplicarse en el instituto para titularse lo antes posible. A Antonio le correspondía la parte dura, viajar dos veces por semana, largas y extenuantes jornadas laborales, llamadas a cualquier hora, tanto al teléfono de la casa como al celular que la compañía le entregó. Lo único bueno del exigente trabajo de Antonio era el altísimo sueldo que recibía y que él ahorraba con constancia, pensando ya en comprar una casa y dejar el departamento.

La noche anterior, cuando habían hablado, ella le dijo que se iba a ir al departamento de todas maneras, para estar con él apenas pudiera llegar a Santiago.

Antonio le respondió que no se preocupara, que tal vez ni siquiera pudiera viajar hasta el sábado; con algo de suerte, llegaría a la capital para el almuerzo de ese día, lo más probable para la cena.

Entonces Lorena le contó que sus compañeros de curso querían hacer una fiesta o algo para relajarse al término del semestre e Isabel les dijo que podían usar la casa de Maitencillo.

—Están locos —comentó Lorena—, quieren ir a la playa en invierno. Chiflados, todos ellos.

—Pero anda, amor, si es lo que quieres. Debes relajarte, te lo ganaste.

—No estoy segura...

—Haz como lo estimes conveniente, solo cuídate. Si quieres, quédate en el departamento. Sabes donde hay dinero, no te preocupes por nada, pide comida, lo que sea. O si prefieres, anda a Maitencillo con tus compañeros. Lleva dinero para tus gastos, y durante las vacaciones, vamos a ponernos serios con el tema de tu licencia de conducir.

—Bueno, amor. Lo haré. Si llegas, ¿me avisarás para devolverme a Santiago?

—Iré directo al departamento, si fuiste a Maitencillo, te voy a buscar y tal vez nos quedemos ahí por los días que tenga de descanso. Pedí algunos después de este turno y, como se alargó, debería poder estar en Santiago al menos dos semanas.

—No sabes lo feliz que eso me hace.

Así fue como ese viernes en la tarde salió con cuatro de sus compañeros con rumbo a Maitencillo. No quiso ir al departamento a buscar dinero, a pesar que Antonio le daba carta blanca para sus gastos, solo sacó algo de la mesada de su padre y partió.

Cuando llegaron al balneario, que estaba casi vacío en medio del invierno, Lorena abrió la casa y dejó que sus compañeros se instalaran. Ella no podía dejar de recordar que la última vez que había estado ahí fue con Antonio, y lo extrañaba terriblemente, más aún al ver a Patricia y Alex, dos de sus compañeros, que eran pareja.

Nelly y Manuel, los otros que formaban su grupo habitual de estudios y que los acompañarían en el fin de semana, tenían una dinámica extraña y Lorena no acertaba a entender qué eran entre ellos. A veces pensaba que era una relación meramente sexual, pero en otras pensaba que eran muy buenos amigos, ya que siempre estaban juntos en clase y en los descansos; además, se abrazaban e

incluso Lorena creía que en una ocasión los había visto besándose, pero no estaba segura. El gran problema era que Manuel tenía la mayoría de los signos reconocibles de un hombre homosexual, lo que confundía tremendamente a la muchacha. «Tal vez es bisexual», se dijo cuando notó como miraba al hijo de los cuidadores que había salido a recibirlos.

Alex insistió mucho en llevar comidas de fácil preparación. Manuel, en llevar alcohol a destajo. Nelly, en pasar por casa de su primo para buscar otras sustancias imprescindibles, según ella, para un fin de semana de relajación y entretenimiento. Patricia solo quería divertirse, así que no se quejó de las abundantes insistencias de sus compañeros. Lo único que Lorena quería era ver a Antonio, así que ni escuchaba a los demás hablar, simplemente caminaba como si fuera un zombi siguiendo al que los guiara.

Como dueña de casa en funciones, distribuyó los dormitorios, señaló donde estaba la ropa de cama, la vajilla y cubiertos, explicó dónde se encendían las luces, dónde se encontraba la llave de paso del agua, cómo usar la antena satelital y conectar los distintos equipos. Principalmente, se encargó de prender el fuego en la chimenea, detalle que le encantaba de esa casa, ya que, según ella, era la mejor forma de calentar una habitación y en Santiago estaba prohibido usarlas.

Entre todos, y con la ayuda del hijo de los cuidadores, pusieron la casa a punto para el fin de semana, prepararon algo de comer y, antes que Lorena se diera cuenta, tenía en su mano un vaso de ron con Coca-Cola.

Lorena se prometió que solo bebería un poco y que no fumaría nada de lo que llevaba Nelly, pero con el correr de las horas y el sentirse cada vez peor por la ausencia de Antonio, incumplió una promesa. «Solo una», se dijo, ya que comprendía que la mezcla era lo que le sentaba fatal y, además, el aroma no le resultaba tan atrayente.

Con esa resolución, se propuso disfrutar de la noche y tontamente aceptó participar en un juego de preguntas donde el perdedor debía beber un cortito de tequila.

Para Lorena, el juego comenzó bastante bien, pero cuando empezó a equivocarse, no paró. Una cosa llevó a la otra y pronto ya no sabía ni quién era. Solo una cosa estaba clara: el alcohol había borrado el dolor de su corazón por la ausencia de su principal ocupante.

CAPÍTULO SEIS

—¿Qué mierda significa esto?!

No fue el horrible grito lo que despertó a Lorena. Lo escuchó, sí, pero no pudo registrar su significado. Fueron los remezones que le daba Manuel en el brazo lo que consiguió ponerla todo lo alerta que estaría después de una noche de beber una mezcla tan abundante de alcoholes.

Se sentó, o al menos eso parecía, ya que su cabeza pasó de estar apoyada en algo a estar en el aire. Abrió los ojos apenas una rendija porque el exceso de luz la molestaba demasiado y, como pudo, empezó a concentrarse en el dantesco escenario que la rodeaba.

Los fríos rescoldos de la chimenea llenaban de ceniza el piso delante de ella, por lo que notó que su brazo, pierna y mano derecha estaban sucios y tiznados.

Había vasos, botellas, encendedores, fósforos y colillas de cigarrillos y restos de comida tirados por ahí.

Tenía frío, mucho frío, así que miró con curiosidad sus piernas desnudas, la tanga que cubría sus partes íntimas y la mínima camiseta que revelaba más de lo que cubría. No llevaba sostén, creía recordar que en medio de la noche le picaba, así que se lo había sacado, por lo que el algodón blanco traslucía totalmente sus pechos de enhiestos pezones. Había una gruesa manta a su lado, pero no cubría ni un milímetro de su cuerpo.

Sentía la boca sucia y la lengua como estropajo y su cabeza estaba a punto de estallar. Buscó otras molestias o sensaciones, pero no había nada más.

—¡Lorena, por la gran puta, respóndeme! ¿Qué mierda significa esto? ¿Quién es ese *hueón* que está acostado a tu lado y por qué *chucha* estás desnuda?

Las ansias irrefrenables de vomitar se formaron en su estómago, subieron por su esófago hasta apropiarse de la boca. Levantó una mano para cubrírsele y detener la arcada. Como pudo, se arrodilló en un infructuoso intento de ponerse de pie.

—¡MALDITA SEA, LORENA, RESPÓNDEME!

—An... Antonio... viniste... —murmuró Lorena sin entender completamente por qué el hombre que decía amarla hasta la locura y querer pasar el resto de la vida con ella le gritaba de esa manera.

—¡ESTO ERA JUSTAMENTE LO QUE YO QUERÍA EVITAR, ES JUSTAMENTE EL PORQUÉ TE PEDÍ QUE NO HICIERAS DESARREGLOS SIN MÍ!

—Antonio, no...

Estaba claro que Lorena había sido un poco descuidada, lo sabía, había bebido de más, pero no había fumado nada y, ciertamente, no había pasado nada de nada con nadie. Tendría que estar muriéndose para soportar el tacto de otro hombre.

—Me bajo del avión y llego al departamento esperando encontrarte, pero no estás ahí, ni siquiera pasaste, ni siquiera sabía si habías venido para acá hasta que conseguí comunicarme con Isabel y ella me lo confirmó. Me subo al auto y manejo casi dos horas muerto de miedo porque no he tenido noticias tuyas en casi dos días. Llamé como loco para acá, pero nadie contestó. ¿Tienes idea de lo preocupado que he estado? Ayer no le avisaste a nadie que habían llegado bien y ahora me encuentro con este escenario espantoso, Lorena. Te pedí... Me prometiste que nunca ibas a hacer nada de esto con nadie que no fuera yo...

—No he hecho nada más que beber... —trató de decir Lorena, pero Antonio siguió con su discurso sin dejarla hablar.

—Esto era justamente lo que yo temía, que te expusieras de esta manera, que no pudieras controlar a imbéciles como este... ¿O fue voluntario? ¿Tú quisiste

que este *hueón* te manoseara y se metiera en tus calzones? Te pusiste a fumar y a tomar...

—No he fumado nada —musitó Lorena, con la jaqueca a punto de matarla—. Tomé, sí, lo admito, pero...

—Te lo dije, te lo pedí. ¡Tú lo prometiste! ¡Me lo prometiste, Lorena! Y la primera vez que no estoy... Está bien, acepto que yo mismo te dije que vinieras con tus amigos, pero no sabía la calaña de tipejos con los que te juntabas. No me mientas, Lorena, te lo advierto...

—Te dije que no fumé. Bebí, sí, pero eso no quiere decir...

Antonio seguía gritando que ella lo había prometido, que no le mintiera, que dónde estaba su ropa porque ella se iba a vestir inmediatamente y se iba con él a Santiago, que ya lidiaría con Isabel y su familia por los desastres que habían hecho en la casa, y tantas otras cosas que Lorena captaba apenas porque lo único importante para ella era que Antonio no la escuchaba.

Ella intentaba explicarle que no había pasado nada con Manuel, que no había fumado, que su único pecado había sido beber más de la cuenta y con el estómago más vacío que lleno porque no había querido comer, no había querido hacer nada, solo quería que el tiempo pasara, que Antonio terminara su trabajo y llegara con ella, porque ella lo necesitaba demasiado, y en medio de los gritos, algo se quebró en ella.

Sabía que era imposible, pero se sentía tan mal que incluso creyó escuchar algo así como una trituradora dentro de su pecho, arrasando con su alma dolida, con su corazón que hasta el día anterior rebosaba de amor; pero en ese momento estaba realmente fracturado, como ese corazón de oro que Antonio le había regalado cuando cumplieron seis meses juntos, ese que se suponía que eran ellos, un solo corazón latiendo en dos pechos.

Intelectualmente podía comprender que quien viera lo que Antonio veía podía sacar las mismas conclusiones, pero Lorena recordaba, un poco confundida aún, como había llegado a estar tirada en el piso del *living*, medio desnuda y con un hombre y otra mujer en idéntico estado, aunque Nelly ni

siquiera hubiera despertado aún.

Jugando, Patricia se había sentido muy mal, Manuel incluso hablaba de intoxicación, por lo que Alex la llevó hasta el baño y la forzó a vomitar. Después, su malestar era tal que entre los dos hombres la llevaron a la cama. Lamentablemente, había sido muy pronto y, cuando la estaban acostando, dejó la ropa de ambos hombres, la de ella y el dormitorio, con la cama incluida, regada con sus vómitos.

Al ver su pésimo estado, Manuel le había cedido el dormitorio que le tocaba y se fue al *living*, dispuesto a dormir en el sofá.

Cuando Nelly y Lorena decidieron ir a acostarse, Manuel se había quejado de que se quedaría solo y no quería. Las muchachas sintieron lástima de él y lo acompañaron un rato más. Siguieron conversando y bebiendo, todos con mucho calor porque el fuego de la chimenea se les había descontrolado y, finalmente, como si fueran niños pequeños, decidieron que mejor dormían todos en el suelo del *living*, fingiendo estar de acampada.

Se desnudaron, Lorena tímidamente al comienzo, pero cuando Manuel le dijo que, a menos que ella ocultara un buen miembro debajo de su tanga, no le interesaba. Sin ningún problema se quitó el sostén y el resto de la ropa y se puso cómoda para dormir en medio de las mantas rescatadas del último dormitorio.

Pero en ese instante comprendía lo absurdo de todo, porque Antonio no la escuchaba. No la escuchaba, no la comprendía y, lo peor, no confiaba en que ella sabría comportarse, sabría cuál era su límite, porque a pesar de su desnudez, y de la del propio Manuel como comprobó al mirarlo de reojo, ellos ni siquiera se habían tomado de las manos.

Para ella, el punto central era que Antonio no confiaba en ella. Sin importar la cantidad de evidencia que pudiera reunir, Antonio debía confiar en ella, en su palabra.

—¿Pero es que al menos me estás escuchando?!

En ese momento, Lorena notó que Antonio seguía hablando y ella no le había

prestado atención porque intentaba recordar todo lo que había pasado, intentaba reunir fuerzas para volver a armarse, para hablar con él con calma. Él no confiaba en ella, pero ella tendría que dar un salto de fe e intentar arreglar todo.

—Amigo, ¿por qué no se calma, espera que Lore se duche y comen algo mientras conversan? Nosotros vamos a desaparecer. Nelly, Nell, despierta — terminó Manuel, removiendo a la chica.

—Mira, imbécil, de partida, no soy tu amigo. Segundo, en el estado calamitoso en que está Lorena, no es bueno que coma. Lo único decente que se te ocurrió es desaparecer, así que ¡ándate ya!

Lorena no podía hablar, no podía moverse, no podía pensar. Estaba congelada y no reconocía en ese tipo gritón y autócrata al tierno y atento Antonio que ella amaba. Y eso que estaba rompiéndose en su pecho se deshizo totalmente, desapareciendo junto con los tiernos sentimientos que él siempre le había inspirado.

—¿Sabe?, no le vendría mal dejar de gritar —dijo Manuel mientras ayudaba a Nelly a sentarse para conseguir llevársela lejos.

—¡Cállate, idiota! ¡Y para la próxima, mejor métete con la mujer de otro!

—Está cagando fuera del tiesto, se lo aviso —murmuró Nelly, que luchaba por ponerse de pie y que lucía como si hubiera sido torturada toda la noche.

—¿Y bien? —Sin tomar en cuenta lo que le decía Nelly, Antonio enfrentó a Lorena.

Evidentemente, esperaba la respuesta a una pregunta, pero Lorena ni sabía qué había preguntado Antonio ni pensaba contestarle. Ya estaba resuelta. Él podía confiar o no, pero ella no movería ni un dedo por convencerlo. Si él decidía confiar en ella, le contaría lo que había pasado con todos los detalles, pero si seguía gritando y tratándola como si fuera un criminal, no obtendría de ella ni una palabra.

—¡Estoy esperando, Lorena!

Lorena se mantenía en silencio, con la mirada fija en Antonio. Él se acercó

un par de pasos, pero se detuvo ante la temeridad que veía en la muchacha. Manuel y Nelly, ya de pie, no sabían qué hacer, se removían nerviosos en su propio puesto.

—¿No me vas a contestar? —preguntó Antonio, con las manos empuñadas y la piel tan roja como sus ojos.

Lorena no dijo nada. Absolutamente nada. De hecho, ya ni siquiera lo miraba. Simplemente estaba de pie y desafiante, con los ojos abiertos, los labios apretados, totalmente inmóvil.

Sin esperar más, Antonio se dio la vuelta y salió de la casa dando un portazo. Después se escuchó un motor y una rueda patinar sobre la gravilla antes que el ruido desapareciera en la lejanía.

—Lore, ¿por qué no le dijiste nada? —preguntó Nelly al cabo de varios minutos de silencio.

—Si quieres, yo le digo que preferiría acostarme con él que contigo. De hecho, le digo que jamás he tocado a ninguna mujer —intervino Manuel, intentando sacarle hierro a la situación.

—No le dije nada porque no se me dio la gana —explicó Lorena—, y no te atrevas a decirle nada a ese imbécil. No le he dado motivos para desconfiar de mí, así que puede irse a la mierda, que a mí me da lo mismo.

—No te da...

—Cállate, Nell.

—Voy a limpiar el dormitorio de mis tíos y a sacar el colchón al patio. Manuel, por favor, ayúdame.

—Claro, Lorena, me visto y voy enseguida.

Lorena no quiso arruinarles el fin de semana a sus amigos, así que siguió como si nada hubiera pasado. Limpiaron, ordenaron, prepararon algo para comer y se ducharon. Durante la tarde salieron a caminar por la solitaria playa y en la noche, siguieron con la fiesta, aunque en esa ocasión todos se midieron, excepto Lorena, que terminó siendo acostada por Nelly y Patricia, después que Manuel la llevara en brazos hasta una cama.

Volvieron a Santiago el domingo en la tarde. Lorena se encontró con un enorme ramo de crisantemos de un profundo color morado al llegar a su casa. Su madre le informó que Antonio lo había llevado la noche anterior. Que no había querido pasar, pero que se veía muy mal. No le hizo preguntas, pero Lorena asumió que sabía que habían discutido.

Al día siguiente, Antonio la llamó no menos de cuatro veces. Las primeras dos, Lorena le pidió a Claudio que le dijera que estaba ocupada. La tercera se armó de valor y se acercó al teléfono. No habló inmediatamente, así que escuchó los reclamos impacientes de Antonio a media voz. Le colgó sin decir nada. A partir de ese momento, simplemente dejaba caer el auricular en la base, hasta que Antonio no la llamó más.

No tenía excusa para no reunirse con el Quinteto aprovechando que todas estaban de vacaciones, así que el martes se fue al taller de mecánica de su tío Cristian. Saludó a algunos de los mecánicos, especialmente al tío Ismael, quien le acarició el cabello con ternura, y a Juan, el joven mecánico amigo de Isabel, que había ido a Soubllette e Hijos a realizar su práctica profesional y continuaba trabajando ahí.

Pasó por las oficinas para saludar a Catalina, la madre de Pamela y secretaria de su tío, y finalmente cruzó al patio para entrar en la casa de la familia. En medio de este le ocurrió. Fue algo tan tonto, pero desató una tormenta atroz.

Un trabajo de Isabel tirado con descuido. No era cualquier trabajo, era un trozo de madera donde tenía pegados distintos minerales —algunas muestras se las había regalado Antonio— junto con las explicaciones que le merecieron la máxima nota a su prima.

Lorena no sabía si la mera presencia del trabajo había sido lo que la hizo llorar como una Magdalena, o el hecho de estar tirado en mitad del patio, como si fuera un desecho, tal y como ella sentía que eran los siete meses y algo más que había pasado con Antonio, tal como se sentía ella misma.

Sus primas la vieron y fueron inmediatamente a buscarla, con Pamela y

Adriana siguiéndolas. La llevaron hasta la habitación de Isabel, le dieron un vaso con agua, acariciaron su cabello, la abrazaron, pero nada hacía que dejara de llorar.

Cuando finalmente lo consiguió, Francisca le preguntó qué le pasaba, así, sin más, sin advertencia, simplemente se lo preguntó. Y por supuesto que Lorena no estaba preparada para contestar. No quería contestar, así que se puso de pie y se fue, sin despedirse, dejándolas estupefactas.

Las llamadas de Antonio volvieron por un par de días, pero Lorena no hacía otra cosa que colgarle. Intentó salir de su dormitorio, intentó hacer algo de su vida normal, pero no era capaz de levantarse e ir al baño a tomar una ducha.

Finalmente ocurrió lo que ella más temía. El sábado siguiente, en la tarde, Antonio se presentó en su casa. La suerte estuvo parcialmente de su parte, ya que no estaba sola, estaba su padre y, si había alguien en el mundo en el que Lorena confiaba para que pudiera deshacerse de Antonio definitivamente, era él.

—Hijita, Antonio está en la puerta —dijo Víctor asomándose por la entrada del dormitorio de Lorena.

—Lo sé, escuché el timbre —respondió ella apática.

—¿No vas a ir a atenderlo?

—No.

Diez minutos después, Víctor volvió a aparecer. Se sentó en la cama de Lorena y tomó su mano.

—Hija, no es mi intención meterme en tu vida, pero no creo que debas dejar las cosas así.

—Si no es tu intención meterte en mi vida, no lo hagas.

Otros quince minutos pasaron antes que Víctor volviera donde su hija.

—Mi amor, por favor, al menos escúchalo.

—No hay nada que escuchar.

—Yo estuve hablando con él, pero no...

—¿Hablando o gritando? Porque yo entiendo que la situación pudo ser

horrible, pero lo menos que él debió hacer es hablar conmigo y no gritarme como si yo fuera una mentecata sin ningún respeto por sí misma y... Lo siento, papá, pero no quiero hablar de eso...

—Lo sabe. —Víctor sonrió triste—. Es decir, lo primero que me pidió que te dijera era que sentía haberte gritado.

—Demasiado poco y demasiado tarde, papá. No quiero hablar de esto, no quiero hablarlo con nadie y no quiero volver a verlo nunca jamás en la vida. No tienes idea de lo que me hizo, papá.

—Él va a seguir insistiendo, Lore, lo sabes tan bien como yo.

—Lo sé —Lorena se puso de pie y se paseó por su habitación.

Se preguntaba si no estaría exagerando. Lo amaba, aún lo amaba tanto que dolía. Pero le dolía aún más saber que él simplemente no confiaba en ella. No entendía, no podía aceptar, que después de todo lo que habían vivido, de la manera tan completa y sin límites en que ella se había entregado, él aún dudara.

Nuevamente, la idea de ser demasiado joven para una relación tan seria se metió en su cabeza. Ella no quería perderlo, pero se preguntaba si en verdad alguna vez lo había tenido. Se preguntaba si no sería lo mejor cortar todo de raíz, hacer borrón y cuenta nueva y empezar otra vez con su vida, tal como ella siempre quiso vivirla.

—Papá, sé que te he molestado mucho, y te lo agradezco enormemente, pero quiero pedirte un último favor.

—Claro, mi amor. Dime.

—Llévale esto a Antonio. —Lorena sacó de un cajón de su cómoda la cadena con el dije de medio corazón que había guardado cuando volvió de Maitencillo, y se la entregó a su padre—. Dile que ya no tiene que tener el corazón dividido. Dile... dile que es y siempre ha sido totalmente suyo, como el mío me pertenece solo a mí. Y dile... Papá, escúchame bien, dile textualmente esto: «Lorena quiere que le des tu palabra de que nunca más vas a venir a esta casa a buscarla».

—¿Quieres que le diga textualmente eso? Hija...

—No me importa de qué forma se los dices, papá. —Lorena ya estaba desesperada, quería quedarse sola y poder llorar hasta secarse—. Pero dile que te dé su palabra, así, usa esa frase. Él va a entender.

—Claro, mi amor. Una última cosa. ¿Estás segura, cien por ciento segura?

—Mil por ciento, papá.

Un rato después, Lorena no supo cuánto, escuchó un motor encenderse y alejarse. Después, Víctor volvió a entrar en su dormitorio.

—Está hecho, querida.

—Gracias, papá. Papá..., no quiero nunca más hablar de esto, no quiero que nunca más vuelvan a mencionar a An... a él. No quiero, por favor. Dile a Isa, dile... Solo díselo.

—Por supuesto.

Por todo lo que duraron sus vacaciones de invierno, Lorena no salió de su dormitorio. Dibujaba compulsivamente, cosía hasta altas horas de la noche, pero nunca mostraba nada de lo que hacía.

Al comienzo del siguiente semestre su padre tuvo que obligarla a volver al instituto, pero casi hubiera sido preferible que no lo hiciera.

Empezó a juntarse con un grupo de estudiantes de diseño gráfico con quienes tenía algunas asignaturas en común y dejó de lado a Manuel, Nelly y los otros.

Salía todos los fines de semana de fiesta, bebía y fumaba mucho, aunque jamás consintió en que otro hombre la tocara.

A su Quinteto lo dejó casi en el olvido. Solo se reunía muy ocasionalmente con ellas, solo en días especiales, como cumpleaños, y eran auténticos desastres, porque todo aquel que había conocido a Antonio se lo recordaba. Y no podía evitar llorar hasta el agotamiento cuando eso pasaba.

En el Instituto todo fue cuesta abajo. Incluso una de las asignaturas la reprobó por inasistencia. Las clases se realizaban en el salón que usaban el viernes en el primer semestre, el salón donde Antonio solía ir a buscarla. Dos asignaturas más fueron reprobadas porque no estudiaba nunca y las otras dos

las pudo aprobar porque solo consistían en dibujar y coser, lo único útil que podía hacer en ese tiempo.

A Julio lo veía de tanto en tanto. La primera vez, ella le exigió que nunca volviera a mencionar a Antonio y él le pidió que no lo hiciera elegir. Que no lo dividiera, que él era amigo de ambos y que los quería a los dos por igual. Lorena lo aceptó, pero por unos meses su amistad no volvió a ser la misma, hasta el día que Julio se enteró de que Lorena había reprobado tres asignaturas.

—Te voy a decir esto y te lo voy a decir una sola vez. Corta tu *hueveo* —le espetó furioso un día a fines de noviembre—. El semestre ni siquiera ha terminado y ya no hay manera de que apruebes esas asignaturas.

—No me interesa.

—Algún día te va a interesar. Yo sé perfectamente lo que se siente...

—Hoy hace un año de tu exposición.

—Qué mejor día, entonces, para volver a armar tu vida. Lore, sabes que te amo, eres mi mejor amiga. —Julio siguió hablando cuando notó que ella no lo detendría—. Vine a tu casa específicamente para decirte esto. Tú sabes que con Marcelo, Felipe y... otros... éramos compañeros desde la básica. Entramos a la universidad juntos. Todos al plan común de Ingeniería y Geo... eso... Felipe y yo íbamos a estudiar ingeniería, Marcelo y... otros... Geo... eso... al final del segundo año, yo andaba medio loco por... bueno, cosas que no vienen al caso y terminé perdiendo la carrera. No me importó, porque tampoco es que me gustara. Después, entré a estudiar Filosofía. Más pérdida de tiempo. Solo al final, cuando Marcelo y... bueno, los otros, ya estaban empezando a hablar de proyectos de título, yo entré a fotografía. Y solo fue porque... bueno, otro... —cada vez que Julio decía «otro» miraba a Lorena con los ojos entrecerrados y una mueca dolorosa— me dijo que esa era mi vocación, porque era realmente bueno con una cámara de porquería y sin estudios, imagínate si me dedicaba profesionalmente. Así que me fui al Instituto a probar suerte y me fue mejor que bien. Pero... Ay, Señor, te lo digo

a ti porque te adoro, Lore, jamás le diría esto a nadie más. A pesar de todas las vueltas que me di, este año recibo mi título y ya soy fotógrafo profesional, aunque mi futuro aún es incierto. Mientras que Felipe, Marcelo y... otros... se titularon hace un año y ahora tienen estos trabajos fantásticos que los llevan a lugares tan exóticos como Sudáfrica —hizo una pausa para mirar a Lorena atentamente, para tratar de leer en su gesto si entendía quién era el del trabajo en Sudáfrica, y Lorena, que comprendió sus intenciones, asintió—. No me malinterpretes, no los envidio, a ninguno, especialmente no a... bueno, otro... Sin embargo, no puedo dejar de pensar, no podía el año pasado cuando fui a su titulación, en que ese debí ser yo si no me hubiera farreado ese año. O mejor aún, si hubiera descubierto antes mi verdadera vocación. Todo ese largo camino me costó incluso pelearme con mis padres, vivir un par de meses con la familia de... bueno... otro... y casi no lo supero, Lore. No te quiero ver a ti en lo mismo. Sabes quién eres y qué quieres de la vida desde muy niña, y tus padres te han apoyado siempre, en todo. Así que, todo ese largo rodeo que me di fue para poder decirte con ganas: ¡Corta tu puto *hueveo*!

—¿Qué importa, Julio? Lamento que tú hayas perdido tanto tiempo, pero un año perdido no es nada para mí.

—Lo va a ser, algún día. Y, Lore, ¿no podrías...?

—No. Cállate Tulio.

—Nunca antes me habías dicho Tulio —dijo el fotógrafo preocupado.

—Nunca antes habías tratado de convencerme de... —Lorena lo miró con odio.

—Él está tan mal como tú.

—Yo no estoy mal y no me interesa nada él.

—Bueno, si no estás mal, entonces, ¿por qué pareces alma en pena? ¿Por qué reprobaste tres asignaturas? ¿Y por qué andas con ese montón de indeseables de gráfica?

Lorena miró a su querido amigo y supo que había caído en su trampa. Podía poner montones de excusas, podía jurar hasta el día del juicio final que estaba

bien, pero Julio había puesto el dedo justo en la llaga. ¿Por qué, si estaba tan bien como decía, seguía haciendo cosas tan opuestas a su naturaleza?

—Demuéstrame... a ti, a mí, a... a otros..., al mundo entero... —Julio se quedó un minuto o dos en silencio con la obvia intención de que ella entendiera lo que decía— que estás bien.

Lorena se mordió la lengua para que la pregunta que deseaba hacerle muriera inmediatamente. Él estaba en Sudáfrica, Julio recién se lo había confirmado, aunque ella lo sospechaba, pero seguía pendiente de ella.

Por varias semanas había tenido la sensación de que la seguían, hasta que un día ya no la tuvo más. Ella misma no había sido muy discreta y más de una vez pasó por fuera del edificio de Antonio. Siempre la noche del viernes. Y siempre había luz, hasta que un día ya no la hubo. Sin poder aguantarlo, envió a Joaquín, el más confiable de los *indeseables de gráfica*, como había dicho Julio. El conserje simplemente le había dicho que se encontraba fuera de la ciudad. Todas, las cinco veces que había ido, hasta que le pidió que se pusiera en contacto con su familia, si era muy urgente, porque ya no estaba en el país y no esperaban su regreso pronto.

Cada una de las veces había terminado en una borrachera fenomenal, pero esa última había sido épica. Lorena no había sido capaz de llegar a su propia cama y fue arrastrada por sus amigos hasta el departamento que compartían. Despertó la tarde del sábado, a medio vestir, enredada en las sábanas sucias de Joaquín. Él mismo le había dicho que no era ningún ejemplo de virtud, pero que a Lorena se le estaba pasando la mano. Y que era la última vez que la defendía del Kraken, como se hacía llamar otro de sus compañeros, que había estado a punto de forzarla la noche anterior.

Espantada, Lorena se había puesto los pantalones y los zapatos y salió corriendo para no volver a ver a ninguno de ellos, excepto a Joaquín.

—Por favor. —Julio interrumpió el hilo de sus pensamientos—. Es la última vez en la vida que lo menciono, pero, por favor, sácamelo de encima. Me tiene harto.

—¿Que te lo saque de encima? ¿A qu...? —No era necesario preguntar, no era necesario decir otra palabra—. Sé que tengo que enderezar mi vida. Esto no es lo que quiero. Por favor, no le cuentes nada, nunca más. Si tú haces eso, yo te juro... No. Yo voy a corregir mi vida, te lo juro. Y tú, corrige ese espantoso error tuyo.

Lorena se puso de pie como una mujer renovada. O, al menos, todo lo decidida que pudo a arreglar su vida.

Ya no tenía nada que hacer en el instituto, excepto tratar de que sus notas finales fueran lo menos desastrosas posibles. Para resarcirse del despilfarro económico al que sometió a sus padres, consiguió un trabajo en un taller especializado en el arreglo de zapatos de fiesta. Todos los días de ese verano se levantó muy temprano y salió a trabajar hasta muy tarde. Solo descansaba el domingo, día que lo dedicaba a pasear con sus amigas.

Isabel y Adriana habían terminado la escuela y, para fines de enero, Isabel ya tenía su licencia de conducir y su propio automóvil. En marzo comenzarían la universidad y las cinco amigas aprovecharon al máximo ese mes de febrero.

Mientras más corría el tiempo, más fácil se le hacía a Lorena dejar de comparar ese verano con el anterior, aunque rechazó sistemáticamente las invitaciones a Maitencillo. De hecho, no volvería a esa playa en particular en los siguientes cuatro veranos.

Cuando el Instituto comenzó, Lorena ya se sentía mucho mejor anímicamente, aunque aún un dolor sordo inundaba su pecho. Se metió de lleno a los estudios y, antes que pudiera darse cuenta, el año ya estaba terminando.

Ese verano volvió a trabajar, aunque en esa ocasión fue en una empresa de textiles, principalmente de sábanas, cortinas y demás ropa de casa.

Cuando regresó al Instituto, sintió todo el peso de las palabras de Julio. La mayoría de sus compañeros ya estaban titulados o al menos egresados, cuando ella aún debía aprobar una última asignatura y realizar su trabajo de titulación.

Finalmente, aprobó todo con excelentes notas, pero dado sus fallos anteriores no recibió ningún premio. Lo mejor, sin embargo, provino de un

profesor que la tenía en muy alta estima. Él le consiguió una pasantía con un diseñador. No era, bajo ningún aspecto, lo que podría haber tenido de contar con las conexiones de *madame*, pero era lo suficientemente bueno para empezar.

Así, Lorena volvió de a poco al curso que siempre deseó que tuviera su vida. Estaba tranquila y feliz, volvía con las bromas tontas, con las morisquetas burlescas, especialmente cuando su prima le confidenció que estaba viendo a un joven que conoció en la universidad y con quien tenía intenciones de acostarse, al menos, para saber de verdad de qué se trataba eso.

—¡Oh, prima, es fantástico! —le respondió Lorena, sintiéndolo muy profundamente.

Poco más de un año antes, había empezado a salir con un muchacho muy formal y nada dado a los paseos al azar. Era justo lo que Lorena necesitaba para volver a su vida afectiva. Alguien totalmente opuesto al hombre que había destrozado su corazón.

Pero después no pudo aguantar tanta formalidad y planificación y había salido con un futbolista. Y en esos momentos, un oficial de la armada... porque, claro, había fantasías que toda mujer debía cumplir. Al menos eso se decía Lorena.

Su carrera profesional no iba todo lo bien que quería, pero tenía trabajo y sus propios medios. No se independizó muy rápidamente porque quería ahorrar todo lo que pudiera antes de abandonar la casa de sus padres.

Cuando Francisca se fue a Francia a estudiar, Lorena se tragó su orgullo y pidió ayuda a sus padres para adquirir un departamento y comenzar con su propia línea de diseño, ya no apatronada, sino en forma independiente.

Y después de que Baran y Francisca decidieran volver a París y que Baran le ofreciera su ayuda, pensó que por fin había llegado su oportunidad.

Sí, su vida sería exactamente como ella quería. El plan original, no la aberrante alternativa de ese loco y estúpido verano.

CAPÍTULO SIETE

La actualidad

El ambarino líquido dio un par de vueltas dentro de la botella mientras la mujer lo miraba fijamente, evaluando qué tan ebria estaba. Mucho. Mucho muy borracha, pero ni de lejos tanto como deseaba estarlo.

Quería matar a alguien. Probablemente, *lady* Gabriela caería fulminada por un atroz rayo si Lorena fijaba sus ojos sobre ella. «Ant... ¡ÉL!», se exigió, recibiría una buena paliza. Pedirle la flamante grúa nueva a su prima sonaba como una excelente idea. Pasaría sobre él una y otra vez hasta que necesitaran pinzas para levantarlo.

¡Diablos!, ¿por qué dolía tanto?

No era como que ellos hubieran estado juntos hasta el año anterior. No, como si él hubiese ido de ella, Lorena, hasta Gabriela. Habían pasado tantos años. Tantísimos. Toda una vida. Ella era apenas una jovencita, una chiquilla. Y ahora era una mujer. Una mujer que había vivido su vida como había querido y había tenido cientos de amantes. Miles incluso... Bueno, miles no, y tal vez ni siquiera llegaba a una centena, pero...

Bebió un largo trago de *whiskey*, directo de la botella, tal como siempre le había gustado, y luego abandonó el resto junto al sofá. Se puso de pie y caminó hasta el dormitorio. Se sacó toda la ropa y, sin molestarse en nada más, se metió bajo las mantas.

Odiaba ese sentimiento, ese dolor inmenso. Ella no lo quería. Ni al hombre ni al sentimiento. Ella había tomado la decisión de terminar con él. Ella.

Y, en realidad, podía decir que ya no lo quería. Lo había amado con locura, sí, pero ya no tenía ningún sentimiento por él.

Excepto que, muy en el fondo de su corazón, tenía que aceptar que siempre quiso una oportunidad. No para volver a estar con él, sino para provocarle tanto dolor como él le había hecho sentir. Humillarlo como ella se sintió humillada y menospreciada.

Eso era. Sí, justamente. Y ya no podría ser porque él tenía su vida armada. Su perfecta vida armada, con *lady* Gabriela, la mujer perfecta, y él era Nachi, el novio perfecto.

Todo maldita y asquerosamente perfecto.

Lorena, literalmente, podría vomitar.

Y eso fue lo que hizo. Salió corriendo al baño y devolvió todo el alcohol con el que había tratado de entumecerse para dormir.

Las primeras horas del lunes, Lorena las vivió con temor por la nueva visita de Gabriela al taller. No quería verla, no quería tener que sonreír y meterse en una charla intrascendente. Se arrepentía de haber aceptado confeccionar su vestido de novia, se...

De pronto, el peso de lo que debía hacer la hundió en la silla en la que estaba sentada.

Había diseñado y estaba fabricando el vestido de novia de la futura esposa de Antonio, de la mujer que iba a darle hijos y que lo acompañaría por el resto de su vida. O sea, estaba trabajando en lo que debió ser su vestido de novia, pero para otra mujer.

—No importa —murmuró—, nunca he querido casarme, de todas maneras.

Sin permitirse otro pensamiento, se metió de cabeza en una larga lista de cosas pendientes, procurando que ninguna de ellas involucrara el maldito vestido de novia perfecto ni otro encargo de Gabriela, la maldita novia

perfecta.

Claro que temer que algo pasase no provocaba que no ocurriera, por lo que a media tarde agradeció la presencia de su costurera y ayudante mientras ella mostraba los avances del vestido de novia y entregaba otro traje de oficina.

«Ella no tiene la culpa, ella no tiene la culpa», se repetía Lorena como un mantra, mientras era tentada a cortar un mechón del precioso pelo que brillaba como el oro frente a su tijera favorita.

—Bueno, ¿y qué te pareció mi novio? —preguntó Gabriela con total desparpajo, cuando salió del probador la última vez.

Lorena la miró, enganchó un par de alfileres que tenía en la boca, haciendo tiempo para pensar en una respuesta un poco más digna que «Es un asco de persona, absolutamente espantoso, y no le vendría mal que lo hirvieran en aceite» o «Me pareció que estaría bien que lo lapidaran públicamente, como a la mujer adúltera de la Biblia». Gruñó, reclamando internamente contra la abuela Anunciación, aunque enseguida pensó que no estaría mal que la señora aún viviera, tal vez así podría darle una larga, larguísima charla, aburrida por supuesto, sobre cómo se iba a ir al infierno por ser un maldito bastardo.

—Se ve bastante formal y profesional —replicó finalmente, con tirantez.

—Oh, sí, absolutamente profesional. De hecho, por eso tuvo que viajar a Estados Unidos, a presentar su proyecto de renovación para el departamento, en caso que lo elijan director. —Aunque nadie la invitó, Gabriela aprovechó la silla que la costurera había dejado vacía, para sentarse frente a Lorena y charlar—. Claro que lo de formal... —Algo en la voz de la rubia hizo que Lorena la mirara antes que pudiera recomponer su gesto, viéndose absolutamente contrariada.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lorena sin poder contenerse.

—Mmmm... es... bueno, te lo digo solo a ti, porque, bueno... ahh... —Gabriela suspiró—. La cosa es que me ha costado mucho conseguir que Nachi adquiriera una imagen más... sofisticada. No es que tenga mal gusto, ni nada por el estilo, es que la naturaleza informal de su trabajo hace que siempre esté...

bueno, un poco... desatendido.

—¿O sea sucio y mal vestido? —Lorena le dio la espalda para que la otra mujer no la viera girar los ojos molesta consigo misma.

—¡Sucio no! —exclamó Gabriela como si fuera una ofensa para ella—. Bueno, me imagino que en faena sí, justamente por eso es que... Bueno, naturalmente, preferiría verlo de ministro de minería que de minero, como comprenderás. Porque, claro, no sé por qué tiene que ser él quien se ponga a manipular explosivos y cosas así. Ni siquiera entiendo mucho de su trabajo.

Entonces Lorena recordó claramente cuando él le prometiera que sacaría el mineral de la tierra con sus propias manos para construir un futuro mejor para ellos.

Distraída por sus pensamientos, tomó un vestido que solo había unido con alfileres, y estas fueron a enterrarse en masa en su dedo pulgar. Automáticamente, soltó la prenda y se llevó el dedo a la boca.

—¿Algún problema? —preguntó Gabriela.

—No, ninguno, excepto que... bueno, hay a quien le gusta el tipo *chico rudo*.

—Oh, claro. Cuando era niña estaba embelesada con Indiana Jones, la chaqueta de cuero, el látigo y la barba de tres días, pero eso es una fantasía, la vida real es muy distinta.

—A mí me gusta vivir mi vida como si fuera una fantasía.

—Por supuesto, estás en tu derecho. Pero de nosotros se espera...

—¿De «nosotros», la clase dirigente «nosotros»? —interrumpió Lorena con una ceja arqueada.

—No es que seamos mejores, ni nada por el estilo. Cada trabajo es digno y loable. —Había tal candor en la expresión de Gabriela, que Lorena no pudo más que pensar que la otra mujer hablaba desde lo más profundo de su corazón. Aún no era tan cínica como para pensar que hablaba desde lo más profundo del bolsillo familiar—. Pero con grandes dones vienen grandes responsabilidades, y yo siento que Nachi desperdicia todo lo que le dieron, encerrado en esas minas perdidas de la mano de Dios.

—Necesitamos los minerales —refutó Lorena, que no entendía por qué se ponía de parte de Ant... «¡De él!», se exigió inmediatamente—. No solo son gran parte del sustento de nuestra economía nacional, sino que, además, todos los grandes avances tecnológicos de los últimos cien años han ido de la mano con el desarrollo de la actividad minera, especialmente del cobre, que es un gran conductor de la electricidad. —Y en ese momento sonaba como Adriana, mezclada con Isabel y... «¡al diablo!», pensó la diseñadora, Adriana e Isabel son dos mujeres muy inteligentes y racionales, no pasaba nada malo si quería sonar como ellas... por una vez.

—No te discuto eso, pero es que Nachi es tan inteligente y tan preparado que haría mejor quedándose en una oficina y dirigiendo, no haciendo. Además... Ay, Señor... —Otro suspiro, y Lorena la miró con suspicacia. ¿Problemas en el paraíso?—. Es que Nachi es tan buena persona que sigue perdiendo el tiempo con sus amigos de la infancia. Me imagino que son buenos profesionales, después de todo, Marcelo y... oh, no recuerdo cómo se llama, el fotógrafo también han estudiado en el extranjero y, bueno, hace excelentes fotografías, ha captado a mi Fifi de manera maravillosa y ha adquirido cierta fama, pero ¡por Dios! ¿Un hombre de treinta y tantos años que se tiñe el pelo de morado y persigue a tía Javiera como un perro en celo? Entiendo que tía Javiera también hiciera locuras en su juventud, como modelo, y después esa tonta academia, pero ya es una señora mayor, debería comportarse como tal. Porque cuando el fotógrafo le hace sus absurdas insinuaciones, ella finge molestia, pero después se ríe... ¡se ríe! ¿Y Nachi tiene que soportar todo eso? ¿Él, que con su inteligencia y preparación, más mis contactos y el apoyo de nuestras familias, podría llegar a ser presidente de la República? Por eso, yo insisto tanto en que cambie un poco sus amistades y comparta más con mis conocidos, pero él se obstina en... ¡Ah! —Un tercer suspiro de parte de Gabriela y Lorena quería tirarse al suelo y revolcarse en medio de fortísimas carcajadas.

Por supuesto que había visto a Julio con el pelo morado. También verde

oscuro antes que eso, y como él era colorín al natural, se había dejado una barba roja y empalidecía su rostro con algún maquillaje para anunciar que era la bandera de México mientras hacía tontas morisquetas, fingiendo que era un águila, o la que fuera el ave en la bandera de ese país, que ella en realidad no era Adriana.

—Lo peor de todo son esos interminables viajes. ¿Tiene que ir él siempre? —Al parecer, ya que había empezado con sus quejas, no había manera de callar a Gabriela, así que Lorena hizo lo que pudo por no ponerse a gritar, reír o golpear a su clienta—. Por supuesto, entiendo que el jefe no viaje, después de todo, es un hombre mayor y por eso se jubila, pero hay otras personas en el departamento. Confío que ahora, con el ascenso, pueda bajar un poco el ritmo. Mi padre jamás se levanta antes de las ocho de la mañana y es un empresario de mucho éxito; en cambio, Nachi, a las seis, ya está en pie y moviéndose. Por supuesto, cuando vivamos juntos, me encargaré de que tenga otros motivos para quedarse tranquilo en casa. ¿Te he hablado de nuestro nidito? Ah, es maravilloso.

—Entonces, ¿le fue bien en su viaje? —Lorena lanzó la pregunta, la primera que se le ocurrió, para desviar el tema. Una cosa era que la escuchara hablar mientras ella seguía trabajando, y otra muy distinta, que le permitiera contarle de su nuevo hogar y las cosas que haría allí con Ant... «Nachi», concluyó burlesca.

—Hoy temprano hizo su presentación y aún no es oficial, pero yo creo que lo será luego. La verdad es que mi planificación de los eventos ha sido perfecta. Primero nuestra boda, luego la luna de miel en Bali y, cuando lleguemos y estemos bien instalados en nuestro departamento, la fiesta de fin de año de la empresa, que este año será apoteósica, ya que además será la fiesta de despedida del jefe de Nachi y anunciarán su ascenso.

—Realmente perfecto —murmuró Lorena mientras Gabriela respiraba. Y ella que pensaba que su prima hablaba mucho. Pues no, porque dos escasas palabras fue lo único que pudo decir antes que la rubia siguiera hablando sin

cesar.

—Lo malo es que voy a tener que aguantar dos veces a todos los otros jefes de departamentos y a sus señoras. No es que sean malas personas ni nada por el estilo, es que, bueno, ellas son todas mayores que yo y no tenemos mucho en común, casi nada de qué conversar...

—¿O sea, son un montón de viejas aburridas?

—¡No! No, no, no. ¡Qué atroz, no!

—O sea, sí.

—Yo no diría...

—Tú eres demasiado educada para decirles así. Por suerte, yo no tengo ese problema.

—En fin. —Gabriela siguió después de moderar una pequeñísima e insignificante sonrisa que parecía querer arrancarse—. Lorena, te agradezco todo lo que haces por mí, especialmente por escucharme, no tienes idea lo liada que he estado. Y trato de no molestar a Nachi, él tiene sus propios problemas que resolver. Espero que cuando vuelva al país pueda bajar un poco el ritmo, ha tenido tanto trabajo que casi no hemos pasado tiempo juntos durante todo nuestro noviazgo, menos aún estas últimas semanas que yo he estado tan ocupada con los detalles de la boda.

—No te preocupes por nada —Lorena lo decía sinceramente; a pesar de la abismal diferencia entre ellas, y especialmente por el tema del susodicho novio, Gabriela le caía bien. Nunca serían amigas, estaba más que claro, pero eso no quería decir que pudiera ir en contra de sí misma y tratar mal a alguien solo porque sí.

—Gracias otra vez, Lorena, y ahora te dejo tranquila, me doy cuenta de que quieres volver a trabajar.

—Algunos tenemos que ganarnos el pan.

—Y bien que te lo ganas —concluyó Gabriela, tirando un beso al aire antes de retirarse.

Lorena soltó la tijera y se despaturró sobre su silla emitiendo un profundo

suspiro.

Siendo muy honesta consigo misma, la verdad era que no entendía sus sentimientos. Como siempre en esas circunstancias, intentaba ser tan ordenada como Adriana e hizo una lista mental de sus caóticos pensamientos. Sonrió recordando a su prima Isabel y comenzó.

Primero: Gabriela le resultaba bastante agradable, a pesar de ser una linda cabeza hueca. No, se corrigió automáticamente. No era exactamente una cabeza hueca como, por ejemplo, Piti y Poti, las primas de Antonio. Era una mujer bonita y aparentemente inteligente, pero un producto de la sociedad que la había criado: señorita de sociedad, políticamente correcta y educadísima, hasta el punto de intentarlo demasiado. Hija obediente, ligeramente sometida por su familia, siempre buscando escalar, y si su novio le servía para eso, lo manipularía para su conveniencia. Siendo sincera, esa era la parte que más le molestaba, la manera en que se dejaba manejar y, a su vez, ejercía presión sobre Antonio.

«Nachi», se dijo, principalmente porque: segundo, Antonio ya no era Antonio, al menos no el que ella había conocido; en ese momento era Nachi, quien se dejaba influenciar por su novia y sería presidente de la República algún día. Su Antonio jamás habría considerado una carrera política. Pero, según había visto, Nachi escuchaba a su novia. En el *mall*, un sábado en la tarde, estaba afeitado, con un buen corte de pelo y ropa limpia, de marca y casi nueva. Antonio habría vestido pantalones gastados, zapatillas viejas y cómodas, su pelo largo y suelto y no se habría afeitado desde quién sabía cuándo.

Lo entendía, ella misma optaba por ropa más formal y se arreglaba con mayor esmero cuando tenía una reunión de negocios o un desfile, pero en su propio tiempo era ella y no un personaje hecho a medida.

Tercero: si no hablaba con alguien iba a explotar.

Consideró la posibilidad de llamar a Julio. A pesar de sus buenas intenciones, con el tiempo se habían separado. Cada vez se habían visto menos

y hablaban muy a lo lejos, hasta que perdieron totalmente el contacto. Pero un día, unos años atrás, el destino los había reunido nuevamente. Lorena sonrió al pensar en cómo ese *mall* moldeaba su vida. ¡Y después tenía la cara de decirle cabeza hueca a Gabriela!

La segunda taza de café tuvo el efecto mágico de borrar ocho años de separación, y Julio fue el primer hombre en visitar su departamento sin segundas intenciones. Los otros fueron Baran y Juan.

Por un acuerdo tácito, ninguno hablaba de Antonio, solo de ellos y de sus vidas. Por supuesto, Julio sabía de todos los hombres que Lorena veía, pero nunca decía nada, excepto para contarle de su última conquista. Se visitaban frecuentemente, hablaban por teléfono siempre que podían y se mantenían en contacto a través del correo electrónico. Incluso se habían reunido en París, cuando ambos estuvieron viviendo y trabajando en Europa.

Sin embargo, Lorena dudaba de la neutralidad de Julio al momento de compartir con él sus últimas vivencias. Y por lo que había podido concluir, basándose en lo que le había dicho Gabriela del *fotógrafo*, al parecer, Julio no era digno de ser amigo de Antonio, por lo que probablemente tuviera mucho que decir de Gabriela en su contra, y no era lo que Lorena deseaba.

La verdad era que Lorena solo quería distraerse después de su visita, por lo que consideró llamar a su colombiano, pero algo, no supo bien qué, le impidió hacerlo. No era la clase de diversión que tenía en mente.

Pensó en visitar a Francisca, pero lo descartó enseguida porque ni ella ni Baran se habían adaptado aún a su reciente paternidad, así que en realidad solo molestaría.

Por lo tanto, le quedaba un único lugar al que ir: el taller de su tío... Bueno, de Isabel. Podría incordiar a su prima, a Juan y a los otros mecánicos mientras trabajaban, luego molestar un poco a Adriana, desordenándole los papeles, y conversar con Pamela finalmente; tal vez, tomar un café mientras ellas terminaban su jornada laboral y, de alguna manera, convencerlas de ir al restaurant donde pasaron tantos momentos felices a lo largo de sus vidas.

Que Ricardo, el bicho más desagradable de la Tierra y mecánico en el taller de su tío, la mirara con cara de asco era un valor añadido, así que fue a su departamento y se puso el pantalón con más hoyos que encontró, una camiseta blanca que dejaba traslucir su sostén y una camisa de hombre a cuadros a la que le dejó los botones abiertos y amarró en su cintura. Las botas más ofensivas del mundo, que ella amaba absolutamente, en especial, por la punta metálica que imitaba el cuerno de un rinoceronte. Un abrigo que su padre había desechado y ella remendado, lápiz labial morado y una gruesa línea negra en sus párpados. Finalmente, se miró en el espejo y atusó su pelo para desordenarlo.

—*Born to be wild*—canturreó mientras practicaba lo que Adriana llamaba «cara de mala», cien por ciento garantizada para hacer que su prima se riera, Adriana la mirara exasperada, Pamela alzara una silenciosa ceja y Ricardo apretara la herramienta que tuviera en su mano, haciendo a Lorena desear que fuera *su* herramienta y se la arrancara de cuajo con mucho dolor, y ni así sería comparable con todo lo que su molesta presencia les causara durante la adolescencia.

Al llegar al taller se llevó una enorme decepción, ya que era el día libre de Ricardo y su prima había salido a probar un vehículo. Conversó dos minutos con Juan, quien no le dio importancia a su extraña apariencia, y subió donde Pamela.

Algo raro pasó cuando llegó a la recepción, ya que la colorina dobló y guardó rápidamente un periódico que leía y sonrió con tirantez.

—¿Qué es ese ruido infernal?—preguntó Lorena, subiendo su voz por encima del martilleo que se escuchaba.

—Están poniendo los muebles en la nueva sala de archivo.

—Yo pensé que lo habían hecho la semana pasada.

—A Adriana no le gustó cómo quedaron, algo de dos centímetros más acá uno menos allá. Ya sabes. —Pamela se encogió de hombros y miró atentamente a Lorena—. Perdiste tu tiempo arreglándote así. Ricardo no está.

—Ya sé —murmuró Lorena con fastidio—. Préstame un espejo y un lápiz labial más convencional, por favor.

—Y haz algo por tu ropa, si Adriana te ve así, va a despotricar hasta que te ardan las orejas.

—¿Qué le pasa ahora? Pensé que con el matrimonio y todo ya estaba más tranquila. —Las muchachas se miraron y se rieron de lo absurdo del comentario—. Adriana nunca va a estar tranquila.

—*Nop* —negó Pamela mientras abría un cajón para sacar su estuche de maquillaje, circunstancia que Lorena aprovechó para confirmar qué periódico era exactamente el que su amiga ocultaba, ya que normalmente los leía todos—. Tía Paulina está comprando ropa para bebé. Celeste, sí, pero también rosada.

—No es para Dimitri.

—No. Tío José y tía Betty andan cotizando cunas y pañales. Y tío José tiene el descaro de decir que no hay nada malo en estar preparado. Entonces, Adriana llama a casa de sus padres y de su suegra cada mañana para contarles que acaba de tomarse la pastilla anticonceptiva del día, así que... —La colorina encogió los hombros.

—Pobre Juan.

—Él se lo buscó... y bien que le gusta. —Nuevamente, las amigas rieron—. Toma —siguió entregándole unas llaves—, en mi casillero hay un pantalón limpio y un par de zapatillas. Camisa no te ofrezco porque te va a quedar muy grande —agregó Pamela— y, probablemente, a Adriana le dé un ataque si te ve con una camisa con el logo del taller.

—Entonces, ¿me la pongo?

—Voy a cerrar mis ojos hasta que desaparezcas —dijo una nueva voz a sus espaldas—, y no te pongas la camisa, a menos que quieras sufrir una muerte lenta y dolorosa.

—Como diga, mi general —replicó Lorena girando para saludar militarmente a Adriana.

—No te atrevas —exigió la recién llegada—. A Juan se lo aguanto porque él me da... bueno, tú sabes, pero... ¡Lorena Alejandra! ¡Puntas de fierro con forma de cuerno! Sácate esas botas inmediatamente...

—Sí, mi... Sí, Adri —concluyó Lorena girando otra vez ante el gesto fiero de Adriana.

Después que Lorena se cambió de ropa y que Isabel volvió, se fueron al restaurant y pasaron un buen par de horas riéndose de todo y de nada a la vez, y especialmente bromeando a costa de Adriana, quien estaba absolutamente fastidiada con sus padres y suegra por sus nada sutiles insinuaciones.

Cuando iba camino a su casa, Lorena se detuvo a comprar el periódico. No tenía ni la más remota idea de qué estaría leyendo Pamela, pero le corroía la curiosidad. Y al llegar a su departamento comprobó el viejo adagio: «la curiosidad mató al gato».

Sin ningún género de dudas, Lorena encontró el artículo en la sección de sociedad. Un reportaje de cuatro páginas con una enorme fotografía a todo color de la «Boda del Año».

Le bastaron tres párrafos para descubrir que a la periodista le encantaba describir todo como «del año»: la novia del año, Gabriela; el novio del año, Antonio; la boda, la fiesta, la torta, el vestido, todo, absolutamente todo era «del año».

Era, de lejos, el reportaje más empalagoso y horrible que Lorena leyera en su vida y la hacía preguntarse cuánto habría pagado la familia de Gabriela, ya que a ella la dejaba por el cielo, por su hermosura, educación, gentileza, amabilidad y positivismo. Claro que con Antonio no se había quedado atrás, describiéndolo como el «afortunado y guapo» que conquistó el corazón de tan cumplida señorita con su inteligencia y buen humor.

La breve mención de «I de Irresistible» y el esplendoroso vestido que Lorena estaba confeccionando para la novia del año fue lo único que la salvó de saltar desde el balcón de su departamento ubicado en el décimo quinto piso... o reclutar al Quinteto para tirar a la periodista desde la azotea.

Sí, esa idea le gustaba más y la hacía preguntarse qué tan complicado sería hacerlo pasar por un accidente.

Solo sus maquiavélicos planes la salvaron de volver a hundirse en la miseria que tan bien había sobrellevado con la reunión del Quinteto.

CAPÍTULO OCHO

Lorena pensaba que, tal vez, en un futuro lejano, descubriría cómo había sobrevivido esa semana, aunque la respuesta probablemente se hallaba en todo el trabajo que tuvo. Un día sucedía al anterior y ella solo notaba que el sol cambiaba de posición y que se encendían y apagaban las luces. La única percepción de la realidad la tenía al salir del taller para ir a su departamento.

Lamentablemente, no era un momento muy grato para ella, ya que de camino al estacionamiento pasaba por una tabaquería donde vendían todo tipo de revistas y periódicos que hicieron eco del reportaje de «La Boda del Año»

Lo peor fue el viernes en la noche, cuando se dio una hora de relajó frente al televisor para ver su programa farandulero favorito. No le importaba nada quien andaba con quien, qué personajillos de la sociedad se había separado de su pareja o si alguien había salido del clóset. Lo único que a ella le interesaba era la sección de modas, especialmente los mejores y peores vestidos de tal o cual evento.

Pero esa noche su momento favorito no llegaba, ya que todos los panelistas estaban interesadísimos en destripar el épico evento que sucedería a comienzos de noviembre. Muy a su pesar, Lorena siguió atenta el segmento donde relataban las biografías de los novios, rogando que ninguno de los amigos y familiares de Antonio que la conocieron la hubiera mencionado, porque temía que eso fuera el fin de su carrera.

Finalmente, fue mencionada solo como la fantástica diseñadora encargada del vestido de novia y responsable de su estilo recién mejorado.

Chilló de felicidad cuando, casi de pasada, un panelista comentó que ella era un «genio a tener en cuenta», recordando otros vestidos de novia que había confeccionado, especialmente el de Francisca.

—¿Y son primas? —preguntó otro de los presentes.

—Exacto —confirmó el primero—, y otra prima fue modelo, claro que abandonó la profesión.

—¿No le fue bien? —quiso saber un tercero.

Pero Lorena encontró demasiado extraño que hablaran de ella y sus primas en televisión, así que apagó el aparato y se fue a la cama.

El sábado, tal como prometía, fue un día muy intenso.

Ya el día anterior había comenzado oficialmente la celebración de las Fiestas Patrias, que duraría hasta el martes, y Lorena adoraba la costumbre de tantas personas de comprarse ropa para tal ocasión, especialmente los que requerían prendas confeccionadas a medida. Había hecho de todo: vestidos, blusas, faldas, incluso algún traje típico.

Después de la última entrega, ella y la costurera se miraron un poco desesperadas y solo la más férrea disciplina las obligó a seguir trabajando para dejar todo ordenado.

Cuando lo único que faltaba era la bodega de las telas, Lorena le dijo a su ayudante que se retirara. Le entregó un sobre con su bono y la mujer fue rápidamente a cambiarse de ropa.

Siguió ordenando un poco, considerando la posibilidad de pedirle a Adriana que le ayudara a hacer un inventario mientras doblaba unos retazos. Unos diez minutos después escuchó unos pasos presurosos acercándose a ella.

—Me voy, señorita Lorena.

—Bien, Tammy, nos vemos el miércoles —respondió Lorena—. Descansa y disfruta.

—Usted también. No se olvide de venir a cerrar la puerta.

—Voy enseguida.

Pero enseguida se volvió en cinco minutos y esos cinco, en diez. Luego, un

rollo de tela recién ordenado se le cayó al llevarlo al anaquel y Lorena gruñó, se arrodilló y comenzó nuevamente con la ardua tarea de enrollar el escurridizo georgette.

Estaba a punto de terminar cuando un par de botas de seguridad entró en su campo visual. Había visto a Isabel, Juan y todos los otros mecánicos usar unas muy parecidas. Pero su tío Cristian, y la misma Isabel, insistían en renovarlos frecuentemente. Las que observaba, en cambio, habían dejado sus mejores días muy atrás. Además, estaban sucias de barro.

Preocupada, miró un poco más arriba y vio el borde de un pantalón de mezclilla, deshilachado. La tela estaba desteñida tanto por el uso como por haber recibido algún tipo de químico en ella. De pronto, la idea de un asesino psicópata y violador tomó una forma muy clara en su mente cuando las rodillas gastadas y unas enormes manos hicieron su aparición.

Cuando llegó hasta arriba, le habría dado la bienvenida al peor criminal del mundo. De hecho, Jack el Destripador podría convertirse en su mejor amigo.

Se puso de pie, el rollo de tela abandonado a su suerte. Por hacer algo, se limpió las manos en su camisa y las apoyó en las caderas. Miró atentamente al recién llegado y no solo por simple curiosidad. La barba de un par de días combinaba a la perfección con el pelo corto pero desordenado. Al igual que el pantalón y las botas, la camiseta negra y la chaqueta de mezclilla daban muestras de haber sido usadas hasta el agotamiento.

—¡Válgame Dios! ¡Si no es el novio del año en persona! —exclamó irónica—. ¿Qué mierda haces aquí, Antonio?

—Buenas tardes a ti también, Lorena.

—Deja las cortesías para quien las quiera. Y de paso, deja tu persona fuera de mi taller. No eres bienvenido acá.

—Sí, me fue bien en el viaje. Aún no sé el resultado, pero gracias por preguntar. —Antonio seguía tan tranquilo y dueño de sí como Lorena recordaba. Era ella la que temblaba como una hoja al viento. «La rabia», se dijo, cuando él se acercó un paso.

—No sé si los años te han ablandado el cerebro o es que nunca lo entendiste, pero no quiero volver a verte en la vida. —Lorena dio un paso atrás mientras hablaba apretando los dientes—. Hasta hoy íbamos bastante bien, no lo echas a perder justo ahora.

—Ni tengo el cerebro blando ni me he olvidado de nada. Muy por el contrario, recuerdo todo con una precisión burlona. Fue un sábado, el 23 de julio. Eran las cuatro y media de la tarde. Tu papá me entregó la cadena con el dije de corazón dividido y me dijo: «Lorena quiere que le des tu palabra de que nunca más vas a venir a esta casa a buscarla». —Hizo una pausa, miró a su alrededor y levantó los brazos señalando el lugar—. Esta no es la casa de tus padres.

—Pero...

—Estoy siendo cien por ciento fiel a mi palabra.

—Debí cerrar con llave la puerta —masculló Lorena.

—Sí, debiste. Una mujer sola un sábado en la tarde, ya oscureciendo, en el centro de Santiago, es demasiado arriesgado, podría entrar cualquiera.

—Oh, el loco de la motosierra sería muy bienvenido en tu lugar —el tono afilado de su voz contradecía la dulce sonrisa que dibujó en sus labios—. Freddy Krueger, mi aliado. ¡A Jason Voorhees le haría un traje a medida para que combine con su máscara!

—Me queda claro que...

—¡No me parece que te quede claro en lo absoluto! ¡Hijo de la gran puta! ¡No tienes ni una maldita idea! —gritó Lorena con la cara roja por el esfuerzo.

—No vine a pelear contigo, Lorena —Antonio respondió con una voz suave y controlada, sin acusar el golpe verbal que acababa de recibir.

—Entonces te vas ya, porque lo único que recibirás de mí son gritos y una feroz patada en tu aristocrático trasero para tirarte a la calle. —Lorena levantó sus brazos acercándose a Antonio para obligarlo a irse—. Y ahora me voy a asegurar de poner la llave, la cadena y la alarma para que no puedas volver a entrar.

—¿Esta llave, dices? —De un bolsillo trasero sacó un brillante trocito de metal amarrado a una tira de cuero y se lo mostró.

—¡Pero qué diablos! —Lorena hizo amago de tomarla, pero él la devolvió inmediatamente a su lugar.

—Llevo una hora sentado en mi todoterreno, vi irse a tu última clienta y, media hora después, a tu asistente. Golpeé, pero no abriste, así que probé suerte. Pensé que ya no eras tan descuidada con tu seguridad, Lorena, tienes treinta y un años, no eres una niña.

—¡Y a ti qué te import...!

—Así que vamos a hablar. Insisto, yo no vine aquí a pelear, vine a conversar. Y me aseguré de tener la oportunidad. Punto.

—Puedes hablar todo lo que quieras, pero va a ser un monólogo —murmuró Lorena, mirándolo molesta.

—Mientras escuches, por mí todo bien. —Como Lorena no contestaba, Antonio siguió hablando—. Pero primero, déjame presentarte mis condolencias por la muerte de tu tío Cristian. Sé que pasó hace un par de años, pero no puedo dejar de manifestarte mi pesar. Él era un hombre bueno, uno de los últimos auténticamente íntegros. Sé que tú lo querías mucho, por lo que me imagino que aún duele no tenerlo.

—Era el mejor tío del mundo —dijo Lorena blandamente. Levantó una mano y se limpió los ojos—. Gracias.

—¿Cómo están tu tía Coté y las niñas?

—Mi tía pasó un tiempo bastante mal, la verdad. Pero se fue a vivir a Iquique y retomó el contacto con sus amigos de la infancia. Creo que le hizo muy bien estar con gente que nunca lo conoció. Y claro, el excelente clima, ir todos los días a la playa y hacer yoga al aire libre hizo el resto.

—¿Isa?

—Como loca al comienzo. Lidar con la muerte del papá significaba hacerse cargo del taller de un día para otro. Pero ya la conoces, es una roca mi prima. —Por primera vez desde que Antonio llegara, una auténtica sonrisa iluminó el

rostro de la mujer.

—Lo sé. ¿Fran?

—Por suerte, Baran pudo contenerla. Con Fran, la clave es estar ocupada, así que Baran se sacó una presentación nueva de la manga y la hizo trabajar en el teatro hasta el agotamiento. Ahora ya está totalmente bien. Dos años en Francia y ser madre pueden hacer eso para ti.

—Aún no puedo creer que Franny se haya casado y sea madre. Sin faltarle el respeto, ¿en qué diablos estaba pensando tu tío cuando autorizó el enlace? Fran debe tener como quince, ¿no?

—Veinticinco cumplidos un mes y medio después del matrimonio —aclaró Lorena después de reír brevemente por la antigua broma.

—Y ahora tiene un bebé para jugar a las muñecas. Aunque me encantaría tener unas pocas palabras con el pervertido de su esposo. —Antonio resopló exasperado—. Los vi un día en el teatro, él debe tener unos doscientos años.

—Cumplió treinta y siete el 18 de mayo.

—O sea que apenas le faltan tres días para ser diez años mayor que Fran. Totalmente viejo verde, no te digo.

—¿Y cómo sabes tú cuando está de cumpleaños mi prima?

—¿Piensas que no me acuerdo? —Con los brazos cruzados sobre el pecho y las cejas arqueadas, Antonio la miraba como si lo hubiera ofendido—. Yo estuve en el cumpleaños número quince de Fran. Y en el diecisiete de Isa, ya que estamos en esto.

—¡Pero eso fue hace un siglo atrás!

—Para mí es como si hubiese sido ayer —repuso Antonio con tristeza—. ¿Adriana?

—Bien, se casó en febrero con Juan —Lorena respondió automáticamente, confundida por el último comentario del hombre.

—Bien por él. Hasta que lo consiguió.

—¿Hasta que lo consiguió?

—¡Por favor! Las tres o cuatro veces que los vi juntos la miraba como un

lobo a una oveja. Y cuando Adri le decía cualquier cosa y se iba, él parecía alma en pena.

—La verdad es que yo también lo había notado. Pero también lo vi con otras mujeres. Una en realidad. Claro que después resultó ser la hermana.

—Pero están bien, ¿verdad?

—Un poco vueltos locos porque sus padres no dejan de pedirles nietos.

—La manía que tienen los padres con eso de querer nietos —repuso Antonio amargamente.

—¡Dímelo a mí! Adriana los llama cada día para contarles que ya se tomó los anticonceptivos. Estoy segura, Isa y Pame me apoyan, que si no molestaran tanto, Adriana y Juan tomarían la decisión sin titubear. Pero no está en la naturaleza de Adriana hacer lo que sus padres le digan.

—Bien por ella. —Y en esos momentos parecía que Antonio había chupado un limón particularmente ácido—. ¿Pamela?

—Oh, ella está bien. —Lorena suspiró—. Desde que mi tía Cata se jubiló, es la secretaria del taller. Por suerte no tiene que lidiar más que con algunos clientes, porque de lo contrario...

—Colorina, escultural y silenciosa. Esa mujer es un peligro para la sociedad. Aún sin compromisos, ¿verdad?

—No ha nacido el valiente que se atreva. Muchos lo intentan, pero ya sabes, de buenas intenciones está sembrado el camino al infierno.

—Lo sé. Lo que me lleva al verdadero motivo por el que estoy acá. Lorena... Lore —susurró con la voz quebrada por un momento. Carraspeó y siguió hablando—: Vine aquí, tantos años después, porque la culpa me carcome por dentro. No tienes ni idea.

—Ni tampoco quiero saberlo. —Lorena cambió su postura, que se había relajado en los últimos minutos, y se puso nuevamente en pie de guerra.

—Si creyera, por un minuto, que te interesa saberlo, habría venido hace muchos años. Pero al menos te debo una disculpa y una explicación.

—No me interesa —replicó la muchacha con rigidez—. No me debes nada.

—Se lo debo al amor que tuvimos. Si no a ti, al menos se lo debo a la muchacha que un día fuiste, a la que amé con todo lo que era y que me amó hasta la locura.

—No...

—¿Vas a negar lo que fuimos?

—¿Es que a ti te interesa reconocerlo? ¿Ante la sociedad, ante todo el mundo, especialmente ante tu novia?

—Deja a Gabriela fuera de esto, ella no tiene nada que ver. —Por primera vez, Antonio perdió la calma que lo había caracterizado.

—Por supuesto, que nada ordinario de este mundo toque a la sacrosanta *lady* Gabriela.

—No es por eso. —Antonio carraspeó, respiró profundo y siguió hablando—. Por favor, escúchame y después me iré para no volver nunca más. Lo juro. Necesito sacarme esto de la cabeza si voy a avanzar en mi vida.

—Insisto: no hay nada que puedas decirme que yo quiera escuchar.

—No tienes otra solución. No, a menos que quieras salir por una ventana.

—Te odio.

—Lo sé. Es natural. La manera en que me comporté contigo, cómo te traté. Lorena, lo siento tanto. Más de lo que jamás podrás entender. Hay algo que tienes que saber, aunque hace mi comportamiento más inexcusable.

—Antonio, olvídate de eso. Yo ya lo hice.

—Si ya lo olvidaste, entonces, ¿por qué dices que me odias y me tratas así?

—Antonio tenía un gesto inescrutable—. No, Lorena, ni tú ni yo lo hemos olvidado.

—No te odio por eso, solo por dejarme encerrada en mi propia empresa. Y mis malos modales son solo un acto reflejo por la última vez que nos vimos.

—Salgo y vuelvo a entrar. Así, esta será la última vez que nos vimos.

—Claro, como lo estamos llevando tan bien. —Lorena resopló tan fuerte que llegó a mover su cabello—. ¡Jesús! De acuerdo, di lo que quieras decir y ya.

—Cuando yo tenía unos quince años, vi a mi abuelo con una mujer que no

era mi abuela. Estaban en un café y luego se fueron caminando; se separaron a un par de cuadras. Antes de irse, mi abuelo la besó en la boca.

—Perdóname, Antonio, pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Tiene todo que ver. Estuve enojado con él por años. Incluso, el día del funeral de mi abuela, casi esperaba que apareciera con ella. Pero no fue así. De hecho, esa fue la única vez que la vi.

—Estás perdiéndome aquí. Yo ni siquiera conocí a tu abuela y con tu abuelo compartí un par de veces y nada más.

—Pero fueron de lo más ilustrativas. Después de conocerte, mi abuelo me pidió que fuera a verlo a su oficina y de la nada me soltó: «No la cagues» dijo, «Una vez que conociste a una mujer como Lorena, estás fregado para el resto de tu vida».

—Vaya, gracias. Sé que no soy para nada como *lady* Gabriela, pero tan mal no puedo estar, ¿o sí?

—No lo entiendes. —Antonio sonrió triste, negando en silencio—. Ese día, mi abuelo me habló de la mujer, dijo que sabía que yo lo había visto. En realidad, que lo sospechaba por la manera en que yo me comportaba con él a veces. Que ella era el amor de su vida, pero siendo joven había perdido toda posibilidad de casarse con ella, primero, porque ella no era de las que se casaban y, segundo, porque él la presionó tanto que ella simplemente lo dejó. Y después se casó con mi abuela, que era la mujer que su familia había elegido para él.

—A ver si lo entiendo. Hace unos setenta años atrás, tu abuelo se enamoró de una mujer que era de las que no se casaban. ¿Existía eso en aquella época? Lo dudo mucho.

—Cuando acompañé a mi abuelo a su funeral, una hija leyó algo que ella escribió. Entre muchas cosas decía que su mayor logro era morir soltera, así que sí. Aunque no fuera usual, existían mujeres que no se casaban porque no querían.

—Y yo que pensaba que estaba siendo tan rebelde. —Lorena suspiró—.

Espero que al menos no fuera una promiscua liberal y feminista, porque me cuelgo. Tendría que buscar algo nuevo que hacer.

—Ella tuvo dos hijas de hombres distintos, uno de los cuales no estaba segura si en verdad era el padre. Según mi abuelo, no se depilaba y en su mensaje de despedida decía haber votado cinco veces por Allende y haber ido a tirar piedras a las protestas, especialmente durante el Gobierno Militar, hasta que no tuvo fuerza para seguir haciéndolo.

—Mierda. Lo de tirar piedras lo hice un par de veces, pero no me gustó para nada.

—¿Había que correr mucho? —preguntó Antonio con una ceja alzada.

—Y no podía usar faldas ni tacos, no era para mí. Lo mismo que no depilarme, una atroz falta de higiene. Además, horrible. Bien, creo que tendré unos tres o cuatro hijos de hombres distintos, ninguno de los cuales lo reconocerá. Mi mamá va a ponerse a saltar como un grillo. ¡Ya sé! —exclamó Lorena de pronto, muy feliz por su ocurrencia—. Voy a llamar a Pietro y Johnny y me ofreceré para ser su vientre de alquiler y donante de óvulos. Seguro a ellos les encantaría tener un bebé con algo de ADN de Fran. Y después voy a hacer un trío y no sabré quién es el padre. Probablemente también sea una buena idea ir a una clínica de fertilidad y usar un donante anónimo o...

—Seguramente puedas pensar en algo mejor que tener un bebé sin padre. Eso no es ser rebelde, es ser irresponsable —Antonio la interrumpió tan enojado que Lorena no pudo más que sonreír.

—En fin, ya pensaré en algo más, porque lo del bebé sin padre lo voy a hacer, aunque te moleste. No, espera. Lo voy a hacer porque te molesta.

Antonio miró a Lorena totalmente estupefacto. Se dio media vuelta y ella pensó que se iría, por lo que quiso seguirlo para cerrar la puerta con llave. Alcanzó a dar dos pasos antes de notar que nuevamente la miraba con enojo. Luego, él mismo caminó por el pasillo a su izquierda hasta llegar al fondo de la bodega, y Lorena escuchó el distintivo sonido de carne golpeando el

cemento y unas pocas patadas contra la base de un anaquel. Cuando lo volvió a ver, era nuevamente el Antonio calmado de unos minutos antes.

—¿Quiénes son Pietro y Johnny? —preguntó como si no hubiera pasado nada.

—Amigos de Fran y Baran. Bueno, técnicamente, Pietro es amigo de Baran y John, de Fran, pero como ahora son pareja, lo correcto es decir que son amigos de ellos.

—Ya. Mira, Lorena, sé que perdí todo derecho a decirte nada, pero piénsalo bien antes de tener un hijo, con padre o sin él. Son una gran responsabilidad.

—Tal como dices, no tienes derecho a decirme nada. ¡Hey! —exclamó fingiendo estar feliz—. ¿Por qué no aprovechas esta situación y te largas?

—No. Como te de...

—¡Maldición! —dijo Lorena golpeando el suelo con la punta de su zapato.

—...cía, mi abuelo me explicó que él respetó a mi abuela y terminó queriéndola y medio enamorándose de ella por la fuerza de carácter que ella siempre demostró. Pero nunca pudo olvidar a la otra mujer. Que cuando se reencontraron, tantos años después, simplemente siguieron siendo amigos. Aunque él deseaba mucho más, ella nunca estuvo dispuesta.

—Ajá... Yo podría ser la amante de un hombre casado. Sí, señor. —Lorena sonreía ante el nuevo plan que pretendía fraguar.

—Ella también era abuela ya, y había cosas con las que no transaba.

—Bueno, hay hombres mayores que se conservan muy bien. Perfectamente podría conseguirme uno de esos, sería mi papi chulo —Lorena dijo lo primero que se le ocurrió aprovechando la pequeña pausa que hizo Antonio, mientras procuraba acordarse de una canción.

—Cuando murió mi abuela, él la buscó, pero ella le dijo que ya era muy tarde, que aprovecharía los últimos años que le quedaran disfrutando de sus nietos.

—Eso sí, no pienso esperar a ser abuela para conseguirme un papi chulo. Una tiene que ser joven para ser la mantenida de un hombre mayor. —«¿Cómo

era la maldita canción?», se preguntó un poco desesperada. Incluso recordaba una parte donde salía el nombre de la cantante y ella aprovechaba de cambiarlo por el suyo, ya que era muy parecido. Lorna... «¡Lorna, a ti te encanta el... mmm!», gritó en su cabeza.

—Entonces mi abuelo me dijo que...

—*Tú quieres... mmm, te gusta el... mmm. Te traigo el... mmm. Y, Lorena, a ti te encanta el... mmm.* —Apenas la recordó, comenzó a cantar.

—¿Qué diablos es eso?

—Una canción. ¿Es que nunca la bailaste? Es genial para conquistar a cualquiera. *Papi, papi; papi chulo. Papi, papi, papi, ven a mí... ven a mí...*

—siguió cantando mientras empezaba a bailar moviendo muy marcadamente las caderas, incluso doblando un poco las rodillas para hacer que su trasero se destacara. Lamentó no haber optado por un pantalón estrecho y a la cadera, pero la falda igualmente servía. Y mostraba más pierna, especialmente desde que se sacara las medias y zapatos y siguiera trabajando con unos calcetines muy gruesos.

—¿Es esto un intento para distraerme? Porque no lo vas a conseguir, vine aquí con un propósito y voy a cumplirlo sin importar qué pase.

—Ya sé que tengo que dejarle el baile a la profesional de la familia, pero no lo hago tan mal.

—No, Lorena, es todo lo contrario.

—¿Ah?

—Me tientes a olvidarme de todos mis buenos propósitos.

Por un momento, el mundo se detuvo alrededor, Lorena ni siquiera era consciente de respirar. ¿Eso quería decir lo que ella pensaba? ¿Lo tentaba? ¿Comprometido y todo? ¿Después de tantos años?

—Mira, dime lo que quieras decirme y vete. Ya no quiero seguir jugando. — Lorena se dispuso a escucharlo atentamente, después de dejar caer su cuerpo con pesadez contra el mesón para cortar las telas.

—En resumen, cuando mi abuelo te conoció, me contó la historia de su vida

y cómo perder a esta mujer le había provocado un dolor tan grande, solo comparable con la muerte de mi tío José Miguel.

—¿El que murió siendo un bebé?

—El mismo. Y me pidió que te cuidara, que no la cagara, como finalmente hice. Que tenía que evitar controlarte porque tú, al igual que ella, eras un espíritu libre y necesitabas andar a tu propio aire. Yo ya lo sabía, pero que mi abuelo me hablara así... ni siquiera puedo decirte si fue para mejor o peor. Yo... —Antonio hizo una pausa, y había tanta tristeza en su rostro que Lorena estuvo a punto de acercarse para consolarlo—. Verás, yo estaba dispuesto a concederte todo el espacio que necesitaras, siempre que volvieras a mi lado al final del día. A apoyarte en lo que quisieras emprender, cada... cada cosa nueva, cada hombre nuevo que quisieras conocer, y yo...

—No entiendo eso —intentando mantener la calma, pero totalmente alerta, Lorena se irguió apoyando solo las manos en el borde del mesón.

—Te lo dije en su momento, que quería que tuvieras todo lo que quisieras tener. Pero yo... Lorena, yo te amaba tanto, te necesitaba más que al aire, y cuando llegué a la casa... lo que vi... Estaba absolutamente fuera de mis cabales. Yo me había prometido que... que miraría para el lado de ser necesario... y... bueno, que te apoyaría en todo... Pero ver a ese tipo. —Aunada a la tristeza, un dolor visceral bañaba el rostro de Antonio mientras él miraba el techo y tragaba compulsivamente—. No pude soportarlo, no pude...

—¿Me estás diciendo que habías tomado la decisión consciente de mirar para un lado si yo te era infiel? —Un susurro de muerte en medio del amargo silencio comenzó a cargar sutilmente de energía la habitación, y Lorena no pudo ya permanecer quieta y en silencio—. ¡¿Me dices que, después de todo lo que vivimos, tú pensabas que yo era capaz de serte infiel?! Yo simplemente pensé, en su momento, que no confiabas en mí, pero esto es peor, ¡infinitamente peor! ¡Tú, lisa y llanamente, pensabas que yo tenía la capacidad de revolcarme con cualquiera y después volver cuan fresca a ti!

—Lorena...

—Ah, no, nada de Lorena aquí. Tú, maldito bastardo, ¡con un demonio, que te lleven al infierno!

—¿Y piensas que no he estado en el infierno? —Antonio claramente luchaba por permanecer controlado, pero parecía que en cualquier momento perdería la batalla—, porque así ha sido. Una y mil veces.

—Intento no pensar en ti, pero me alegro de que hayas estado una y mil veces en el infierno.

—Lo peor fue comprender la enormidad de mi error, yo sabía que ese tipo era homosexual, o tal vez bisexual, porque tenía una relación muy rara con la otra mujer, la que me dijo que estaba cagando fuera del tiesto. —Antonio paseaba su mirada inquieta por toda la bodega, hasta fijarla en el acelerado pecho de Lorena—. Incluso en ese momento, cuando dijo eso, yo sabía a qué se refería, pero no pude detenerme a mí mismo y simplemente seguí furioso y gritando.

—¿Quieres saber la verdadera razón por la que Nelly te dijo que estabas cagando fuera del tiesto? Yo me enteré durante la noche. —Lorena respiró profundamente, a punto de contar la mentira más grande de su vida.

—¿Qué?

—Esa relación tan rara de ellos es porque ambos son bisexuales. Literalmente, le sirven todas las micros, les da lo mismo plátano o papaya. ¿Me explico? —Lorena enarcó una ceja, burlesca, el acero marcando cada palabra—. Pero hay algo que los enciende hasta decir basta. Estar los dos con el mismo hombre o mujer. Esa noche conocí los placeres de ser una mujer compartida. Cuando comprendí que era capaz de hacer eso, me di cuenta de que lo nuestro era una ilusión, que en realidad no te amaba y que iba a terminar contigo. No quise hacerlo tan bruscamente, pero tú me facilitaste mucho el proceso. Simplemente tuve que quedarme callada y que sacaras tus propias conclusiones.

—Lorena, mientes como una bellaca. Lo que nosotros vivimos... No, eso es imposible fingir. La sensual pureza de nuestros sentimientos, esa entrega tan

absoluta que tuvimos. —Con seguridad, Antonio movió la cabeza negativamente y dio unos pasos—. Además, me acabas de decir que era peor que yo pensara de antemano que tú podías hacer algo así a que no confiara en ti.

—Sí, bueno, estaba tratando de engañarte, pero me doy cuenta de que es mejor ser totalmente honesta y terminar con esto de una vez. —Lorena elevó sus hombros con absoluta indiferencia, sorprendida con ella misma por esa actuación de un millón de dólares—. Así que déjame aclararte que yo no buscaría una mujer, pero si alguna particularmente atractiva se me acerca, yo no corro en dirección contraria. El mejor sexo oral de mi vida lo recibí una noche loca en París. ¡Santo Cielo, cómo son de sucias estas francesas! Bueno, al menos esa en particular, porque no me acosté con todos en Francia... aunque lo intenté, claro. —Sonrió y se abanicó con una mano como si solo recordarlo la hiciera acalorarse—. Pregúntale a Fran. No, mejor pregúntale a Baran. Fran ni despertaba cuando yo llegaba en medio de la noche. Y Baran se ponía furioso. ¡La cantidad de gritos que tuve que aguantarle! Así que le pedí a mi prima que fuera más generosa con los favores que le hacía a su esposo. ¡No podía ser yo la única que disfrutaba de las noches parisinas! —concluyó muerta de la risa, porque la verdad era que, más de una vez, Lorena y Baran se habían quedado conversando hasta tarde y Francisca reclamaba que la cama era muy grande para ella sola.

—No, Lorena, no puede ser. —Antonio parecía a punto de explotar, conteniéndose con gran trabajo y dando otro par de pasos para acercarse a Lorena.

—Oh, pero claro que sí. —Había algo extraño ahí, mientras más tranquila aparentaba estar ella, más furioso lucía Antonio, así que Lorena hizo lo único que pudo: seguir riendo, inventando cosas o simplemente agrandando verdades—. Si hicieras una fila con todos los hombres y mujeres con los que me he acostado, seguro podrías cubrir Chile de norte a sur, y probablemente te alcance para cubrir la zona insular y la Antártida chilena.

—Eso es absolutamente imposible, Lorena.

—¿En qué te basas para decirme eso? —preguntó Lorena con auténtica curiosidad.

—Chile mide de norte a sur aproximadamente cuatro mil trescientos kilómetros, considerando que una persona promedio ocupa unos cuarenta y cinco centímetros —se detuvo para hacer el cálculo—, son unos nueve millones y medio de personas. Si te acostaras con uno por hora, necesitarías algo más de trescientos noventa y ocho mil días, o sea, mil años.

—Bueno, ¿consideraste en tu magnífica ecuación que yo no discrimino? También me he acostado con algunos más gorditos. Mientras no tengan mal aliento, por mí está bien.

—Pero...

—Y tienes que considerar la cantidad de veces que he tenido sexo grupal. Ah... y la mítica vez en que estuve con cinco hombres. Y al mismo tiempo.

—Eso es anatómicamente imposible.

—¿Que no? Mira. Uno. —Apuntó la parte delantera de su cuerpo—. Dos —agregó señalando la trasera—. Tres. —Mostró su boca—. Cuatro y cinco. —Levantó ambas manos—. Y hasta tenía los pies desocupados, hubiese podido con uno más. Me encanta experimentar, ya sabes. Después de todo, eso fue lo que hice contigo.

—¿Por qué intentas hacerme creer que eres una prostituta barata? —Así, Antonio había perdido gran parte de su control, porque en esos momentos lucía positivamente furioso.

—¡Hey! ¿Quién te crees tú que eres? —espetó Lorena apuntándolo con un dedo—. Yo no soy ninguna prostituta barata. Casi todas las veces que lo he hecho ha sido por las ganas de hacerlo. Así, puro y duro. Y cuando he cobrado, mis honorarios han sido bastante elevados —concluyó con un gesto muy travieso.

—Lore, por el amor de Dios. ¡Cinco...! No, no te creo.

—Está bien. Sí que eran seis, pero ninguno tenía un fetiche con los pies —

siguió casi muerta de la risa ante la estupefacción de Antonio—. Además, ¿sabes lo complicado que es mantener el equilibrio sin siquiera tus manos? ¿Solo confiando que los tipos con los que estás puedan sostenerte? Ah, no, ni te lo imaginas. Así que en realidad fueron tres primero y tres después.

—Me niego a aceptar eso. —Estupefacto y, ¿qué era lo otro? Parecía enojado y risueño. Es decir, la boca fruncida en un gesto feroz y los ojos brillando con diversión.

—Y antes que lo olvide, el último fallo en tu magnífica ecuación. —Lorena chasqueó sus dedos para llamar su atención—. Conozco muchos, pero *requetemuchos* hombres. Bíblicamente me refiero, claro.

—Por supuesto —repuso Antonio, y Lorena pensó que estaba perdiendo el impulso de furia que tenía unos minutos antes. Algo había que hacer.

—Pero ninguno capaz de durar *tooooooda* una hora. En promedio, quince minutos. Media hora cuando mucho. Como tú, por ejemplo. Un poco mejor que el promedio, pero no tanto como otros que conozco. Y eso era cuando tenías veinti... ¡ah! ¿*Venticuántos* eran?, ¿dos o tres?

—No puedo creer que no recuerdes que yo soy cinco años mayor que tú, por lo tanto, celebramos juntos mi cumpleaños número veinticuatro.

—¡Ay, perdóname por no tener una memoria tan privilegiada como la tuya! —exclamó irónica—. Tal vez debiste poner tus ojos sobre Adriana. Seguro es capaz de patearte el trasero en cuestiones de cálculos. Pero ya me entiendes a lo que voy, ¿no? Debes quitar al menos la mitad del tiempo.

—Igual quedaría en quinientos años, no impor...

—¿Quinientos años? Ah, no, eso no lo acepto. Si es la combinación correcta de hombres y, si, además, los dejas que te vean con los otros, en una hora puedes atender a unos ocho o diez. Créeme, tal vez no sea buena calculando, pero sé contar hasta diez.

—Sigue siendo imposible. —Lorena gruñó mentalmente. ¿Ni siquiera había conseguido picarlo un poquito haciendo alusión a su falta de proezas sexuales? —. Necesitarías cien años, considerando que usarías la décima parte del

tiempo, no la mitad.

—¡Ah, suficiente! Esas conversaciones científicas tuyas me dan dolor de cabeza.

—Tú empezaste.

—Entonces yo lo termino. Tal vez no me he acostado con nueve millones de hombres y mujeres, tal vez ni siquiera con la décima parte, pero han sido muchos, ¡MU-CHOS! Y mi punto es... —Lorena ya no sabía ni qué hablaba, solo quería quedarse sola—. No sé cuál era mi punto. Antonio, por favor, solo vete. ¿Querías hablar conmigo? Ya hablamos, ya me contaste lo de tu abuelo y tal, así que ahora, por favor, déjame. Ya no hay nada más que decirnos.

—¿Sabes, Lore?, por un momento me engañaste. Tal vez exageraste mucho, y tanta risa te traicionó. Sigues siendo la misma disparatada chiquilla traviesa.

—Ya no soy ninguna chiquilla, Antonio. Tú mismo lo dijiste. Tengo treinta y un años, ya no soy una niña.

—Siempre vas a ser una chiquilla traviesa para mí —replicó Antonio con algo que Lorena no quiso identificar como nostalgia—. Siempre el duendecillo juguetón que yo... —carraspeó—. Y sí, ya te conté lo de mi abuelo y aparentemente la cagué más en vez de arreglarlo. Pero yo no solo venía a contarte eso que quemaba profundamente en mi alma. La verdadera razón por la que estoy aquí es para pedir... No, para suplicar tu perdón. Lorena, no he podido vivir tranquilo conmigo mismo estos años pensando en el daño enorme que nos hice. A ti, por sobre todas las personas. Te amé y juré protegerte. En cambio, te empujé a una vida...

—No te metas con mi vida. —Lorena lo interrumpió bruscamente—. Es exactamente lo que siempre quise. Tengo amigas que me aceptan como soy y ahora tengo un sobrino al que adorar y malcriar. Soy libre de relacionarme con quien quiera. Tengo mi propio taller de modas y confecciones, y de a poco voy ganándome el espacio que merezco...

—Te mereces ser amada. Adorada, incluso reverenciada.

—No quiero ser amada, ni adorada, ni mucho menos reverenciada.

—Tal vez no lo desees, pero lo mereces. Y yo... Lore, yo...

—¿Sabes, Antonio? No me interesa tu opinión. Estos son los hechos: tuvimos una relación que terminó hace muchos años. Yo hice mi vida tal como la quería, aunque tú, y muchos más, no la aprueben. También hiciste tu vida en tus propios términos y a mí no me interesan cuales sean. Excepto que estoy metida en medio de tu futuro matrimonio.

—Mantengamos a Gabriela fuera de esto, por favor.

—¡No podemos mantenerla fuera, Antonio! Es tu novia, va a ser tu esposa y la madre de tus hijos... ¿Por eso viniste? —dijo Lorena creyendo comprender las motivaciones de Antonio—. ¿Tienes miedo a que yo le diga algo? Porque si es así, despreocúpate, no me interesa.

—No es eso —susurró Antonio.

—Me alegro, porque jamás haría algo así. ¿Quién soy yo para estropear la relación de otra persona? Entiendo que la ames y no quieras que nada se interponga...

—Te dije que no era eso —aseveró Antonio con total firmeza.

—De acuerdo, no es eso. —Lorena no se había sentido tan agotada en toda su vida. Le iba a preguntar de frente por qué estaba ahí, lo dejaría hablar sin interrupciones y le respondería lo mejor que se le ocurriera para deshacerse de él—. ¿Qué, entonces? Aún no me dices cuál es tu principal objetivo al venir acá.

—Te dije, explicarte mi comportamiento en el pasado y pedirte perdón por eso.

—¿Qué importa ahora? —replicó Lorena cansinamente, yendo incluso en contra de su decisión.

—Mucho, Lorena. Demasiado. No puedo continuar con mi vida a menos que me saque esta espina del corazón.

—Antonio, es una soberana estupidez.

—¡No digas eso, no tienes ningún derecho! —Sin mediar mayor provocación, Antonio se acercó rápidamente y la miró furioso—. ¡Ninguno en

lo absoluto!

—Está bien, no tengo derecho, de acuerdo. Pero, Antonio, tengo razón. Seguramente, ahora Gabriela y sus planes son lo más importante para ti. Así ha de ser. Es lo natural. Lo nuestro terminó hace más de doce años. Ahora ella es tu pareja. Tú la amas, la elegiste y te vas a casar con ella. ¿No te hace eso feliz?

—No la elegí —dijo Antonio después de un largo y tenso silencio—. No es ella. No es... no... no es la mujer que yo... no es mi... solo me...

—¿Me estás diciendo que no la amas? —preguntó Lorena incrédula.

—No. Gabriela es la mujer con la que me conformé porque no puedo tener a la que amo.

—Entonces, ¿te vas a casar con ella con la esperanza de que te pase lo mismo que a tu abuelo y finalmente te medio enamores de ella?

—Ni siquiera espero eso porque sé que no va a pasar. —Antonio tragó compulsivamente—. De hecho, lo único que me interesa de Gabriela es que le dé a mi padre el nieto que tanto quiere y que me deje en paz con esa estupidez de mi carrera política.

—¡Ay, Antonio! Eso... ¡Eso sí que es una estupidez! ¿Es que la mujer que amas está muerta, casada o es monja?

—Ninguna. Viva, soltera y, si se hiciera monja, sería el mejor chiste de su vida.

—¿Y por qué no...? ¡¿Por qué diablos te casas con Gabriela en vez de intentar...?! ¡Mierda, los hombres sí que son estúpidos! —Ni Lorena entendía por qué gritaba de esa manera. Por qué, en contra de todo lo razonable, estaba decidida a decirle exactamente lo que pensaba—. Deberías intentar volver con ella —concluyó imprimiendo una nota de dulzura dentro de su exasperación—. Antonio, si tú amas a esta mujer, si tuviste una relación con ella, ¿cómo puedes estar seguro de que la perdiste para siempre? ¿No deberías al menos intentarlo?

—¿Sabes, Lorena? —Antonio dio el paso final y quedó tan cerca de ella que

era lo único que la mujer podía ver, oler o sentir—. Creo que voy a seguir tu consejo.

—¿Suspendo el vestid...? —lo que fuera a decir, se perdió inmediatamente de su mente con solo sentir la mano fuerte y ligeramente áspera tomar su cuello —. ¡¿Qué haces?!

—Ya te dije. Seguir tu consejo —concluyó bajando lentamente sobre sus labios.

CAPÍTULO NUEVE

Al comienzo, Lorena no comprendía cómo se había subido en la enorme montaña rusa por la que viajaba, solo que, como siempre, Antonio tenía la capacidad de poner su mundo de cabeza.

La suavidad de sus labios en el tranquilo calor que el beso derramaba. La exquisita firmeza de las manos que la sujetaban por la nuca mientras los dedos acariciaban apenas la piel del mentón. El cuerpo grande y fuerte que la atraía sin remedio. Todo se conjugaba con sus caóticos pensamientos y aún más enredados sentimientos.

En la última media hora había estado furiosa, bromista, triste. Había sentido ternura por un hombre al que creía odiar y, al mismo tiempo, desprecio por una mujer desconocida que tenía lo que ella...

«No», se dijo nuevamente enojada, «yo soy la única que tiene todo lo que quiero».

Decidió que aprovecharía ese nuevo impulso para apartar al hombre que intentaba abrazarla. Apoyó las manos sobre su pecho y por un minuto o dos perdió la concentración. Años de trabajo duro habían dado a Antonio músculos firmes como rocas. No es que antes no estuviera en forma, no. Simplemente, había alcanzado la plenitud de su masculinidad.

Pero se recordó que seguía siendo el mismo que la había roto en miles de pedazos, que había destrozado a la muchacha alegre y confiada que solía ser. Y que, además, definitivamente se le había ablandado el cerebro porque decía unas cosas tan ridículas que de seguro las provocaba algún tipo de infección.

Por su propia seguridad, en caso que la enfermedad que padecía Antonio fuera contagiosa, lo empujó con toda la fuerza que le quedaba, se dio media vuelta y buscó sostén en el mesón de cortar las telas.

—Lorena —susurró Antonio sin aliento.

La muchacha creía escuchar el corazón batiéndose dentro del pecho masculino, pero ¿cómo era eso posible? Seguían prácticamente en el mismo lugar y el beso había sido apenas un roce. ¿Cómo podía estar así de agitado?

—Vete —replicó Lorena cerrando los ojos, controlando su propia respiración.

—No. —Aunque no lo veía, la fuerte presencia a su espalda le advertía que Antonio había cerrado el ya estrecho espacio entre ellos—. No, Lorena. No voy a irme. Vamos a sentarnos a conversar como dos personas razonables y...

—¿Conversar? ¡Conversar! No, Antonio. Si lo que quieres es una última aventura antes de casarte, viniste al lugar equivocado. Podré no ser discriminatoria, pero tengo algunos requisitos, y tú no los cumples.

—Créeme. Lo último que quiero de ti es una aventura.

—Me alegro. Ahora vete.

—Ya te dije que no. Aunque sea con doce años de retraso, vamos a conversar sobre lo que pasó y vamos a encontrar una manera de solucionarlo, porque así no podemos seguir —sonaba tan racional, tan confiado que solo consiguió que Lorena hirviera de rabia.

—¡Habla con quien le interese! ¿Hasta cuándo tengo...?

—Lo siento, mi cielo. Lo siento tanto. —Antonio la tomó por las caderas y la acercó hasta su pecho para luego rodear su cintura.

—¡Suéltame! ¡Mierda, Antonio, suéltame ya! —exigió la muchacha removiéndose entre sus brazos, luchando por alejarse de él.

—Lore, cálmate, no voy a...

—¡Ya! ¡Ya! ¡Suéltame ya!

En realidad, Lorena entendía que se estaba poniendo histérica. También comprendía la impotencia que debía sentir Antonio con ella en ese estado.

Incluso podría llegar a comprender que él pensara que inmovilizarla entre su cuerpo y el mueble fuera algún tipo de solución, aunque ella no estuviera de acuerdo, pero lo que jamás aceptaría sería el método elegido para callarla.

Así, con uno de sus brazos, Antonio atrapó ambas manos de la diseñadora y con el otro sujetó la cabeza para que ella lo mirara. Abrió la boca, emitió algún sonido ininteligible y la volvió a cerrar. Ni siquiera lo intentó nuevamente. Simplemente gruñó un «cállate, Lorena» antes de besarla.

Excepto que en esa ocasión, el beso no fue tranquilo ni suave. Fue brusco, duro, exigente. Y más caliente que el mismo demonio.

Lorena aguantó unos cinco segundos, luego intentó hablar, decir cualquier cosa que manifestara su indignación, pero lo único que consiguió fue acoger a la lengua invasora que la dominaba con la misma furia que ella sentía.

Si en algún momento de debilidad ella había soñado con un tierno reencuentro, no era lo que estaba recibiendo. Antonio soltó sus brazos exclusivamente para recorrer con brusquedad las formas femeninas. Estrujó la cintura, moldeó las caderas y presionó su vientre, acercándola más, hasta que sintió la inconfundible forma de su erección acomodándose contra su trasero.

Pero ella tampoco se quedó quieta, sino que aprovechó la libertad de sus manos para intentar alcanzar alguna parte de Antonio. Se le ocurrió que podría llegar hasta su cabeza y tironear el pelo para conseguir alejarlo de su boca, pero no llegó tan arriba y se conformó con descargar un par de codazos en las costillas y algunos manotazos en el hombro.

Un sordo gruñido acusó los golpes, pero no hubo más reacción por parte del hombre, excepto empujarla contra el mueble.

Lorena intentó soltarse con más ahínco, pero solo consiguió acercarse más. Lo peor para ella fue que, evidentemente, a Antonio no le molestaba que ella restregara el trasero contra su miembro, que sentía aún más duro.

Con impaciencia, Antonio soltó la cabeza de Lorena y juntó sus manos sobre el botón más bajo de la camisa de la muchacha. Mientras los abría uno a uno, abandonó la boca femenina para concentrarse en la piel cálida del cuello.

Jugueteó con el lóbulo de la oreja y dijo cosas que Lorena no conseguía entender, dividida entre el enojo y el deseo que inundaba su cuerpo.

—No —susurró tan bajito que más bien pareció que su pensamiento apenas tomaba forma.

Antonio se concentró en desnudar los pechos y los sacó por fuera de la copa del sostén de encaje negro que destacaba aún más sobre la piel roja y ardiente. Jugó con ambos pezones, endureciéndolos hasta convertirlos en guijarros. Lorena emitió un quejido cuando los abandonó para bajar por su costado hasta llegar al borde de la falda, subirla hasta enroscarla en torno a la cadera y bajar nuevamente, acariciando las piernas, las nalgas, y eliminar la barrera de la pequeña tanga al correrla a un lado.

Pero cuando sus dedos se aventuraron por el camino recién descubierto, Lorena por fin decidió qué sentimiento la gobernaba.

—¡No! —exigió dándole alas a su enojo.

—¿No? Solía gustarte...

—¡Una vez! Una maldita vez en la vida, eso es...

—¿Una vez en la vida? —De pronto, el fiero apretón de Antonio cedió—. Entonces yo soy el único que...

—¡No! —gritó Lorena nuevamente, aprovechó la holgura de los brazos del hombre y se removió con firmeza hasta que consiguió girarse y enfrentarlo—. Ya basta —aunque intentó hablar tranquila, su furia escaló un nuevo peldaño cuando notó que Antonio parecía absolutamente perdido al mirarla. Pero, orgullosa como era, ni siquiera intentó cubrir sus pechos o bajar la falda. Pensó que hasta podía usar la desnudez de su cuerpo como ventaja.

—Lo mismo digo. Ya basta de juegos...

—¡YO NO ESTOY JUGANDO! —el chillido de Lorena la sorprendió incluso a ella.

Antonio había puesto sus manos sobre los brazos de la muchacha e intentaba acercarla de nuevo, pero ella, totalmente fuera de sí, empezó a dar manotazos al aire y consiguió golpear en varias ocasiones a Antonio.

—¡Lorena, cálmate! —Ella, lejos de hacerlo, se removía más y Antonio, con gran velocidad, la abrazó—. Shhh... Lore, mi cielo, tranquila. Shhh... no pasa nada.

—¡No!

El nuevo grito bañado de angustia hizo que Antonio mirara atentamente a la muchacha. Con los dedos tomó su mentón y levantó su rostro, fijándose en las señales de congoja y espanto. Lorena respiraba forzosamente y un feo color violáceo oscurecía sus mejillas. Antonio frunció el ceño. En medio de la bruma de su ofuscación, Lorena notó que un pensamiento oscuro y profundo se formaba en el interior del hombre.

—Lorena, ¿alguien te hizo daño? —preguntó con la voz enronquecida. La muchacha asintió en silencio, cerró sus ojos e inclinó la cabeza—. ¿Quién? — el gruñido fue acompañado por los dedos enterrándose duramente en la tierna carne de los brazos femeninos—. Voy a matar al maldito. Lo juro. Lo mato, después de tortur...

—Tú —respondió Lorena blandamente. Abrió los ojos, cristalinos por las lágrimas, y los fijó sobre el gesto compungido de Antonio—. Nunca nadie me ha hecho nada físicamente, pero una paliza bien dada habría sido preferible para mí. Yo pensaba que me amabas, yo creía que eras el amor de mi vida, que estaríamos juntos siempre, apoyándonos, amándonos, envejeciendo juntos. A cambio, tú...

—Lo sé. Te dañé, amor, te hice tanto mal. —De nuevo la estrechó en sus brazos, ya no para calmarla, sino con un poco de desesperación mezclada con necesidad—. Y terminé perdiéndote por culpa de unos celos inútiles y sin sentido. Yo te amaba. Aún lo hago. Te amo, Lorena.

—Antonio, no me hagas esto, por favor.

—Lo siento. Lo siento tanto, mi cielo. —Antonio besó la frente y mejillas de Lorena con una delicadeza sin límites—. Por favor, por favor, perdóname. — La súplica llegó con angustia y arrepentimiento.

—Antonio, no, por favor. —Lorena podía decir una cosa, pero cuando los

labios de Antonio alcanzaron los suyos, le permitió besarla.

Y luego no solo lo dejaba, sino que devolvía uno a uno los tiernos avances de sus labios. Ninguno hacía nada por profundizar el beso, era una danza lenta de caricias fugaces y viajeras.

Con las manos masculinas acariciando su pelo, luego su espalda, Lorena se relajó por fin, dejándose caer suavemente contra el pecho de Antonio, quien rodeó la cintura para darle mayor apoyo. Abandonó sus labios y dejó un reguero de besos por las mejillas y el cuello, susurrando palabras que Lorena no acababa de entender, aunque comprendía que seguía pidiéndole que lo perdonara y proclamando su amor.

El eterno nudo de angustia que Lorena tenía en su pecho fue disolviéndose lentamente en la misma medida que sus manos subían hasta ubicarse en el cuello de Antonio, enterrándose en el pelo.

Había cosas que nunca cambiaban, recuerdos que nunca salían por completo de la mente de las personas. Costumbres tan arraigadas que constituían una parte intrínseca de las reacciones de los individuos.

Eso fue justamente lo que pasó a continuación, cuando Antonio volvió a besar los labios de Lorena. Ella subió un poco más sus brazos, hasta cruzarlos sobre los hombros, y ladeó su cabeza para darle un mejor acceso al interior de su boca.

Antonio metió las manos por debajo de la camisa abierta de Lorena, dejó una extendida en la parte más baja de la cintura y la otra subió y bajó acompasadamente por la espalda de la muchacha.

Fue un momento tan suave y tierno como violento y atroz había sido el anterior, que dejó la mente de Lorena libre de pensamientos y su cuerpo volviendo a la vida bajo las expertas caricias.

Nadie, además de Antonio, había tenido ese toque con ella. Jamás unas manos fueron tan cálidas, tiernas y lujuriosas. Nunca, un beso, tan ardiente. La muchacha ni siquiera entendía muy bien lo que pasaba, solo sintió el tirón que la impulsaba hacia abajo y se dejó llevar.

Antonio acomodó a Lorena sobre el *georgette* que nuevamente se había soltado del rollo, elevándose sobre ella al apoyarse en una mano. La miró fijamente a los ojos y luego recorrió su rostro y cuello. Cuando llegó a los pechos, unió una mano a su recorrido.

Primero, rozó apenas un pezón y, cuando éste reaccionó, lo presionó con más fuerza. Se inclinó nuevamente y paseó la lengua sobre el pecho, antes de tomarlo en su boca y chuparlo con reverencia.

Cuando se dirigió al segundo, Lorena se removió inquieta bajo él, pero ahora era deseo y necesidad lo que la hacían agitarse. Ella tironeó las solapas de la chaqueta de cuero de Antonio y con un poco de ayuda consiguió tirarla a un lado. Entre los dos se deshicieron de la camiseta negra y Lorena llevó sus manos al botón del viejo pantalón de mezclilla.

—Espera —pidió Antonio tomando sus manos y levantándolas sobre su cabeza hasta apoyarlas en el suelo. Sin mediar más palabras, volvió a besarla.

Lorena abrió la boca para admitir la lengua masculina en su interior, rozándola con la propia, gimiendo de frustración por la falta de avances por parte de Antonio. Pero después de unos minutos, no era la única que quería seguir adelante, hasta el final evidente de todo eso.

Antonio abandonó su boca una vez más y comenzó a recorrer su cuerpo con las manos, los labios, la lengua. Se entretuvo largo rato besando y mordisqueando el cuello. Los pechos recibieron una atención muy especial. Largos lametones, pequeños y duros mordiscos. Eternos minutos siendo absorbidos dentro de la boca, ora con suavidad, ora con fuerza. Para cuando siguió su camino besando la línea que marcaba la separación de sus costillas, Lorena se remecía por dentro y movía sus caderas rítmicamente, absolutamente necesitada de su posesión.

Finalmente, Antonio llegó hasta el punto más doloroso del cuerpo de Lorena, aún cubierto por el encaje negro de la tanga. Ella levantó las caderas, él hizo girar la breve prenda por las piernas desnudas. Cuando llegó hasta los tobillos, emitió una breve carcajada.

—Al menos estos no son negros —dijo, sacando un grueso calcetín para besar el delicado tobillo.

—Ya no uso calcetines negros —confirmó Lorena—, solo blancos, aunque se perculan más.

—Otra opción es usar pantuflas —murmuró Antonio, besando la suave piel detrás de las rodillas.

—Oh, claro —aceptó suspirando—. Pero eso arruina la diversión —concluyó antes de gemir por el imparable avance del hombre al subir por sus piernas.

—No está en mí quitarte algo de diversión.

Junto con sus palabras, Antonio metió las manos por debajo del trasero de Lorena para levantarla. Antes que ella pudiera emitir otro sonido, la besaba íntimamente. Recorrió sus labios vaginales con la lengua hasta concentrarse en el clítoris que lamía sin piedad.

Varias imprecaciones acompañaron los gemidos femeninos, sus caderas convulsionaban bajo el ataque sensual. Lorena no sabía muy bien qué hacer, cómo librarse de la sensación ígnea que gobernaba su cuerpo, ni siquiera si quería hacerlo. Se conformó con enterrar sus dedos en el pelo de la parte superior de la cabeza de Antonio y empujarlo más cerca de ella, hasta que el feroz grito que salió de su garganta anunció el recorrido imperturbable del fuego líquido en su espina dorsal.

—Te amo, Lorena —susurró Antonio cuando se ubicó entre sus piernas, pegando sus cuerpos.

Para evitarse responder, Lorena lo tomó por la nuca y lo besó, ayudándolo a acomodarse hasta que la punta de su miembro rozó la entrada de la intimidad femenina.

Cuando la penetró, ambos gimieron de alivio y placer.

Esa era otra cosa que ninguno había olvidado a pesar del tiempo transcurrido. La sensación de tener una parte del cuerpo de él dentro de ella. La entrega y la posesión. El calor y la fricción. El antiguo ritmo y la vieja

magia de ser uno solo.

Juntos, subieron hasta la cima más alta del placer carnal.

Juntos, recorrieron el accidentado camino.

Juntos, saltaron hasta el abismo en medio de gemidos y gritos.

Antonio se había recostado junto a Lorena, arrastrándola tan cerca que ella estaba parcialmente sobre él. Con una mano, recorría parsimoniosamente la espalda mientras ella enredaba sus dedos en el vello del pecho, negándose a abrir los ojos, a moverse o a hablar.

Lo que no pudo evitar fue un suspiro para liberar parte de la tensión que volvía a acumularse en su corazón.

—Mañana a primera hora voy a hablar con Gabriela —propuso Antonio.

—¿Para qué? —preguntó Lorena a su pesar.

—¿Cómo para qué? Lore, mi cielo, ¿No es obvio? Tengo que terminar inmediatamente el compromiso. Después...

—¿Por qué?

—¿Que por qué me preguntas? —cuestionó Antonio exaltado.

Aprovechando que él se había removido, Lorena se sentó. De espaldas a él se acomodó el sostén y cerró los botones de la camisa.

—Lorena, estoy esperando una respuesta.

—Bueno, en realidad, no tengo por qué cuestionar tus decisiones, así que...

Lorena encogió los hombros luchando por bajar la falda sin levantarse y mostrarle el trasero desnudo. Cuando lo consiguió, se estiró hasta alcanzar el calcetín y la tanga. Se puso ambos, acomodando bien el primero, y subiendo lo más posible la segunda.

—Pero lo preguntaste. Estás cuestionando mis decisiones. Y que quede claro que yo no reniego de tu derecho a cuestionarme, solo quiero saber por qué tienes la necesidad de preguntar algo cuya respuesta me parece obvia.

—Mira, Antonio, lo que tú hagas con tu vida y las decisiones que tomes no son cosa mía, pensé que eso había quedado claro. Solo me pregunto por qué vas a romper un compromiso que te reporta tantas ventajas económicas y sociales.

—¿Por qué voy a romper mi compro...? ¿En verdad estamos teniendo esta conversación? ¿Después de lo que acaba de pasar?

—Es una pregunta muy válida, desde mi punto de vista.

—¡¿Qué?! Mierda, sí que debo tener el cerebro reblandecido porque no entiendo nada.

—¿Y qué hay para entender? —Por fin Lorena había juntado la suficiente voluntad para girarse y mirarlo, pero se arrepintió inmediatamente—. Por favor, vístete, todavía puedo ver tu... —Señaló el pantalón abierto y la ausencia parcial de ropa íntima. Llevó una mano sobre sus ojos para volver a concentrarse en la conversación que vendría. Cuando escuchó el ruido de una cremallera, volvió a mirarlo mientras él pasaba la camiseta sobre su cabeza.

—Bueno, como no te queda claro, supongo que tendré que explicártelo. —Pasando por encima de la tela desperdigada en el piso, Antonio se acercó a Lorena y la forzó a levantar la cabeza para seguir mirándolo—. Aunque solo venía para hablar y disculparme, todo terminó mucho mejor de lo que me atrevía a soñar. Te dije que mi compromiso con Gabriela era... insustancial, por decirlo de alguna manera. Yo no la amo. Te amo a ti. Siempre lo he hecho. También te dije que si pretendía casarme con Gabriela era solo porque no podía tenerte a ti.

—Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado —replicó Antonio apuntando la ropa desordenada de ambos y el revoltijo de telas.

—No, Antonio. Para mí nada ha cambiado —reafirmó sus palabras negando con la cabeza—. Para mí, todo sigue exactamente igual, excepto que puedo tarjar «tener sexo en la bodega de las telas sobre un rollo de georgette» de mi lista de pendientes. Cuando te vayas, voy a terminar de ordenar y limpiar, voy

a ir a casa para bañarme y mañana celebraré las Fiestas Patrias con mi familia. Me hace mucha ilusión porque va a ser el primer verdadero 18 de septiembre de Baran en Chile. Y teniendo un hijo chileno, aunque Dimi no lo parezca. Después de eso, volveré a trabajar el miércoles en los cientos de encargos que tengo. El vestido de Gabriela ya está pagado, lo mismo que toda la ropa que aún está en confección. Si se usa o no, no es problema mío. Yo solo voy a cumplir con la fecha de entrega y olvidarme de la boda del año, excepto que espero recibir buena publicidad y tal vez hacerle un contrato fijo a Tammy, mi costurera, para todos los nuevos pedidos que reciba.

—No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Eso no es problema mío —Lorena hablaba tan calmadamente que cualquier observador casual podría atestiguar que ella realmente sentía todo—. Si te sirve de consuelo, hablamos. Entiendo lo que querías decirme. Entiendo que con todo lo que pasó ambos sufrimos mucho, pero eso quedó atrás para mí. Si querías que te perdonara, de acuerdo: estás perdonado. Si querías tener una última aventura antes de casarte, ya está hecho. Si quieres que alguien confeccione tu ropa para el matrimonio, lo siento, pero mi especialidad es la ropa femenina. Sin embargo, te puedo recomendar un buen sastre. Y ahora te voy a pedir que te vayas, es muy tarde, estoy muy cansada, quiero irme a mi casa y dormir doce horas de corrido.

—Lorena...

—¿Dónde está la llave?

Antonio sacó la tira de cuero de su bolsillo trasero y se la tendió. Ella dio un paso para tomarla, pero no fue lo suficientemente rápida y Antonio atrapó su mano. Mansamente, Lorena lo dejó tirar hasta que la tuvo pegada a su cuerpo y la besó, pero ella no devolvió el beso. Tampoco hizo nada por apartarlo hasta que él se cansó de su pasividad y soltó la llave dentro de su mano antes de alejarse hacia la puerta que comunicaba la bodega con la sala de confección.

Lorena lo siguió, encendiendo algunas luces hasta llegar a la puerta de calle.

Abrió y esperó que Antonio la cruzara, pero él se detuvo justo bajo el umbral.

—¿Sabes, Lorena? No te creo. Te conozco y sé que cuando hablas con ese tono tan monocorde es porque mientes, pero estás luchando desesperadamente para que te crean. Así que esto no es lo último que vas a escuchar de mí. De momento te dejo tranquila, ya nos veremos.

—¿Si me río o grito un poco, me vas a dejar tranquila para siempre?

—¿Es que aún no lo entiendes? Nunca te voy a dejar tranquila. Incluso puede que en mi lecho de muerte intente molestarte un poco.

Antonio se dio la vuelta, cruzó la calzada y se dirigió a un todoterreno negro bastante viejo que lo esperaba. De la chaqueta sacó una llave y se subió. Encendió el motor y, antes que Lorena pudiera cerrar su propia puerta, él ya se había perdido calle arriba.

Después, con la misma calma, se dirigió a la bodega de las telas. Cortó el trozo de *georgette* que había quedado arruinado y lo botó a la basura. Recogió el resto y los otros rollos que aún estaban tirados. Pasó la aspiradora, bajó el mesón abatible por primera vez en muchos meses y buscó sus zapatos.

Con los dedos temblorosos, tuvo que ingresar cuatro veces la clave de la alarma antes de dar con la combinación correcta. Luego, caminó lentamente hasta su automóvil.

Cuando llegó al departamento, fue a la cocina y bebió un vaso de agua fría. Encendió el calefón, fue al baño para juntar agua en la tina y agregó sales aromáticas y espuma.

Se sacó la ropa y, sin mirarla, la tiró en el tarro de la basura.

Al sumergirse en el agua suspiró. Intentó no pensar en los eventos de las últimas horas, pero estos insistían en abordar su mente.

Antes que pudiera darse cuenta, lloraba como no lo había hecho en muchos años.

CAPÍTULO DIEZ

Antonio aparcó el todoterreno y se bajó. Del asiento trasero sacó su maleta y caminó hasta el ascensor reclamando por los preciosos minutos que perdía andando esos metros cuando era dueño de otro espacio de estacionamiento. Pero claro, ahí estaba el BMW que había comprado por insistencia de Gabriela, ya que ella se negaba a dejarse ver en algo tan horrible como un viejo y gastado todoterreno.

Pulsó el botón de su piso y sacó el teléfono móvil de su maleta, donde lo había dejado para que nadie lo molestara. Tenía apenas diez llamadas perdidas. Una de su madre, una de cada una de sus hermanas, una de Julio (sonrió al recordar a su amigo) y seis de Gabriela. Seis. Llevaba dos horas en el país y lo había llamado seis veces. Esa mujer no conocía límites. Entonces las llamadas se transformaron en siete.

—Aló —dijo al aparato después de pulsar el botón para contestar.

—*Hola, Nachi, mi amor. Estaba preocupada porque no me contestabas el teléfono. ¿Llegaste bien? ¿A qué hora pasas a recogerme?* —preguntó Gabriela con su voz perfectamente modulada.

—Hola, Gabriela. El vuelo llegó con un poco de retraso. —No le molestó mentirle y ni siquiera lo pensó porque ya se había preparado para esa contingencia en particular—. Y después tuve problemas para recuperar mi maleta. —Otra mentira, tan tranquilo—. Encendí el celular, pero no tenía cobertura y después venía manejando. —No lo era tanto, la cuestión era a dónde había manejado—. Acabo de llegar a casa. No, voy a corregir eso.

Acabo de entrar en el edificio, aún no llego al departamento.

—*Oh, cariñito, qué pena. Yo ofrecí ir a buscarte al aeropuerto con mi chofer, pero tú no quisiste. Nunca quieres que te vaya a dejar ni a buscar.*

—Ya sabes que prefiero dejar el todoterreno en el aeropuerto, por si acaso.

Un pequeño ruidito despectivo sonó cuando mencionó su amado vehículo. Y nuevamente mentía, como ya era casi una costumbre para él. La verdad era que odiaba que cualquiera que no fuera Lorena y Víctor lo llevaran al aeropuerto. Lo había intentado algunas veces. Julio, su padre, su abuelo. Incluso el novio, ahora esposo, de su hermana mayor. Pero no, solo había sido un ejercicio de frustración para él, estar parado en la sala de espera recordando el tiempo en que Lorena lo miraba con tanto amor. Entonces prefería hacerlo así. Se iba solo en su todoterreno, que dejaba en el estacionamiento permanente, entregaba su maleta e iba directamente a la sala de abordaje, aunque faltara una hora para el despegue.

De pronto, se dio cuenta de que Gabriela le hablaba y él no se enteraba de nada.

—Disculpa, no te escuché. Perdí la señal en el ascensor. —Bueno, luego podría ser un profesional de las mentiras. ¿No era así una canción bien cursi que Lorena y su Quinteto cantaban a voz en cuello?—. Déjame entrar y te presto más atención. Ahora —concluyó cuando se sacó la chaqueta, la tiró por cualquier lado y se recostó en el sofá. Estaba realmente extenuado.

—*Te preguntaba a qué hora pasarías a buscarme. Recuerda que tenemos una pequeña celebración de Fiestas Patrias donde tu tía Altamira.*

—Altamira no es mi tía.

—*Pero es la mamá de tus primas Pía y Lía. Por mucho que esté separada de tu tío. Ya suficiente hay con que él la haya dejado por esa tipa, no puedes dejar de considerarla tu tía.*

—Dos cosas —replicó Antonio impaciente—. Primero, mi tío cometió un error al casarse con esa bruja y después producir ese par de esperpentos que juran que son importantes porque su papá tiene alguna conexión lejana y

extraña con una familia de la que ellas ni siquiera eran capaces de hablar en las pruebas de historia. ¡Santo Cielo! Si ni siquiera se acordaban de los nombres de los Hermanos Carrera ni de su más ilustres descendientes, ¿y no decían todos los fines de semana «hola, tía Javiera, hola, tío Ignacio»? Entiendo que de José Miguel no se acordaran, porque nunca fueron al cementerio con nosotros a visitar a mi familia, pero ¡al menos de Javiera Carrera deberían acordarse! Pero no, ese par de cabezas huecas...

—*Te agradeceré que no hables así de Pía y Lía. Son mis mejores amigas después de todo* —

Antonio casi se rio. ¿Gabriela estaba enojada? Eso era muy bueno. Tal vez si conseguía que se enojara lo suficiente, podría ella romper el compromiso.

—Yo no lo proclamaría por ahí. A mí me da vergüenza tener que admitir que son mis primas. ¡Y yo no tengo elección! Y lo otro. Tía Rita sí es mi tía. Una lástima que no hayan podido tener hijos, a ellos sí que los reconocería en la calle y los llevaría al parque o al cine.

—*En fin* —siguió Gabriela con tirantez—. *¿A qué hora vas a pasar a buscarme para el cóctel de mi tía Altamira?*

Antonio apretó los labios al escuchar el cambio de «tu tía» a «mi tía». Gabriela era de ideas tan fijas que lo exasperaba. Quería que Altamira fuera su tía y punto.

—Como traté de hacerte ver antes de viajar, yo a ese cóctel no voy. Acabo de llegar y estoy cansado. Lo único que quiero es dormir unas doce horas de corrido y después disfrutar de las Fiestas con mi familia. —Sonrió al recordar a Lorena dando casi la misma respuesta. Inmediatamente sintió que debía agregar algo—. Ah, y escuchar a mi papá cantar «A la resbalosa, ay, niña». Puede que él no sea José Miguel, pero está lo bastante cerca. —Antonio estaba casi muerto de la risa pensando en la cara de Gabriela. Ella adoraba la idea de su familia, pero en la vida real no los soportaba.

—*Pienso que tu papá haría bien en ser un poco más... circunspecto. Después de todo, ustedes son casi los últimos descendientes de los hermanos*

Carrera que conservan el apellido.

—Me consta que la sobrina tatarra nieta, o algo así, de Arturo Prat es una mujer bastante alegre —alegó Antonio, por decir cualquier cosa, con el primer personaje histórico que se le ocurrió. Además, lo que decía Gabriela sonaba tan cercano a lo que su papá había comentado cuando casi le exigió que sentara cabeza y tuviera descendencia, que era ridículo—, y no creo que la familia de Serrano lo haga mal. A los que no me imagino muy felices son a los descendientes de Manuel Rodríguez, después de todo, ser asesinado por la espalda y, después, acusado de traidor... Uff... No es muy bonito.

—*¡No te llamé para una lección de historia, gracias! ¡Además, a los Hermanos Carrera los fusilaron!*—respondió Gabriela, nuevamente tensa—. *Lo siento. Ay, amor, lo siento tanto. Estoy muy estresada. Tal vez sería bueno que nos saltáramos la fiesta de tía Altamira y yo me fuera directo al departamento. Te he extrañado mucho.*

—¿Por qué no mejor vas a la fiesta y lo pasas bien con tus amigas? —Antonio casi saltó del sofá, espantado con la idea de recibir la visita de Gabriela y tener que cumplir con... No, qué asco. No. Menos aún después de haber estado con Lorena—. Yo estoy muy cansado, no sirvo de nada en este momento. —Aunque, bien pensado, con la diseñadora podría haber durado toda la noche.

—*Pero, mi amor, hace tanto que nosotros no... que no... Bueno, que no estamos juntos. ¿No me has extrañado?*

«NOOOOOO», gritó Antonio al teléfono, aunque sin emitir un sonido. También había pensado en eso. Y la verdad era que Lorena no tenía nada que ver.

Desde el comienzo, las relaciones sexuales con Gabriela habían sido de todo menos satisfactorias. Las primeras veces pensaba que ella no era una mujer muy aventurera en el plano sexual y, como para él era apenas un requisito para, en algún momento, dejarla embarazada, no le dio importancia.

Por supuesto, tenía ciertas necesidades y un hombre no podía vivir solo de la

masturbación, pero lo que hacía con Gabriela no era tan diferente. Solo que en vez de su mano, la usaba a ella, quien apenas le devolvía los besos y con suerte le ponía una mano en la espalda antes de concederle la gracia de recostarse y abrir sus piernas, emitiendo algunos ruiditos absurdos hasta que él terminaba lo más rápido posible. Antonio estaba seguro de que Gabriela jamás había tenido un orgasmo con él y dudaba seriamente que lo hubiera tenido alguna vez en su vida.

Avanzados los meses, creyó que el problema era que a ella no le interesaba nada de él, excepto su apellido, y mantener relaciones sexuales era parte del precio que tenía que pagar. Así que él abandonó los fútiles y exiguos intentos de que ella lo pasara bien y se limitaba a tomar lo que necesitaba.

Y después del compromiso, la cosa se puso incluso peor.

Entonces él, con una indiferencia absoluta, volvió al antiguo y eficiente mecanismo de mandarse un solo, aceptando que una vez casado tendría que ir a su lecho para concebir un bebé. Pero después... No, nunca más. Ya le había advertido a su padre que rezara porque el primer hijo fuera hombre, porque no habrían otros.

Así que en ese momento usó la carta que había preparado de antemano.

—Gaby, lo he pensado mucho y creo que lo mejor es esperar hasta la luna de miel. —Que, en realidad, no llegaría nunca si las cosas salían bien—. De esa manera será más especial.

—*Oh, sí, imagínatelo.* —¿Era alivio lo que escuchó en su voz?—. *La playa, la luna llena, champaña helada. Tú y yo...* —Suspiró y después la cosa se puso mejor—. *Pero no me digas «Gaby», sabes que lo odio* —exigió con su mejor voz de constipada social.

Antonio estuvo a punto de ofrecerle un enema verbal, a ver si alguna vez decía lo que realmente pensaba, porque él conocía algunas amigas de la infancia de Gabriela que la llamaban Gaby y que decían que solía gustarle mucho. Hasta la aparición de las trepadoras venenosas Piti y Poti, que la convencieron que Gaba sonaba mucho mejor, con más clase. Como si ellas

podieran distinguir algo con clase de la chabacanería absoluta.

—Lo siento, Gabriela. —Por eso, insistía en llamarla con su nombre completo, se negaba rotundamente a hacer algo que le gustara a sus horripilantes primas.

—*No te preocupes, Nachi.*

Y él odiaba que le dijera Nachi, era ridículo y se sentía al nivel de Fifi, la consentida mascota de Gabriela. Pero como Nacho y Toño eran vulgares, según Piti y Poti, le tocaba aguantarse. Un motivo más para extrañar a Lorena. Ella siempre lo llamaba Antonio.

—¡Ignacio Antonio! —El chillido lo desconcertó. Ni siquiera había notado que Gabriela seguía hablando. Por supuesto, había pensado un nanosegundo en Lorena y su mente se había ausentado totalmente.

—Lo siento, me estoy quedando dormido. —Mentira no era, estaba agotado y lo único que deseaba era meterse en la cama.

—*Bien, entonces el cóctel de hoy donde tía Altamira definitivamente no va. Pero mañana tenemos un compromiso a la hora de almuerzo.*

—Sí, con mi familia.

—*No, con los Aristía Larraín.*

—Mira, Gabriela, yo entiendo que tu vida social sea muy importante para ti, y si tú quieres ir a ese almuerzo, allá tú. Pero yo voy a celebrar las Fiestas Patrias como todos los años. En familia. Iremos al cementerio a dejar flores a las tumbas de mi abuela y del tío José Miguel.

—*Deberían ir a la catedral a dejar flores a la tumba del prócer, eso lo entendería y apoyaría.*

—Después, almorzaremos en casa de mis padres —Antonio continuó, ignorando lo que ella le decía—. Estarán mis hermanas con sus maridos e hijos. Pero tú no te preocupes, anda al almuerzo con tus amigos. Ya sabes que las celebraciones de mi familia son de lo más sencillas, por muchos amigos que vengan.

Otro pequeño ruidito le confirmó que Gabriela detestaba la manera en que

los Carrera Goicochea celebraban el aniversario patrio. «Muy» y «mucho» eran buenas palabras para describirlo. Muy concurrido, muy largo, muchos amigos, mucha comida, muchas bebidas.

Básicamente, la parrilla y el horno de barro estaban todo el día prendidos. Su madre y Ernestina, la eterna empleada del hogar que en realidad ya era parte de la familia, se volvían locas comprando. Vacuno, cerdo, pollo, incluso pescados. Si tenía cara y cola, llegaba de alguna manera a la mesa.

Para equilibrarlo, según decían ellas, preparaban tantas ensaladas que terminaban haciendo tortillas de lo que fuera. Su favorita era la de lechuga y la «tortilla misterio» que constituía el almuerzo del 20 de Septiembre. Todo lo que había sobrado iba al bol donde se batían los huevos, se le agregaba sal y algún otro condimento, y a la sartén.

Y si había una casa en Chile donde se comían empanadas, esa era la de sus padres. Ernestina amasaba toda la noche y su madre tenía tal cantidad de mañas para preparar el pino, que nadie se atrevía a intervenir.

Lloviera, tronara o relampagueara, las celebraciones comenzaban el diecisiete. Cuando era sábado o domingo, como ese año, todos lo agradecían enormemente. No todos los jefes eran tan comprensivos como para dar permiso cada año para ausentarse.

Iban a misa y al cementerio. Solo por coincidencia, tanto el bebé como todos llamaban al tío José Miguel, y la abuela había fallecido un día 17 de septiembre. Julio y Marcelo bromeaban siempre por eso, haciéndoles creer a todo el mundo que era una tradición republicana eso de morir en tal fecha. Incluso su abuelo se reía de lo absurdo. Por supuesto, a Gabriela le molestaba enormemente.

Volvían a eso del mediodía y lo primero era prender un buen fuego, servir el mejor tinto y encender el equipo de música que no se apagaría por varios días. Cuando él y sus hermanas eran niños, lo siguiente era encumbrar los volantines. En ese momento en que sus sobrinos ya habían llegado a la edad apropiada para hacerlo, la tradición se retomaría.

Después, todo era comer, beber, jugar, conversar con amigos e ir a dormir de vez en cuando, pero en turnos, porque por muy grande que fuera la casa, siempre estaba tan llena que las camas nunca alcanzaban.

Tenían la enorme suerte de que a los vecinos no les molestara, sobre todo porque también eran invitados.

Básicamente, todos iban y venían a su antojo hasta el almuerzo del diecinueve. Con exactitud, hasta que una voz en *off* anunciaba por la televisión que comenzaría la Parada Militar, el más grande desfile en todo el país, para celebrar las Glorias del Ejército. Muy pocos eran admitidos a verla con la familia.

Era la tradición más extraña que Antonio conocía, y le encantaba. Había sido iniciada por el abuelo de su abuelo, aunque en ese tiempo la Parada Militar no era televisada, sino que asistían como familia a presenciarla en vivo y terminaban siempre con la misma discusión: si los Hermanos Carrera merecían la pena de muerte, si había sido envidia por parte de O'Higgins, cuál era la real participación de la Logia Lautaro, quiénes eran los verdaderos traidores de la naciente patria, qué tanto los había perjudicado a ellos como familia la muerte de José Miguel Carrera y sus posibilidades de haber sido nombrado presidente.

Un par de generaciones después, veían la Parada por la televisión y la discusión era la misma. Para Antonio, la parte más divertida era ver cuánto se aguantaba su hermana menor antes de empezar a despotricar contra el «Huacho Riquelme», como se suponía que era la manera despectiva en que doña Javiera Carrera se refiriera a Bernardo O'Higgins. Y aún más divertida era la apuesta con su hermana mayor por el momento exacto en que pasaría.

El año anterior, Gabriela había asistido por primera vez a ese momento familiar. Escuchó atentamente hasta el momento de discutir si la pena de muerte había sido justa. Casi de pasada había comentado que, doscientos años después, no era válido discutirlo. Si no hubiesen sido fusilados, ya habrían muerto en forma natural. Su abuelo la miró y replicó: «184 años de la muerte

de José Miguel y 187 de Luis y Juan José», con una calma mortal que indicaba, a los que lo conocían, que estaba a punto de enzarzarse en una pelea a muerte. Paula, su hermana pequeña, lo había solucionado rápidamente: «¡Maldito Huacho Riquelme!», exclamó, y Antonio, muerto de la risa, empezó a cobrar los frutos de su apuesta.

Después, Gabriela no había abierto la boca, excepto para comentar la sobriedad de los vestidos de las damas asistentes. Cuando volvía de dejarla en casa de sus padres, Antonio sacó sus conclusiones en ese sentido: o Gabriela en el fondo era ohigginista y no carrerista, o no tenía idea de qué estaban hablando.

—*¡Ignacio Antonio!* —volvió a gritar Gabriela por el teléfono—. *Ay, amor, debes estar verdaderamente agotado. Siento tanto haberte molestado. ¿Por qué no te acuestas y descansas? ¿Cenaste? ¿Quieres que pase a llevarte comida o que te pida algo? En lo que consigo que llegue algo de comida a tu departamento, tú te duchas y te pones el pijama. Así estás listo para ir a la cama en menos de una hora.*

Gabriela siempre hacía eso. Cuando Antonio estaba listo para despreciarla o molestarla sin otra finalidad que enfurecerla, salía con algo tan considerado. Tenía que reconocer que ella no era nada sino muy amable y preocupada por el bienestar de todos quienes la rodeaban, lo que había sido uno de los grandes alicientes para comenzar a salir con ella y luego comprometerse. Justamente, había pensado que después de sus largos y extenuantes viajes, le vendría bien alguien que se preocupara porque él comiera y descansara.

—Me vendría bien una pizza —dijo Antonio, olvidando por un momento su resolución de terminar el compromiso. Es decir, lo iba a hacer de todas maneras, pero podía dejar pasar unos días y hacerlo suavemente. Según él, era absolutamente mentira eso de que era mejor sacar un parche, o lo que fuera, de un tirón. Así había sido arrancada Lorena de su vida y, tantos años después, aún dolía.

—*¿Esa asquerosidad llena de todo lo que a ti tanto te gusta?*

—Oh, sí, mientras más cosas hayan sobre una masa bien gruesa, tanto mejor. Y pídemme una bebida grande, por favor.

—*De acuerdo. Un «Antonio Especial» sale calentito* —concluyó Gabriela risueña, antes de colgar.

Antonio sonrió con el nombre del pedido. Su pizzería favorita, una familiar, no de grandes cadenas, la había bautizado así, unos tres años antes, cuando había vuelto a radicarse en Chile y comprado el departamento donde vivía en ese momento.

Se levantó del sofá con la idea de ir a ducharse, pero cuando se sacó la camiseta negra por la cabeza, un olor inconfundible llenó sus fosas nasales. El aroma de cálidos atardeceres de verano, el pasto húmedo del riego y las frutas frescas. Su dulce y traviesa niña-mujer.

—Lorena —susurró, con sus emociones a flor de piel.

Perderla casi había sido su muerte. Literal y figurativamente.

El día que Víctor le entregó la cadena y le pidió que diera su palabra que nunca volvería a casa a buscarla estuvo a punto de tener un accidente fatal por su imprudencia y distracción al manejar. Gracias al cinturón de seguridad y a la pericia del otro conductor, no había pasado a mayores, excepto que el automóvil que tenía menos de un año quedó inutilizable. No le importó, había muchos recuerdos de Lorena riéndose y besándolo en el interior de la cabina como para querer recuperarlo.

Su abuelo se había compadecido de él y ofreció comprarle uno nuevo, pero declinó la amable oferta y recuperó el automóvil viejo, que había ido a dar a la casa de sus padres para el uso de quien lo necesitara. Aunque ahí las cosas no fueron mejor, ya que recordaba con meridiana claridad la primera vez que Lorena había subido a ese automóvil, esa noche maravillosa y el amanecer del espectacular beso con el que iniciaran sus relaciones. Sin embargo, pudo soportarlo por los fines de semana durante unos meses.

Había sido un tiempo espantoso para toda la familia Carrera Goicochea. Él andaba como alma en pena. Su hermana mayor, Carolina, que acababa de

comprometerse, ni siquiera se atrevía a mostrarse muy feliz. Y si alguien creía que habían visto con malas pulgas a Paula, la menor, no tenían ni idea. Su abuelo lo miraba con lástima y su padre vivía abrazando a su madre. Incluso Ernestina no era la misma.

Después, había aceptado la oferta de trabajo en Sudáfrica y rogó a su padre que se deshiciera del vehículo antes que él volviera de visita al cabo de seis meses.

Finalmente, los seis meses se convirtieron en casi dos años, con un mes de descanso del trabajo demandante. Había sido en ese viaje cuando se compró el todoterreno negro que seguía usando en la actualidad.

Anteriormente, había dormido en la casa de sus padres durante sus bajadas de la mina, pero en esa ocasión creyó que sería mejor ir a su abandonado departamento. Le sorprendió lo limpio y bien cuidado que estaba. Su madre, que lo acompañaba, sonrió y comentó que Ernestina iba una vez a la semana.

Casi con ansiedad había ido hasta su dormitorio, pero no había allí ni rastro de la presencia de Lorena. No sabía si estar aliviado o no. Recorrió todo el departamento con una sensación agridulce. Estaba tal cual lo recordaba de la última noche que había dormido ahí, incluso en su oficina, los mismos libros junto al computador. Abrió un par de cajones y miró sus valiosas posesiones. El juego de lápices y reglas para dibujar planos que sus hermanas le habían regalado cuando se tituló. Una vieja agenda llena de números telefónicos y datos de sus amigos. Sus más preciados discos de rock.

En el tercer cajón del escritorio había notado que la limpieza de Ernestina era buena, pero nunca tanto. Sacó una camisola blanca con un dibujo de *Hello Kitty* y la llevó a su cara. Aún estaba impregnada del perfume de Lorena, y Antonio recordaba exactamente como había ido a dar a ese cajón.

Había sido un sábado por la mañana, lo llamaron de la empresa y él trabajó una media hora, hasta que Lorena lo interrumpió vestida solo con la camisola y sus calcetines negros favoritos. Habían hecho el amor sobre el escritorio y la camisola había quedado olvidada en el único cajón abierto.

«—¡Ay, hijito! —había murmurado Cecilia cuando vio los enormes hombros de su hijo remecerse como si fuera un niño pequeño.

—No lo entiendes, mamá —respondió Antonio, levantando su rostro después de limpiar las lágrimas en la camisola—. Ayer no pude evitarlo y me acerqué a su casa. Estacioné lejos y seguí caminando. La vi en una plaza. No estaba sola. Al comienzo no me di cuenta, ya que corría hacia donde estaba yo y, por un momento, creí... pensé que me había visto y que venía hacia mí. Pero después de una corta carrera saltó encima de un tipo uniformado. Entonces creí que estaba en algún problema, pero el tipo la bajó y la hizo ponerse en frente de él. Y..., mamá, tuve que ver como otro hombre agarraba y besaba a mi mujer.

—Toñito, mi amor..., lo siento tanto. Pero creo que sería bueno que dejaras de pensar en ella como tuya. Sé que aún la amas. —Cecilia había levantado una mano para evitar que él hablara—. Lo tengo muy claro. Pero ella... Antonio, este marino con el que la viste no es la primera pareja que tiene después de que ustedes rompieran.

—¿Cómo lo sabes? Julio nunca ha querido contarme nada.

—Bueno, Julio tampoco quería contarme nada a mí y yo no podía no enterarme. De partida, sabía que tú nunca me perdonarías si le pasaba algo y no hacía nada por ayudarla, así que necesitaba estar pendiente de ella. Al principio fue horrible.

—Lo sé. Sé de los tipos inmundos con los que se juntaba. Y lo del Instituto también.

—Dany estaba vuelta loca. Estuvo a punto de ir a hablar con los tíos. Tú sabes que tenía tratos con ellos por el asunto de Isabel. Pero después, algo pasó.

—Julio. Tienes razón, yo nunca los hubiera perdonado, a ninguno de ustedes, si hubieran permitido que algo le pasara. Así que él me mantenía más o menos informado. Y cuando estaba que iba a pegarles a esos imbéciles, Julio intervino. Primero, me contó que había hablado con alguien del grupo, que era

el menos... el más confiable, para que él la cuidara. Y después, él mismo habló con Lo... con ella.

—Lo sé.

—¿Cómo, mamá?

—Tu abuelo. Él contrató a un detective privado.

—¿Que hizo qué?!

—Solo porque con Dany le pedimos que hiciera algo. En realidad fui yo, Dany solo me acompañó. Entonces le preguntó al tipo que investigaba los seguros para el banco, y él le habló de un detective privado. Bueno y discreto. En casa tengo todos sus informes, si quieres verlos.

—No sé si quiera saber algo más.»

Antonio se había debatido tres o cuatro días entre ver y no ver los informes del detective. Finalmente, no pudo aguantar y agarró la carpeta junto con un par de botellas de ron, una Coca-Cola y un vaso. Así se enteró que, efectivamente, el uniformado con el que la había visto no era el primer tipo con el que Lorena había estado después de la ruptura.

Primero, un ejecutivo bancario, muy serio y formal. Después un deportista con más músculos que cerebro. Probablemente lo peor que vio fue la fotografía del deportista luciendo su trabajado físico frente a una Lorena evidentemente desnuda, aunque solo se veía su espalda. Tercero, y último por el momento, había sido el marino. Y eso en menos de un año.

Antonio los había despreciado a todos y cada uno de ellos.

Antes de volver a su trabajo, se había puesto en contacto con el detective privado y le exigió que enviara sus informes por correo electrónico y solo a él. No quería que su madre, ni nadie más de la familia, viera el tipo de vida que, estaba seguro, Lorena llevaría.

Ya en Sudáfrica había procurado olvidar a Lorena, aunque le resultó imposible. Como mucho, consiguió relegarla al fondo de su mente a base de salir con cuanta mujer se le pusiera a tiro. Todas, relaciones vacías basadas exclusivamente en el sexo. Y ni siquiera buen sexo en algunos casos.

El detective le enviaba informes semanales y al comienzo los leía con una rigurosidad religiosa. Incluso llevaba una agenda con los principales puntos, especialmente con los hombres que Lorena veía. Pero después había sido demasiado para él y pasaba por alto los nombres, sobre todo si el campo decía N.N., lo que quería decir que era un tipo anónimo que ella simplemente había conocido en una fiesta y se había dejado llevar.

No completó más la agenda y, finalmente, abandonó la lectura de los informes cada vez que llegaban, y le pidió que enviara solo uno mensual, resumido, guardando los detalles en una carpeta a la que pudiera acceder cuando estuviera en Chile. Si llegaba a querer hacerlo.

Al cabo de cinco años de tener Sudáfrica como base, se había mudado a Australia por cuatro años, pero su vida seguía siendo exactamente igual. Trabajaba demasiado, ganaba más dinero del que necesitaría en tres vidas y salía con tantas mujeres como era posible. Y una vez al mes se sometía a la tortura de leer el informe del detective.

En Australia decidió que había llegado la hora de seguir estudiando. Ya en Ciudad del Cabo tuvo como meta final obtener su doctorado en geología, pero solo alcanzó a obtener el grado de magister. Lo había hablado con su jefe y acordaron que combinaría trabajo y estudios en Melbourne.

Gracias a los contactos que había obtenido en la universidad, cambió empleador y pasó a ser un peón más de la poderosísima Corporación Van deer Meer, sin saber que Francisca se convertiría en la mejor amiga de uno de los herederos.

Con la camiseta negra apretada entre sus manos y su nariz, se preguntaba si hubiese aceptado el contrato con la CVDM de conocer la extraña manera en que sus caminos se cruzarían nuevamente.

Cuidadosamente dobló la camiseta y fue hasta su dormitorio. Del cajón de la mesa de noche tomó la pequeñísima llave que solo él sabía para lo que servía, sacó el último cajón de la cómoda y abrió el doble fondo del mueble hecho a medida con ese único propósito.

Dentro conservaba los pocos recuerdos que aún tenía de Lorena. Las pocas cosas que había salvado de la limpieza de Ernestina. Con reverencia, tocó la camisola de *Hello Kitty* a través del plástico que la conservaba intacta. Tomó una bolsa exactamente igual y guardó la camiseta negra. El timbre lo sorprendió mirando la caja de zapatos que contenía los disquetes, luego CDs y, en ese momento, memorias USB donde guardaba doce años de informes del detective privado.

Preocupado, pensando que Gabriela podría haber decidido ir ella misma a dejarle la pizza, cerró el doble fondo, puso el cajón y guardó la llave en su lugar habitual.

—¡Bienvenido de vuelta, don Antonio! —lo saludó el alegre hijo menor de los dueños de la pizzería, cuando abrió la puerta—. ¿Cómo le fue? ¿Cómo es Estados Unidos? ¿Vio la Estatua de la Libertad? ¡Oh, qué envidia me da, con las ganas que tengo yo de viajar!

—Gracias, Esteban. Me fue bien, es un país enorme y con mucha actividad, pero ninguna pizza tan buena como esta —dijo Antonio mientras el joven lo seguía hasta la cocina—. No vi la estatua, sino el Golden Gate, porque fui a San Francisco, no a Nueva York. Y ya te he dicho, estudia mucho, ve a la universidad y, cuando tengas un título, anda a visitarme, que yo procuraré conseguirte un trabajo donde tengas que viajar mucho.

—¡Ay, don Antonio, primero va a tener que convencer a mi mamá de que no es necesario que todos nos quedemos en la pizzería! —Esteban abrió la caja y puso un trozo de pizza en el plato que Antonio le había pasado. Cuando daba el primer mordisco, aceptó uno de los dos vasos de bebida que el hombre había servido y siguió hablando con la boca llena—. Mi *hefmana tfabaja* con papá en la cocina y mi *hefmano* atiende al público con mamá. Yo reparto solo lo cercano, como usted, pero apenas tenga licencia me van a dar más responsabilidades. —Bebió el último trago de bebida y se limpió la boca—. Yo les digo que hacer eso es quitarle el trabajo a alguien que lo necesita, que a nosotros nos iría mejor si yo estudio y consigo un trabajo donde gane harta

plata, pero no... Tal vez usted debería hablar con ellos, ya sabe que siempre lo escuchan.

—¿Te estás preparando para la prueba de selección universitaria?

—¡Sí! Y me ha ido bien en el cole... Saqué el segundo lugar este trimestre, la mejor nota, por lejos, en matemáticas. La orientadora dice que es posible que consiga becas para la universidad, por los deportes, ya sabe. —Esteban encogió los hombros.

—Me imagino que vuelves loca a tu mamá, creciendo un cuarto por noche — repuso Antonio, mirando al larguirucho y delgado joven.

—Dice que no va a comprarme más pantalones hasta que deje de crecer.

—No es mala medida. Mi mamá siempre tenía que rehacer las bastas, incluso cuando ya estaba en la universidad.

—Yo ya estoy más alto que usted —dijo Esteban con orgullo poco disimulado.

—Solo unos centímetros. Toma. —Le extendió varios billetes—. Eso es por la pizza y la bebida. Y esto es para ti. —Le pasó varios más—. Dile a tu mamá que el jueves voy a ir a cenar, para que se haga unos minutos y hable conmigo. Pero antes, quiero ver tu informe de notas.

—¡Gracias, don Antonio! —exclamó el muchacho contando los billetes—. Con esto voy a poder salir con mis amigos.

—Vale, pero pórtate bien, llega a tu hora y nada de alcohol, ¿de acuerdo? Aún eres menor de edad.

—Sí, claro. Suena como mi papá.

Antonio suprimió la sonrisa al ver al joven apagarse un poco. El recordaba claramente cómo era de sencilla la vida cuando su problema más grande era hacerle caso a su padre.

Unos minutos después volvió a estar solo. Devoró el resto de la pizza, sirvió un segundo vaso de bebida acompañada por un chorrillo de ron. Después de todo, era sábado en la noche y él tenía treinta y seis años. Podía vivir un poco locamente.

Dudó unos segundos frente a la puerta del baño, pero finalmente pasó de largo hasta su dormitorio. Repitió el proceso de abrir el fondo oculto de la cómoda y sacó una fotografía. Era del día en que Lorena había cumplido diecinueve años, y la había tomado Julio con la única advertencia de «sonrían».

Ella se veía preciosa, por supuesto. Con su sonrisa radiante y franca, los labios enrojecidos por el beso que Julio había interrumpido y los ojos brillando traviosos como siempre.

Antonio se desnudó y se metió en la cama sin mayor ceremonia. No solo la camiseta había quedado impregnada del aroma de Lorena. También él olía a ella y a sexo.

Tomó la fotografía y la miró por largo rato, sintiendo el deseo nacer nuevamente en el fondo de sus entrañas.

Con Lorena todo siempre era superlativo. Reía como un crío, comía como una bestia, deseaba hasta estar seco. Amaba hasta la muerte.

Y en esos momentos estaba metido en un buen lío.

Lo primero que había hecho cuando volvió a Chile fue buscar un lugar propio. No quería vivir de nuevo con sus padres, pues ya se había acostumbrado a ir y venir a su antojo, así que solo aguantó una semana de miradas extrañadas antes de salir a recorrer Santiago y encontrar el departamento de tres dormitorios.

El primer año había vivido exactamente igual que en Sudáfrica y Australia. Mucho trabajo, sueldos astronómicos y muchas mujeres.

Hasta que Paula se casó y arruinó la vida de su hermano al quedar embarazada tres meses después.

Había sido el momento en que su padre lo hizo llamar al estudio jurídico que tenía con su tío Roberto, el vilipendiado padre de Piti y Poti, y le cantó tres verdades.

Trabajaba demasiado, se divertía demasiado (y por eso su padre se refería a que bebía más de la cuenta, aunque no se había vuelto a agarrar una buena

borrachera desde el tiempo en que Lorena lo dejó) y salía con demasiadas mujeres, ninguna de las cuales era exactamente digna de ser llevada a casa del abuelo.

Ya tenía treinta y cuatro años, edad más que suficiente para sentar cabeza. Incluso su hermana seis años menor lo había hecho. ¿Qué rayos estaba él esperando?

Finalmente, lo más temido. Caía sobre sus hombros la responsabilidad de conservar el apellido de la familia para la posteridad. ¿No se daba cuenta de que ellos eran casi los únicos descendientes de los Hermanos Carrera que conservaban el apellido? ¿No entendía que tenía que casarse y tener al menos un hijo que pudiera continuar con el legado del prócer?

Entonces, ¿qué le parecía la linda amiguita de sus primas Pía y Lía? Incluso Paula la conocía y no tenía nada malo que decir de ella. Y por nada malo, su padre se refería a que en realidad Paula sí tenía un par de quejas respecto de la muchacha, pero procuraba guardárselas para sí misma.

Antonio ya conocía a Gabriela y tampoco tenía nada malo que decir de ella.

Se había ido a su departamento y evaluó las opciones. Agarró años de investigación y las volvió a leer. Fue un ejercicio inútil, ya sabía que lo de él con Lorena estaba muerto y sepultado y nunca, jamás, resucitaría.

Lorena jamás sería su esposa ni la madre de sus hijos. Nunca envejecería a su lado, ni vería crecer a los nietos. No volvería a bromear a costa de él. No besaría sus labios ni poseería su cuerpo. No la escucharía gritar «¡Antonio!» en pleno éxtasis.

Lorena ni siquiera quería verlo.

Si no era Lorena, le daba lo mismo quien fuera, siempre que lo dejara vivir tranquilo. Por supuesto, sería fiel. Lo de andar con cada mujer que se le pusiera por delante se había acabado.

Y como Gabriela contaba con la pre-aprobación de su padre, había aceptado la invitación de Altamira a la fiesta de cumpleaños de las mellizas.

Era, en verdad, una joven hermosa. Toda una dama: educada, gentil, amable.

Tan tranquila como una foto. De buena familia, sin tanta historia como la suya, pero buena al fin y al cabo. El bisabuelo había empezado una empresa de éxito y su abuelo, padre y hermanos la habían hecho crecer. Su madre aportó el glamour que necesitaban e incrementó el capital de la empresa familiar con parte de la herencia de sus padres, y Gabriela era la joya más preciada del reino.

Antonio había pensado que le pudo ir mucho peor, así que ese día se ofreció a llevarla a su casa. Una semana después volvieron a coincidir en un acto benéfico y a los pocos días se encontraron en el teatro, donde Antonio había acompañado a Dany.

En broma, él le había dicho que tenían que dejar de encontrarse por casualidad y simplemente salir juntos. Ella le respondió con un número telefónico. El privado de su oficina en la fundación de su familia.

Después de un par de citas, había llegado a una conclusión: era tan distinta a Lorena que jamás podría recordársela, así que en realidad le había ido bastante bien, por lo que empezó a tomar la relación un poco más seriamente y salía con ella en forma exclusiva, siempre que el trabajo se lo permitiera.

Gabriela no presionaba, no pedía más, no molestaba. Era la compañía perfecta para un hombre como él, que tenía que cumplir con sus compromisos laborales y familiares.

Entonces, una noche, cuando ya llevaban seis meses saliendo, la había invitado a subir a su departamento. Ella entendió perfectamente lo que él intentaba y se prestó a ello de buena gana.

No había sido una noche memorable ni nada que se le pareciera, muy por el contrario, pero Antonio no le dio importancia. Él había tenido toda la diversión que un hombre necesitaba y solo requeriría de su compañía en la cama en contadas ocasiones, solo por higiene y para darle continuidad a la familia.

Pasado unos meses, y Antonio no supo muy bien cómo, estaba comprometido.

Entonces las cosas habían cambiado y Gabriela empezó a pedir cosas, como que la acompañara a tal función y que hiciera algunos donativos. Antonio no tuvo problemas en darle lo que quería, después de todo, ella también hacía cosas por él.

Pero la primera vez que la escuchó hablar de su inminente carrera política, todo se puso extraño. «Seguro que tu abuelo lo apoyaría», había dicho Gabriela, «después de todo, siempre está hablando de que si no lo hubieran fusilado, el prócer hubiese sido un excelente Presidente de la República». Antonio se quedó callado y ni siquiera dijo que José Miguel Carrera había sido la primera autoridad nacional, solo que no se llamaba Presidente de la República en aquella época.

Después fueron otras cosas. Todas pequeñas, pero significativas. Que si no era mejor usar el pelo corto, que si esa ropa era muy vieja, que si el todoterreno no era un vehículo digno de ser lucido entre sus amistades. Que si era conveniente conservar la amistad de un joven tan loco como Julio.

Con eso último, Antonio había puesto la raya. Le daba las pequeñas cosas sin importancia, como afeitarse y peinarse. Usar ropa decente y un buen auto cuando estaban juntos. Pero jamás dejaría su amistad con Julio.

Así las cosas, ellos en realidad no habían fijado una fecha para el matrimonio, pero un día Antonio volvió de un viaje largo y se encontró con algunos hechos consumados. Ya tenían fecha para el civil y, un día después, para la iglesia. Ya estaba contratado el almuerzo estrictamente familiar después de la primera ceremonia y el banquete por todo lo alto para la segunda.

Y lo peor de todo: Gabriela ya había elegido diseñadora y había empezado a trabajar con ella.

«—¿Quién? —había preguntado Antonio, entendiendo por fin la cara de preocupación de su madre cuando la había visto la tarde anterior.

—Uy, no creo que la conozcas —respondió Gabriela—, es una diseñadora emergente, pero maravillosa. Ha salido en varias revistas y le hizo el vestido

a la vicepresidenta de tu empresa. Anjelica Van deer Meer.

—Ah... qué... qué bien. —Por supuesto, Antonio ya conocía la respuesta a su pregunta.

—Se llama Lorena Irribarren, es prima de Francisca Soubllette, ya sabes, la bailarina de *ballet* que traté de presentarte, pero justo te llamaron del trabajo.»

No había sido verdad. En cuanto Gabriela le dijo que quería que conociera a Francisca, él le había mandado un mensaje a Julio: «S.O.S.». Previamente convenido, quien recibía el mensaje tenía que dejar lo que fuera que estuviera haciendo y llamar a quien lo enviaba. Así, Antonio había podido zafarse de ir tras bambalinas a conocer al cuerpo de baile, especialmente a sus grandes estrellas, la primera bailarina y el director.

Le provocaba gran curiosidad conocer al esposo de Francisca y volver a ver a la muchacha, ya que guardaba buenos recuerdos de ella. Existía la posibilidad de que Francisca fingiera que no lo conocía y que conversaran con naturalidad extraña de dos recién conocidos. Pero, y eso era lo que Antonio había temido, también existía la posibilidad de que Francisca se comportara como una arpía. Después de todo, estaba hablando de un miembro del Quinteto de la Muerte. Y si las historias de su esposo siendo espía de la KGB eran ciertas, él podría haber terminar la noche en diez partes distintas del Gran Santiago. Simultáneamente.

Había optado por lo más sano y mandó el mensaje. Cuando iban caminando a la zona de camarines, sonó su teléfono móvil. Contestó fingiendo que era de la oficina y se conformó con ver a lo lejos a Francisca y su esposo. Por un momento, su resolución había flaqueado y quiso ir a exigir pruebas de que la muchachita que él tanto quiso como prima era bien tratada por el gigantesco ruso que la acompañaba, pero después había visto que tomaba su mano con gran delicadeza, y le colgó a Julio, hizo unas señas a Gabriela y huyó como un puto cobarde.

Después de la mención de Lorena, Gabriela había seguido hablando por

largo rato de los preparativos de la boda, y él se sentía cada vez peor por el compromiso. Pero ya no había nada que hacer. Había dado su palabra y se casaría. Por supuesto, nunca más acompañaría a Gabriela a una función del ballet, ya había huido de dos, hacerlo por el resto de su vida no sería tan difícil.

Hasta el día, el maldito día, en el que había sido arrastrado a un *mall*.

Al principio creyó que Gabriela bromeaba. Tanto ella como Piti y Poti jamás se dejaban ver en algo tan del pueblo como un *mall*. Al menos así decían. Solo tiendas exclusivas en los barrios altos. Y nunca, jamás, ese *mall* en particular, ya que era lo más ordinario que había. Sus primas habían intentado por largos minutos detener a Gabriela de cometer un crimen tan atroz, pero ella no escuchó a nadie y simplemente tironeó de la mano de Antonio hasta que él prefirió terminar luego el absurdo trámite. Contaba con no tener que estar muchas horas allí, ya que viajaba esa noche.

Y de pronto lo había comprendido todo. Cómo lo supieron Piti y Poti, no tenía idea.

En los informes del detective privado habían salido muchas referencias al *mall* a lo largo de los años. Allí estaban muchas de las tiendas favoritas de Lorena, especialmente una botonería. Había sido en ese lugar donde ella se había reencontrado con Julio, unos años antes, según lo que su amigo le había contado. Era el lugar donde Lorena y sus amigas iban siempre que querían recorrer tiendas. Incluso hubo una referencia extraña de Lorena siguiendo a alguien en el interior, que no había comprendido.

Así que allí había estado ella, en su pleno esplendor, tratando de huir de ellos. Por supuesto que Gabriela la vio y trató de impedirlo. Antonio apuntó en la dirección contraria y quiso llevarla a una joyería. Estaba dispuesto a comprarle lo que ella quisiera, pero no. Demostrando una decisión absoluta de salirse con la suya, Gabriela lo había empujado hasta que llegaron cerca de la diseñadora. Incluso se rebajó a gritar un par de veces su nombre.

Por la actitud de Lorena supo que no había sido bienvenido. Que ella, al

igual que él, aún se acordaba de todo y aún sufría por eso. O simplemente que no lo quería ver ni en pintura.

Lo había pensado durante todo el viaje. Para encarar su futuro, primero debía enfrentar el pasado.

Lo del compromiso era una cosa cierta. El matrimonio iba a pasar sí o sí. Ya había salido en las revistas e incluso en la televisión, algo que él no quería. Pero siendo Gabriela la niña mimada de la sociedad, no había manera de ocultar que se casaría. Y cuando los buitres con licencia para meterse donde no los llaman, también conocidos como periodistas, se habían enterado que el novio era descendiente de un importante prócer de la patria, festinaron sobre los restos de su dignidad perdida.

Por otro lado, él sabía que sus sentimientos por Lorena no estaban resueltos, sino que en una larga pausa. Hablar con ella no le serviría para matar su amor, pero tal vez le serviría para matar sus ilusiones.

Había creído que si le explicaba, si hablaban y Lorena le decía «te perdono», él podría continuar. Podría aceptar las decisiones, las buenas y las malas, que había tomado.

Tenía perfectamente claro que Lorena lo despreciaba, que ella ya no lo quería. A pesar de eso, en lo más profundo de sus fantasías, solo con sus recuerdos, no podía consolarse por haberla perdido y seguía siendo ella el centro de sus más acariciados sueños. Nunca dejaría de amarla, pero quizás podría dejarla ir de sus pensamientos y concentrarse en el futuro.

Jamás creyó que tendría el matrimonio al que se estaba condenando, pero así sería. Una unión solo de nombre y haciendo de su único hijo el centro de su vida.

Sin embargo...

Sin embargo, había sido débil. Cuando Lorena insistió en que debía hacer un último esfuerzo por recuperarla, no pudo ponerse las riendas y se dio a sí mismo el permiso para intentarlo.

En el fondo siempre lo supo. Que si existía la más mínima posibilidad, él la

tomaría. ¿Cómo podía creer otra cosa si había hecho lo mismo en el pasado? Casi había saltado de felicidad cuando Julio le pidió que acompañara a Lorena durante su presentación. Casi se había rendido a los pies de la muchacha la primera vez que le sonrió a él y solo a él.

Cuando Lorena le había dicho: «no eres cualquiera», él había demorado un nanosegundo en llegar a su lado. Intentó solo hablar con ella, quería invitarla a salir, al cine, a comer, a lo que fuera, y de pronto no pudo más y simplemente la besó.

Y fue lo mejor que había hecho en su vida hasta ese momento.

Pero en ese instante estaba metido en un buen lío, claro que sí.

Por un lado, no iba a renunciar a Lorena, no cuando sentía que tenía todas las de ganar. Ella no solo había devuelto sus besos, sino que había participado activamente. Incluso había intentado acelerar las cosas. Si al final había reculado, Antonio sospechaba que era por miedo a que nuevamente le rompiera el corazón.

Él lo sabía, una tristeza extraña acompañaba a Lorena siempre, lo había visto a través de los ojos del investigador, de sus fotografías. Lo había constatado esa misma tarde, con sus gritos y sus absurdos intentos de distraerlo y de hacerle creer que ella era *promiscuus in extremis*. Pero no. Él sabía la verdad. Había intentado disfrutar su vida, había tratado de anesthesiarse a base de muchas parejas.

Era exactamente lo mismo que él había hecho.

Ella había sufrido tanto como él. Solo que ella trató de borrarlo de su existencia y él se aferraba a su recuerdo.

Por otro lado, estaba el problema de su compromiso e inminente boda. Faltaban apenas siete semanas. Tenía que actuar y luego.

Disfrutaría de las fiestas, hablaría con su abuelo, él lo entendería, lo apoyaría. Toda su familia lo haría. Y después, el siguiente fin de semana, se sentaría tranquilo a conversar con Gabriela. Le diría todo, absolutamente todo. Confesaría hasta el último pecado, asumiría todas las culpas.

Al final, podría quedarse sin Lorena y sin Gabriela, pero eso no le importaba en realidad.

Solo importaba la posibilidad, por incierta que fuera, de volver a tener a Lorena en su vida.

CAPÍTULO ONCE

El domingo, Lorena intentó levantarse temprano, pero no lo consiguió. A pesar que tenía que estar en casa de su prima al mediodía, logró salir de la cama cuando faltaban quince minutos para las doce. Alegaría cansancio extremo. Todos sabían que esas fechas eran complicadas para ella por temas laborales, así que nadie diría nada.

Por supuesto, ella sabía que la verdadera razón era que no había conciliado el sueño hasta pasadas las tres de la mañana. Y que después de eso no había descansado lo suficiente, con su subconsciente llenándola de recuerdos y su cuerpo anhelando más de las caricias de Antonio.

Cuando llegó, ya estaban todos allí. Era un enorme grupo. Sus padres, que los últimos años habían viajado a visitar a su tía Coté a Iquique. Su hermano, que aprovechaba la ausencia de sus padres para irse de fiesta ininterrumpidamente. Su tía Coté, que aún estaba en Santiago ayudando a Francisca a recuperarse de la cesárea y cuidando a Dimitri. Isabel, por supuesto.

También estaba Pamela, con su madre Catalina y Jacqueline, su tía. Normalmente, ellas celebraban tranquilas en su casa, pero ese era un día especial. La presencia de Adriana, Juan y toda su familia lo demostraba. Los últimos años, desde que ellos eran pareja, habían viajado a visitar a los tíos de Juan que tenían una modesta parcela en el sur.

No era técnicamente el primer 18 de septiembre de Baran en Chile, pero sí el primero auténtico. Cuando recién llegó al país, estuvo solo y encerrado en

un *apart hotel* todo el fin de semana, empecinado en que si no era con Francisca, no tenía nada que celebrar, ya que ella era su único lazo con esa tierra tan extraña para él. Y como Francisca había estado empecinada en que Baran no era nada para ella, el pobre lo pasó pésimo.

Los siguientes años habían estado en Francia, con el año escolar de su amada academia recién comenzando. Francisca había decorado el departamento y preparado comida típica, con la ayuda de Pietro, Malik y de Adriana que daba las instrucciones por teléfono. Pero no era lo mismo.

Nada se comparaba con el inicio de la primavera, el aroma de miles de parrillas prendidas, los volantines coloreando el cielo, burlarse de las autoridades por bailar tan mal la cueca, el baile nacional, quejarse de que la música que menos sonaba en las ramadas era el folclore, y principalmente, comer hasta que los pantalones tuvieran que ser desabrochados.

Además, ese año era doblemente especial, con el bebé recién nacido, la dulce promesa de la vida renovándose, arraigándose en los lugares más impensables.

—Si alguien me hubiera dicho hace cinco años que terminaría viviendo en el culo del mundo, me habría muerto de la risa —escuchó Lorena que decía Baran antes de besar efusivamente a su mujer y acunar con mucha ternura al recién nacido.

—Bueno, primo, debes admitir que las chilenas tenemos el mejor culo del mundo —respondió ella a modo de saludo.

—Eso también —ratificó el ruso dándole un pequeño golpecito en las nalgas a Francisca—. ¿Cómo estás, Lorena?

—Muerta.

—Nos lo imaginábamos, querida —señaló Víctor, entregándole una copa—. ¿Hasta qué hora trabajaste anoche?

—Entregué el último vestido pasadas las siete, pero después me puse a ordenar y se me pasó la hora volando —explicó Lorena después de beber un sorbo de vino—. Lo peor es que quedé prendidísima y después me costó bajar.

—Siempre te pasa lo mismo —agregó Pamela, que se sentó junto a ella.

La conversación siguió con los temas habituales: el trabajo en el taller, lo genial que les iba con la comercialización de vehículos usados, lo bien que había quedado el taller con la renovación. También Víctor tenía novedades, su empresa se había ganado un contrato enorme que le reportaría mucho trabajo y muchos ingresos. Baran estaba componiendo una nueva obra completa en dos actos, tal vez fueran a pasar la Navidad a Rusia para que sus padres pudieran estar más con Dimitri, y aprovechar de visitar a Pietro para trabajar un poco en la música.

Lorena sonreía. Se alegraba de que todo fuera bien en la vida de sus primas. Adriana se veía muy feliz con Juan, y Pamela estaba tranquila, reía con Diego, el cuñado de Adriana. Todos estaban bien.

Y ella estaba hecha una mierda.

Adriana estaba en su salsa, convenciendo a Baran de la necesidad de estudiar Historia de Chile, considerando que había decidido radicarse definitivamente en el país, que ya era padre de un ciudadano y que en un año, si no volvían a irse del país, podría solicitar su residencia permanente, por estar casado con una chilena.

Probablemente para que se quedara callada, Baran aceptó que le enseñara lo que realmente significaba la fecha que celebraban. Lorena suspiró fastidiada.

—No es la independencia de Chile —dijo Pamela, comenzando un discurso que conocía de memoria.

—En efecto, no lo es —confirmó Adriana.

—Me tienen engañado, entonces —replicó Baran, riendo suavemente después de intercambiar una mirada con su esposa. Seguramente ya le había advertido.

—Celebramos la Primera Junta Nacional de Gobierno —continuó Adriana, y se lanzó a una larga exposición de hechos, datos curiosos, fechas y personajes importantes.

Entonces Lorena empezó a perder el poco color que tenía. Francisca

desapareció por unos minutos y volvió con un vestido que Lorena le había preparado para una presentación, cuando aún era alumna de Baran en la academia. La diseñadora suspiró aliviada. Con eso, su prima conseguiría distraer a Adriana.

—Mira, amor, ¿te acuerdas de este vestido? —La bailarina se dio un par de vueltas mostrando el vestido a todos—. Temía que no me cruzara, pero ya he bajado todo el sobrepeso del embarazo.

— *Lyubov', konechno, ya pomnyu* —murmuró Baran mirando fijamente a su esposa.

—Solo español por hoy, amor —replicó la muchacha—. Y mira lo que te traje —continuó mientras Isabel le ponía un sombrero de huaso a Baran—. Baila conmigo.

—Por supuesto —aceptó Baran inmediatamente, con su extraño acento muy marcado. Dejó al bebé en brazos de su suegra y se puso unas espuelas y un poncho que Isabel aún sostenía.

Alcanzaron a bailar tres pies de cueca antes que Dimitri exigiera la presencia de su madre. Por la manera en que gritaba, todos sabían que tenía hambre. Y era mucha.

—¡Qué bonito que bailan! —comentó Beatriz, la madre de Juan—. Y me encanta esa canción, *La rosa y el clavel*.

—A mí también —la apoyó Paulina, la mamá de Adriana.

—También esa... ¿Cómo era...? Juan, ya sabes. —Juan se puso blanco y miró a su esposa—. La de los nombres... ¡Ah! «Doña Javiera Carrera bailaba la resbalosa».

—Mamá, la resbalosa no es chilena —dijo Juan un poco desesperado.

—¡Cómo que no! ¡Ay, cuñado, ya te comieron el cerebro! —Blanca, la hermana de Adriana, no perdía la oportunidad de molestar a Juan por lo mismo.

—No, de hecho, es peruana —ratificó Juan mirando de su cuñada a Diego y a Adriana, buscando desesperadamente algo de apoyo.

—Pero esa canción habla de personajes históricos de Chile, ¿no? —preguntó Beatriz sin entender absolutamente nada. Lorena no hallaba dónde meterse—. Los Herma...

—¡Con Juan estamos pensando en tener un hijo! —gritó Adriana, y eso demostró lo desesperado de la situación, al menos para los que entendían qué pasaba.

Lorena respiró nuevamente. No habría más lecciones de historia de Chile, ni de personajes, ni de música. Solo de la inminente maternidad de Adriana.

—¿En serio? —José, el padre de Adriana, se metió de pronto en la conversación, muy interesado en lo que decía su hija.

—Sí, bueno, tal vez el próximo año —murmuró Adriana, algo arrepentida por su exabrupto—. Siempre he pensado que treinta y un años es la edad ideal para que una mujer sea madre.

—Bueno, yo pensaba que treinta y cinco era la edad ideal para que un hombre sea padre —agregó Juan.

—¡Pero eso significa esperar tres años más! —exclamó Beatriz, totalmente decepcionada.

—Yo creo que la edad ideal para que un hombre sea padre es cuando consiga dejar embarazada a su esposa —comentó Baran, que había estado muy atento a las reacciones de Lorena ante la conversación y, aun sin entenderlo totalmente, había comprendido que el brusco cambio de tema se debía a ella—. Yo tenía treinta y cinco cuando comencé a intentarlo y me tomó casi dos años.

—Yo tenía veintiséis cuando mi Paulina quedó embarazada de Blanca, y veintiocho con Adriana —dijo José muy ufano.

—Bueno, no recomiendo los diecisiete para que una mujer tenga hijos —aportó Beatriz—, aunque no me arrepienta de haberlo hecho yo.

—Y yo se lo agradezco. —Adriana se acercó a su suegra y le puso una mano sobre el hombro.

—Y yo —dijeron Paulina y José a coro, para después mirarse y sonreír.

—Me acabo de dar cuenta de algo —comentó Baran después que al parecer nadie más tenía algo que agregar—. Es usted doce años mayor que yo —concluyó mirando a Beatriz.

—¿Sí? —preguntó Beatriz dudosa.

—Claro. Lo extraño es que tengo la misma diferencia con mi hermana menor. —Baran la miró con el ceño fruncido—. No puedo creer que tenga un hijo que... bueno, que parece adulto. Y que está casado con una de las amigas de mi esposa.

—El viejo verde es usted, señor director. Con mi Adrianita nos llevamos por dos años y nada más —alegó Juan, comprendiendo que Baran solo intentaba devolver la conversación a temas seguros.

—Dos años, un mes y veinticuatro días —puntualizó Adriana.

—Como usted diga, mi general. —Adriana besó la mejilla de su esposo antes de volver a llamar la atención de sus padres.

—Me gustaría saber la hora exacta en que nací —les preguntó a José y Paulina—. Y también Juan —agregó, apretando el hombro de Beatriz donde aún tenía su mano—. Así podría calcular la diferencia hasta llegar a los minutos. Porque los segundos sería un poco engorroso, ¿no?

—Ay, niña, como dice mi hijo, eres un fastidio de precisión suiza —murmuró Beatriz negando con la cabeza.

—Bueno, en esto yo apoyo a Adri —intervino Isabel, que recién salía de la casa después de acompañar a su hermana para guardar la ropa de huaso—. De hecho, tengo anotada mi hora de nacimiento, así, el día que conozca a mi versión joven de Robert Redford, simplemente le pregunto a sus padres y ya puedo calcular la diferencia de edad con exactitud.

—Te vas a terminar casando con una versión morena de Robert Redford, estoy segura —dijo Pamela, que había guardado el más absoluto silencio mientras no fuera seguro volver a hablar.

—Bueno, lo de las versiones no me molesta. Podría ser una inteligente de Thomas. —Isabel encogió sus delicados hombros.

—O una no gay de John —aportó Francisca, que volvía con el bebé alimentado y mudado.

—O de Pietro. —Lorena sentía que por fin su voz podía salir con normalidad y dijo lo primero que se le ocurrió—. Porque él, además, cocina y es bueno para comer.

—Demasiado bueno. —Lorena sonrió con la familiar queja de Baran—. Incluso cuando Mal cocinaba para cinco, Pietro se comía la mitad. Llevo años intentando convencerlo de que reduzca su ingesta calórica, va a terminar hecho un tonel.

—Pero ahí va John y le dice que su barriguita es sexi. —Francisca sonrió con nostalgia al recordar a sus amigos.

—Bueno, tampoco está tan mal, a pesar de ser moreno —dijo Isabel—. Me carga no tener algo que agarrar cuando das un abrazo. Como con Juan.

—¡Hey! —gritó el aludido.

—Para mí es más que suficiente, muchas gracias. —Adriana, enojada, miró a su amiga con los brazos cruzados sobre el pecho—. Aunque no creo en esas estupideces de la magia y la brujería, voy a buscar un buen hechizo para castigarte con un hombre más moreno que Malik.

—¡Cómo puede un hombre ser más moreno que Malik, si él es negro! —exigió saber Isabel con auténtica curiosidad.

—Lo que Mal es, ya te digo yo, un exquisito bombón de chocolate. —Y Lorena estaba feliz por decir algo tan típico de ella—. Una exquisita tableta de chocolate cuando lo ves desnudo de la cintura para arriba y eres capaz de apreciar ese *six pack* que parece esculpido por Miguel Ángel.

—Es mi cuñado del que estás hablando, tú, la más loca de las cinco locas —reclamó Baran con el ceño fruncido—. ¿Y cuándo lo viste desnudo de la cintura para arriba?

—Oh... En mis sueños, primo querido... Una lástima que tu hermana lo conociera antes... —Lorena llevó su mano al pecho y suspiró teatralmente.

—Cuando fuimos a Roma en enero pasado y Mal dijo que estaba entrenando

para soportar los fríos de Siberia, así que se tiró a la piscina de Giacomo — explicó Francisca, riendo por la interpretación de Lorena.

Después de eso, la charla siguió en su curso normal. Aunque en algún momento, Lorena pudo ver a Adriana e Isabel conversando muy seriamente. Y por conversar, se refería a que Isabel hablaba y hablaba, molesta, y Adriana tenía los brazos cruzados, miraba el piso y no decía nada. Como Juan no estaba lejos y tenía un semblante absolutamente parco, Lorena supo que a Adriana le estaba llegando un buen reto.

A pesar de todo, Lorena sonrió feliz. Ahí estaba su prima defendiéndola contra viento y marea.

Algo extraño pasó antes de irse. Baran se acercó a ella y, sin mediar ninguna palabra, besó su frente. Susurró un «te quiero, prima» que la emocionó hasta las lágrimas, pero después arregló todo agregando «aunque estés como una cabra». Entonces Lorena sonrió con los ojos aún acuosos y lo abrazó.

El día lunes se volvieron a juntar en casa de Francisca, pero fue algo estrictamente familiar. Adriana, Juan y sus familias salieron temprano de la capital para ir al sur por dos días. Pamela, que en principio se reuniría con ellos, llamó para decir que su mamá no se sentía bien, así que se quedarían en casa, descansando.

El martes, incluso menos gente iría a la de Francisca, ya que Víctor y Camila habían aceptado la invitación de unos amigos en Valparaíso, y Claudio aprovecharía el día con sus amigos. Francisca miró a su prima, casi suplicándole que ella sí asistiera al almuerzo, así que, contra todo lo que deseaba, se levantó, se arregló y fue a almorzar, pero antes que empezara la Parada Militar, se excusó por estar muy cansada y se fue a su departamento.

Intentó holgazanear toda la tarde frente al televisor, pero luego se aburrió de pasar canales y no encontrar nada que ver. Intentó leer, pero las letras bailaban frente a sus ojos. Se puso su ropa más vieja y limpió y ordenó el departamento, esperando que el cansancio se acumulara y pudiera dormir bien. No tenía una noche decente desde el maldito día en que se había encontrado

con Gabriela y Antonio en el *mall*.

Aprovechó el impulso y cargó en su vehículo algunos de los materiales que conservaba en casa. Dejó los retazos de telas para jugar un rato, porque ya presentía que vendrían largas horas de insomnio.

Finalmente, agotada, se duchó y se puso su pijama. Bebió leche caliente, recordando las noches que pasaba en casa de sus primas y la abuela Anunciación les daba una taza antes de acostarse, incluso acompañada por un cuento cuando ellas eran muy pequeñas. Sonrió al pensar en la señora que había ejercido de abuela con paciencia y cariño para ella y su hermano, aún sin serlo.

Claro que también la había reprendido duramente cuando vio que salía con Pedro, Juan y Diego, como ella decía para referirse a cualquiera.

Y si supiera que había tenido relaciones sexuales con un hombre comprometido... el infierno sería poco para ella.

Y después de eso, Lorena se dio un buen par de bofetadas mentales. Lo llevaba tan bien hasta ese momento. No se había acordado de Antonio en dos días enteros.

—¡Maldita sea! —exclamó cuando le agregó un buen chorro de *whiskey* a su taza de leche.

Esa noche durmió mal, nuevamente. Y al día siguiente, en el taller, todo salía mal. Literalmente, no daba pie con bola, es decir: había cortado mal una tela, no conseguía enhebrar ninguna aguja, había cosido al revés una falda.

—Un puto desastre —le dijo a Tamara cerca de las cinco de la tarde, cuando se dio cuenta del último error. Unas mangas desiguales—. Tammy, soy un desastre hoy. Creo que mejor lo dejo, que ando entera *catrasca*.

—¿Cómo es eso de *catrasca*, señorita Lorena? —preguntó la costurera.

—*Cagá* tras *cagá* —explicó Lorena—. Me voy al *mall* a despejarme y tal vez a comerme un helado. Termina lo que estás haciendo y mañana seguimos.

—Bien, no se preocupe, yo cierro.

—Gracias, Tammy, nos vemos mañana.

La salida al *mall* estuvo bastante bien. Fue a la librería y le compró el regalo de cumpleaños a Adriana, aunque faltaba casi un mes. Vio unos aros de plata que le encantarían a su madre y se los compró para Navidad. Decidió que sería un poco más ordenada con sus tiempos y siguió mirando las vitrinas, eligiendo algo aquí y allá, para los cumpleaños y Navidad por venir. Incluso le compró algunos juguetes a Dimitri, pensando que era aún muy pequeño, pero de todas maneras lo harían muy feliz cuando llegara el momento.

Antes de irse, caminó tranquilamente al patio de comidas, se dirigió a su local favorito y pidió una hamburguesa con triple queso, agrandó papas y bebidas y compró un grosero helado de postre.

Tranquila y satisfecha se fue a su departamento y disfrutó de algunas horas de sueño profundo hasta que despertó asustada porque creyó escuchar la puerta y la voz de Antonio susurrando su nombre.

Miró el reloj y eran apenas las cuatro de la mañana.

—Maldito hombre —gruñó—. Me quita más horas de sueño ahora que cuando estábamos juntos.

Fue al segundo dormitorio y comenzó a jugar con las telas, las cortó de distintas formas y unió variados colores y texturas, según lo sintiera en el momento. El resultado fue un bonito vestido, un poco corto para ella, así que se lo regalaría a Francisca.

Cuando terminó ya eran las siete y media de la mañana. Estirando la espalda, fue a la cocina y se sirvió un plato de cereales con leche. Mientras la moderna cafetera, regalo de despedida de Malik, Pietro y John, hacía su trabajo, ella tomó una ducha y se vistió. Bebió dos tazas de café mientras revisaba el correo electrónico y, cuando terminó, se calzó y se fue.

El viernes en la tarde, al entrar a su departamento, suspiró de alivio. Esos dos últimos días no habían estado nada mal. De hecho, la tarde del viernes había sido muy positiva, pudo terminar varios pedidos que debía entregar durante la semana siguiente, de tal manera que el sábado se dedicaría en exclusiva a trabajar en el vestido de novia de Gabriela, quien iría el lunes a

ver sus avances.

Se duchó y se quedó con una camisa de franela larga, que ella misma había confeccionado para que le llegara hasta las rodillas, una tanga y los gruesos calcetines blancos de hombre que había comprado para reemplazar el par que había tirado a la basura el sábado anterior.

Estaba frente al refrigerador pensando qué comer cuando sonó el timbre. Con curiosidad miró la puerta antes de caminar hasta ella. A pesar de llevar un par de años viviendo en el edificio, no conocía a sus vecinos más allá del saludo de rigor en el ascensor o el estacionamiento. Tampoco esperaba a nadie, aunque Isabel solía aparecer de improviso, pero normalmente el sábado en la noche. Por lo tanto, no tenía idea de quién podría ser. Y como aún no perdía la costumbre de abrir sin preguntar o chequear por la mirilla quién era, simplemente abrió. Y se arrepintió inmediatamente.

—¿Cuándo voy a aprender! —se reprendió—. ¿Qué haces aquí, Antonio? ¿No te quedó claro que no puedes venir a mi casa?

—Sigue sin ser la casa de tus padres —refutó Antonio calmadamente—. Y fue lo único que prometí.

—Pero... ¿qué es ese aroma? —preguntó Lorena, que sentía su boca llenarse de saliva de puro placer ante lo que olía.

—Espero que aún te guste la hamburguesa con triple queso.

—Sigue siendo mi favorita —aceptó Lorena a regañadientes.

—Y espero que aún te guste acompañarla con un montón de papitas fritas. — Lorena solo lo miró como si hubiera perdido la cabeza—. Y empanaditas de queso. He comido empanadas hasta reventar esta semana, pero no puedo perdonar estas. De hecho, compré una bandeja familiar de *snacks*, así que vienen un cerro de papitas, un montón de aros de cebolla, diez empanadas y ocho *nuggets* de pollo, más las dos hamburguesas. Y no me puedo comer todo solo.

—¿Trajiste bebida? —Antonio asintió en silencio—. ¿Cuál?

—Ginger Ale, por supuesto. ¿Crees que soy *amateur*?

—¿Solo bebida?

—También un helado de tres leches.

—¿Y nada más? —preguntó Lorena con una ceja alzada. Antonio movió negativamente la cabeza—. Entonces sí que eres un *amateur*. Para tu suerte, yo no, así que hay un tequila en el refrigerador. Entra. Pero solo porque traes comida y yo estoy muerta de hambre.

—Bien, no me molesta ser bienvenido solo por la comida. De momento.

—No te acostumbres.

Lorena caminó por el largo pasillo hasta la cocina y fue directamente hacia la alacena donde guardaba la loza. Sacó dos platos y dos vasos, los dejó sobre la cubierta inferior del mueble y después rebuscó en un cajón hasta que encontró un par de manteles individuales. Del secaplatos tomó cubiertos para ambos y llevó todo a la mesa, al otro lado de la barra.

Por su parte, Antonio había dejado la bolsa sobre la barra de la cocina y se encargó de sacar la comida. Cuando Lorena terminó de poner la mesa, él sirvió las hamburguesas en los platos y dejó la bandeja de *snack* entre ambos. Tomó los vasos y los rellenoó, luego fue hasta la silla que estaba de frente al ventanal por el que se salía a la terraza y la corrió.

Lorena se quedó congelada por unos momentos. Había sido tan natural la manera en que ambos volvieron a seguir la rutina de antes, que no sabía qué pensar.

—Lore, estoy esperando. Y mi estómago está un poco impaciente.

—¿Y cuándo no está impaciente tu estómago un viernes por la noche? O jueves, según cuando termine tu semana laboral. Te apuesto que trabajaste todo el día sin parar y ni siquiera almorzaste —espetó Lorena casi sin pensar.

—Y ganarías la apuesta. Lo único que quería era terminar de clasificar muestras y mandar el informe para tener todo el fin de semana para mí.

—Siempre haces lo mismo. —Finalmente, Lorena avanzó los pocos pasos que la separaban de Antonio y tomó su lugar con la ayuda del hombre—. No tienes ninguna consideración por los pobres mortales que trabajan contigo y

tienen que saltarse su propia hora de almuerzo.

—Cielo, sueñas como mi madre.

—Si es una ofensa, no la acepto.

—¿Cómo podría ser una ofensa si mi mamá es la mejor mamá del mundo? —

Antonio tomó una empanadita y se la llevó completa a la boca.

—Una opinión muy parcial, la tuya. Yo voto por mi madre. ¿Y cómo está la señora Cecilia?

—Oh, ya sabes —respondió Antonio después de beber un trago—, la perfecta madre y esposa, ahora también abuela, la consumada anfitriona.

—¿Sigue controlando la oficina de tu abuelo con mano de hierro?

—El abuelo ya se jubiló, ahora es Paula quien se encarga de las inversiones familiares —explicó Antonio—. Pero sí, mamá sigue controlando esa oficina con mano de hierro, lo mismo que el estudio jurídico de papá y tío Roberto. Bueno, y ahora Carolina y Rubén, su marido. Y las casas de mis hermanas, que felices se olvidan que son ellas las dueñas y dejan que mamá tome todas las decisiones. Aunque no sé qué critico, si mamá aún es quien lleva mi ropa a la tintorería, vigila que la empresa de aseo deje el departamento impecable y me hace las compras. Todo con su fiel Ernestina siguiéndola muy de cerca.

—Y perfectamente vestida, maquillada y las uñas más hermosas de la Tierra. Tu mamá es maravillosa.

—Lo sé. —Antonio sonrió con ternura—. Pero la tuya no se queda atrás. Hace unos años pude ir a una exhibición. Y, bueno, lo confieso, quise comprar *Niñas jugando*, pero no estaba a la venta.

—Considerando que estaba basada en una fotografía que tío Cristian nos tomó cuando éramos pequeñas, fue a dar a su casa —explicó Lorena entre bocado y bocado.

—¿Y qué fue de la pintura? ¿Crees que a tu tía Coté le interese venderla?

—No lo sé. De hecho, no la he visto desde que empezaron los arreglos para incorporar la casa al taller. Creo que incluso de antes. ¿Para qué querías tú comprarla? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—¿Y tú para qué crees que querría comprarla? De partida, es de tu mamá. Y sales tú de niña. ¿Necesito más razones? —Antonio encogió los hombros, casi con indiferencia. No estaba preparado para una pregunta tan escabrosa, tan temprano en la noche. De hecho, lo único que quería era pasar un par de horas con Lorena, solo conversando.

—Antonio...

—¿Cómo está tu papá? —Antonio preguntó lo primero que se le vino a la mente para cambiar el tema.

—¿Vamos a jugar a eso? ¿Yo te pregunto algo, tú me sales con esas respuestas y cambiamos de tema?

—Solo vine aquí a conversar con una vieja amiga y compartir la cena del viernes.

—Deberías estar con tu futura esposa compartiendo la cena del viernes.

—Si te refieres a Gabriela, está de compras en Nueva York, así que no, gracias. No pienso salir del país por un tiempo.

—¿Cuántas futuras esposas tienes que necesitas aclarar que es Gabriela?

—Es que, según yo, no tengo ninguna futura esposa. —Antonio dejó el tenedor lleno de papitas fritas sobre su plato y se estiró en su silla—. No, a menos que tú aceptes serlo.

—¡Ja! ¿Y el vestido que estoy confeccionando es para la mujer invisible?

—Cuando Gabriela vuelva de Nueva York, voy a terminar el compromiso.

—Antonio...

—Es que tienes razón, Lore. No puedo casarme con ella, no la quiero. Aunque tú... —Antonio volvió a tomar el tenedor y se lo llevó a la boca, meditando su respuesta—. Aunque nosotros no volvamos a estar juntos, no puedo casarme con ella, ni con nadie más. Y si a papá le molesta, es culpa suya por tener solo un hijo.

—¿Qué tiene que ver tu papá en esto? —Lorena se inclinó sobre la mesa pensando que Antonio estaba un poco perdido.

—Es la razón por la que decidí casarme, para darle el nieto que quiere.

—Eso es lo más ridículo que he escuchado en la vida.

—¡Lo sé! —Antonio reafirmó su respuesta golpeando la mesa con la mano empuñada. Lo bueno era que ya había conversado con su abuelo y él solo mostró alivio. «Hijo, eres mucho más valiente de lo que yo nunca fui», le había dicho el martes, cuando habló con él después de la Parada Militar, y era más que evidente para todos que a Gabriela no le interesaba compartir con la familia, porque había partido a Nueva York el día anterior—. Yo traté de razonarlo con papá, pero no quiso escucharme. Y, francamente, en ese momento no me interesaba. Pero el sábado tuve que asumir que no podía vivir así. Es mi vida y tengo una sola, no puedo desperdiciarla por el capricho de mi padre. Él tuvo la suerte de casarse con la mujer que ama, no puede negarme a mí que lo intente.

—Entonces te deseo suerte. Espero que encuentres luego una mujer que cumpla las expectativas de tu familia y las tuyas también.

—Lore...

—¿Por eso viniste? —La silla de Lorena hizo un ruido horrible cuando ella la arrastró al levantarse—. ¿No te quedó claro el sábado que no quiero tener nada contigo? Ya tuve suficiente en el pasado.

—Como ya te dije —replicó Antonio también poniéndose de pie—, solo vine a pasar unas horas con una amiga muy querida. Que dé la casualidad de que estoy enamorado de ella es otra cosa.

—Antonio —murmuró Lorena tratando de mantener al margen la ternura que él siempre le había inspirado, independiente de cualquier otro sentimiento.

—Mira, Lore. —Antonio se acercó a ella y tomó una de sus manos—. Al igual que el sábado, solo vine hoy a conversar contigo, pasar unas horas compartiendo y riendo, como en los viejos tiempos. Te he extrañado mucho. Toda tú, todos tus aspectos. Por supuesto que he extrañado tenerte en mis brazos, besarte, hacerte el amor. Te amo, claro que he extrañado la parte física de ese amor. Pero —con su mano libre apretó la punta de la nariz de la muchacha, acarició su mejilla, ordenó un poco su pelo detrás de la oreja y

finalmente tomó el suave lóbulo— también he extrañado conversar contigo, tu humor disparatado, tus ideas y opiniones respecto de cualquier tema. He extrañado tu risa, el brillo de chiquilla traviesa en tus ojos. Y tus orejitas de duende.

—No me hagas esto, por favor —pidió Lorena con la garganta constreñida.

—No voy a seguir disculpándome por el daño que te hice en el pasado.

—No, es mi turno. —Lorena se limpió los ojos y sonrió tensa—. Sé que te había prometido que no iba a hacer ninguna locura sin ti. Lo intenté, en serio que sí. Ellos, Manuel, Nelly, Alex y Patricia, llevaron tantas cosas que era para no creerlo. Yo no toqué nada, ni siquiera la marihuana. No me gustaba en realidad, era... no sé, curiosidad. No te puedo decir que tampoco bebí nada, pero fue solo porque necesitaba algo para adormecerme. Te extrañaba muchísimo, Antonio, creía que no... que no podría lograrlo sin algo de apoyo. Esperar a que llegaras, me refiero. El verdadero error que cometí fue irme con ellos y no ir donde mis primas. No quería estar sola. Tal vez por eso, después del escándalo que armó Patricia con sus vómitos y de la cara de perro apaleado que puso Manuel porque no quería dormir solo en el *living*, me resultó fácil quedarme ahí con ellos. Simplemente acompañándonos. No sé qué es Nelly, y tampoco me interesa, pero Manuel es más gay que Liberace. Así que...

—No es necesario, cielo, yo siempre lo supe. —Antonio soltó la mano de Lorena y comenzó a acariciar sus dos mejillas—. Te lo dije el sábado, que estaba en la casa, que ellos me hablaban y que yo sabía que estaba equivocado, pero no podía parar de decir esas cosas horribles.

—Porque no confiabas en mí, porque tú...

—¿Has pensado alguna vez que en quien no confiaba era en mí? —Al escuchar las palabras de Antonio, Lorena abrió sus ojos hasta que casi no cabían en su cara—. Ponte en mi lugar. Eres hermosa, alegre, muy joven por esos días, muy buena en lo que haces, todo el que te conoce desea estar contigo... No trates de negarlo, incluso Julio usó como excusa el querer tener

a Isabel de modelo solo para conocerte.

—Pero él nunca... Incluso me dijo que no... Que a él no le interesaba...

—Eso es parte de su estrategia. Y si nunca intentó nada es porque tú lo intimidabas. Porque eras demasiado mujer para conquistar.

—Tú no tuviste ese problema.

—Yo tenía solo una oportunidad y me arriesgué. Todo salió bien, hasta que ya no salió tan bien.

—Antonio —un susurro angustioso quedó bailando entre ellos, los ojos llenos de lágrimas y las mandíbulas apretadas acusaban emociones extrañas.

—Intenté hablar contigo, intenté arreglar las cosas, pero tú te cerraste en banda y me echaste de tu vida sin mayores problemas, confirmando mis temores más profundos.

—¡Yo también tenía miedo! ¡Mucho! No sabía en qué estaba metiéndome, tú parecías tan seguro, tan confiado, y yo te necesitaba demasiado... —Lorena calló cuando su voz se quebró; con un gran esfuerzo consiguió seguir hablando —: A veces sentía que no podía vivir sin ti y era todo tan absurdo. ¡Apenas tenía diecinueve años! ¡No se puede amar tanto cuando ni siquiera has empezado a vivir!

—Lore. —Emocionado por las palabras de la muchacha, Antonio se inclinó para besarla, pero antes que llegara a sus labios, ella dio un inseguro paso atrás.

—No —pidió con su voz tan firme como tembloroso estaba su cuerpo—. Ya es muy tarde.

—Yo aún te amo.

—Pero yo no. Antonio, han pasado doce años. ¡Doce! —respiró profundamente buscando un buen argumento. Fue el fastidio de precisión suiza que salió en su ayuda. Mentalmente le hizo una mueca a Adriana, sacó un cálculo rápido y nada preciso y continuó—. Ha pasado veinticuatro veces el tiempo que estuvimos juntos.

—Veinte, cielo. Nos faltaron diez días para cumplir ocho meses, y han

transcurrido ciento cuarenta y seis meses más algunos días, así que eso da...

—Ay, cállate, esas conversaciones me dan dolor de cabeza. —Lorena volvió a respirar profundamente. Ya no quería seguir, ni por todas las hamburguesas con triple queso del mundo, con esa conversación—. Lo importante acá es que hemos estado más tiempo separados que juntos y, como traté de hacerte ver el sábado, cada uno tiene su vida. ¡Qué diablos! Tú estás a punto de casarte y yo estoy confeccionando el vestido para tu novia.

—Ex.

—No es mi problema. Y mientras ella no lo sepa, no hay ningún ex acá.

—Apenas Gabriela vuelva a Chile, voy a hablar con ella —murmuró agotado como nunca en su vida.

—Lo mismo dijiste el sábado pasado.

—No quise ver a Gabriela esa noche. —No agregó que prefirió regodearse en sus recuerdos y dormir con una fotografía de ellos en la mano antes que tener que soportar el tedio de una reunión social—. Y siempre paso las Fiestas Patrias en familia. Ya me perdí suficientes cuando no vivía en el país. Gabriela no quiso acompañarnos y el lunes se fue a Nueva York, así que no la veo desde el día en que viajé.

—Como sea, me da lo mismo. —Lorena encogió los hombros y miró su hamburguesa con hambre—. Al menos yo, prefiero seguir comiendo.

Se desasió de su agarre y caminó hasta la silla donde había estado sentada. Cuando tomó el sándwich, notó que ya estaba frío, así que volvió a ponerse de pie y llevó la comida al horno. Unos minutos después seguían comiendo en silencio. Pero Lorena no aguantó mucho y empezó a hacerle preguntas sobre sus experiencias en el extranjero, y Antonio, más feliz de lo que estaba dispuesto a admitir, le contó algunas historias sueltas de su vida en Pretoria, Ciudad del Cabo, Sidney, Melbourne y sus salidas al desierto australiano.

—Es tan parecido, pero al mismo tiempo no tiene nada que ver con el desierto de Atacama.

—¿Viste algún canguro boxeador?

—¿En serio? Podrías preguntarme cualquier cosa, pero... —Antonio apretó los labios y negó en silencio—. Bueno, eres tú. Por supuesto que lo que más te interesa es algo que podría salir en una caricatura.

—Si crees que te voy a preguntar por la *minerología*, estás frito.

—Mineralogía —corrigió y después sonrió—. La verdad es que eso sí sería raro. Tú viviste en París, ¿qué tal eso?

—Era curioso compartir departamento con Fran y Baran. Malik me lo advirtió. De hecho, él se fue de allí porque le parecía muy raro, pero... — Lorena hizo una mueca burlona—. Ya sabes que necesito ver y tocar para aprender. Así que ahí estaba, haciendo de tercera rueda para mi prima pequeña. Lo irónico de todo es que era Fran la que más reclamaba.

—¿Por tus llegadas a altas horas de la noche? —preguntó Antonio suavemente, a pesar de que sabía al menos parte de la respuesta.

—*Nop*, porque Baran y yo nos quedábamos hasta tarde conversando y ella quería que él se fuera a acostar.

—¿Cómo es él?

—Oh, muy gruñón y malas pulgas, pero en el fondo es un osito de peluche manipulado por el pequeñísimo dedo meñique de su pequeñísima esposa.

—Eso es algo de familia —murmuró Antonio.

—Si pudieras verlo cómo se le cae la baba con Dimi. —Y fue el turno de Lorena de obviar un comentario y volver al tema seguro—. El tipo más exigente y perfeccionista de la Tierra encuentra que su hijo es un genio porque es capaz de abrir sus preciosos ojitos azules y fijarlos en un punto.

—¿Y no pueden hacer eso todos los bebés de un mes? Me acuerdo que mi sobrino lo hacía.

—Pero Dimi es prematuro, así que no debería poder hacerlo. Ah, y pasa desde que tiene tres semanas.

—Habría que preguntarle a un pediatra, aunque...

—Espera. —Lorena lo miró por un rato que a Antonio se le antojó como eterno—. ¿Te conté yo que viví en París?

—El sábado pasado. —Por hacer algo, más que por hambre, Antonio tomó un *nugget* y se lo llevó a la boca.

—¿Y cómo sabes que Dimi tiene un mes? —Lorena se inclinó en la mesa, con los ojos apretados, totalmente pendiente de la respuesta del hombre.

—Bueno, lo calculé. —Antonio sabía que se estaba metiendo en otro lio gordo, pero no se le ocurría otra salida—. Me dijiste que estuvieron en París dos años y que Fran tenía casi veinticinco cuando se casó, así que... —Se encogió de hombros—. No te explico más, porque a ti estas conversaciones te dan dolor de cabeza.

—Claro, claro. —No totalmente convencida, Lorena lo imitó comiendo una empanadita con lentitud—. Hay otra cosa que no me cuadra.

—¿Mmmm?

—¿Cómo supiste dónde vivía? Me imagino que al taller llegaste porque tu novia te lo dijo, pero ¿acá?

—Claro que mi exnovia me lo dijo —respondió Antonio rápidamente, como quien se aferra a un palito de helado para sobrevivir un naufragio.

—Pero Gabriela no sabe dónde vivo.

—Eso no lo sé. —Si le decía la verdad, ¿qué tanto se enojaría? ¿Le creería al menos? Se arriesgaría, peor no podría ponerse. Y si las cosas salían bien, ¿con qué cara la miraría cuando lo descubriera?—. Bueno, si quieres saber la verdad, un detective privado te ha seguido a todas partes por doce años, incluso a París. Mi abuelo lo contrató por solicitud de mamá, pero cuando me enteré, exigí que se reportara directamente conmigo.

—¿Un detective privado? —Y de un plumazo, Lorena misma lo sacó de su problema con la mejor reacción de todas: se rio. Tanto que llegó a dolerle el estómago—. Sabía que tu familia tenía mucho, pero mucho dinero, pero no que les daba para botarlo así. Seguro que fue Julio. Ya me las va a pagar ese traidor.

—¿Me engañaron mis oídos o mencionaste un tequila en el refrigerador? —Antonio estaba tan aliviado que hubiese bebido lo que fuera, incluso vinagre.

—Lo que tienes reblandecido del cerebro lo compensas con saber escuchar —replicó Lorena aún riendo.

Se puso de pie y fue a buscar la botella y dos vasos para preparar tequila golpeado. Sacó dos manteles individuales extra y llevó todo a la mesa. Antonio se encargó de abrir la botella y servir los dos vasos junto con la Ginger Ale, mientras Lorena doblaba los manteles.

—A la cuenta de tres —dijo Lorena cuando ambos tuvieron sus bebidas. La tomó en una mano y lo tapó con la otra—. Uno, dos, tres —contó mientras golpeaba la mesa con el vaso, y se lo llevó a la boca para tragar todo su contenido inmediatamente—. ¡Ay! Se me fue la mitad por la nariz —comentó al limpiarse—. No se vale, no tomé nada. Otro.

Repitieron el proceso al menos diez veces, al tiempo que charlaban de nada en particular y se reían cada vez entendiendo menos de qué. Cuando se acabó la Ginger Ale, Lorena llevó sal y limón y siguieron bebiendo, conversando y riendo hasta que se acabó el tequila.

—Ohhh... Pero ¿cómo? —preguntó ella mirando la botella vacía—. No pudo haberse acabado ya... es decir, si no he tomado más que un par de vasos.

—Cielo, sabes contar hasta diez, pero no mucho más allá.

Antonio miró su reloj para confirmar que ya era muy tarde. Se puso de pie y empezó a ordenar. Un leve mareo le indicó que lo mejor era llamar un taxi. «Mejor», se dijo. Así tendría una excusa para ir el sábado a casa de Lorena.

—Creo que lo mejor es que llame un taxi, así no puedo manejar —le dijo a Lorena cuando ella trataba de tirar la bolsa de los desechos al tarro con muy mala puntería.

—Definitivamente es lo mejor. Yo ni siquiera puedo manejar una bolsa.

—Así lo veo. Vamos, acompáñame a la salida.

Antonio tomó su chaqueta del respaldo de la silla, donde la había dejado al llegar, y siguió a Lorena por el pasillo hasta la puerta, con la mirada fija en el trasero que se movía bajo la enorme camisa. Había comido demasiado, bebido más de la cuenta y en ese momento, para remate, la sangre le hervía en las

venas y el pantalón comenzaba a quedarle estrecho. No exactamente en la cintura.

—Bueno, Antonio, gracias por la visita. Y por la comida. —Lorena se detuvo junto a la puerta, con una mano sobre el picaporte—. Ha sido... interesante.

—Gracias a ti por no tirarme por la terraza con comida y todo. —Antonio se inclinó levemente y depositó un tierno beso en la frente de la muchacha—. Tal vez podríamos almorzar mañana. De todas maneras, voy a tener que venir a buscar mi auto.

—Oh, Antonio, ¡Qué voy a hacer contigo! —Usando el apoyo de la puerta, Lorena se puso en punta de pie y besó la mejilla del hombre.

—Conmigo puedes hacer lo que se te antoje. —Entonces Antonio volvió a inclinarse, pero esa vez sus labios se posaron en la sien femenina, demorándose unos segundos más de la cuenta.

—De acuerdo. Dame toda tu fortuna —pidió Lorena, cambiando la puerta por el pecho de Antonio para apoyarse.

—Por supuesto. Pero antes, tienes que firmar un contrato. Ya sabes cuál. — Por tercera vez, Antonio bajó hasta besar a Lorena, primero en una mejilla y luego en la otra—. Todo lo mío es tuyo. Todo yo soy tuyo.

—¿Todo, todo? —Si mirar su trasero bamboleante había encendido a Antonio, entonces su sonrisa pícaro e intencionada lo sumergió en el infierno más profundo.

—Hasta la última onza. —En esa ocasión, los labios de Antonio fueron a dar justo en el medio de la boca de Lorena.

—Antonio —musitó la muchacha, mezclando sus alientos justo antes de tirar de la nuca del hombre para besarlo con un hambre que jamás sería satisfecha.

—Lore... —gruñó Antonio muchos minutos después—. Lore, no... — Aunque él intentaba alejarla, lo único que conseguía era pegarla más a su cuerpo. Las manos corrían veloces, marcando curvas, asiendo los doloridos pechos de endurecidos pezones.

—Antonio —gimió Lorena cuando los labios masculinos regaban de besos su cuello—. Antonio, ven. Ven conmigo —pidió, alejándose finalmente, tratando de tomar su mano para guiarlo hasta el dormitorio.

—Lore, no... No así. —Pero la muchacha no lo escuchaba y, como él no cooperaba, volvió a colgarse de su cuello y a besarlo ávidamente, enterrando su lengua, silenciando sus protestas—. Lorena, estás borracha —puntualizó, separándola un poco bruscamente, por tirar sus hombros con las manos.

—Sí, no lo niego. Pero eso no implica que no sepa lo que quiero.

—Yo también lo deseo. Te deseo, Lorena. Te necesito. Pero no quiero que mañana me recrimines el haberme aprovechado de las circunstancias. Así que ahora, yo y mi amiga Manuela —Antonio levantó su mano derecha con un gesto irónico—, vamos a ir a mi departamento a tratar de convencernos de que este es el camino correcto. Y a recordarte toda la noche.

—Si piensas que esto va a cambiar algo, no es así —afirmó Lorena alejándose un par de pasos—. Tómalo como tu despedida de soltero. Comiste chatarra, estás ebrio y dentro de dos segundos va a haber una mujer desnuda. —Acompañando sus palabras, los dedos viajaron rápidamente por los botones hasta abrir el último y dejar a la vista una pequeña tanga fucsia, el vientre blanco y plano, el ombligo perfectamente redondo que casi hizo babear a Antonio y el valle entre los pechos, que fue su perdición—. Mujer que se va a dirigir a su dormitorio y va a tener un par de orgasmos. Puedes proporcionárselos tú, o puede ser *mi* amiga Manuela.

—Lorena.

—¿Dime? —preguntó Lorena con las manos tirando las solapas de su camisa de franela.

—Déjate los calcetines.

CAPÍTULO DOCE

—*You can leave your socks on* —canturreó Lorena al ritmo del clásico de Joe Cocker—. *Tarará, rará rarará rará rarará* —agregó separando y cubriendo sus pechos con las solapas de la camisa, moviendo los hombros en una danza sensual.

—Oh, sí, mi cielo, puedes dejarte los calcetines puestos. —Antonio besó su cuello y rodeó su cintura con las manos—. Pero yo voy a sacar todo lo demás —concluyó antes de estamparla contra la pared y seguir con el recorrido de sus labios sobre sus pechos, entre ellos y bajando hasta el ombligo, donde se entretuvo mientras sus manos tomaban la pequeña tanga y la tironeaban hasta casi deshacerla por el apuro en eliminar la barrera poco apetecida.

—*And you can leave me suck it* —murmuró Lorena, en un fútil intento de seguir cantando y jugar con las palabras, mientras Antonio besaba la piel recién descubierta.

—De hecho, te lo agradecería. —Por supuesto, no iba a agregar que había pasado años sin recibir sexo oral, ya no digamos bueno. Y si se ponía sentimental, podía concluir que era algo más de doce años—. Pero no ahora. Ahora, lo que necesito de veras es enterrarme en ti.

—Oh...

Lorena suspiró cuando Antonio comenzó el recorrido a la inversa, tomándose todo el tiempo del mundo para besar y acariciar sus pechos. No sin cierta desesperación, se aferró a un pezón, lo excitó hasta lo imposible, combinando lametones, chupeteos y suaves mordiscos. Ella adoraba eso, ese

toque tierno y doloroso que solo Antonio tenía. Su lengua, su boca y sus dientes. Sobre todo los dientes, enterrándose suavemente en la oscura carne, provocando sus sentidos, humedeciendo y llenando de necesidad el oscuro rincón de sus secretos femeninos.

Lorena estaba lista. Llevaba lista desde el domingo pasado, cuando sus noches comenzaron a llenarse de sueños y deseos, cuando cada cosa le recordaba al hombre que empujaba la tela que cubría sus hombros para recorrer la clavícula con sus dientes.

—Antonio... Antonio, ¡ya! —exigió Lorena con premura, levantando la polera con el dibujo de una pala y una picota cruzada, para acariciar los músculos abdominales y reseguir con un dedo la línea de vellos que se perdía dentro del pantalón.

Pero Antonio no pretendía apurarse. Quería disfrutar de cada minuto, quería saborear su triunfo, por mucho que Lorena le quitara importancia. Después de todo, era la segunda vez en menos de una semana que harían el amor y tenían mucho que poner al día.

Se concentró en besar sus labios. Lentamente al comienzo, con ansiedad y hasta un poco de brusquedad cuando Lorena, frustrada por no poder abrir el pantalón, se conformó con acariciar y apretar la dura silueta de su erección sobre la tela.

Bajó sus manos hasta el trasero y la levantó. Inmediatamente, Lorena lo rodeó con las piernas y lo ayudó a pegarse más a su cuerpo.

—Oh, sí —gimió cuando Antonio recorrió el camino entre sus nalgas hasta llegar a la entrada de su vagina y penetrarla con un dedo.

—Lorena... —el gruñido grave reverberó por toda la columna de Lorena, acercándola cada vez más al precipicio.

—¡Antonio! —exclamó ella, moviendo sus caderas compulsivamente, obligándolo a llegar más dentro de ella.

—Lore, la cama... ¿dónde?

—Ahí, en esa puerta. —Lorena no apuntaba a nada en particular, solo

señalaba un punto frente a ella.

Como había una sola puerta, Antonio acomodó a la chica en sus brazos, se sacó los zapatos con la punta del pie contrario, y cruzó el pasillo hasta llegar allí. Alcanzó a abrir, pero Lorena lo interrumpió antes de entrar.

—No, no... allá...

Antonio siguió avanzando hasta que volvió junto a la barra de la cocina. Aprovechó el apoyo para acomodar nuevamente a Lorena y mirar alrededor. Al frente tenía solo dos ventanales, uno más grande que el otro y atrás un mueble que le impedía ver toda la habitación. Caminó hasta el sofá, pero solo encontró una pared y otro ventanal.

—¿Dónde?

—En el pasillo...

—Pero... a la mierda, esa alfombra se ve cómoda.

—Pero...

Ninguna otra palabra fue dicha. Estaban demasiado ocupados consiguiendo desnudarse. Antonio se sacó la chaqueta y la tiró sobre una cómoda poltrona. Lorena tironeó de su polera hasta quitársela y la dejó en la mesa que tenía a unos pocos metros. Antonio aprovechó que ella estaba sentada y le sacó la camisa para dejarla solo con los calcetines puestos.

Antes de recostarse, se desabrochó el pantalón y lo bajó por sus caderas. Lorena pasó una de sus piernas al otro lado del cuerpo de Antonio y acarició su espalda enfebrecida, besando sus hombros, mordisqueando las tetillas.

—Ya. Ya, Antonio. ¡Ya! —exigió impulsando el pantalón más allá, hasta desnudar su trasero y pasear las uñas por las nalgas.

—Arggggg... Lore... —gruñó cuando ella tomó su erección y la recorrió desde la base a la punta.

—Voy a...

—¡No! —el grito de Antonio fue acompañado por sus manos forzando a la muchacha para impedir que siguiera descendiendo por su cuerpo. Si llegaba a poner su boca un segundo en él, todo acabaría inmediatamente.

—¡Oh! No me digas que ya no tienes resistencia, Antonio. —Los ojos de Lorena brillaban con burla cuando ella se relamió los labios—. Tan viejo no estás —concluyó, provocándolo.

—Ya vas a ver quién está viejo.

Sin mayor ceremonia la empujó hasta que quedó acostada sobre la alfombra. Si Antonio creyó que un poco de fuerza bruta la calmaría, estaba tristemente equivocado. Lorena se acomodó justo bajo él, con sus piernas abiertas, dobladas para impulsar sus caderas casi hasta rozarlo.

—Vamos, vamos —lo urgió volviendo a recorrer sus nalgas con las uñas, con un poco más de fuerza en esa ocasión.

La única respuesta de Antonio fue tomarla por el trasero y ubicarse en el punto justo. Aún arrodillado, la penetró con un golpe certero que lo impulsó hasta el fondo.

—¡Ahhh! —gritó él.

—Mmmm —gimoteó ella.

No hubo calma, nada de suavidad. Solo un brusco vaivén de caderas elevándolos hasta el infinito. Antonio tenía los dedos enterrados en la cintura femenina, apretándola, impidiendo cualquier retirada mientras él con fuerza y desesperación entraba una y otra vez en su cuerpo.

Lorena no necesitaba que la apretaran para no huir. Huir era lo último en su mente. Se sentía viva, realmente viva. Y no solo porque le encantara un poco de brusquedad a la hora del sexo. Era ese maldito hombre que no podía sacar de su maldita cabeza. Pero sentirlo así, tan adentro de su cuerpo le daba un alivio indescriptible. Quería más, mucho más. Y estaba dispuesta a conseguirlo.

Y como estaba dispuesta a conseguirlo, se acercó incluso más, levantó sus pies hasta apoyarlos en la espalda de Antonio y empujarlo, rogándole que fuera más rápido, más fuerte, hasta borrar todo el mundo y ser libre de las cadenas impuestas tanto tiempo atrás.

—¡Antonio! Antonio, por favor —gimoteó a punto de romperse.

Él entendió inmediatamente lo que Lorena le pedía. Ciertamente, había cosas que nunca cambiaban y esa era una. Llevó sus manos hasta la espalda de la mujer y reunió toda la fuerza que le quedaba para impulsarla hasta que consiguió erguirla y que ella se aferrara a sus hombros.

La apretó con sus brazos y ella se pegó a él, envolviéndolo con todo su cuerpo, necesitando el contacto, la presión sobre su piel. Apoyó la cabeza sobre la de él, dejando su boca junto a la oreja de Antonio bañándolo de temblorosos gemidos y agudos chillidos, en la medida que él continuaba penetrándola y la apretaba más y más.

Finalmente un grito gutural le advirtió que ella había conseguido lo que buscaba con tanta desesperación y sin demora se derramó dentro de ella, gritando su propio alivio.

—Sí que tengo una cama —murmuró Lorena mucho rato después.

—Me alegro, porque dijiste un par de orgasmos y yo solo conté uno.

Estaban acostados sobre la alfombra, abrazados. La cabeza de Lorena reposaba en el pecho de Antonio, su mano sobre los abdominales. Él rodeaba la espalda de la mujer con un brazo y cada pocos minutos depositaba suaves besos en su frente. En algún momento, Antonio había perdido toda su ropa; Lorena aún continuaba con los calcetines puestos.

—Uno, sí, pero increíble —repuso Lorena sonriendo contra la cálida piel masculina.

—Gracias. Lo mismo digo.

Volvieron a guardar silencio por unos pocos minutos, las respiraciones acompasadas, cada vez más lenta. La exquisita modorra postcoital se adueñaba de ambos. Lorena sentía los ojos tan pesados como el resto de su cuerpo.

—Vamos a la cama —propuso Antonio, removiéndola ligeramente—, estás

quedándote dormida y yo también. Y aún no estoy en condiciones de manejar.

—Yo... no sé...

—Lore, cielo, por favor. Dame esta oportunidad.

—Gabriela...

—Déjala fuera de esto. Ella está tan fuera, que bien podría ser Júpiter.

—Sigue siendo tu futura esposa. —Lorena se sentó y cruzó los brazos hasta tomar el hombro contrario con la mano, de tal manera que cubría sus pechos.

—Cuando llegue... —empezó a decir mientras también se sentaba, pero Lorena no lo dejó terminar.

—Tú le diste tu palabra de que te casarías con ella.

—Es un palabra que no pienso cumplir. No —reafirmó su respuesta negando con la cabeza—. Bajo ningún aspecto.

—La palabra de un hombre es lo único que tiene en el mundo y, si falta a ella, no vale nada —recitó Lorena mirándolo fijamente—. ¿No son esas tus palabras textuales?

—Solo esta noche. —Levantó una mano y la tomó por la nuca, acariciando el cuello con el dedo pulgar—. Dame solo esta noche. Mañana será otra cosa. Mañana decidirás si me das el día. Y cuando el sol caiga, veremos si me regalas otra noche.

—Antonio...

—Por favor. —Se acercó y besó dulcemente sus labios—. Lore, por favor, solo esta noche.

Lorena se puso de pie y Antonio la imitó. Se quedaron en silencio unos minutos, sin hacer absolutamente nada. De pronto, Lorena sonrió recordando que una de las primeras cosas que le gustaron de Antonio fueron sus modales sencillos y correctos, la manera tan gentil que tenía de tratarla.

—Vamos.

—Ah... —Antonio realmente se relajó, era una gran victoria—. Perfecto. Solo quiero saber, dónde diablos está la famosa cama.

—En el dormitorio, ¿o es que tú tienes tu cama en el balcón?

—Bien, me gané eso. ¿Dónde está el dormitorio?

—En el pasillo, donde yo te señalé. ¿Qué te enseñaron en *Careografía*?

—¿Cartografía? —Lorena encogió los hombros—. Bueno, no a buscar puertas de dormitorios cuando tengo una calentura de los mil demonios.

—Oh, y yo que pensé que los geólogos sabían todo sobre encontrar cosas preciosas.

—Estabas a mi lado, ¿no? Específicamente en mis brazos.

—Claro. Vamos.

Sin ningún pudor, Lorena se giró y caminó un par de pasos volviendo al pasillo. Antonio, que no había visto antes su espalda desnuda, se quedó estático en su lugar. Si hubiera sido del tipo nervioso, probablemente estaría hiperventilando en esos momentos.

—Lorena, ¿qué es eso? —preguntó señalando el tatuaje que la muchacha tenía en su omóplato derecho.

—Espalda, trasero, piernas. No sé qué estás señalando, porque lo que no tengo son ojos en la nuca.

—El tatuaje... son... Lorena, son crisantemos.

—Ni idea. —Lorena encogió los hombros y se volvió para mirarlo—. En París conocí un tipo que tenía unos tatuajes espectaculares que le cubrían toda la espalda, y yo quise hacerme uno. Pero no quería algo grande y tosco, sino pequeño y delicado. Fui a un negocio y busqué en su catálogo hasta que encontré este. Me gustó y me lo hice.

Antonio se acercó y tocó con la punta de los dedos el hermoso dibujo. Desde la columna, entrelazados entre sí, dos delicados tallos verdes que terminaban en sendos crisantemos. Uno blanco, pálido, casi cristalino, el otro de un intenso color violeta. Ambos dibujados con tanto detalle que parecían mecerse al viento cuando Lorena se movía.

—Crisantemos... Lore, no puedes no acordarte.

—¿Acordarme? —Lorena volvió a girarse y siguió caminando—. Me dijeron que para los chinos significaban perfección y pureza. Dos cosas que no

soy, así que me pareció simpático.

—Pero... Está bien, no tiene importancia.

—Qué bueno, porque estoy a punto de quedarme dormida de pie. —Lorena había llegado junto a una puerta que Antonio ni siquiera había notado antes—. Este es mi dormitorio. La puerta de al lado es el baño de visitas, y al frente, mi taller original. Aún tengo algunas cosas ahí, especialmente mi mesa de dibujo vieja.

—No puedo creer que haya pasado tres veces por acá y no haya notado que habían tres puertas. —Claro que, bien pensado, la primera vez estaba tan aliviado de que Lorena no lo hubiera echado de una patada que era imposible notarlo. Y la segunda, menos, ya que iba con los ojos pegados en el trasero femenino. Y la tercera llevaba las manos en el mismo trasero así que, nada. Imposible—. No me merezco ninguno de mis títulos en ciencias de la tierra si ni siquiera puedo notar un trozo de madera perfectamente liso y rectangular. ¿Cómo...?

—Antonio, si te vas a quedar a pasar la noche, cállate de una vez.

Y en esos momentos, Antonio no se explicaba cómo había avanzado en el interior del dormitorio y estaba de pie junto a una enorme cama con el respaldo de hierro forjado más espectacular que había visto y un cobertor de lana color crudo tejido a mano.

—Es... relajante —dijo Antonio, girándose para ver el dormitorio decorado con colores grises, turquesa y blanco.

—Es el efecto que quería crear. Al final del día, después de haber trabajado con cientos de colores y texturas, y de haber aguantado a todo tipo de mujeres, necesito algo que me calme.

—Te entiendo. Lo último que quiero ver cuando llego de alguna faena es tierra, así que no tengo ni una planta en mi departamento.

—Exacto. ¿Sigues durmiendo en el lado izquierdo de la cama?

—Ajá. ¿Aún duermes en el derecho?

—*Sip.*

Cada uno se dirigió al lado seleccionado y se metió bajo las mantas, pero no duraron en su lugar ni un minuto. Casi en forma instintiva se juntaron en el medio de la cama. Lorena quedó de espaldas y Antonio acomodó las mantas, cubriéndolos a ambos, antes de abrazarla por la cintura y pegarla a él.

—Hasta mañana —murmuró Lorena, ya adormilada.

—Buenas noches, cielo, que descanses —respondió Antonio antes de besar el tatuaje de Lorena que quedaba expuesto.

Lorena despertó un poco desorientada. Se suponía que tenía que hacer algo, pero no estaba segura de qué. Volvió a cerrar los ojos y respiró profundo. Una variedad de aromas llenaron sus fosas nasales. Café. ¿Cómo podía oler a café si ella estaba en la cama y no preparándolo?

Al parecer, había dejado una ventana abierta, porque la primavera entraba tímida con su fresco aroma. Después identificó una sutil esencia muy familiar pero muy lejana. Masculina y apetecida. Y finalmente, el aroma más penetrante de todos. El crudo y rugoso olor a sexo.

Entonces Lorena recordó lo que debía hacer. «Dame solo esta noche», había pedido Antonio. Y vaya que se la había dado.

Habían yacido abrazados, pegados. Durmieron un par de horas, Lorena no supo cuántas, pero despertó poco después que su cuerpo. Antonio besaba sus pechos y la acariciaba íntimamente. Después, la penetró, pero fue tierno y lento, susurrando palabras de amor contra la piel de su cuello, y su orgasmo fue más una brillante luz que una furiosa explosión.

Antes de volver a dormirse, Antonio la había abrazado, acomodando su cabeza sobre el pecho, y ella se entregó al descanso con los dedos enredados en su vello, sobre el corazón.

Ella misma había despertado cuando una escasa claridad se colaba por las cortinas. Había puesto su pierna entre medio de las de Antonio y con el muslo

rozaba el miembro, sacándolo inconscientemente de su reposo. Tanta piel y músculos al alcance de su mano, tanto calor bañando su cuerpo, fue una tentación que no pudo resistir. Con la punta de sus dedos recorrió las líneas que delimitaban los músculos pectorales y abdominales. Después siguió más y más abajo y, cuando escuchó la respiración entrecortada de Antonio, lo miró por unos segundos antes de ponerse a horcajadas sobre él y dejarse caer suavemente sobre su erección.

Así que ahí tenía la explicación a todos los aromas que sentía. Antonio, Antonio, Antonio y Antonio. Era su perfume, las actividades nocturnas compartidas, su maldita manía de levantarse temprano y abrir ventanas. Lo bueno era que ya tenía puesta la cafetera, porque ese era un día en que necesitaría mucho, mucho, muchísimo café.

Se levantó y se metió al baño. Le daba lo mismo ducharse con agua helada, no estaba preparada para enfrentarlo, aún no sabía si le daría el día.

Pero claro, Antonio debía llevar al menos una hora levantado y, con su curiosidad natural, seguro que ya había recorrido el departamento *careografiándolo*, aprendiendo todo de él, desde dónde estaban las toallas, cómo prender el calefón, cómo usar la cafetera y qué tanto ruido pasaba a través de las paredes, porque fue evidente para Lorena que se había duchado en su baño. Mientras ella seguía durmiendo.

Lo bueno era que el calefón seguía prendido. Lo malo, Antonio sabría inmediatamente que ella se había levantado.

Pero disfrutó enormemente con el agua caliente, relajando los músculos, no tanto el ligero escozor en sus partes íntimas, pero no se arrepentiría de nada.

Cuando pasaba la esponja por sus hombros y lo que alcanzaba de la espalda, pensó en el comentario de Antonio la noche anterior cuando lo vio. «Crisantemos... Lore, no puedes no acordarte», había dicho con justa razón. ¿Cómo podría olvidar su último regalo? Así que había mentido como bellaca. O, al menos, había ocultado la parte más importante.

Sí, se había tatuado en París. Sí, había visto a alguien con un tatuaje, pero no

en la espalda, sino que en el hombro. Malik tenía escrita una palabra en wólof, el idioma hablado en Senegal, de donde era originario. Eran apenas unas pocas letras escritas con tinta negra en un estilo sencillo, nada pretencioso. Según él, significaba «recuerda» y se lo había tatuado para nunca olvidar lo mal que estuvo durante un tiempo y lo difícil que le resultó salir adelante.

Entonces Lorena, a quien compartir constantemente con dos personas tan enamoradas como Francisca y Baran la había afectado en un nivel muy profundo, pensó que necesitaba un recordatorio permanente de todo el dolor y sufrimiento que había pasado con Antonio, y la promesa que se hiciera de nunca más dar tanto de sí misma.

Y como no se había podido sacar de la memoria la imagen del hermoso ramo de flores, pensó que eso sería lo adecuado. Se dedicó a dibujar casi todas las tardes, buscando en internet ideas e imágenes, hasta que un día, sorprendió a Baran mirándola cuando coloreaba una flor, y ella le contó lo que pretendía hacer, aunque sin entrar en detalles. Entonces él le había preguntado si sabía lo que significaban los crisantemos. Lorena lo miró curiosa, ya que conocía algo del lenguaje de las flores, específicamente, el ramo que siempre le regalaba a Francisca, pero no tenía idea de mucho más. Cuando se lo comentó, Baran le regaló una sonrisa y una pequeña caricia en lo alto de su cabeza.

«—La verdad es, Lorena, que tiene muchos significados —había respondido Baran sentándose a su lado y tomando el cuadernillo de dibujo—. El nombre proviene del griego y significa «flor de oro». La familia real japonesa lo adoptó como su símbolo. La cultura china asocia los crisantemos a la sabiduría, y para los taoístas son simplicidad o pureza y perfección. En el lenguaje de las flores, los crisantemos dicen «ningún amor es como el nuestro», aunque cada color tiene su propio significado.

—¿Qué significan los crisantemos morados o violetas? —quiso saber Lorena.

—“No soporto la idea de perder tu amor”.»

Lorena se quedó pensando por mucho rato lo que Baran le había contado,

preguntándose si Antonio conocería el significado de esas flores. Es decir, él era un hombre muy culto, ¡si hasta conocía los nombres en latín de muchas plantas y flores! Pero eso era el lado científico. Y lo del lenguaje de flores sonaba más a algo que un artista sabría, no un geólogo.

«—¿Tú crees —le había preguntado a Baran unos días después, cuando se encontraban cenando con Malik y Pietro— que los hombres en general sepan lo que significan las flores?

—No —respondieron casi a coro los tres hombres presentes.

—Bajo ningún aspecto —agregó Francisca—, al menos no los heterosexuales. A mí, Sebastián me explicó lo que significaban las flores del ramo de Baran. Yo ni siquiera me acordaba de cómo se llamaban todas.

—Y lo mismo corre para los raritos, como yo —había corroborado Pietro—. De hecho, el último reto de Mama Rosa me lo gané por regalarle hortensias a John.

—Eres un idiota —dijo Baran.

—¡Pero es que eran de un azul muy bonito! —se defendió Pietro—. El mismo color que tenía el cielo la primera vez que nosotros... no creo que quieran saber esto.

—No —respondió inmediatamente Malik.

—¿Qué significan las hortensias? —preguntó Francisca mirando a su esposo.

—Indiferencia. Implica que el que las regala prácticamente jugó con la otra persona. —A medida que Baran hablaba, Francisca fruncía más y más el ceño hasta terminar mirando a Pietro con cara de odiarlo—. Dicen que había un marino francés que fue raptado al llegar a América y que, tras rescatarlo, los otros miembros de la tripulación se habían dado cuenta de que era una mujer y que se había disfrazado de hombre para viajar en el barco, así que el rey nombró a una de las flores nuevas que llevaban de sus viajes por ella, Hortensia, alabando su valor y femineidad.

—Por favor, Baran, no sigas —había pedido Pietro retirando su plato—. Me doy cuenta de que... En fin. —Suspiró—. Para la próxima llegaré con rosas

rojas. Uno no se puede equivocar con rosas rojas, ¿o sí?

—Bueno, si alguien le regala rosas rojas a Fran, se va a encontrar en un buen apuro —replicó Baran tomando la mano de su esposa para besar sus dedos uno a uno.

—¿Qué significan las rosas rojas? —preguntó Lorena.

—Amor y pasión —había dicho Baran sin apartar los ojos de Francisca.

—Al menos Juan acertó con las flores que le lleva a Adriana —comentó Lorena pensativa—. Me pregunto si sabrá lo que significan.

Para saciar la curiosidad, Lorena había llamado al taller y habló rápidamente con el mecánico. El silencio fue toda la respuesta que necesitó, pero un minuto después llegó la confirmación.

—¿Qué es eso de que si sé qué significan las rosas rojas? —había preguntado Juan, sin poder creer que Lorena estuviera gastando un dineral en llamadas intercontinentales para averiguar algo tan absurdo—. Son bonitas, por eso las elegí.

Después de esa llamada, Lorena concluyó que era casi imposible que Antonio supiera lo que significaban los crisantemos y que, probablemente, las hubiera elegido tan solo porque le habían gustado. O tal vez porque había sido lo único que encontró. Después de todo, se las había comprado un sábado por la tarde. Pero ella no había podido ignorar lo que sabía. Y tampoco podía dejar de averiguar más cosas, especialmente el significado de los otros colores. El resultado fue que, al diseño que más le gustaba, un solitario crisantemo violeta que subía por su espalda, le había agregado uno blanco, que simbolizaba el dolor por el término de la relación, y entrelazó los tallos.

Había ido con el diseño donde un tatuador y quedó para siempre impreso en su piel. Para Lorena significaba lo incomparable del amor que tuvieron y lo mucho que sufrió. Y principalmente le recordaba que nunca debía volver a amar así.

Sus largas cavilaciones le sirvieron para lavar su cabello y enjabonar su cuerpo. Cuando ya no quería seguir pensando, cerró la llave y salió de la

ducha.

Después de secarse, se puso un fresco vestido y sandalias planas. Seguía sin estar preparada para enfrentarlo, así que sacó las sábanas de la cama y las dejó en el canasto de la ropa sucia. Abrió completamente la ventana que Antonio había dejado entreabierta y descorrió las cortinas.

Aún cuestionándose qué le iba a decir cuando lo viera, se dirigió a la cocina.

—Buenos días, mi cielo —saludó Antonio apenas la vio—. Va a hacer calor hoy. ¿Tienes que ir a trabajar?

—Buenos días —respondió Lorena a la espalda desnuda que lavaba la loza—. Ya hace calor y no son ni las diez. Y sí, tengo que ir al taller, tengo que...

Literalmente, Lorena se golpeó la cabeza por estúpida. En su cuidadosa planificación del trabajo había dejado lo más complejo para el final, para hacerlo tranquilamente.

—¿Tienes que qué? —preguntó Antonio, dejando lo que hacía para acercarse a ella.

—Estamos haciendo unos bordados a mano, así que hoy no vamos a atender público, pero trabajaremos unas tres o cuatro horas. —Lo que no dijo fue que el bordado era para el vestido de novia de Gabriela—. Se supone que nos vamos a juntar a las once con Tammy, mi costurera.

—Tal vez ella te estaba llamando, escuché un teléfono y no era el mío.

—¿Dónde? No tengo ni idea dónde dejé mi cartera anoche.

—Me pareció que cerca del sillón.

Lorena fue al lugar señalado y la vio inmediatamente. Un poco molesta con su desorden, se agachó y la tomó de debajo de la mesa esquinera, directamente del suelo.

—Por supuesto —masculló molesta.

—No me digas. Estaba en la caja grande, como decía tu tío Cristian —dijo Antonio con los ojos en blanco, ligeramente exasperado—. Parece mentira que seas toda una profesional, de treinta y un años, independiente y exitosa, dueña

de tu propio negocio, y sigas siendo tan desordenada.

—La escasa cuota de organización que me tocó se va toda en el taller. — Sacó el teléfono de la cartera y lo miró, pero no reconoció el número—. Y si no te gusta, bien podrías venir tú y ordenar mi casa.

—Cuando quieras, cielo. Cuando quieras. ¿Vas a desayunar?

—Sí, por favor, necesito una buena dosis de cafeína directa a la vena — replicó Lorena ignorando la primera parte de su comentario. Estaba a punto de devolver el llamado cuando su teléfono volvió a sonar—. Aló —dijo al aparato.

—*Hola, ricura* —la saludó una voz con un fuertísimo acento caribeño—. *¿Cómo está la cosita más sexi y exquisita de la Tierra?*

—Buenos días —dijo ella formalmente. Era el colombiano. Con todo lo que había pasado, ya ni se acordaba de él.

—*Ah... no estás sola, mi amor. Con razón no me contestabas anoche, con las ganas que tenía de echarte un polvazo.*

—Sí, he tenido mucho trabajo.

El colombiano siguió hablando, pero Lorena no se enteraba de nada. Antonio había sacado un par de huevos del refrigerador y se los señalaba, preguntándole si quería que se los preparara.

—¿Dos? —susurró Antonio.

—Dos —confirmó Lorena solo moviendo los labios y levantando dos dedos.

—¿Tostadas? ¿Dos? —preguntó Antonio de la misma manera. Lorena lo pensó y levantó tres dedos—. ¿Café?

—Por favor —suplicó llevándose la mano al corazón.

Antonio se acercó con una taza y Lorena lo probó. Exquisito. Incluso mejor que el que preparaba ella. Con el dulzor exacto y la precisa cantidad de leche. Se podría acostumbrar a ser atendida de esa manera.

—Gracias —musitó, y Antonio sonrió, revelando los hoyuelos de sus mejillas. Solo entonces Lorena se dio cuenta de que Antonio se había afeitado. Se pasó la mano imitando el movimiento de una maquinilla de afeitar,

preguntándose si usaría la que tenía ella en el lavabo para emergencias.

—El rosa me sienta bien —confirmó besando su mejilla—. ¿Quién es?

Lorena solo movió la cabeza sin decir nada. ¿Cómo podía ser que el colombiano siguiera hablándole al oído, seduciéndola a través del teléfono, intentando convencerla de que se juntara con él esa noche para el polvazo y ella no se enterara de nada?

Antonio se alejaba de ella, vestido solo con el pantalón y unas pantuflas rosadas que eran de su propiedad y a él le quedaban un poco pequeñas. Llegó hasta la cocina, tomó los huevos y una sartén y comenzó a prepararlos mientras tarareaba una canción que a ella le resultaba conocida, aunque no podía identificarla. Después, puso el pan en el tostador eléctrico, se sirvió otro café y volvió a los huevos.

Concentrada en los anchos hombros, Lorena tuvo la respuesta a todas sus interrogantes. Por supuesto que no le interesaba lo que dijera o propusiera el colombiano, por eso no se enteraba de nada.

Y respecto de lo que tenía que hacer...

Salió a la terraza un segundo, solo para hablar tranquila, fuerte y claro.

—Por favor, no me vuelvas a llamar —dijo al teléfono, interrumpiendo sin contemplaciones a su interlocutor.

—*Yo no soy celoso.* —Lorena casi podía sentir la sonrisa del colombiano a través del teléfono—. *Siempre que me des lo que quiero, no me molesta que estés con otro.*

Pero pasaba que Lorena, por mucho que le gustara divertirse, en realidad no era capaz de estar con dos hombres a la vez. Solo había espacio para un hombre en su vida y, por lo pronto, ese hombre era Antonio.

Qué pasaría cuando él se casara, lo descubriría en el momento justo. Nunca antes.

—Mejor busca a otra, no creo que te resulte difícil.

Terminó la llamada e indagó entre sus contactos hasta dar con el que necesitaba con desesperación.

—Buenos días, Tammy —saludó cuando le contestaron—. No voy a ir al taller. Haz lo que puedas y nos vemos el lunes.

Después, volvió al interior del departamento justo cuando Antonio anunciaba que estaba servido su desayuno. Fue a sentarse a la barra y devoró los huevos, las tostadas y dos tazas más de café que llegaron a su mano antes que ella tuviera la oportunidad de pedir las.

—¿Te parece que veamos una película? —preguntó mientras Antonio retiraba su plato.

—Me encantaría.

En esa ocasión, la sonrisa de Antonio fue tan grande que se marcaron los hoyuelos de las dos mejillas y unas cuantas arruguitas muy pequeñas en sus ojos.

El brillo de los iris verdes oscuro, como un bosque antiguo y mágico, podría iluminar la noche más oscura.

CAPÍTULO TRECE

Desde el viernes en la noche hasta la madrugada del lunes, Antonio y ella no pasaron más que dos horas separados.

Después de dormir en el sofá, intentando ver algo de televisión, Antonio fue a su departamento. Necesitaba el cargador de su celular y su computador. Había recibido una llamada y debía contestar un correo electrónico. Aprovechó de llevar algo de ropa y el almuerzo.

Durante la tarde, Lorena se puso a dibujar mientras Antonio trabajaba un rato, pero después, él simplemente la tomó por las caderas, la puso sobre su hombro y la llevó a la cama. Ella gritó cuando él, sin ninguna delicadeza, la soltó sobre el colchón antes de tomarla por los tobillos y tirarla hasta que estuvo justo en la orilla. Entonces, simplemente, levantó la falda y metió su cabeza bajo la tela.

Unos minutos después, Lorena gemía y se retorció por su ataque sin piedad.

Para la cena, Antonio quiso cocinar algo sencillo, «sencillo es todo lo que hay en mi repertorio», había dicho, pero la verdad era que no había mucho con lo que trabajar. Así que tomó el teléfono y llamó para pedir comida china.

El segundo intento de ver una película fue mucho mejor que el primero. Se sentaron juntos, abrazados, en el sofá y vieron una comedia. Después, comenzó un drama bélico que él llevaba tiempo queriendo ver. Lorena encogió los hombros a modo de aceptación, se acomodó más cerca y en menos de media hora se desplomó sobre él con un leve ronquido que lo hizo sonreír. La tomó en brazos y la llevó hasta la cama. La desnudó, se sacó su propia ropa y se

metió bajo las mantas, abrazando a la muchacha, suspirando satisfecho.

Cuando Lorena se levantó el domingo, el departamento estaba curiosamente silencioso, así que salió a ver qué pasaba. Sobre la barra encontró una nota que anunciaba que Antonio había ido al supermercado.

Puso a funcionar la cafetera, ordenó un poco y fue al baño. Sin tanta introspección, la ducha duró apenas dos minutos. Cuando salió, Antonio ya había vuelto y pelaba unos tomates.

—Buenos días, mi cielo —la saludó apenas la vio—. Traje quesillo y tomates para preparar sándwiches, espero que te guste.

—Me encanta, especialmente con albahaca —concordó la muchacha—, pero no es época.

—No aún. Así que condimentaremos con sal, aceite de oliva y orégano.

—Sin aceite para mí...

—Tienes razón, no te gusta el aceite crudo.

Trabajaron en armonía, desde preparar el desayuno, comerlo, lavar la loza y ordenar la cocina. Después Antonio revisó su correo electrónico mientras Lorena conversaba un rato con Francisca y bromeaba con Baran. Finalmente, él la invitó a dar un paseo.

—Podemos ir fuera de Santiago, si quieres —propuso al ver la reticencia de la diseñadora, comprendiendo que ella no quería exponerse a que la descubrieran.

—Prefiero quedarme en el departamento.

A regañadientes, Antonio aceptó. Viendo a Lorena dormir esa madrugada, había entendido que, pasara lo que pasara, habría revuelo y probablemente escándalo. Más de una persona sufriría, la cuestión era quién y cuál sería el grado del daño. Él haría todo lo posible para minimizarlo, absorberlo incluso, pero era inevitable.

Pensó y analizó todo durante muchas horas, especialmente considerando los posibles escenarios que podría enfrentar como consecuencia de sus acciones. Cuando se levantó tenía un leve dolor de cabeza. Había llegado solo a una

conclusión: Si ese fin de semana era todo lo que tenía, que así fuera. Lo aprovecharía al máximo.

Por su parte, Lorena se sentía tranquila y muy descansada. No había dormido tan profundamente en años, no se había sentido tan bien, tan centrada, en mucho tiempo. Podía ser un poco alocada, pero tonta no era, así que sabía que era la presencia de Antonio.

Disfrutaba de su compañía, de su conversación inteligente y dispar. Ya podía hablar seriamente de algo tan tonto como la forma de un tomate o comentar jocosamente el catastrófico estado de salud de su abuelo, contando la cantidad de bromas que él y sus hermanas hacían a expensas del hombre y las respuestas que él mismo les daba, lo que provocaba que Cecilia y Dany, madre y tía de Antonio, exigieran escandalizadas que detuvieran el absurdo inmediatamente.

Como siempre, tenía la capacidad de encender su cuerpo como una hoguera al mínimo toque y llevarla hasta lugares insospechados, donde solo él existía. Solo sus besos y caricias.

No le daría un nombre a sus sentimientos, no se consideraba tan inteligente como para conseguirlo. Tampoco tenía claro su futuro, simplemente disfrutaría de esos días, y después ya vería.

Principalmente, jamás se arrepentiría de su decisión.

Cerca de las nueve de la noche, le avisaron a Antonio que debía ir a solucionar un problema en Iquique y Lorena pensó que el fin de semana se había terminado. Pero él tomó su mano y la llevó directo a la cama.

—Hay que levantarse temprano —dijo Antonio.

—Por supuesto, pero no necesitas excusas —replicó Lorena riendo.

Esa noche casi no durmieron. Se amaron lentamente, abandonados a sus besos que sabían a eternidad, caricias largas y ardientes que recorrían los cuerpos apropiándose de todo. Al final, Antonio se aferró a Lorena, sus manos en la espalda, en las caderas, elevándola hasta él, con la cabeza metida en el cuello y los labios pegados a su piel. Su desesperación era contagiosa, y

Lorena hizo lo mismo. Lo rodeó con sus piernas, las uñas enterradas en la espalda. La inmediatez del clímax los sorprendió a ambos y continuaron en ese abrazo íntimo y feroz.

«Será», pensaba Lorena, «que teme que sea la última vez». Cerró los ojos, bien apretados, y se metió aún más bajo el brazo que la rodeaba con fuerza. «¿Teme o sabe?», concluyó, procurando olvidar la humedad que se formaba en sus ojos.

Se quedaron en silencio por mucho rato, disfrutando de la mutua compañía, acompasando sus respiraciones. De vez en cuando alguno decía algo en voz muy baja y un intrépido susurro rompía la quietud de la noche. A veces, el otro respondía de la misma manera. O simplemente se besaban y se prodigaban caricias, dormitando aquí y allá, negándose ambos a dejarse arrastrar por la necesidad de descanso.

Podían dormir y descansar cualquier noche, pero esa... Esa era de ellos.

La alarma que Antonio había programado los sorprendió a ambos. ¿Cómo era posible que fueran ya las cinco de la mañana? ¿Cómo era posible que su noche se hubiera terminado?

Con un caminar pausado, Antonio fue a la cocina y prendió el calefón. Sin ninguna prisa se metió a la ducha. Salió del baño y se vistió prenda por prenda, demorando hasta en subir sus calcetines.

Cuando terminó de reunir todas sus cosas, volvió a la cama. Lorena lo miró en todo momento, absorbiendo hasta su último gesto. Especialmente su mano acariciando el pelo desordenado de la muchacha con la misma calma, como si no tuviera que estar en el aeropuerto dentro de una hora y aún le faltara ir a su departamento a preparar una maleta.

—No —dijo Antonio cuando ella le hizo el comentario—, tengo una maleta en el todoterreno. Siempre hay una preparada en el departamento, mi mamá y Ernestina se encargan de ello y, cuando vuelvo de un viaje, saco la que trae la ropa usada y guardo la que tiene ropa limpia, y ellas vuelven a prepararla. Así que de aquí me voy directo al aeropuerto.

—Ah, qué bien —respondió Lorena con una sonrisa tensa.

—Lore, tú... Cielo, ¿me irías a dejar al aeropuerto? ¿En tu auto y yo dejo acá el mío?

—Mejor que no. —Lorena evadió su mirada cuando él tan insistentemente la buscaba.

—Lorena, yo te amo. Lo sabes. Tienes que saberlo. —Después de varios minutos, Lorena aún no lo miraba y no decía nada—. Lore, dime algo.

—Algo. —La sonrisa triste le dijo a Antonio más de lo que quería saber.

—Hoy llega Gabriela y yo le había pedido que nos juntáramos para hablar. Este viaje es de lo peor. Yo quería arreglarlo todo hoy mismo. No aguanto más esta situación.

—Antonio, eso no tiene nada que ver conmigo.

—Sí y no. Tiene todo que ver contigo porque tú eres el amor de mi vida y yo quiero gastar hasta mi último aliento en ti. No tiene nada que ver porque me doy cuenta del absurdo que estaba viviendo con Gabriela. Incluso si tú no... si... Lore, yo voy a terminar mi compromiso con Gabriela sea cual sea tu decisión.

—Es tu prerrogativa —replicó Lorena, alejándose física y mentalmente de él—. Tú me pediste la noche del viernes, me pediste que fuera pensándolo momento a momento, y ahora...

—Ahora mi tiempo se acabó —concluyó Antonio con fatalidad—. Voy a volver a ti, amor mío. —Resuelto, tomó a Lorena por la nuca para obligarla a mirarlo—. Voy a volver como un hombre libre. Y cuando eso pase, vamos a hablar de nuestro futuro.

Entonces Antonio se inclinó para besarla, pero Lorena evadió sus labios, que fueron a dar a la frente de la muchacha. Algo dijo entre dientes al alejarse, pero ella no entendió y tampoco quería hacerlo.

Después que escuchó la puerta del departamento cerrarse, miró la hora. Faltaba algo menos de veinte minutos para las seis de la mañana. Normalmente, ella se levantaba a las siete y media, pero no podía aguantar un

minuto más ahí.

El agua helada en la ducha la sorprendió. Ni siquiera había pensado que Antonio hubiera apagado el calefón. Rápidamente, se lavó y se vistió. Tomó el desayuno y se fue al taller.

Aún no había aclarado, pero ella se lanzó al trabajo del día como si fuera su salvavidas.

El peso de lo ocurrido durante el fin de semana golpeó a Lorena ese día, a media tarde.

Si le sorprendió el avance de Tamara en el bordado del día sábado, no había sido nada comparado con lo que ella consiguió hacer durante esa mañana. A puertas cerradas y con su costurera negándola al teléfono, trabajó sin descanso hasta la hora de almuerzo.

Como era su costumbre, salió a buscar algo de comer, pero volvió después de caminar unas pocas cuadras. No tenía hambre, solo quería un café.

Entregó un vestido y siguió trabajando hasta que Tamara anunció la temida llegada de Gabriela. Había cerrado su mente a los recuerdos todo el día, y en esos momentos hizo un esfuerzo consciente para relegarlos aún más.

Como siempre, hubo algo artificial en el alegre saludo de la rubia.

—Hola, Gabriela, espero que hayas pasado unas bonitas fiestas —respondió Lorena sin mirarla. Tratando de abstraerse de la horrible situación. Ella sabía que no había estado en el país, que ni siquiera se había dignado a ir a la casa de su prometido en una fecha tan marcada para la familia de él. Y lo peor, ella sabía qué había hecho su prometido durante todo el fin de semana recién pasado.

—Sí, bueno, algo. El domingo en la noche me llamó una amiga para pedirme ayuda urgente. —Gabriela aceptó la taza de café que le pasó Tamara y se sentó con delicadeza frente a la mesa donde Lorena trabajaba—. Su hermano, que

está en los Médicos sin Frontera, había tenido un accidente, y... bueno, a ellos no les falta el dinero, pero no tienen lo de mi familia, así que... —Gabriela suspiró—. Solo son ellos dos, la pobre no tenía a quien más recurrir. Había que conseguir vuelo y atención médica en India.

—¿Y no lo podías hacer desde acá? —preguntó Lorena, pensando que Adriana e Isabel habrían conseguido una conferencia con algún Premio Nobel de Medicina desde las oficinas del taller.

—No —respondió Gabriela ocultándose detrás de su taza—. Allá era mejor, los servicios de aviones ambulancias no son tan fáciles de conseguir en Chile. Menos para tan larga distancia.

—Bien. ¿Vemos tu vestido? Es un poco engorroso de poner y abrochar, así que tal vez sería mejor que lo hiciéramos acá y no que entres al probador sola.

—¿Puedo dejarme la enagua puesta? —pidió Gabriela, algo que siempre hacía.

—Lo siento, pero ni siquiera puedes dejarte el sostén puesto. Yo te hablé de eso cuando elegiste el modelo, ¿recuerdas?

—Sí, es que... —Gabriela respiró profundamente, con un leve sonrojo en sus mejillas—. Bueno, ni siquiera Nachi me ve totalmente desnuda. Yo... a mí me gusta que deje la luz apagada.

—De acuerdo, hagamos lo siguiente. Sácate la ropa y trata de ponerte el vestido, si no puedes, me llamas, yo voy a estar afuera. De todas maneras, tengo que entrar para abrochartelo.

Gabriela aceptó y escuchó atenta las instrucciones. Después, Lorena salió y cruzó la mirada con Tamara. Ninguna estaba acostumbrada a no ser admitida en la sala de confecciones.

La diseñadora se sentó en una silla de la sala de recepción, con deseos de golpear a alguien. ¿Que Antonio no la veía totalmente desnuda? ¿Qué mierda era eso, cuando ellos, desde el comienzo, habían sido tan abiertos y naturales respecto de sus cuerpos? Y Lorena ni siquiera pensaba en ese fin de semana, sino que cuando eran jóvenes. Cuando ambos se paseaban desnudos frente al

otro y tenía una intimidad a prueba de fuego. Cuando no había ni un rincón de su cuerpo que Antonio no conociera y recorriera con sus manos y boca.

De pronto, un pensamiento oscuro, tenebroso, se adueñó de Lorena. ¿Sería Antonio el primer hombre de Gabriela?

—No puede ser —susurró restregándose la cara.

—¿Dijo algo, jefa? —preguntó Tamara, pero el llamado urgente de Gabriela le impidió contestar.

Abrió apenas la puerta y entró rápidamente a la sala de confección, sorprendida al ver a Gabriela aún desnuda y tapándose los pechos con las manos.

—No puedo —indicó lacrimosa—. El vestido tiene tantas capas que me enredé y casi me caí.

—No te preocupes, para eso estoy aquí.

Lorena trataba de hablar en forma natural para no presionarla aún más. También intentaba no mirarla tanto para respetar su pudor, como por ella misma, pero era imposible.

No pudo dejar de notar la piel de apariencia suave, sin ningún problema como celulitis o estrías. Ella tampoco tenía marcas, pero su piel no era tan impoluta. Los pechos, más grandes que los suyos, aunque no enormes, sino que redondos y firmes. Perfectos. El trasero era pequeño y, aunque se notaba ejercitado, no era ninguna maravilla. «Punto para mí», pensó Lorena.

Lo que de verdad la incomodó fueron las piernas kilométricas. Gabriela era al menos diez centímetros más alta que Lorena y toda la diferencia estaba en las piernas. Y ella sabía que a Antonio le encantaba cuando lo rodeaba con las suyas, cortísimas y regordetas como eran, ni pensar en lo fascinado que estaría con ese par largo, fino y confeccionado en seda.

Mientras cerraba el vestido se rio de sí misma. «¿Piernas cortísimas y regordetas?», se gruñó. Era más baja que Gabriela y no tan delgada, pero no era una pigmea obesa.

Por fin terminó con todos los broches y vericuetos del vestido y guió a

Gabriela hasta el espejo triple de cuerpo completo. Lorena suspiró frustrada. Era su mejor creación y la novia lucía radiante, maravillosa.

Y ella acababa de pasar todo el fin de semana con el novio.

Después se dio cuenta de que no era la única cuyo estado de ánimo había sufrido un fuerte revés al ver el reflejo de Gabriela. Los ojos verdes clarísimos estaban rojos y anegados.

—¿Qué pasa? ¿Algún problema? —preguntó mientras le ofrecía un pañuelo de papel.

—No —respondió automáticamente Gabriela—. Es decir, no con el vestido, es maravilloso. Es que estoy un poco preocupada por e... el hermano de mi amiga. Si... si le pasa algo, Fabiola se va a quedar sola en el mundo. Tengo mis emociones algo descontroladas por la situación.

—De acuerdo. —Lorena miró atenta a la otra mujer, no le convencía mucho su respuesta, pero como no era nadie para rebatirlo, lo dejó pasar, se acercó y comenzó a revisar los pequeños problemas de ajuste—. Te queda suelto —murmuró preocupada.

Tomó la libreta de sus apuntes y los revisó cuidadosamente, pero no había ningún error. Volvió a mirar a Gabriela y por primera vez notó la palidez y las ojeras bajo su perfecto maquillaje. Se acercó un poco más y vio la clavícula que destacaba mucho más que antes, lo que la hacía ver demasiado delgada, casi enfermiza.

—Bajaste de peso —concluyó acusadora—. Gabriela, hablamos de esta situación. Te dije que la mayoría de las novias entraban en una etapa de estrés horrible cuando se acercaba el matrimonio y que debías tener cuidado con tus alimentos, para no sufrir cambios de peso tan bruscos.

—Lo sé. —En esa ocasión, la misma Gabriela se acercó a la caja de pañuelos y tomó uno—. Lo siento —agregó después de limpiarse la nariz—. Es... es que, además, extraño mucho a Nachi. No lo he visto desde ese día que nos encontramos en el *mall*, ¿recuerdas? —Lorena asintió en silencio—. Él se fue a San Francisco y, cuando volvió, no quiso verme porque estaba muy

cansado. Yo sabía que tenía que ir a su departamento, pero estaba extraño. Incluso hablaba tan mal de tía Altamira. —La mención de la esposa del tío de Antonio, la mamá de sus primas, puso en alerta a Lorena—. Yo pensé... por un momento pensé... —Gabriela sacó otro pañuelo de la caja y se limpió los ojos—. Pensé que él quería terminar conmigo. —Hizo una pequeña pausa solo para sollozar levemente—. Yo lo quiero tanto...

—Gabriela —murmuró Lorena con un nudo en la garganta.

—Y después la llamada de Fabiola, no sabes lo mucho que me alteró enterarme del accidente. Partí inmediatamente a Nueva York y no pude ir a casa de mis suegros a ver la Parada Militar. Ellos tienen una tradición... A mí no me gusta nada, pero no puedo perdmela. Don Luis, el abuelo de Nachi, ya me odia lo suficiente.

—Eso no... —Lorena no pudo terminar de decir nada porque Gabriela parloteaba, como ya se le había hecho costumbre. Más que diseñadora, a veces pensaba que era el confesor de Gabriela. O su psicólogo.

—Y no es que su hermana Paula me quiera mucho. Nachi estaba tan enojado cuando lo llamé para decirle que me iba a Nueva York, ni siquiera me dejó explicarle lo de e... el hermano de mi amiga. Pensó que me iba de compras.

—Gab...

—Y hoy, llegué tan ilusionada porque me había pedido que nos encontráramos, que no dejáramos pasar de esta noche y, cuando lo llamé, me entero de que él tuvo que viajar al norte. Además, no es por criticarlo, pero me ha dejado sola con todas las preparaciones. «Todo lo que quieras», dijo, y yo pensé que era un gesto tan lindo porque él quería darme el gusto, quería darme la boda de mis sueños. Pero lo que hizo fue desentenderse totalmente. No sé si ha preparado algo de su ropa, es lo único que tiene que hacer. Hasta la luna de miel la reservé yo. Figúrate que ni el departamento lo ha tomado en cuenta. Yo he tenido que elegir hasta los paños de plato. Él, lo único que ha hecho es firmar los cheques y los documentos. Yo no he tenido corazón para pedirle que se comprometa más, sé que está bajo mucha presión en el trabajo,

pero yo... Mi papá me dice que una buena esposa le saca de en medio todos los problemas a su marido y para ayudarme hizo un depósito súper grande en mi cuenta corriente, para los gastos. Que después sacaríamos las cuentas, pero que en realidad es su responsabilidad, como padre de la novia, pagar todo. Y Nachi me pidió que no gastara nada de mi familia, que él solventaría cada uno de los gastos, así que a todo, hay que sumarle que entre papá y Nachi me dejaron en el medio de una disputa de machos cabríos.

—Gabriela, mira, yo misma no tengo experiencia personal en esto, pero mis amigas... bueno, cada una ha... —¿Cómo podía explicarlo para que lo entendiera y sin sonar como que la estaba criticando?—. Baran quería meterse en todas las decisiones, y eso volvía loca a Francisca. Claro que nosotras, especialmente Isabel, habíamos preparado casi todo, ellos solo tenían que apuntar. Y Adriana con Juan... Oh, Juan es un santo. Le dijo a Adriana, que es un poco controladora, que le dijera el día y la hora, y él estaría ahí con la ropa que yo le confeccionara, y fue el mejor regalo que pudo hacerle. Svetlana, la hermana de Baran, siempre dice que cada pareja encuentra su manera. Lo importante es que sepan comunicarse. Eso según Malik, que es su novio, así que algo ha de saber. ¿Has pensado que tal vez lo único que quiere Nachi es que llegue el día y nada más le interese?

—Me preocupa que nada le interese y punto.

—¿Te habría propuesto matrimonio si no quisiera casarse contigo? —Lorena no entendía por qué le decía esas cosas si sabía de buena fuente que no era así. O, al menos, eso era lo que ella creía, lo que Antonio le había hecho creer, porque una cosa era lo que un tipo le decía a su amante, y otra lo que de verdad pensaba y hacía. ¿Se defendía ella misma al tratar de convencer a Gabriela que estaba todo bien en su relación?

—Bueno, tal vez tengas razón. Lorena, ¿qué podemos hacer con el vestido? ¿Se puede arreglar?

—Hay que desarmarlo entero, no puedo entrarlo o hacerle pinzas, o pierde totalmente su estructura.

—Pásame la factura por los gastos extra, yo te la pago inmediatamente.

—Gabriela, no todo se soluciona con dinero. Es el tiempo el problema. ¿Cuánto falta para la boda?

—Seis semanas.

—Esta era la última prueba, yo debía entregártelo la próxima semana. Así, son al menos dos semanas más. Y si después vuelves a subir o bajar de peso, me va a resultar imposible arreglarlo.

—No importa, tiene que ser perfecto, incluso si está listo el último día. Yo me comprometo a no volver a bajar de peso. Tampoco quiero subir, me siento muy bien más delgada.

—De acuerdo, déjame verlo bien y marcarlo —concluyó Lorena molesta por el trabajo extra. Lo único que quería era terminar ese condenado vestido y no aceptar más encargos de Gabriela, para olvidarse de su existencia y la de todos a su alrededor, especialmente de Antonio.

Estuvo cien por ciento concentrada durante media hora, después se despidió de Gabriela y empezó a ordenar mientras miles de pensamientos vagaban por su cabeza. Se sentía como lo peor del mundo. Totalmente asqueada de ella misma. ¿Cómo había llegado a esa tesitura? ¿Cómo se había puesto en la posición de «La otra»? Una cosa eran las bromas de toda la vida de sus amigas, pero esto era real.

Antonio nunca la engañó. Ella sabía que él era un hombre comprometido. Ella conocía a su novia. Él podía decir que terminaría su compromiso, pero no lo había hecho. Y cuando consiguiera hablar con Gabriela y si llevaba a cabo sus planes, ¿Cómo se sentiría ella, Lorena, con el dolor que le estaba provocando a una mujer inocente y enamorada?

«Yo lo quiero tanto», había dicho Gabriela, y lo sintió como un puñal en su pecho.

—Maldito seas —murmuró al aire, al mundo, a todos y a ninguno a la vez.

Cuando iba camino a su casa tomó la firme determinación de no volver a hablar jamás con Antonio. Si él le escribía, si la llamaba, incluso si iba a su

casa o al taller, ella no le contestaría. No lo amaba, ya no. Lo había amado con desesperación, pero eso era el pasado.

Era como una espina clavada en su corazón, lo que pudo ser y no fue. Probablemente a eso se había debido la aberración del fin de semana.

Más bien, era como un dolor en el trasero.

Pero lo olvidaría, no volvería a verlo nunca más y de alguna manera conseguiría arrancarlo de su alma.

Para siempre, esta vez.

Durante esa semana fue construyendo su armadura. Debía ser firme, debía olvidarlo. Se había hecho la promesa a ella misma. Por su bien y el de todos los involucrados, ella debía restarse, salirse de ese triángulo antes que terminara todo mal.

Antonio le escribió un correo electrónico para contarle que había llegado bien y que la extrañaba. Ella lo leyó y lo borró sin contestarle.

La llamó al departamento, pero ella colgó y después desconectó el aparato. Si llamaba al celular podía identificarlo y no contestar. Así lo hizo todas las diez veces que Antonio insistió el miércoles.

En el taller, por suerte, tenía a Tamara, a quien instruyó de no pasarle llamadas excepto de su familia o de Adriana y Pamela. Todo lo referente al taller debía manejarlo de acuerdo a la agenda y los tiempos disponibles. El jueves, Antonio llamó insistentemente, pero la costurera solo le decía que la señorita Lorena no se encontraba o que estaba ocupada con algún cliente.

No era la primera vez que un hombre la llamaba al taller y su ayudante, una joven alegre y bonita, compartía totalmente la filosofía de Lorena respecto a la entretención masculina y no tenía ningún problema en rechazar a sus pretendientes.

El viernes en la mañana, Lorena encontró un segundo correo electrónico de

Antonio. Empezaba con «Mi cielo» y fue todo lo que leyó antes de eliminarlo.

Agotada, vegetaba frente al televisor, viendo el programa farandulero de siempre, cuando sonó el timbre. Nuevamente tuvo que reprenderse por la pésima costumbre de abrir sin mirar quién era.

—No, por favor —dijo Antonio cuando ella hizo amago de cerrar la puerta—. Estoy podrido, por favor, no hagas que me vaya. No he dormido más de dos horas diarias, he trabajado hasta la extenuación, la incompetencia de algunas personas debería estar penada con cárcel. He comido poco y mal y no me he duchado desde el miércoles en la noche, ya que no había agua en el campamento. Ahora empezó a llover como si fuera el segundo diluvio universal. ¡Y estamos en primavera! Por favor, Lorena, no me cierres la puerta. Si no es por alguna otra cosa, al menos por ser la mujer amable y generosa que sé que eres.

Lorena lo miró tratando de cerrarse al dolor que escuchaba en su voz, pero lo opaco de sus ojos pudo con ella y no consiguió otra reacción más que dar un paso al costado y dejarlo entrar. Antonio parecía Atlas, con el peso del mundo sobre sus hombros, a punto de derrumbarse.

—Ve al baño, yo prendo el calefón. ¿Tienes algo limpio que ponerte?

—Ni un mísero calzoncillo —respondió Antonio con un suspiro de alivio.

—Déjame acá la maleta, para poner la lavadora, por mientras ponte una bata negra que hay en el segundo baño. Es de Claudio, se le quedó acá la última vez que pasó el fin de semana conmigo —por qué le explicaba eso, no lo entendía, pero ya estaba dicho—, no creo que le moleste que la uses.

—Gracias, Lorena. Eres un ángel. —Antonio entró en el baño de visitas y empezó a juntar la puerta, pero después se arrepintió y volvió a asomarse—. Gabriela se fue anoche al sur con unas amigas. Dijo que a un spa, pero me parece demasiada coincidencia. Yo le dije que volvía hoy, que era imprescindible que habláramos este fin de semana sí o sí.

—Antonio...

—Ya sé que no es tu problema, pero no quiero que pienses que intento

engañarte o algo. Iba a ir a mi departamento, pero me desvié y no me di ni cuenta. No puedo más, Lorena. Estoy físicamente acabado y mentalmente... Necesito que Gabriela me escuche, necesito terminar con ella, ya. Y lo único que hace es darme largas.

—Ella lo sabe.

—¿Cómo?!

—Es decir, piensa que tú quieres terminar con ella. Me lo dijo el lunes, cuando fue a probarse el vestido. Estuvo llorando.

—Ahora entiendo que tú... Lorena, yo no quiero que ella sufra...

—Yo tampoco, pero Antonio...

—Yo no quiero que ella sufra —Antonio no le dio la oportunidad de decir nada más, temiendo que agregara algo que no le gustara—, pero no voy a sacrificar nuestra felicidad por la de ella. Me voy a la ducha.

Lorena se quedó pegada en su sitio unos instantes hasta que Antonio le preguntó con un grito si estaba listo el calefón, entonces ella salió corriendo a prenderlo.

Después fue al refrigerador y sacó el pollo y la ensalada que había quedado de su cena. Calentó el pollo junto con algo de pan, mientras preparaba fideos, y llevó todo a la mesa bajo la atenta mirada de Antonio vestido con la bata negra de su hermano pequeño.

Mientras el hombre comía, ella puso la lavadora. Realmente la ropa estaba indecente, pero no le importó, la dejaría en remojo por un rato y listo. Dio gracias por la previsión de su madre de comprarle una secadora, ya que en la terraza no podía colgar cuando llovía y no tenía otro lugar donde dejar la ropa para que se secase.

—¿Café? —preguntó Lorena cuando escuchó el ruido de los platos al ser apartados.

—Por favor. ¿Tienes más pan? Está muy bueno con un poco de mantequilla.

—Claro, déjame calentarlo.

—No puedo creer que veas esta basura —dijo Antonio cuando notó el

programa que transmitía la televisión.

—No lo veo por las copuchas, sino por la sección de moda y los mejor y peor vestidos. Eso puede ser basura para ti, pero es mi trabajo.

—Piti y Poti están atentas de cada palabra de los animadores y las repiten como si fuera la Biblia. Incluso sueñan que un día las entrevistan a ellas.

—Así que automáticamente consideras el programa basura, sin siquiera verlo un segundo.

—¿No lo harías tú?

—No, yo también sueño que un día me entrevisten. El presentador diría algo así como: «Con nosotros está Lorena Irribarren, creadora de I de Irresistible, genio y figura de la moda en nuestro país, reconocida internacionalmente por bla, bla, bla...». Lo típico.

—¿Sabes, Lorena? Ellos son muy poca cosa si aún no reconocen tu inmenso talento.

—Gracias. ¿Nos burlamos de los idiotas que no saben vestirse?

—Bueno. Podríamos jugar a inventarle diálogos. Deja el televisor en silencio, yo hablo por ellos y tú por ellas.

—De acuerdo. Aquí vamos.

Por un rato ambos dijeron las cosas más absurdas que se les venían a la mente, fingiendo ser los presentadores e invitados del programa. Lorena reía tanto por la última intervención de Antonio que casi se pierde el inicio de la sección de modas. Lo hizo callar y se concentró en el programa, feliz por ser mencionada nuevamente, en esta ocasión, por varios vestidos de su taller, utilizados durante un evento en el marco de las Fiestas Patrias y por la confección del vestuario completo de un ballet que Baran había creado y estrenado la noche anterior.

—Nuestro próximo espectáculo contará con la presencia de Francisca, quien de momento se encuentra con permiso maternal —decía el director con su fuerte acento, orgulloso porque la periodista insistía en que la ausencia de la *prima ballerina* opacaba el maravilloso acto—, pero a falta de mi esposa, las

bellas confecciones de mi prima Lorena Iribarren fueron la guinda de la torta.

—¿No es guapo e inteligente mi primo? —preguntó Lorena a Antonio, pero como él no le contestaba, se giró para mirarlo y vio que dormía profundamente.

Se puso de pie y apagó el televisor. Cerró las cortinas para impedir el paso de la luz de la calle y fue a buscar una manta. Con mucha suavidad, obligó a Antonio a recostarse mejor en el sofá y lo cubrió.

—Lore —murmuró el hombre aún medio dormido.

—Shhh. Duerme —pidió Lorena, acariciando su pelo aún húmedo por la ducha.

—Te extrañé, amor —dijo Antonio, entrelazando los dedos de ambos—, cinco malditos días en el infierno sin ti.

Entonces la dura coraza que Lorena había formado en torno a su corazón se volvió de merengue derretido gracias a la ternura del beso que él dejó sobre su palma. Y toda su resolución, todos sus «nunca más» y todos los discursos ensayados para que la frialdad del adiós fuera la máxima y Antonio no quisiera saber nada más de ella se fueron al carajo.

—Yo también te extrañé —respondió Lorena casi sin voz, pero Antonio dormía nuevamente.

Lorena se alejó del sofá y fue a la cocina al notar que la lavadora ya iba a parar. Cambió la ropa a la secadora, la programó y se fue a la cama, donde dio vueltas hasta que el cansancio la venció por fin.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Qué? —se quejó Lorena al sentir algo muy frío entre sus piernas.

—Shhh... soy yo. Estoy helado y no encuentro nada más con que taparme — dijo Antonio con voz ronca, mientras metía una pierna entre las de Lorena.

Después, la abrazó por la cintura y se pegó a su espalda. Antes de volver a dormirse, besó el hombro de la muchacha, justo por encima del tatuaje de los crisantemos.

Por varios minutos, Lorena pensó que no volvería a dormir, pero luego el calor que generaban entre ambos la ayudó a relajar los músculos. Se acurrucó más dentro del abrazo y se durmió profundamente.

Volvió a despertar porque sentía que alguien la observaba. Abrió los ojos para encontrarse de frente a Antonio, quien apoyaba un codo sobre el colchón y la cabeza sobre la mano, de tal manera que la miraba desde arriba.

—Te escuché anoche —murmuró esbozando el contorno del rostro femenino con los dedos de la mano libre.

—¿Cuándo? —preguntó Lorena temerosa de la respuesta.

—Cuando me dijiste que tú también me extrañaste.

—Yo no dije nada de eso.

—Sí lo dijiste. Yo estaba medio dormido, pero jamás podría pasar por alto algo así. Yo te dije que te había extrañado, que habían sido cinco días en el infierno sin ti. Y tú dijiste: «yo también te extrañé». Me diste el mejor sueño de mi vida.

—En el que ya estabas y escuchabas cosas que nadie decía —replicó

Lorena, defendiendo una causa perdida.

—Claro que he soñado que me dices eso y mucho más. Que me amas, que no puedes vivir sin mí. Que cometiste un error cuando no me permitiste disculparme por ser un burro. Ah, y especialmente que por favor te haga el amor porque no puedes aguantar más sin tenerme dentro.

—Bueno, algo de eso sí hay.

La voz grave y pausada de Antonio hablando de hacer el amor consiguió que Lorena se encendiera en un segundo. Y lo mejor, que encontrara una salida digna al error estratégico de la noche anterior. Así que mandó a todo el mundo a freír espárragos y se dispuso a disfrutar una vez más de la pasión más arrolladora.

—La verdad es que sí te extrañé un poco. —La sonrisa radiante de Antonio la ilusionó un poco más—. A pesar de que eres un asco de persona, eres bastante bueno en la cama. Ninguno de mis otros amantes me satisface tanto como tú.

—Mientes como una bellaca, Lore. —El comentario de la muchacha no hizo nada por disminuir la sonrisa del hombre, quien movió la cabeza negativamente y siguió hablándole con su voz más grave aún—. Pero si tu cuerpo es todo lo que me ofreces, lo tomo. Literalmente.

—A menos, claro, que sea yo quien tome tu cuerpo.

—Entonces yo me entrego. Claudico ante una fuerza superior. —Antonio se recostó sobre las almohadas, aún más sonriente.

—Lo bueno es que lo reconoces.

—Por supuesto. Recuerda que tenemos pendiente la experiencia de los calcetines.

Lorena se impulsó para quedar ella sobre él, pensando a qué se referiría, hasta que se acordó del cambio en la letra de la canción de Joe Cocker y sonrió. Tiró del cinturón de la bata que Antonio aún llevaba y la abrió totalmente para revelar su cuerpo musculoso y excitado.

Tomó las solapas negras y las empujó por los hombros. Con la ayuda de

Antonio, consiguió eliminar la bata, pero antes de descartarla, agarró el cinturón y lo sacó. Lo tensó entre sus manos, fijando sus ojos en los de él. Una sonrisa traviesa alertó al hombre de una nueva ocurrencia de la muchacha.

—Deberías dejarme que te amarrara —propuso Lorena tomando uno de sus brazos para estirarlo, acercándolo al cabecero.

—No —respondió Antonio, empujando su brazo en dirección contraria.

—¿Por qué? —Lorena lucía molesta y apenada, como un pequeño al que le quitan su juguete favorito—. No te voy a hacer nada malo. Solo quiero tenerte a mi entera disposición.

—Estoy a tu entera disposición.

—Pero...

—No quiero que me amarres, pero no por miedo a que puedas hacerme algo que no quiera. Te lo he dicho una y mil veces, contigo lo quiero todo. — Antonio aprovechó el desconcierto de Lorena para sacar la camiseta que ella usaba, por su cabeza, y dejar sus pechos expuestos a la mirada ardiente y a las manos curiosas que los recorrían insistentemente—, pero nunca sé si es la última vez que tengo contigo, si es la última vez que podré tocarte, y no quiero perder ninguna posibilidad de grabar el tacto de tu piel en mi memoria.

—Antonio, yo...

—Un día a la vez, mi cielo. Un día a la vez.

Con sus dedos pulgar e índice, Lorena presionó sus ojos brevemente. Respiró profundo y se puso nuevamente en control de sus emociones. Tal como decía Antonio, viviría un día a la vez, un momento y después el siguiente.

Y en ese instante, mientras su corazón moría apenas un poco dentro de su pecho, sus manos ardían por tocarlo, por sentir su piel cálida, tan masculina. Toda ella anhelaba su tacto, su aroma y sabor.

Se movió un poco para quedar arrodillada entre sus piernas y se inclinó hasta llegar a sus labios. Se besaron largamente, con sus lenguas jugando, persiguiéndose, rozándose. Antonio trató de pegarla a su cuerpo, pero Lorena tenía otras ideas. Su sonrisa traviesa volvió después de romper el beso y, con

una ceja arqueada interrogó, al hombre.

—Adelante —susurró Antonio, relajándose sobre las almohadas—, todo tuyo.

La muchacha acarició su mejilla sin afeitarse y bajó por la garganta. Presionó el pulgar sobre la manzana de Adán y él tragó. Lorena se inclinó hasta llegar a la oreja y ahí paseó su lengua, capturando el lóbulo entre los dientes y tirándolo un poco.

—Ten piedad —gruñó Antonio, levantó sus manos para acariciar la delicada piel de la espalda femenina, bajó hasta las caderas y subió nuevamente hasta los pechos para acariciarlos con movimientos urgentes y desesperados.

—Oh, eso pretendo —dijo Lorena—, pero voy a ser una chica muy mala primero.

Con la punta de sus dedos recorrió el pecho, maravillándose por la mezcla de texturas. El calor de la piel, suave y firme. Los vellos gruesos, más oscuros que su cabellera. Lo besó justo sobre el corazón, recorriendo con la lengua el borde del músculo pectoral, luego el centro hasta llegar a una tetilla. Lorena suspiró de gusto por la reacción de Antonio cuando ella mordisqueó la piel oscura y endurecida.

Recordando lo mucho que a ella le gustaba cuando él iba de un pecho al otro, recorrió el camino con sus labios y lengua hasta llegar a la otra tetilla y aplicarle el mismo tratamiento. Antonio volvió a gemir y saltar sobre el colchón, y ella sonrió.

Siguió el viaje por las costillas, dibujando cada una, del borde al centro, con la punta de sus uñas. Un estremecimiento inundó el cuerpo masculino, que se acrecentó cuando ella siguió con el abdomen marcado hasta llegar al ombligo. Allí se inclinó y jugueteó con la lengua antes de bajar besando la fina línea de vellos que llevaba hasta la dura prominencia de su pene.

Lorena no se tenía por cruel, solo traviesa, como el mismo Antonio decía. Así que en vez de ir directamente a tomarlo y llevarlo a su boca, comenzó con tenues caricias en la piel, alrededor.

—Vamos, amor, vamos —gruñó Antonio con una mano en la cabeza de Lorena, los dedos enredados en su pelo.

—Tranquilo, si ya voy.

—Eres mala, cielo.

—Oh, no, soy buena. Muy buena. —Lorena levantó su cabeza para mirarlo con la misma sonrisa traviesa de siempre.

—Lo sé. Lo recuerdo.

—Tú me enseñaste. —Lorena tomó la erección con una mano, justo de la base, y comenzó a acariciarla, de abajo para arriba, con movimientos firmes y lentos.

—Pero me olvidé de una lección al parecer.

—¿Cuál? —Lorena rozó la punta con su lengua y, por un momento, ambos se olvidaron de la conversación que tenían. Pero Lorena mandaba el juego, así que ella misma recordó que había hecho una pregunta, por lo que soltó su presa y se arrodilló—.Cuál, te pregunté.

—La velocidad, amor. Es simplemente cruel jugar con un tipo por tanto rato.

—Esa soy yo, Lorena *la Cruel*.

Entonces, a una velocidad impresionante, volvió a tomar la erección en su mano y bajó su cabeza hasta rozar con la lengua la base del miembro, recorriéndolo lento hasta llegar a la punta. Una vez ahí, rodeó el glande con la boca y chupó brevemente, mirándolo fijo a los ojos. Hizo lo mismo un par de veces, variando la presión, cambiando el recorrido de su lengua y aumentando el tiempo que se detenía en la punta, hasta que Antonio solo atinó a farfullar y mover sus caderas un poco desesperado.

En ese momento, Lorena apretó aún más el miembro duro como una roca, lo llevó directamente a su boca y comenzó a bajar y subir por él con los labios presionando la carne ardiente, al mismo ritmo que la mano viajaba en dirección contraria.

—Oh, cariño, así —gimió Antonio, que seguía con la mano en la cabeza de Lorena y tenía los dedos imposiblemente crispados.

—¿Te gusta? —preguntó la muchacha soltándolo solo lo suficiente para que él pudiera entender lo que decía.

—No —soltó Antonio casi sin aliento. Lorena se levantó preocupada, pero el gesto placentero del hombre borró todo lo demás—. Me encanta. Ahora... —Arqueó una ceja y, con su mano libre, apuntó hacia abajo, y Lorena se rio antes de obedecer.

De todas las ideas locas que se le pasaron a la muchacha por la cabeza en los siguientes minutos, ciertamente la más extraña era que se merecía un premio por su ética y dedicación al trabajo. Así, mientras escuchaba los cada vez más graves y fuertes gemidos masculinos, ella seguía recorriendo la tersa piel con la boca y las manos, dibujando cada marcada línea con su lengua y deteniéndose cada pocos minutos en el extremo para pasear su lengua por la piel oscura y húmeda del glande, chupándolo sin piedad.

—Suficiente —gruñó Antonio aprovechando la mano que aún tenía sobre la cabeza de Lorena para tirar de ella.

—Mm-mm —murmuró ella negativamente.

—Ya basta, Lorena —exigió Antonio, ejerciendo más fuerza para separarla.

—¿Qué? ¿No quieres brindarme un champañazo?

—¡Sí! —Lorena no pudo disimular su asombro ante la efusividad de Antonio. Ni tampoco pudo dejar de burlarse con una morisqueta—. Es decir, no... o sea, sí, pero...

—¿Y si es lo que yo quiero? —preguntó Lorena intentando volver a capturarlo en su boca.

—Pero no es lo que yo quiero. —Hubo algo en su voz, un deje nostálgico que Lorena no pudo obviar—. Quiero... no. Necesito enterrarme en ti, necesito estar dentro de ti.

—Estarías dentro de mí.

—Pero no donde yo quiero estar.

—Pero...

—En otra ocasión, no ahora. Ven —pidió tirando su cabeza para que llegara

hasta él y poder besarla.

—¿Cuándo? —preguntó Lorena, más por curiosidad que por otra cosa.

—Cuando sepa que no va a ser la última vez que esté contigo. Ven. —
Nuevamente, Antonio la empujó por la nuca para que ella se acercara.

Lorena no quería tener esa conversación en ese momento. Y quizás nunca querría tenerla. Así que aprovechó la invitación y bajó hasta sus labios, disfrutando del beso tierno y ardiente y de las manos que se escurrían acariciándola primero, ayudándola a ubicarse sobre él después.

Cuando lo sintió presionando sobre su entrada, todo lo demás salió volando de su cabeza. Solo existía el aquí y el ahora, solo el hombre que la miraba con el amor que le profesaba escrito en todas las líneas de su rostro.

Pero era demasiado para ella, era mucho para sobrellevar, así que cerró sus ojos y se deslizó por la firme erección que la esperaba. Apoyó las manos en los hombros de Antonio y, usando el impulso que él le daba, comenzó a bajar las caderas suavemente, dejando que cada centímetro de su miembro penetrara entre la carne prieta de la vagina.

Percibía el balanceo de sus cuerpos, las manos que la recorrían, los músculos que la invitaban a seguir, y quiso dejarse llevar, pero antes de acelerar sus movimientos, Antonio la detuvo.

—Gírate —le pidió.

—¿Cómo?

—Que te gires y quedes con la espalda hacia mí.

Lorena se levantó y Antonio la ayudó a girarse. Antes que ella volviera a ubicarse, él se sentó, acomodó los cojines y almohadas y se apoyó en el cabecero.

Lorena trató de ubicarse entre sus piernas, pero él se lo impidió tirando de sus rodillas y metiendo una mano sobre su pubis para que volviera a quedar a horcajadas.

—Antonio —murmuró Lorena con duda.

—Vamos, amor, ya sabes lo que quiero.

—No...

—Eso no, loca —la interrumpió riendo—, por muy húmeda que estés, lo que me ayudaría sobremanera en lo que estás pensando, solo quiero acceso a todas tus zonas interesantes.

—Ohhh...

—Sí, oh. Ahora, Lorena. Ven, apóyate en mi pecho. No, al otro lado —le indicó cuando ella estaba a punto de apoyarse sobre el hombro derecho—. Perfecto. Ahora, levanta las caderas. —Con paciencia y cariño la guió hasta que estuvo metido nuevamente en su cuerpo—. Así, amor. Oh, eres maravillosa.

Antonio la rodeó con sus brazos, masajeando ambos pechos al tiempo que ella volvía a deslizarse una y otra vez a lo largo de su erección.

—Apúrate, mi cielo —gruñó Antonio.

Bajó una mano hasta llegar al clítoris y comenzó a masajearlo. Lorena gimió con fuerza, notando sus entrañas retorcerse, preparándose para el agudo clímax que llegaría en cualquier momento.

—Ya, Lorena, ya.

Apenas salieron las palabras de la boca del hombre, fue arrastrada hacia la terrible y dulce plenitud del cuerpo. Gritó y se remeció entre sus brazos, acelerando una vez más el movimiento de sus caderas, buscando tanto su propio placer como el de Antonio.

Un beso y un pequeño mordisco sobre el tatuaje de Lorena acompañaron el último tirón sobre su clítoris, que la catapultó a un segundo orgasmo.

—¡Lore! —gritó Antonio sobre su piel.

—¡Antonio! —gimió ella desmadejándose entre sus brazos.

—Te amo, Lorena, tanto —musitó Antonio cuando la sostenía tan amorosamente en sus brazos.

—Oh, Antonio —susurró ella metiéndose en el cuello masculino para que él no viera las lágrimas que brotaban sin control.

No supo cuánto tiempo pasó, pero las palabras de Antonio volvían a ella, casi castigándola. ¿Y si esa era la última vez que estaban así? ¿Si era esa la última vez que lo tenía dentro?

Un sentimiento de fatalidad se apropió de su cuerpo en el momento menos indicado. Temblaba, intentando detener sus sollozos. Antonio agarró las mantas, cubrió a ambos y la apretó más fuerte entre sus brazos.

—Lore, amor, tranquila. ¿Qué pasa? Habla conmigo.

«Habla conmigo, habla conmigo», pedía una y otra vez, pero ella solo conseguía emitir sollozos cada vez más suaves, aunque sus temblores no remitían. Finalmente se giró para buscar un pañuelo de papel en la mesa de noche, se limpió la nariz y los ojos y se estiró sobre el colchón, lejos de Antonio.

—¿Qué pasa, Lorena?

—Nada. No te preocupes. Solo estoy cansada y con mis emociones un poco descontroladas. —Sonrió triste al recordar a Gabriela dándole la misma excusa—. Y fue... muy intenso. Por un momento pensé... me acordé...

—Sé lo que pensaste. Me dijiste que solo lo habías hecho una vez, conmigo. —Antonio no permitiría que Lorena lo distrajera, quería saber exactamente qué le estaba pasando—. Por otro lado, ¿cuándo las cosas entre nosotros no han sido intensas? Desde el primer instante, la primera vez que te vi en la academia de Dany, yo...

—Dijiste que escuchaste mi risa, pero es ridículo.

—Mira, Lorena, te voy a aguantar todo en la vida, pero no que menosprecies mis sentimientos. ¿Por qué piensas que es ridículo que me enamorara de ti al escuchar tu risa?

—De partida, porque yo no soy el tipo de mujer de las que los hombres se enamoran a primera vista, esa sería mi prima Isabel.

—Y al igual que el enorme ruso siendo manejado por el dedo meñique de su

pequeña esposa, eso es algo que va en la familia.

—Segundo, porque estando Isabel presente, nadie me mira dos veces.

—Y eso es algo que yo agradezco, no quiero que nadie más te mire dos veces. De hecho, preferiría que no te miraran ni una sola vez, aunque sé que no es así. —Antonio hizo una mueca de disgusto—. Ah, y compadezco al pobre tipo que termine casándose con Isabel, va a tener que andar con la escopeta siempre preparada.

—Cuando Isabel conozca al amor de su vida, va a ser cien por ciento fiel. No es culpa suya que atraiga a los tipos como moscas a la miel. Y lo otro...

—Suficiente. —Antonio sabía que la paciencia no era su mejor característica, por mucho que siempre intentara reunirlos para tratar con Lorena y su faceta exasperante, así que simplemente levantó una mano y le tapó la boca—. Si piensas que me vas a distraer hablando de tu prima o aún no crees que a quien miraba yo en esos tiempos era a ti y no a Isa, estás rotundamente equivocada.

—Pero... —murmuró Lorena detrás de la mano de Antonio. Sin embargo, no pudo decir nada más.

—Decías que fue muy intenso. Yo te respondí que entre nosotros todo era siempre muy intenso. Absolutamente todo. Me enamoré de ti a primera vista, casi salté cuando Julio me pidió que te acompañara durante su exposición y a la menor oportunidad te invité a salir, usando como excusa a mi amigo y su insaciable apetito. Julio nunca me dijo que tuviera hambre.

—¿Qué? Pero...

—Después, un poco desesperado, te besé y fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Contigo todo es mejor. Incluso tus ronquidos son música celestial para mí, y tus... eh... ¿Cómo digo esto con delicadeza? —Antonio se quedó pensando un momento, hasta que dio con las palabras necesarias—. Tus emanaciones gaseosas huelen a rosas para mí.

Y Lorena se puso a reír hasta que sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, pero, esa vez, de felicidad. Si ese comentario de Antonio no le provocaba

risa, dejaba de llamarse Lorena Alejandra Irribarren Arrigorriaga.

—¡Antonio! —gritó, apretando su estómago dolorido por tanto reír—, eso es ridículo.

—Yo puedo ser un poco ridículo, sí —aceptó encogiendo sus hombros.

—Tonto. —Lorena se acomodó sobre el hombro de Antonio y puso una mano sobre su pecho. Respiró tranquila y cerró los ojos, disponiéndose a dormir. De alguna manera, había evadido el tema y no volvería a cometer un error semejante.

—Oye. —Antonio se movió para que ella no se durmiera, pero Lorena se apretó más contra su cuerpo.

—Tengo sueño. Me agotas.

—Lo sé. —Antonio besó la frente de la muchacha y sonrió—. Eres un torbellino, Lore. Tú me dejas en calidad de estropajo.

—Shhh.

—Ya.

—¡No pueden ser las diez de la mañana! —gritó Antonio y salió corriendo de la cama, casi aún dormido.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Mi abuelo me esperaba a las nueve. Quiere ir no sé a dónde —explicó desde el interior del baño—. ¡Mierda! ¡Está muy helada el agua!

—Espera que voy a prender el calefón —la muchacha se puso de pie con movimientos tranquilos, sin preocuparse por el apuro de Antonio.

—No te molestes, ya me estoy jabonando. Pero te agradecería que me trajeras algo de ropa.

—Es la especialidad de la casa. —Lorena se abrigó con la bata negra de su hermano y salió. Volvió unos minutos después con un pantalón, una camisa arrugada y ropa interior—. ¿Alcanzo a plancharte la camisa?

—No. —Antonio salió del baño y sin secarse comenzó a vestirse—. Mi abuelo me va a matar. Peor. Me va a desheredar.

—¿Cómo puede ser peor que te desherede a que te mate? —Lorena se sentó en la cama y lo miró preocupada—. Tienes tu escala de valores bien trastocada.

—Si me mata, es un simple homicidio y muy justificado. Estando tan enfermo, nadie lo va a mandar a la cárcel. —Antonio estaba tan acelerado vistiéndose que era un milagro que no se cayera—. Si me deshereda, me está expulsando de la familia y, si hay algo de lo que estoy orgulloso, es de ser quien soy.

—¿Descendiente de un héroe de la patria?

—Sí y no. Es decir, sí, pero no por lo que piense la sociedad, sino por el honor y valentía que tuvieron mis antepasados para defender lo que ellos consideraron justo. Por todos sus esfuerzos independentistas. Y, claro, por tener una canción solo para ellos —concluyó antes de abandonar el dormitorio—. Amor, ¿sabes dónde están mis zapatos?

—Espero que en la basura, porque oían a *guácala*. Esos bototos ya deberían pasar a retiro.

—Son mis favoritos...

—Se nota.

—De acuerdo, hoy mismo se van a la basura —Antonio volvió a entrar al dormitorio, pero con unas zapatillas que Lorena había dejado junto a la maleta—, con la condición que me acompañes a comprar unos nuevos.

—Espero que tus favoritos te sirvan por diez años más —replicó Lorena, estirándose en la cama—. ¿Vas a comer algo?

—Ni siquiera voy a tomar café, ya comeré donde sea que quiera ir mi abuelo. Nos vemos más tarde. —Inclinándose por el lado contrario de la cama, Antonio le dio un beso en la boca a Lorena.

—Oye, ¿y tus cosas?

—Pero te digo que nos vemos más...

—¡Está bien! Entiendo. Yo voy al taller hasta las dos, trae el almuerzo. O la cena, dependiendo de a qué hora llegues.

—De acuerdo. Te aviso. Eso, si te dignas a contestar mis llamadas.

—Hoy sí. Mañana no sé.

—¿Me puedo llevar una llave? —Antonio gritó desde la puerta.

—¡No te pases!

—Hoy no, mañana tal vez. —Después de las palabras de Antonio, escuchó la puerta cerrarse y Lorena suspiró aliviada.

Se quedó tirada un rato en la cama, no estaba totalmente segura de cómo se sentía. Físicamente cansada, pero no extenuada, con una energía curiosa impulsándola a seguir. Emocionalmente, era harina de otro costal.

Una vez más, la sensación de estar en una montaña rusa la inundaba.

¿Qué era lo que quería? ¿Lo que ella quería?

Estaba satisfecha con su vida en términos generales. Aunque sabía que su pasado con Antonio no estaba totalmente resuelto, jamás creyó que volvería a estar con él y, menos, en esas circunstancias tan inusuales. Ella siempre fue medio díscola, no lo negaba ni lo ocultaba, pero en esos momentos... se le caería la cara de vergüenza si tuviera que admitir ante sus amigas que estaba siendo una verdadera otra, refugiándose entre cuatro paredes, escondiéndose del mundo.

Al comienzo de esa semana había resuelto no volver a admitir a Antonio en su vida. Ya iban dos veces, no quería llegar a la tercera. Pero apenas él aparecía, toda su resolución se disolvía y ahí estaba, otra vez, rememorando la noche pasada en sus brazos.

Lo dejaría. Sí, estaba segura. Resuelta.

Cuando la llamara, aceptaría que viniera a su departamento. Si llegaba con alimentos, los comería, pero tendría su maleta preparada para que se la llevara.

Sí, eso haría.

O no, porque después de pocas horas de separación, casi se tiró en sus

brazos cuando abrió la puerta sin ver quien tocaba el timbre.

CAPÍTULO QUINCE

Antonio estaba cada día más frustrado, lo cual era absolutamente dicotómico, ya que también estaba tan feliz que era para no creérselo. Intersección vacía, diría cualquier amigo matemático, sí señor.

De haber escuchado a otra persona hacer esa declaración, lo habría considerado inmediatamente loco, pero él no se sentía así, a menos que pensara en Lorena, porque ella sí que lo volvía totalmente loco. Demente. Idiota. Y él lo aceptaba como si fuera lo más natural del mundo.

Su frustración se debía, claro estaba, a que aún no conseguía hablar con Gabriela, y los preparativos para el matrimonio avanzaban sin pausa. Pero, por mucho que se esforzara, no conseguía estar en la misma ciudad que ella por más de cinco minutos. Y a veces, ni siquiera en el mismo país.

Gabriela volvió del spa en el sur solo para cambiar la maleta e ir inmediatamente a Nueva York.

Lorena le contó lo que ella le había dicho, del hermano accidentado de su amiga. Pero Antonio, por más que hiciera memoria, no podía recordar ninguna otra mención a la tal Fabiola. Incluso, en un intento descabellado por averiguar algo más, le preguntó a sus primas y tuvo que aguantar un discurso espantoso de más de media hora sobre cómo era tan mal novio que ni siquiera conocía a las amigas de Gabriela, entre las cuales no se contaba ninguna Fabiola.

Su desesperación llegaba a tal punto que estaba dispuesto a ir él mismo a Nueva York, pero más trabajo del que podía manejar lo mantenía hasta altas

horas de la noche en la oficina o viajando a lo largo del país, incluso visitando una faena en Perú.

Todo el tiempo libre que tenía se lo dedicaba a Lorena, quien conseguía, con su sola presencia, que olvidara todos sus problemas, su cansancio y frustración, y se dedicara a pasar el día tirado en cualquier parte del departamento de la muchacha, durmiendo, comiendo, viendo televisión, conversando con ella o haciendo el amor. Especialmente haciendo el amor.

Sabía que sonaba repetitivo y casi tonto, pero la amaba tanto que cada segundo sin ella dolía.

Mantener su relación en secreto era otro motivo de frustración, pero Lorena nunca lo perdonaría si la exponía de cualquier manera. Solo su abuelo sabía la verdad.

«—Jamás te desheredaría —le había dicho esa mañana de sábado, un par de semanas antes—, menos aún si terminas con la perfecta señorita heredera y consigues traer de nuevo a Lorena a casa. Te lo dije, una vez que tuviste a una Lorena en tu vida, todas las demás parecen películas en blanco y negro del cine mudo. Quedas jodido para todas las otras.

—Ninguna es ella —concordó Antonio—, pueden parecerse, pero ninguna es ella.»

Además, sabía que nadie en su familia le daría la espalda, incluso si todo explotaba en su cara y su nombre era arrastrado por el fango.

Paula, embarazada por segunda vez, estaba más insoportable esos días. Aunque no hacía nada por ayudar en los preparativos del matrimonio, sí que reclamaba por las facturas que se acumulaban en su escritorio.

«—Están todas pagadas, hija —había dicho Cecilia tratando de calmarla.»

Pero Paula no escuchaba y seguía reclamando. «¿Quién mierda quiere soltar palomas vivas en Santiago? ¡Y blancas! El maldito *smog* va a dejarlas todas grises apenas alcen el vuelo. ¡Igual que los diez millones de palomas que infestan la ciudad!», le había gritado por teléfono a Antonio después de recibir el último informe de las extravagancias de Gabriela.

«—Júntalas todas, ni un peso va a salir de las arcas familiares, no te preocupes. Yo me encargo del pago. —Antonio sonaba como disco rayado cada vez que tenía una conversación con ella.

—Ojalá encuentres que valió la pena, hermano —había concluido un día.»

¿Por qué Antonio pensó que lo decía con lástima y, sí, un poco de piedad? Si hubiese sido Carolina, la hermana mayor, lo habría entendido, pero de Destructora Paula, jamás.

Sin embargo nada, absolutamente nada, le importaba. Ni los gastos, ni el escándalo que de seguro vendría, porque cada vez más revistas y programas faranduleros sacaban historias de la boda del año. Ni siquiera la última ocurrencia de Gabriela, vender la exclusiva de su matrimonio a un canal local.

Solo Lorena, solo su vida con ella.

Excepto que esa noche pasaba una solitaria velada de viernes en su departamento, por primera vez en cuatro semanas.

Lorena y todo el Quinteto se reunían esa noche en casa de Francisca, a celebrar el cumpleaños de Adriana con una fiesta sorpresa. Un evento absolutamente exclusivo, ni siquiera estaban permitidos los padres. Solo miembros honorarios del Quinteto, aparte de ellas.

«—¿Qué es un miembro honorario del Quinteto? —había preguntado Antonio, acostumbrado como estaba a las ocurrencias y múltiples rarezas de las amigas.

—Es una persona que, sin ser miembro del Quinteto, es aceptado como tal. Tenemos tres, pero una ya está en el Cielo. Nunca fue oficialmente miembro, porque nunca solicitó su admisión, pero nosotras se la concedimos *post mortem*.

—¿Qué? —Para eso sí que no había estado preparado. Y no entendía nada—. Lore, elabora, por favor.

—Es la tía de Baran, Irina. Ninguna la conoció, pero demostró su valía con creces, así que nosotras la admitimos cuando Fran la propuso.

—Digamos que lo entiendo, así que, ¿qué tiene que hacer uno para ser

nombrado miembro honorario del Quinteto?

—En el caso de Irina, ofrecerle a un tipo inmundo arrancarle todo su equipo de cuajo. Ya quisiera yo tener la fuerza para hacerlo.

—¿Su equipo?

—Ya sabes, su amiguito —había dicho apuntando la entrepiera de Antonio—. El chino tuerto.

—Ninguna mujer tiene la fuerza —replicó Antonio cuando pudo parar de reír.

—Pero Irina era especial. Era transexual. Nació como Iván. Y según Baran, y también Malik, ningún complemento hormonal podía borrar los músculos que años de *ballet* le habían dado. Si no, mira a Fran. Ahí está toda chiquita y delgada, y tiene más fuerza que Adriana, que corre todos los días con Reggie y practica defensa personal.

—¿Quién es Reggie? —preguntó Antonio con auténtica curiosidad y un poco de preocupación, ya que ningún informe del detective privado había mencionado a otro hombre en la vida de Adriana.

—El perro de Adriana. —Entonces Antonio había vuelto a reír con ganas—. Ya, Juan también pensó que se trataba de un hombre. El pobre casi se muere cuando la escuchó hablar de cadenas y disciplina.

—¿Qué?! No, casi te creo, más viniendo de Adriana, pero no.

—Que sí, tonto. La escuchó hablando con alguien y no podía creer lo que oía. Lo peor fue que también presencié una conversación entre Adri y Pame, cuando ella le contaba que había pasado todo el fin de semana en la playa con Reggie.

—Pobre Juan, debió pasarla súper mal.

—Y pobre Adriana también, que estuvo celosa de la hermana de Juan. Bueno —Lorena había hecho una mueca, enchuecando su nariz y boca, con un gesto culpable—, eso fue por mí. Yo los vi en el *mall* y como hablé sin pensar...

—Eso es nuevo.

—¡Cállate! —exigió dándole un golpecito en el brazo—. ¡Dios, sueño como

Francisca!

—Cuéntame, ¿qué pasó en el *mal*? —había pedido Antonio esforzándose para no fastidiarla.

—Vi a Juan con esa tipa. Desde donde estaba no parecía su hermana, lo juro. Aunque, claro, cuando sabes que son hermanos, el parecido salta a la vista. Los dos altos, delgados, morenos y con bonitas sonrisas. Pero Katina es insulsa y Juan... No es mi tipo, pero es atractivo.

—¿Pero ellos ya estaban juntos?

—No, qué va. Fue una Navidad, dos o tres años antes que ellos fueran pareja.

—¿Qué pasó?

—Lo vi, quise acercarme para saludarlo, pero antes de llegar a su lado él se encontró con esta tipa. Yo no tenía ni idea de quién era. Ni Isa sabía que Juan tenía una hermana, menos yo. Los vi abrazándose y me pareció que besándose.

—¿Y qué hiciste?

—¿No es obvio? Los seguí.»

Ese había sido el momento en que Antonio comprendió por fin el informe más extraño del detective privado. Claro, el hombre no tenía idea quién era Juan y su importancia en la vida de Lorena, por lo tanto, no podía saber a quién seguía la muchacha.

Había sido el miércoles. Él llevó la cena al taller y comieron en la bodega de las telas, sobre un mantel que Lorena acababa de terminar, sentados en cojines a juego. Cuando se fueron, Lorena lo obligó a salir antes, en caso que alguien lo viera, pero su único testigo estaba en la nómina de la familia Carrera, así que apagó su cámara y se hizo el desentendido.

Julio lo había llamado el jueves en la noche, un poco molesto porque no se habían visto en muchas semanas. Antonio estuvo tentado de explicarle que el motivo de su ausencia era Lorena, no las absurdas exigencias de Gabriela, como pensaba el fotógrafo, pero prefirió quedarse callado, ya llegaría la hora de que todos se enteraran.

Tampoco había querido reunirse con sus amigos. No sin Lorena. Sería demasiado parecido al tiempo en que no estuvo en su vida, cuando Julio, Marcelo y otros que la habían conocido andaban como pisando huevos a su alrededor. Peor aún, con todos asumiendo que él se casaría dentro de dos semanas.

Antonio bebió un largo trago de la cerveza que estaba tibia después de haberla sostenido tanto tiempo en la mano y mascó un trozo de la pizza que había llevado Esteban una media hora antes y que, en el colmo de las ironías, se había quedado fría.

Arrojó el resto a la caja, se limpió la boca y bebió el último sorbo de cerveza.

Finalmente se puso de pie, estiró su adolorida espalda y caminó por el pasillo hasta su dormitorio.

Cuando se sentó en el borde de la cama, dio gracias a Dios por su precaución al guardar en el doble fondo de la cómoda la fotografía de Lorena, porque la maldita Gabriela había pasado por su departamento el jueves en la noche y había dejado una de ella en la mesa de noche, con una pequeña nota que decía: «Para que no te olvides de mí».

¿No podía haberlo esperado cinco minutos?

Se merecía que la dejara plantada en el altar, por idiota. Llevaba un mes intentando hablar con ella y terminar ese estúpido noviazgo y por primera vez podían coincidir en el maldito Santiago, ¿y qué hacía ella? Pasaba por su departamento para dejar una fotografía que no quería y no lo esperaba, a pesar de que él le había dicho que estaría ahí en media hora, todo por irse a la maldita Reñaca con las imbéciles de Piti y Poti ¡a celebrar su despedida de soltera!

—¡Maldita sea! —gruñó al tiempo que guardaba la fotografía en el cajón de la mesilla.

No se levantó a buscar la de Lorena, no la necesitaba. Tenía grabado su rostro a fuego en la memoria.

Tampoco llevó su mano por debajo del calzoncillo para recordar y llorarla. ¿Para qué? Era suya, nuevamente. Y en esa ocasión funcionaría, él lo haría funcionar.

En vez de eso, se acostó con la imagen de lo que soñaba sería su vida apenas pudiera terminar el estúpido compromiso y dejar de esconderse con Lorena.

En su mente, era una amalgama de su relación actual y lo ocurrido en la juventud. Vivir juntos, reuniéndose en su casa al terminar la jornada laboral. Caminar por la calle tomados de la mano, compartiendo con sus amigos. Con Julio y los otros. Con el Quinteto. Siendo nombrado miembro honorario.

Somnoliento, sonrió con esa idea.

Juan y Baran se habían ganado su lugar, aprobados por todos los otros miembros, solo por el hecho de ser el hombre correcto para sus esposas, así le había explicado Lorena, por lo que él esperaba su nominación dentro de los próximos meses.

Había pocas cosas que esperaba con más ilusión.

—Pero bueno, ¡es rubio! ¿Necesito otro motivo? —Isabel se reía por las preguntas de sus amigas respecto del tipo con el que estaba saliendo por esos días.

Ninguna se explicaba que le interesara. No era feo, pero tampoco como los galanes con los que Isabel solía quedar. No era tonto, pero Isabel tenía que disminuir su ritmo para no dejarlo atrás. No le gustaban los deportes, menos aún el fútbol, excepto la lucha libre, que en realidad no era un deporte para Isabel, sino algo que podría coreografiar Baran.

—Jamás permitiría que usaran mi nombre para algo tan horrible —reclamó el ruso.

—Yo sé por qué mi prima sale con ese tipo —aportó Lorena, tan risueña como Isabel—. Seguro que lo tiene así. —Levantó sus manos separadas por

unos treinta centímetros y arqueó una ceja mal intencionada.

—¡Cállate tú, loca ninfómana! —exigió Baran, tomando la cabeza de Lorena, obligándola a inclinarse hacia él y restregando sus enormes dedos con fuerza por la parte superior.

—¡Nooooo! —Lorena golpeó las piernas de Baran con sus puños para seguir con el juego de cientos de noches parisinas.

—Oh, Lore, quedaste con pelo de cama —dijo Pamela señalando el desorden que Baran había dejado.

—¡Santo Señor! Mi esposo le deja a otra mujer pelo de cama. —Francisca, que además de bailarina era una actriz consumada, se puso de pie fingiéndose horrorizada.

—*¡Mois!* —Baran se llevó las manos al pecho pretendiendo estar ofendido, para seguir la broma de Francisca.

—Pero es que estamos hablando de Lorena —aportó Adriana juiciosamente —, ella es la otra por antonomasia. Seguro que es capaz de hacer pecar a un santo.

—¿Anto qué? —preguntó Baran, a quien algunas palabras del español aún lo confundían.

—Quiere decir por excelencia, amor —respondió Francisca rápidamente, con la esperanza que nadie notara el pequeño desliz de Adriana.

Lo habían hablado entre ellas, y ninguna entendía qué pasaba por esos días, pero parecía que no podían dejar de cometer esos pequeños errores alrededor de Lorena. Claro que todas habían leído los periódicos, alertadas por Pamela, pero no podían decir que la habían visto frecuentemente, así que no tuvieron muchas oportunidades para descubrir qué pasaba... tampoco para equivocarse, pero ahí estaban.

—Quiere decir que le sale natural eso de ser la otra —comentó Pamela con tono jocoso.

Desde ese instante, la pequeña fiesta se arruinó para Lorena. Hasta el momento había salido todo bien. Se había reunido en la casa de Francisca

temprano y entre las cuatro, con la ayuda de Baran, prepararon la comida, las bebidas y el decorado. Cuando Juan y Adriana llegaron, estaba todo en su punto, incluso la luz apagada, gracias a la advertencia de Juan.

Pero una vez que empezaron las bromas, ya no pararon y se volvieron cada vez más pesadas. O al menos así lo percibía Lorena.

Sabía que se debía a que estaba muy sensible. Y, por descontado, que en realidad estaba siendo *la otra*. Aún peor, era Antonio, el hombre que ella consideraba el amor de su vida, quien había convertido lo que fuera una broma, que ella siempre gozó, en la dura realidad.

Sus amigas no lo hacían con crueldad, sino por desconocimiento. Pero dolía, claro que sí.

Al llegar a casa de su prima pensaba que iba a ser una noche de relajo con la fantástica compañía que solo podía obtener con su Quinteto. Pero no. Estaba siendo la peor noche de su vida. Casi sería mejor ser una amante en funciones que tener que escuchar la cháchara de las amigas.

—Voy al baño —anunció cuando creía que se pondría a llorar en cualquier momento.

Pero en lugar de eso, se encerró en la oficina de Baran, a oscuras. Se dejó caer en una silla junto al escritorio y enterró la cara en las manos. Lo único en lo que podía pensar era en que necesitaba que Antonio la abrazara, pero ya mismo, o se rompería en mil pedazos.

Sin embargo, no fue el aroma de Antonio el que inundó sus fosas nasales, ni sus manos las que acariciaron la espalda mientras ella derramaba un río de lágrimas. No fue el abrazo de Antonio el que la consoló.

—Shhh... *tikhiy*, Lorena —murmuró Baran cuando ella, en vez de sus manos, usó el pecho del ruso para seguir llorando desconsolada—. ¿Qué pasa, prima?

—Nada —dijo Lorena con la voz tomada por el llanto.

—A otro hueso con ese perro. —Lorena sonrió por el error, totalmente voluntario, de Baran—. ¿Tu empresa no va bien? No me dio esa impresión cuando me entrevistaron hace unas semanas.

—Va bien. Tengo tanto trabajo que Tammy lleva más de un mes a tiempo completo. Y margino brutalmente. Palabras técnicas de Adriana.

—Adriana no dijo eso —Baran sonaba escéptico y con razón.

—No, la verdad. —En medio de sus lágrimas, apareció el inicio de una sonrisa—. Pero sí dijo algo del margen bruto y muchos números después. Ya sabes que, si no es en centímetros, los números no me interesan.

—Vaya, y yo que pensaba que los preferías en metros. —Entonces Lorena sí que sonrió con más ganas—. ¿Te molesta si prendo la luz? Me gusta mirar a la gente cuando hablamos.

—Claro.

Baran la soltó para caminar hasta la lámpara de escritorio. Aprovechó de tomar unos pañuelos de papel y llevárselos a Lorena.

—Ya me estoy acostumbrando —dijo el ruso cuando Lorena trató de impedir que le limpiara la nariz—, y mi hijo hace unas cosas asquerosas que mejor ni te cuento.

—Te sienta bien ser padre, te ves incluso más guapo que de costumbre con tus ojeras por no poder dormir.

—Lo sé —replicó Baran, demasiado pagado de sí mismo, como siempre le parecía a Lorena.

—Hey, que yo te estoy haciendo un piropo, no es para que te lo tomes tan a pecho.

—Sé que me sienta bien ser padre —rectificó Baran, perdiendo la paciencia por un momento—. Nunca había estado tan feliz.

—¿Ni cuando te casaste con Fran?

—No. Casarte con el amor de tu vida es maravilloso, un sueño hecho realidad. Tener un hijo con ella... —Baran se quedó callado, buscando la manera de expresarse—. No hay palabras, en ningún idioma. Y yo hablo seis.

—Vaya. —Lorena suspiró y de pronto sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Me vas a decir ahora lo que te pasa o voy a tener que sacártelo a la

fuerza?

—Nada.

—¡Lorena! —Baran sabía que empezaba a sonar de verdad como un padre y fue justamente el tono que usó. O al menos lo intentaba, recordando la manera tan eficiente en que Cristian lograba cosas de sus hijas, especialmente de Francisca, la más terca de las dos.

—Ay... ¿Sabes cuándo hay una cosa que sale bien en tu vida, pero todo lo demás se desmorona?

—Sí.

—Bueno, eso. El trabajo está bien. Fantástico. Pero todo lo demás es un desastre. Así que ando un poco sensible.

—¿Qué es un desastre? —Baran la miraba con el ceño fruncido de esa manera tan de él que hacía desear confesar todos tus secretos... antes que empezara la terrible tortura.

—Todo. —Lorena respiró profundamente y se lanzó a contarle lo más que pudiera—. Hay algo que tengo que hacer. Sé que tengo que hacerlo, es lo correcto, pero no puedo. Es superior a mí. Ya no tengo fuerzas para seguir luchando. Y hoy, escuchar a esas hienas que tengo por amigas llamarme «la otra»... No te haces una idea de lo mucho que duele. Estoy cansada de ese cuento. Es una broma estúpida que lleva demasiados años dando vueltas. Y quisiera que se detuvieran ya mismo.

—No sé si te sirve de consuelo, pero para mí, tú no eres *la otra* —dijo Baran acercándose un paso a Lorena y posando una enorme mano en su hombro—, eres *la única*.

—¿La única? —Lorena, obligándose a recuperar su buen humor habitual, sonrió más abiertamente—, pero, primo, eres un hombre casado.

—La única prima, idiota —aclaró Baran ligeramente exasperado.

—¿La única prima idiota o la única prima, coma, idiota? Es decir, *idiota* es adjetivo o...

—Ambas —respondió Baran riendo—. Mi mamá es hija única y mi papá

solo tenía a Irina, así que... —Encogió los hombros, no había nada más que explicar en ese sentido—. Y a veces eres una idiota rematada y lo sabes.

—No me sirve de mucho consuelo, pero me alegra un poco. Y en estos momentos, con el conjunto de locas de allá afuera, necesito alegría.

—¡Oye, no llames loca a mi esposa! —Juan intervino de pronto y para Lorena fue evidente, por la manera de Baran de mirarlo, que llevaba un buen rato junto a la puerta, escuchándolos.

—Tiene razón —concedió Baran—, el único que les dice conjunto de locas, a ustedes, cinco locas sueltas, soy yo. Tengo el derecho, además. Después de todo, estoy casado con la cosita más pequeña y loca del mundo.

—Yo también tengo derecho, entonces, considerando que mi esposa es la cosita más gruñona y loca de todas.

—¡Cielos! No quiero saber qué soy yo.

—La cosita más loca y loca —explicó Baran, con Juan asintiendo enfáticamente.

—Además, para mí, tampoco eres la otra —agregó el mecánico.

—No, por favor, le tengo mucho aprecio a mi vida y Adriana me mata, en serio que sí —respondió Lorena jocosa.

—Idiota —murmuró Baran—. ¿No te das cuenta cuando un hombre está a punto de decirte algo bonito?

—*Nop*, ese es mi gran problema. Vamos, dispara —pidió Lorena quedándose justo en medio entre Baran y Juan—. Oye, esto es un buen comienzo para una fantasía eró...

—¡Cállate, loca! Y tú, suéltalo de una vez —exigió Baran, nuevamente con su ceño fruncido.

—Que para mí, tú tampoco eres la otra, sino que todas. —Con gran ternura, Juan acarició la mejilla de Lorena como si se tratara de una niña pequeña que necesitara consuelo.

—No entiendo. —Lorena pasó un gran nudo por su garganta.

Si Juan seguía siendo tan dulce con ella, se largaría a llorar nuevamente y no

habría quien la parara. Volvió a sentarse en la silla que usó antes, mientras que los hombres se ubicaron en el borde de la mesa, de tal manera que podía mirar a ambos de frente.

—Me refiero al Quinteto. Entre ustedes comparten algunas características muy... eh... especiales. —Baran acentuó el comentario de Juan con un bufido curioso—. Pero al mismo tiempo cada una tiene algo que la identifica y la diferencia del resto. Excepto tú, que eres la mezcla perfecta de todas ellas.

—Sigo sin...

—Piensa, por ejemplo, en Isabel. —Juan la interrumpió sin mayores contemplaciones. Aún no había terminado—. ¿Cuál dirías tú que es su característica más importante?

—Que adora la mecánica.

—No. Esa es su profesión, no todo lo que ella es, tampoco lo más importante, por mucho que ella misma se engañe así —corrigió Juan.

—Es demasiado autosuficiente y me llega a molestar el hecho de que siempre está alegre y relajada —dijo Baran, comprendiendo a dónde quería llegar Juan—, como mi suegro. O el tuyo.

—Exacto. ¿Y pides ayuda tú? ¿Estás alguna vez triste? No y no. Excepto ahora, claro. Pero, ¿qué hiciste? Te escondiste de los demás, no nos permites ayudarte a llevar tu carga y te obligas a ti misma a estar siempre con ánimo festivo. —Juan hizo una pausa, y Lorena no supo por qué miró la puerta que había quedado un poco abierta y bajó el volumen de su voz—. Yo amo a mi esposa, todos lo saben, pero soy el primero en reconocer sus peores defectos y sus características más destacadas: gruñona, controladora, exigente y meticulosa. Y pone esa barrera entre ella y el resto del mundo que es difícil de pasar.

—Me perdiste. Fran también es gruñona y exigente —dijo Baran.

—No. Fran es decidida y perfeccionista —refutó Juan, reafirmando sus palabras con el movimiento de su cabeza en forma negativa—. Y si hablamos de decididas, todas lo son. Y también exigentes, ya que estamos en esta.

—Yo no soy controladora. —Lorena también se sentía un poco perdida, como había dicho Baran. Ella no era controladora. Perfeccionista sí, pero ¿controladora? Ella era del tipo vive tu vida y deja al mundo tranquilo. Sé libre. Amor y paz.

—¿Que no? ¿No eres tú, acaso, la que rehízo tres veces la corbata que usé en mi matrimonio porque era unos pocos centímetros muy larga? —preguntó Baran con el ceño totalmente fruncido—. ¿Y que después me riñó porque el nudo no estaba bien hecho y la corbata quedaba corta?

—¿Te hizo eso de sacar las pelusas de la espalda y rezongar por osar sentarte y arrugar el pantalón? —Juan golpeó el codo de Baran, como quien comparte un recuerdo particularmente gracioso y lejano.

—Casi me quema en la sacristía con esa maldita plancha. —El ruso no podía sonar más exasperado ni aunque lo intentara—. Nadie más veía la maldita línea, era absolutamente imaginaria.

—Oh, claro. Era como el ecuador.

—Ecuador no es imaginario. —Lorena esperaba que terminaran luego de burlarse de ella y se defendía como podía.

—El país no, pero la línea divisoria del planeta sí. —Lorena adoraba a Baran y a Juan, pero si el mecánico seguía por ese rumbo, luego lo adoraría con el puño sobre su cara.

—Pero no te confundas, no te estoy criticando. —Y de nuevo Lorena notaba que no era tan buena escondiendo sus emociones—. De hecho, yo acepté feliz tu ayuda... No quería que Adriana se enojara conmigo y me dejara plantado en el altar.

—Fran es orgullosa también. Mucho —agregó Baran después de unos minutos de silencio—. Y tiene esa manía de tirarte las preguntas incómodas a quemarropa.

—Está bien, lo admito. Soy orgullosa y es un defecto horrible —murmuró Lorena—, pero yo no hago preguntas incómodas.

—No, tú dices las cosas como broma, usando demasiado sarcasmo algunas

veces. —Juan, maldito fuera, la miraba con tanto cariño que la aplacó inmediatamente.

—¿Y Pamela? —Lorena no pudo evitarlo, quería saber qué tenía en común con la colorina, según Juan.

—Eso es lo más obvio de todo. Y no me refiero a la vena artística. —Juan la miró, nuevamente acarició su mejilla como si fuera una niña pequeña—. ¿No eres tú la que lleva doce años guardando un secreto? ¿No eres tú la que salta como una fiera y deja de visitar a sus amigas cuando una se atreve a nombrarlo, siquiera insinuar su nombre o algo que lo recuerde?

—¿Qué...? —si no fuera porque ella estaba en medio del conflicto, Lorena habría encontrado graciosa la manera en que Juan había hecho callar a Baran sin palabras.

—Vi los periódicos —explicó el mecánico en beneficio de Lorena, que lo miraba angustiada—. Me imagino que todas ellas, pero ninguna lo habla conmigo. El maldito «Silencio de Quinteto» es una prueba más de cuanto te aman. Todas ellas, toda tu familia, porque tu papá llamó alterado al taller el lunes pasado. Habló con Isabel, pero nadie sabe de qué. Y Adriana... Cielos, mi Adrianita incluso ofreció nietos para conseguir que mamá callara. Lorena, ¿en qué diablos estabas pensando cuando aceptaste ese contrato?

—¡No lo sabía! —desesperada, Lorena se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación mordiendo su dedo pulgar—. ¿Piensas que si lo hubiera sabido habría aceptado el maldito contrato? ¡No tenía ni idea!

—¿Y lo has visto? ¿Qué hiciste?

—¿Quién tira las preguntas incómodas a quemarropa ahora? —Blanca como una hoja de papel, con el rostro totalmente demudado, Lorena se quedó en el punto justo de la oficina donde la luz ya no llegaba—. Lo que yo haga es cosa mía.

—No lo discuto, Lore. Solo quiero ayudarte.

—Queremos —agregó Baran irguiéndose en todo el esplendor de su impresionante altura—. Dime qué hay que hacer, porque francamente, no

entendiendo nada.

—Tiene que ver con el encargo que mi tío Cristian nos dejó —Juan hablaba con Baran, pero estaba pendiente hasta del último movimiento de Lorena, que volvía a sentarse en la silla luciendo abatida y derrotada.

—Ahhh... ¿Esto se trata de él? De acuerdo, me callo. —Con el ceño fruncido casi hasta llegar a la nariz y las manos en alto, Baran obedeció la nueva orden silenciosa de Juan.

—No hay ningún él acá —gruñó Lorena, concentrada solo en el ruso, que tuvo el coraje para reír—. ¿Qué?

—Nada, solo que el día que Adriana vino para acá a pedirme ayuda con su dieta, yo le pregunté si lo hacía por él —Baran apuntó a Juan con su dedo—, y ella, sentada en esa misma silla, con la misma actitud gruñona y mordaz que tienes tú ahora, me dijo exactamente las mismas palabras que acabas de pronunciar.

—¡No me hace gracia esa comparación! —gritó Lorena de camino a la salida—, y si quieren hacer algo por mí, díganle a sus perfectas espositas que me fui. Que huí como una cobarde. Eso es lo que de verdad me hace la otra de este Quinteto. Soy una maldita cobarde, débil hasta la médula. Ellas no saben lo que es tener miedo.

En contra de lo que ambos esperaban, Lorena no salió dando un portazo, sino que silenciosa como un ratón. Baran se asomó al pasillo para ver como ella evadía el comedor, donde todas las mujeres estaban en ese momento, tomaba su cartera y su chaqueta del perchero junto a la puerta y se iba sin despedirse.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó al mecánico cuando se devolvió sobre sus pasos y cerró la puerta a su espalda.

—Esperar. No hay nada más que podamos hacer.

—No es verdad.

—¿Qué nuestras esposas sean perfectas? —Juan se tiró un poco el pelo antes de contestar.

—Que ninguna de ellas tenga miedo. —Baran apretó las manos y cuadró la

mandíbula, con los ojos puestos en algo que solo él podía ver—. A Fran le aterraba reconocer que me ama.

—Si es por eso, Adriana huye como de la peste cuando algo no le sale bien al primer intento.

—Isabel tiene verdaderos ataques de pánico cada vez que enfrenta algo nuevo y repentino.

—Y tiene que haber algo que asuste a Pamela.

—Sí, tener que reconocer que algo la asusta. —La breve carcajada que compartieron no hizo nada por ocultar el verdadero problema al que se enfrentaban—. Juan, me puedes explicar qué mierda pasa.

—No sé mucho, pero esto es lo que hay: hace muchos años atrás, Lorena y Antonio tuvieron una relación que terminó en catástrofe, nadie sabe el porqué. Y ahora Antonio se va a casar.

—Pero si lo de ellos terminó hace tantos años...

—Todas están convencidas de que Lorena aún está enamorada de Antonio, aunque ella misma no lo quiera reconocer. Y le está haciendo el vestido a la novia.

—*Chto?! Kak, chert voz 'mi, on sobiralsya popast' v nechto podobnoye?* Lo siento. —Baran cambió inmediatamente al español después de su exabrupto—. Y ya sé la respuesta. Ella no se metió, no tenía idea que ese imbécil era el novio.

—Que desesperación no poder hacer algo. Me encantaría, al menos, hablar con Adriana, pero si lo hago, Lorena me mata. ¿Qué? —Juan vio el repentino cambio en el semblante de Baran y supo que había llegado a una conclusión que no le gustaba—. Señor director, no puedo leerle el pensamiento.

—Lorena estaba muy enojada por todas las bromas sobre ser la otra. ¿Y...? *Chert voz 'mi!* ¿Y si es eso lo que le pasa?

—Crees...

—¿Qué más podría ser? Tú no la viste, temblaba mientras lloraba y no había manera de controlarla.

—Y después, eso de tener que hacer algo que es lo correcto... ¡Santa Grasa!

—No digas eso nunca más. Parecemos Batman y Robin.

—Adriana siempre dice que soy una maravilla.

—Aceite de maravilla será. Ya sabes, mecánico grasiento y asqueroso. —A pesar de lo serio de la conversación, ellos no podían evitar hacerse bromas como siempre —Seguimos sin saber qué hacer.

—Ya te dije que no hay nada que hacer, excepto prepararnos para cualquier contingencia.

—¿Y eso sería tener que matar a un hombre en su luna de miel?

—Espero no necesitar mi martillo.

—¿No una llave inglesa, como Isabel?

—La llave inglesa es para niñas..., tú puedes usar una. El martillo es para los hombres. Y esa es solo una posibilidad. Otra es tener que buscar un abogado para sacar a Lorena de la cárcel.

—Y a nuestras esposas junto con ella.

—Si Adriana se involucra, podemos estar tranquilos. Jamás van a encontrar el cuerpo.

—Tienes razón —concedió Baran con el ceño fruncido—. No es frecuente, pero ahora la tienes. Otra posibilidad sería tener que aguantar al idiota por el resto de nuestras vidas.

—Eso es mejor que las visitas conyugales.

—Solo por si acaso, voy a empezar a acumular visitas conyugales.

—Totalmente de acuerdo con usted, señor director. Pero ni una palabra a nuestras esposas.

—¿Y tú tienes permiso para guardarle un secreto a Adriana? —Con la rubia ceja arqueada, burlona, Baran empezó a caminar hacia la salida.

—Es una broma, ¿verdad? —preguntó Juan, imitándolo.

—No.

—¿Quién es el idiota ahora? ¿O tengo que recordarte que Adriana no supo por más de diez años que estaba enamorado de ella?

—¿Le dejamos el puesto libre al tal Antonio, por si acaso? —preguntó el ruso antes de abrir la puerta.

—De acuerdo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Esa noche, el insomnio volvió a la vida de Lorena.

Y el sábado fue la incompetencia propia de una persona que no duerme bien y que tiene la cabeza en cualquier lado, excepto arriba de sus hombros.

—*Catrasca* ataca de nuevo —murmuró Lorena mientras deshacía con mucho cuidado una costura en el vestido de novia de Gabriela.

—¿Por qué no descansa un rato en la bodega, señorita Lorena? —preguntó Tamara—, después puede seguir trabajando.

—Este vestido hay que dejarlo listo hoy, la clienta viene el lunes a buscarlo.

—Pero media hora de sueño le va a venir bien. Y ya hay que almorzar. Déjeme, que voy a buscar algo de comer y después trabajamos juntas, no queda nada más urgente.

—Bien, voy a tirarme un rato.

Finalmente, durmió casi dos horas. Tamara había comprado una ensalada para ella. Aunque Lorena hubiera preferido una hamburguesa o una pizza, la comió con ganas y bebió dos tazas de café antes de volver al trabajo.

La serena presencia de Tamara la ayudó a mantenerse en una pieza y, finalmente, el vestido quedó listo poco antes de las siete de la tarde.

Las mujeres se despidieron en la puerta de la oficina y cada una partió por su lado. Tamara, a pasarlo bien con algunos amigos, según ella misma contó, y Lorena procurando no ver la fotografía que ocupaba la portada de una importante revista que anunciaba el inicio de la cuenta atrás para la boda del año.

Cuando llegó a su departamento, se dio una ducha y se quedó con camiseta y calzones. Hacía mucho calor para sus amadas camisas de franela y no tenía ni un par de calcetas de hombre decentes, así que usó unas pantuflas que aún estaban casi nuevas.

Tenía un hambre feroz, pero nada en el refrigerador que sirviera, debía cocinar lo que quisiera comer y no estaba de ánimo para nada. Tomó un paquete de galletas y un jugo y se sentó frente al televisor, pasó canales sin ver nada en particular, hasta que, para colmo de la mala suerte, el control remoto se quedó sin pilas y ella simplemente siguió viendo el programa policiaco sin molestarse en ir a buscar unas nuevas.

Cuando su teléfono móvil sonó, casi saltó en el sofá. Miró el identificador y una sonrisa triste iluminó su rostro.

—Hola.

—*Hola, mi cielo, ¿cómo estás?* —la cálida voz de Antonio llenó su oído y, de pronto, todos sus problemas empezaron a desaparecer.

—Agotada y hambrienta.

—*¿Chino? ¿Tailandés, peruano?*

—Hamburguesa con triple queso, muchas frituras, Ginger Ale, dos botellas de tequila, un kilo de sal y dos kilos de limones —pidió de corrido, no necesitaba pensarlo, había soñado toda la tarde con la combinación.

—*¿Qué pasa, amor? ¿Por qué estás tan triste?*

—Ya te dije que cansada y hambrienta. —«Y te necesito desesperadamente», agregó para sí.

—*De acuerdo, estoy allá en media hora.*

—Te espero.

Antonio cortó la llamada con todas sus alarmas sonando sin cesar. Lorena podía decir que solo estaba cansada y hambrienta, pero él la conocía mejor

que eso.

Necesitaba desesperadamente llegar junto a ella lo más pronto posible, le urgía enterarse inmediatamente qué le pasaba a Lorena, así que recurrió a la única persona en el mundo que podía ayudarle.

Cuando llegó al edificio donde Lorena vivía, el detective privado esperaba con una enorme bolsa de supermercado. Le pagó en efectivo casi el doble de la boleta que el hombre le entregó y se quedó mirándolo largo rato. Era apenas la segunda vez que estaba cara a cara con él.

—¿Sabe usted qué le pasa? —preguntó después de considerarlo mucho.

—Me imagino que algo grave, pero no tengo idea qué. Si quiere, puedo pincharle el teléfono, por si llama a una de sus amigas.

—¿Por qué se imagina que algo grave?

—Anoche salió a casa de su prima. Normalmente cuando se juntan, están hasta muy tarde, dos o tres de la mañana, pero ella se devolvió temprano, eso es muy, muy inusual. —El hombre miró una libreta de notas—. Dice acá que antes de las doce ya estaba en casa. Y que venía llorando. Al parecer, se acostó enseguida, ya que el departamento quedó a oscuras cinco minutos después. Pero a las dos de la mañana encendió la luz del segundo dormitorio. Según sé, ahí tiene un pequeño taller donde trabaja cuando no puede dormir.

—Correcto.

—Estuvo ahí hasta las siete treinta, hora en que se asomó a la terraza. Una hora después se fue a trabajar y estuvo en el taller sin interrupciones hasta las siete de la tarde, aproximadamente.

—¿No salió a almorzar?

—No, su ayudante fue a comprar un par de colaciones y nada más.

—¿Tuvieron alguna visita durante el día?

—Solo un cliente que había mandado a hacer un vestido de noche para su esposa. Bueno, supongo que era la esposa. Su... —El hombre carraspeó, consultó las notas y volvió a mirarlo—. La señorita Gabriela no se asomó para nada por el taller.

—De acuerdo, muchas gracias.

—¿Necesita ayuda? Lo veo un poco cargado.

—Solo ayúdeme a acomodar mejor las bolsas y esta caja.

Antonio cargaba una caja de cartón liviana pero grande y, por tanto, incómoda de llevar. Además, una bolsa que contenía la comida y la que el detective le había entregado con las compras del supermercado.

Cuando pasó frente a la recepción, dio gracias porque a esa hora no había nadie, era un problema menos para él. En otra circunstancia le preocuparía, pero como tenía a alguien cuidando siempre a Lorena, alguien de su confianza y que había hecho un buen trabajo por más de una década, no le dio otro pensamiento.

Antes de subir al ascensor, escuchó el ruido del automóvil del detective alejarse. «Mejor, aún», pensó. Ningún registro que evidenciara su presencia cerca de Lorena. Justo el motivo por el cual, casi un mes atrás, le dio la orden de retirarse cuando él llegara.

Golpeó la puerta de Lorena y esperó lo que parecía una eternidad. Cosa extraña, por primera vez, la muchacha asomó solo la cabeza antes de abrir la puerta. Pero con la poca ropa que llevaba, agradeció su buen juicio.

—Hola, mi cielo —saludó mientras entraba.

—Hola, ¿cuál es la bolsa de la comida? Me muero de hambre. —Lorena saltó a registrar su carga para buscar lo que quería. Cuando lo encontró, abrió la envoltura de la hamburguesa y dio un mordisco antes de suspirar—. *Justo* lo que *nefeditaba* —dijo mientras volvía al sofá y devoraba el sándwich.

—¿Ni siquiera me gané un beso por alimentarte? ¿Las gracias, al menos?

—¡Gracias! —exclamó desde su lugar y tiró un beso al aire—. Ahora, quédate calladito, que ya empezó el programa.

—Tú sabes que ese es de crímenes, ¿verdad? —Antonio fue hasta la cocina, sacó dos vasos, sirvió bebida y fue hasta el sofá con el resto de la comida y algunas servilletas.

—*Sip*, pero no es violento. No tanto al menos. Es más intelectual que otra

cosa.

—¿Y sus conversaciones científicas no te dan dolor de cabeza?

—*Nop.* —Lorena cogió su vaso y tomó un trago de bebida, y después sacó la bandeja de papas fritas para reemplazar la hamburguesa que ya había devorado y siguió comiendo a una velocidad impresionante, al punto que Antonio empezaba a preocuparse—. La verdad es que el control se quedó sin pilas y me vi atrapada en este drama, pero ese exquisito chocolate en dos piernas de ahí me recuerda a Mal.

—Y yo que tenía la esperanza de que el tal Malik fuera feísimo.

—No tienes tanta suerte. Mal es mucho más guapo. Y esa chica me recuerda terriblemente a Adriana. Bueno, una Adriana rubia y pre asombrosa bajada de peso. —Lorena se zampó tres empanaditas al hilo—. Y que me escuche siempre al vestirse, no solo cuando quiere algo de Juan. La adoro, ¿sabes? Su estilo es único y me encanta la manera en que combina su ropa con los lentes. Justo cuando pensaba que un nerd de la computación no podía ser un ejemplo de buen vestir, ¡zas!, aparece ella y me deja con la boca tapada.

—Es decir que estás aguantando la serie por ver la ropa de esa mujer. Lo podrías buscar en internet, ¿sabes?

—Pero la serie está buena, la verdad. Ese tipo todo seriote me recuerda a Baran, pero moreno. Ah, y más bajo. Y delgado. Y no ruso. No se parece en nada a Baran, la verdad, pero hay algo en su actitud... ¡Ah! Lo mejor lo dejé para el final. —Lorena suspiró y miró atenta la pantalla—. Ese guapito me tiene loca. Podría estar todo el día diciendo un dato científico tras otro y no me daría dolor de cabeza. Aleja esto de mí, el aroma de la fritura me está dando asco. —Lorena le pasó la bolsa a Antonio, quien la fue a dejar sobre la barra de la cocina.

—Seguramente no es el olor, sino todo lo que comiste, casi sin respirar, parloteando como la chiquilla traviesa que aún eres. —Cuando Antonio volvió a su lugar, Lorena se acomodó de tal manera que quedó recostada sobre el pecho masculino. Antonio no perdió ni un minuto y la abrazó por la cintura,

tirándola más hacia atrás, forzándola casi a apoyar la cabeza en su hombro. Su postura favorita.

—Fue modelo de Marc, ¿sabías?

—Es un dato muy común, ¿cómo no iba a saberlo!

—Te estás burlando de mí. Pero no importa, el buen doctorcito en la pantalla es todo lo que necesito.

—Vaya, gracias. —Antonio hizo una pausa, rogando para que su siguiente paso diera los frutos esperados—. Ahora que estás de mejor ánimo, ¿me vas a decir qué te pasa?

—Ya te dije que estaba cansada y hambrienta. —Antonio no estaba convencido de que eso fuera todo. Quizás la situación con Gabriela también estaba empezando a molestarla. No quería ni imaginarse cómo era estar en el medio, trabajando para ella, atendiéndola en su empresa y hablando con ella, cuando por otro lado mantenía una relación con él, sabiendo lo que sabía. Debía ser muy estresante, de verdad horrible. Él, que había provocado todo, lo pasaba pésimo, ¿cómo no lo haría ella!—. Además, ver a todos estos locos psicópatas matar mujeres morenas, porque una lo rechazó, pone todo en perspectiva.

—No creo que la explicación sea tan sencilla. Me imagino que...

—Shhh... El doctorcito lo explica mejor.

En ese preciso instante, Antonio descubrió que tenía otro motivo de frustración. Ser dejado de lado por un personaje televisivo. Como si tuviera muchas cosas a su favor, en ese instante era reemplazable por alguien que ni existía. Abrazó más estrechamente a Lorena y ella no solo lo dejó, sino que, además, se pegó a él.

—Tengo frío —dijo, como justificándose. Pero la verdad era que tenía la piel helada y llevaba tan poca ropa que era natural que lo tuviera.

Antonio aprovechó el inicio de la tanda publicitaria para ir a buscar una manta y la caja que llevaba.

—¿Qué le pasa a tus calcetines? —preguntó cuando volvió a su lado en el

sofá.

—Están todos percutidos, así que los he ido tirando de a poco y no he comprado más. —Lorena agarró la manta y se envolvió en ella.

—Punto para mí entonces. —Con una sonrisa, le pasó la caja.

Curiosa, Lorena tiró la cinta adhesiva que sellaba las solapas de cartón y la abrió con curiosidad e ilusión. Metió la mano y sacó un par de calcetines negros, gruesos, suaves y enormes.

—Tienen unas bolitas de silicona en la base —explicó Antonio tomando otro par—, para que no se percutan tanto y para que te den mayor fricción y no te resbales. Además, el elástico es de esos delgaditos que casi ni aprietan, solo para que se mantengan en su lugar.

—¿Me compraste calcetines? —chilló Lorena tirando la manta por cualquier lado, dejando caer la caja también, todo para saltar sobre Antonio y sentarse a horcajadas sobre él.

—Así es. —Antonio sonrió por el ímpetu con que Lorena había brincado sobre él—. Te compré estos calcetines que son especiales para loquitas como tú, que les encanta la sensación de andar con el pie desnudo.

—*Pata pelá*, Antonio, ¡Jesús! —Lorena resopló exasperada—. Siempre tan aristocrático el *condena'o*. ¿Qué más hay en la caja?

—Solo calcetines.

—Esos son muchos calcetines. —Evidentemente, Lorena no sabía si Antonio hablaba en serio o era una broma.

—Doscientos ochenta y ocho pares. Doce docenas blancas y doce docenas negras, para mayor referencia. Deberían durarte al menos cinco años.

—¿Por qué tantos?

—Falta de precisión en las comunicaciones. —Antonio la miró y se rio—. Compré por teléfono y dije que quería doce, pero estaba llamando a un distribuidor, así que ellos interpretaron doce paquetes de calcetines, tal como ellos los venden, o sea, por docenas. A mí me llamó la atención cuando me dijeron el valor del depósito, pero no le di importancia, me acababa de enterar

que el precio de la libra de cobre había bajado a trescientos, así que tenía problemas más urgentes que resolver. Me di cuenta ayer, cuando llegó el pedido a mi departamento.

—Bueno, al menos no me tendré que preocupar por mucho tiempo. ¿Cuánto te debo?

—Son un regalo, Lorena. —En dos segundos, una simple pregunta, y el ambiente cambió automáticamente.

—No lo acepto. Es mucho dinero.

—Siempre estoy comprando cosas para ti. Comida, por ejemplo.

—También comemos cosas que yo compro. —Lorena se volvió a cambiar de posición, para quedar sentada cerca de Antonio, pero no pegada a él. Se cubrió con la manta y volvió a concentrarse en el televisor—. Y tú usas mi ducha y cargas acá tus aparatos electrónicos.

—Si tú quisieras ir a mi departamento, podrías usar mi ducha y cargar tus aparatos electrónicos. Es lo que suele suceder en una relación.

—Nosotros no tenemos una relación. —De pronto, Antonio sintió que Lorena edificaba un enorme muro de hielo; que la manta y la manera en que la agarraba eran meramente simbólicas, representaban la distancia que siempre imponía entre ellos—. Nosotros pasamos tiempo juntos y tenemos sexo, porque tu novia te deja de lado para viajar y estar con sus amigas. Y, me imagino, también porque ella es muy delicada y no acepta que le hagas ciertas cosas con las que yo no tengo problemas. No creo que *lady* Gabriela te lo chupe y te pida que te corras en su boca, debe ser lo más atroz que pueda imaginarse. ¡Qué rayos!, si es tan timorata que se muere de la vergüenza cuando tiene que probarse un vestido. Ella misma me confesó que ni tú la veías totalmente desnuda porque prefiere tener la luz apagada.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Nada. Solo lo que dije. Ahora déjame ver el final del capítulo, por favor.

Antonio quedó absolutamente perplejo. Por un momento, Lorena había sonado enojada; después, burlona y despectiva al hablar de «*lady* Gabriela».

Luego, su voz volvió a la neutralidad de una conversación cualquiera, sin importancia. Y al final, meramente interesada en el programa que veía.

La conocía lo suficiente como para saber que cuando ella reflejaba sus estados de ánimo a través de cualquier gesto, incluso de su manera de hablar, era porque decía lo que realmente pensaba. Lorena era demasiado expresiva para ocultarse detrás de una supuesta indiferencia, como lo había intentado cuando recién se reencontraron.

Lo único que podía concluir era que estaba siendo muy, como siempre, sin más adjetivos que acompañaran esa corta y asquerosamente significativa palabra. Muy. Muy de todo.

Se tragó el dolor sordo con el que ya estaba acostumbrado a vivir y se acercó a ella para abrazarla nuevamente. Lorena lo dejó hacer a su antojo y volvió a la posición anterior, recostada sobre su pecho, con la cabeza sobre el hombro.

En silencio, vieron la solución del caso del «asesino de morenas», como Lorena lo llamaba, y se quedaron esperando por si pasaban otro. Según la muchacha, ese era el segundo que veía, pero no hubo suerte.

—Ya, se acabó el día —dijo Lorena cuando se puso de pie para apagar el televisor—. Estoy agotada, pero si quieres, puedo acostarme con las piernas abiertas y tú haces lo tuyo.

—¡Qué mierda, Lorena! —Antonio saltó del sofá, gritando, se acercó a Lorena y la miró como si de pronto le hubieran salido dos cabezas.

—Bueno, no es para tanto. —Indiferente, la muchacha encogió los hombros y pasó por su lado de camino al dormitorio—. Si te molesta tanto, hasta puedo participar un poco. Ah, y antes que me olvide. Para futuras referencias, las amantes suelen preferir que les regalen joyas o vehículos. Ya me entiendes, propiedades de valor. Te lo digo porque seguramente vas a necesitar esa información en algún momento...

—Cállate.

—Me imagino que es para igualar en algo a la esposa. —Se detuvo junto a la

barra de la cocina y se giró. Tenía los dedos sobre la boca y daba golpecitos suaves, como si estuviera pensando algo con mucha seriedad—. A ella le compras una casa, le pagas las cuentas, la llevas de viaje a lugares exóticos. *Lady* Gabriela me contó que ustedes irán de luna de miel a Bali. Suena espectacular.

—¿Qué mierda te pasa, Lorena? ¿Por qué estás hablando tantas... tantas...? ¡Estás loca!

—*Sip*, eso lo sé. —Entonces, para rematar la confusión de Antonio, se puso a reír—. De hecho, Baran siempre nos dice que somos un conjunto de locas. Esto es, nosotras cinco. Y a mí me toca la peor parte. Juan también está de acuerdo. Fran es pequeña y loca; Adri, gruñona y loca. Pame... ah, claro, debe ser silenciosa y loca. Isa, perfecta y loca, y a mí me toca loca y loca. Me quedó *suuuuper* claro anoche. Por supuesto que, considerando que estaba a solas con los esposos de mis amigas, encerrada en la oficina de uno de ellos y hablando de fantasías eróticas, probablemente me toque promiscua y muy loca.

—Elabora, por favor. —Antonio hizo su petición esperando que ella explicara eso de loca y loca, para tener tiempo de calmarse. Pero como era Lorena, no fue lo que interpretó.

—Bueno, Baran es muy, muy guapo, con ese cuerpo espectacular. Te lo digo bien en serio. Casi me morí cuando fue al taller y le tomé las medidas para el traje del matrimonio. Es decir, su espalda... Oh, y las piernas... ¡Santo Cielo! Una envidia con mi prima, ni te lo explico. Y Juan... me parece que ya te dije que no era mi tipo, principalmente porque le tengo mucho aprecio a mi vida y no quiero que Adri me mate si miro con malos ojos a su esposo, pero es muy guapo en su estilo... no sé, como... mmm... delgado y rudo. Trabajador, ¡eso! Nunca me han molestado las durezas en las manos de los hombres, me encanta el tacto en mi piel. Fijación con las manos de mi padre, tal vez, nunca lo había pensado. Era un bonito contraste, los dos ahí y yo en el medio. Si no fueran los esposos de Fran y Adri... —Lorena suspiró soñadora—. Un mínimo avance de su parte y mi ropa desaparece en un dos por tres.

—Así que hemos vuelto a que trates de convencerme de que eres una mujerzuela.

—No me considero a mí misma una mujerzuela, solo me gusta divertirme. Como la canción de Cyndi Lauper. *Girls just want to have fun*. Y si yo soy una mujerzuela, entonces tú eres un hombrezuelo, porque no creo que no te hayas divertido en tus viajes por lugares exóticos. De hecho, sé a ciencia cierta que has aprendido una o dos cositas en estos años.

Antonio se quedó en su lugar mientras Lorena cantaba y bailaba, muerta de la risa. Aún no entendía qué pasaba, pero su teoría cobraba fuerza. Habían vuelto a fojas cero con el tema de su relación y Lorena nuevamente hablaba como si nada de lo que ellos vivieron tuviera importancia. Era el maldito compromiso con Gabriela y su incapacidad de terminarlo. Era Lorena queriendo alejarse de él, queriendo expulsarlo de su vida.

Eso era lo que le pasaba.

Por lo tanto, Antonio debía mantenerse tranquilo, dejarla despotricar todo lo que quisiera y, después, hablar como personas razonables. Incluso, si era necesario, ir esa misma noche hasta Reñaca y dejar las cosas claras con Gabriela, y a su regreso, hablarían.

Se maldijo por varios minutos mientras Lorena seguía con su cháchara. Debió hacer eso la noche anterior, debió tomar el todoterreno e ir a buscar a Gabriela. O al menos esa mañana, en vez de ir a trabajar, tendría que haber ido a Reñaca.

—¡Te estoy hablando, por la mierda! —gritó Lorena furiosa—. Haz el favor de responderme. ¿Te vas o quieres ir a echar un polvo? ¿O es que ya te aburrí?

—Jamás podría aburrirme de ti —dijo Antonio con ternura, y se acercó buscando acariciar su mejilla—. Y nosotros no echamos polvos. Nosotros...

—¿Follamos? ¿Te gusta más eso? Me da lo mismo cómo le digas, yo conozco algunos nombres interesantes. Y algunas cosas interesantes, también. Ya sé que no quisiste que te amarrara, pero tal vez te gustaría hacerlo tú. Amarrarme, me refiero. Y vendarme, tal vez. Ohhh... ¡Me encanta! Tengo el

artilugio ideal, Fran nos trajo unas bufandas de París, maravillosas.

Lorena se dio la vuelta y fue hasta su dormitorio. Abrió las puertas del ropero y sacó varias cosas hasta que dio con la prenda que mencionaba. Cuando Antonio llegó cerca, se las tiró.

—Vamos, apúrate. Va a estar bueno.

Lorena se sacó la escasa ropa que llevaba y la tiró por cualquier parte, para quedar totalmente expuesta. Antonio no pudo evitarlo y se quedó con los ojos fijos en sus pechos.

—¿Te gustan, no? —preguntó la muchacha tomando sus pechos y levantándolos para mostrárselos. Se mojó un par de dedos con la lengua y acarició sus pezones—. El otro día no quisiste brindarme un champañazo, pero tal vez hoy quieras, ¿qué te parece?

—Lorena...

—¿O te gustaría correrte en mis tetas? —Lo miró con auténtica curiosidad, pero después se golpeó la frente como si hubiese hecho un gran descubrimiento— ¡No, ya sé! El culo. Eso es lo que quieres.

—Lorena...

—Sabes que es mentira que no lo he hecho con ningún otro tipo por el culo, ¿verdad? Solo te vendo la fantasía de que eres el único... esa es fácil de vender, te aprietas, lloriqueas un poco...

—¡Lorena!

—¿Qué? Decídette, ¿qué es lo que quieres? Sabes que para eso estamos las amantes. Para darle a los tipos como tú lo que sus espositas no les dan.

—¡Lorena, cállate! —Antonio perdió la batalla consigo mismo y, en contra de todo lo recomendable, dejó que la furia que sentía se apoderara de su boca—. ¡Cállate de una puta vez, maldita sea!

—¡Ah, claro! Solía tener una mordaza de bola, debe estar en algún lado. ¿Eso quieres? Amarrada, vendada, sin poder hablar y en cuatro patas, para que me des bien duro por el culo. Vamos, toma las bufandas y amárrame. Y un consolador también, quizás quieres tener la experiencia de...

—¡Suficiente, Lorena! ¡Ya, basta! ¿Esto es por los malditos calcetines? ¡Tíralos a la basura si tanto te molestan!

—¿Estás loco o simplemente eres un idiota? Es la única puta cosa que he sacado de ser tu amante.

—¡¿Qué quieres entonces?! ¿Joyas, un departamento, un automóvil nuevo? —Antonio se acercó a ella y le apretó duramente los brazos. Se detuvo en el momento justo. No estaba tan enojado como para usar su fuerza sobre ella. Pero sí lo suficiente como para responderle de la peor manera posible—. ¿Cuál es el maldito precio que tengo que pagar para usar tu cuerpo? Porque, ¿sabes?, tienes razón. A Gabriela me la follo solo a lo misionero, después de todo, va a ser la madre de mis hijos, ¿no?

—¡Claro! —lo que Antonio había dicho era horrible, pero por fin Lorena había perdido totalmente ese brillo de diversión que tenía y estaba tan enojada como él. Cometería un error en cualquier momento y él lo aprovecharía—. Para eso un tipo como tú se busca una princesita como ella, para tener perfectos hijos tan aristocráticos como ustedes.

—¡Por supuesto! Y jamás, ¡jamás!, se me ocurriría hacerle nada en su preciosa y delicada boquita. Con esa boca va a besar a mis hijos. —Lorena se alejó de él y se detuvo junto a la cama. Si las miradas mataran, él yacería sin vida a sus pies.

—¡Eso es evidente! Con esa boquita, también debe hablar a nombre de sus familias en todas las funciones sociales.

—¡Y ni qué decir de sus pechos! Ni se los toco. ¡Con esos pechos va a alimentar a mis hijos! —Y ya que estaba cavando su propia tumba, bien podría meterse solito, así que siguió diciendo todas y cada una de las imbecilidades que se cruzaban por su cabeza—. ¿Y el culo? Solo de salida, muchas gracias. Por algún lado tiene que irse el exquisito caviar que comeremos todas las noches en la cena.

—¡Exactamente lo mismo que pienso yo! Tetas, culos y mamadas, solo para vulgares amantes, como yo.

—¡Mierda, Lorena, córtala! ¡CÓRTALA! ¡YA FUE SUFICIENTE!

Absolutamente fuera de control, Antonio se acercó a la muchacha hasta que ella no tuvo escapatoria, y después siguió, lo que provocó que Lorena cayera en la cama. Si hubiera estado en mejor forma, habría notado el miedo que por un momento se dibujó en el rostro de Lorena, pero ella inmediatamente se recompuso y aprovechó la circunstancia.

—Bien, ya llegamos acá. Tal vez mi primera idea era la correcta. Simplemente me acuesto y te abro las piernas. —Uniendo la acción a las palabras, Lorena se ubicó en el centro de la cama y formó una equis con sus manos y piernas—. Vamos, estoy lista. —Pero Antonio no respondía, ni siquiera se movía—. ¡Vamos! ¡VAMOS! ¿Qué, no se te para acaso?

—No me vengas con esas, mocosa insolente. —La voz, ronca, pausada, totalmente controlada, era el peor aviso de tormenta. No había vuelta atrás; a donde fuera que los llevara la locura que estaban a punto de cometer, allá irían—. ¿Quieres que te amarre? ¿Que te vende los ojos? Dalo por hecho. ¿Quieres que te folle bien duro? Con placer. Olvídate de la mordaza, no sea que quiera darle algún uso a tu boca. ¿Dónde está el lubricante? —Aunque Lorena fuera capaz de contestar, él no la escucharía. Ya había tenido bastante palabrería—. O tal vez ni siquiera lo necesitas. Dime, ¿ya estás bien mojada para mí? Déjame ver. —Antonio se arrodilló y avanzó por la cama hasta quedar entre las piernas de Lorena. Después, sin darle oportunidad para prepararse, metió dos dedos en su vagina. Lorena inhaló con fuerza, pero fue por la sorpresa, no por dolor. Estaba muy húmeda—. Parece que te gusta un poco de violencia, ¿no?

—Si hasta ahora no has descubierto que me gusta el juego rudo, es que eres más idiota de lo que piensas.

—¿Otra vez con insolencias? Te dije que no salieras con esas. —Con sus dedos mojados recorrió los labios vaginales hasta llegar al clítoris, que acarició suavemente.

—¿A eso le llamas follar duro? —Lorena estaba provocándolo, eso era

evidente. Pero Antonio no podía hacer nada por detenerse. Si ella lo provocaba, él respondería.

—¿Te gusta el juego rudo? ¿De eso se trata esto? —Volvió con sus dedos a las anegadas carnes, la penetró varias veces, cada vez más fuerte.

—Se trata de follar —jadeó Lorena, pero Antonio no supo identificar si por placer o molestia—. Lo tomas o lo dejas.

—Ya te dije en una ocasión. Si tu cuerpo es lo único que me ofreces, lo tomo. —Sacó los dedos de su interior y recorrió el camino que separaba las nalgas. Justo antes de llegar a su objetivo, se detuvo—. Dime, cielo, ¿estás molestándome para evitar tener que pedirme que me ponga malo contigo? ¿Qué estás esperando? Dilo.

—Yo no quiero nada. No espero nada.

—¿Esa es tu manera de decirme que quieres añadir el factor sorpresa? De acuerdo, solo recuerda que tú lo pediste.

Antonio se bajó de la cama y se acercó al lugar donde había dejado caer las bufandas de seda. Las agarró y caminó con pasos firmes hasta la cabecera de la cama.

—Esta es bonita —dijo seleccionando una—. Gris y rosa. Te sientan bien estos colores. Creo. La verdad es que no sé nada de combinaciones, pero sé mucho de nudos. Gracias, Grupo Scout Pumalín.

Tomó la prenda y la dobló, luego la acercó a la cara de Lorena y cubrió sus ojos. Con una mano en la nuca, la obligó a levantar la cabeza e hizo un nudo en la parte de atrás.

—Creo que son un poco débiles para amarrarte con ellas. ¿Con qué cara voy a mirar a mi madre si destrozo unas lindas Hermès, traídas directamente de París, teniendo sexo duro con mi amante?

—Por supuesto, la opinión de doña Cecilia es muy importante, ¿no? ¿Qué importa el sexo duro, mientras no destroces unas lindas Hermès?

—No te metas con mi madre, Lorena, te lo advierto. O te va a ir muy mal. — Antonio miraba a su alrededor buscando algo más firme para atar a la

muchacha y aprovechó la pausa para comenzar a desvestirse. Se sacó la camisa sin desabrochar los botones, abrió el cinturón y lo tiró.

—¿Qué, ahora me vas a dar un par de latigazos? —Pese a todo, la voz de Lorena seguía sonando firme y desafiante—. Deje que acomode mi postura para usted, amo.

—Prefiero usar directamente mi mano para eso. —A Antonio se le ocurrió que la solución a su dilema estaba, literalmente, al alcance de su mano—. La correa es para ti, gata salvaje, para atarte. Y quédate quieta, ya veré yo cómo te pongo —agregó cuando Lorena intentaba darse la vuelta.

—Como diga, mi amo.

Antonio tomó a Lorena por las axilas y la obligó a acercarse al cabecero de la cama. Después, capturó sus muñecas y las juntó. «¿Cómo rayos se haría eso?», se preguntaba mirando las manos de Lorena, el artístico cabecero de fierro y su cinturón.

—Probablemente necesite dos —concluyó, pero no tenía intenciones de dejarla sola sobre la cama para buscar otra cosa, y él mismo había descartado las bufandas tirándolas lejos—. Lo bueno es que el cinturón es viejo y flexible. Y largo. Bien, me las arreglaré.

—El amo es muy inteligente.

Pero él pensaba que era un rematado tonto por haber caído de esa manera en los juegos de Lorena y aún sin entender totalmente cuál era su propósito. No concebía que simplemente quisiera jugar, podría habérselo dicho claramente, Lorena nunca había tenido problemas en ese sentido.

Finalmente, decidió que haría un cruce doble entre las muñecas de Lorena para que quedaran unidas. Lo cerró con la hebilla y tiró el resto del cinturón hasta la figura de fierro más cercana. Dio un par de vueltas e hizo el mejor nudo posible.

—Bien, gatita, creo que estamos listos.

—Mi amo es tan generoso. —Otra vez la burla, el desafío. Una sonrisa irónica—. Dígame, mi amo, esto sí que le gusta, ¿no? lo hace sentirse

identificado con sus ancestros. Patrones de fundos y esclavistas, todos ellos.

—¿Qué?

—Seguramente el motivo por el que, cuando uno menor a ustedes alcanzó el poder, inmediatamente fue en contra de lo establecido.

—No te entiendo. Y no me importa. Esto era acerca de follar y eso vamos a hacer. —Antonio se desnudó por completo antes de volver a arrodillarse en la cama, entre las piernas de Lorena.

—Yo le explico, amo. Su familia, ¿no fueron siempre aristócratas, incluso en el Viejo Continente? Y acá, lo único que querían era la libertad de ser los amos y no tener que responder ante nadie. —Lorena sonrió irónica—. Pero apareció este joven humilde e inteligente, hijo natural de un gran señor. No tenía derecho a meterse entre los señores feudales y sus esclavos, pero no. Él lo hizo, sin importar nada. Declaró la libertad de vientres y...

—No tienes idea de lo que estás hablando, así que mejor cállate. —Con sus rodillas, Antonio logró separar aún más las piernas de Lorena para dejarla totalmente expuesta a sus caricias, que no tardaron en llegar.

—... consiguió apoyo de quienes deseaban que la buena sociedad aceptara la libertad para todos, no solo para los ricos y poderosos...

—Cállate o te callo. —Antonio se sentía más allá de la furia y de la cordura, actuaba siguiendo impulsos repentinos, sin entender ni razonar. No era él mismo y muy en el fondo lo sabía, pero no había poder en la Tierra que lo detuviera.

—Cálleme usted, amo, si lo que digo le molesta —Lorena sonaba tan dulce, tan sumisa. Tan irritante—. Entonces, con el respaldo de todos, firmó la sentencia de muerte de sus antepasados. A la hermana de ellos tiene que haberle dolido. ¿Murieron sin descendencia, verdad? Los dos más jóvenes, me refiero. ¿Por eso es que ella comenzó a llamar al joven héroe «Huacho Riquelme»?

—Te callo entonces.

Con dos dedos penetrando su vagina y el pulgar acariciando el clítoris,

Antonio se inclinó hasta que llegó a su boca. Metió la lengua con fuerza en la cavidad, jugó con ella por mucho rato, hasta que un gemido se formó en la garganta femenina. Antes de abandonar la boca, mordió el labio inferior, no con tanta fuerza como para hacerle daño, pero sí la suficiente para que el gemido cambiara de placentero a doloroso. Luego, fue por sus pechos.

—Su hermana, doña Paula, tiene la misma costumbre, ¿verdad, amo? Ah...

Antonio rozaba los pezones con la lengua, humedeciéndolos. Después, con los labios comenzó a tironearlos, suavemente. Agregó los dientes con los que rastrilló la piel endurecida. Cuando Lorena comenzó a mover las caderas compulsivamente, él empezó a chuparlos, uno primero, el otro después, sin dejar, en ningún momento, de acariciar el clítoris hinchado y duro.

Un sonido profundo y urgente se formó en lo más íntimo del cuerpo femenino. Lorena jadeaba y gemía, dejándose arrastrar por la ola que la inundaba. Se impulsaba con las piernas para buscar mayor cercanía, mayor roce. El toque justo que la liberara.

Con un grito estentóreo, se dejó caer en el colchón, desmadejada y rota. Había sido un orgasmo intenso y Antonio lo sabía. Como siempre decía, entre ellos todo era siempre más intenso, más profundo.

—Va uno —declaró mientras sacaba los dedos de su refugio y los deslizaba hacia abajo, llevando con ellos la mayor humedad que pudiera reunir.

—Lo sé, mi amo —murmuró Lorena agitada—. Un motivo de orgullo y placer para usted. Seguramente, le gusta tenerme atada e indefensa. Totalmente a su voluntad, señor. Disponible para que me haga lo que quiera...

Antonio veía que Lorena movía su boca y emitía sonidos, pero las palabras ya no tenían sentido para él. Había tenido suficiente. Había sido demasiado. Se sintió molesto, sucio. Enfermo. Sabía que había gente que gozaba con esas situaciones, y no las juzgaba, pero no él. No así, apelando a su furia.

De pronto, algo se quebró dentro de Antonio.

Esa mujer que estaba amarrada ahí, indefensa y a su entera voluntad, como ella misma había declarado, era Lorena. Traviesa y juguetona, Lorena. Motivo

de alegrías y gozo. También del dolor más grande que sintiera en su vida.

Él siempre quiso todo con ella, pero eso era demasiado.

—No puedo —masculló, un sonido atormentado—. No puedo —repitió con más fuerza. Se estiró para sacar la venda bañada en sudor. Fue más allá hasta que consiguió soltar el cinturón del cabecero y después liberar las manos de Lorena—. Otro día, si de verdad quieres jugar a esto, lo haremos, pero así no.

—No es un juego para mí...

—Tampoco para mí. Si te molesta que aún no consiga terminar con Gabriela, mañana mismo voy a Reñaca y no vuelvo hasta que me escuche. —La oferta de Antonio llegó acompañada de suaves besos en el cuello y rostro femenino—. Y te pido mil disculpas por lo mal que lo has pasado estos días.

—No...

—Te amo, Lorena. Eres el amor de mi vida. —Las caricias de sus manos, encallecidas pero gentiles, volvieron a encender el cuerpo de Lorena—. Abrázame. Por favor, abrázame. Eres mi cielo, mi paraíso. Eres todo para mí.

—Antonio...

—Eres mi amante, sí, pero también mi amada. Quiero que seas mi esposa, la madre de mis hijos.

Volvió a apropiarse de su boca, pero ya no con fuerza, sino con ternura, con todo el amor que sentía, con la pasión que inundaba su cuerpo con la mera presencia de la mujer. Deslizó una mano por las caderas, tomó una pierna y la subió para que lo rodeara, buscando el calor de su hogar, de su refugio. Su cuerpo para adorar y proteger. Para amar.

—Antonio...

Lo que Antonio no percibía era la distancia que Lorena nuevamente intentaba imponer entre ellos, la manera en que ella decía su nombre, no con deseo o necesidad, sino que pasiva, lejana.

—Te amo, Lorena, te amo.

Con mucho cuidado, se deslizó dentro de ella. Lorena inhaló apretando los labios. Antonio gimió su alivio moviéndose lentamente. Quiso besarla, pero

ella se desvió, ofreciendo la mejilla. Enterró su cara dentro del cuello, arqueando la espalda para deslizar un brazo bajo ella y apretarla contra su cuerpo mientras los embates de sus caderas seguían, seguían.

«Te amo», susurraba una y otra vez. «Te amo», desesperado por alguna respuesta, por alguna reacción, pero lo único que escuchaba era un zumbido. Se irguió y vio a Lorena con los labios y los ojos apretados. Lágrimas corrían por sus sienes.

Soltó su pierna, que se deslizó exánime sobre su glúteo y muslo superior hasta quedar enganchada en el pliegue de la rodilla. Con la mano libre, limpió sus lágrimas y acarició el cabello. Nuevamente quiso besarla, pero ella seguía apretando la boca, por lo que se conformó con depositar cientos de pequeños besos sobre sus mejillas y cuello, incluso sobre la línea que formaban sus labios.

—Te amo, Lorena, y voy a solucionar todo, lo juro —pronunció repetidamente, acelerando el movimiento de sus caderas hasta que el fuego lo consumió.

Una sensación de derrota poco bienvenida anidó en su pecho. Su cabeza bullía con cientos de ideas, cada cual más disparatada que la otra. ¿Cómo había llegado a eso? ¿Por qué?

Lorena estaba totalmente quieta en sus brazos. Después de abandonar su cuerpo, la había acomodado sobre su costado y la había abrazado. El calor que ellos generaban era suficiente de momento, no necesitaban cubrirse, así que estaban ahí, sobre las mantas arrugadas, pero aún en su lugar.

El tatuaje de Lorena bailaba frente a sus ojos con cada inhalación. Él lo besaba y lo acariciaba con la nariz. En su mente, los recuerdos afloraban sin remedio. El día que se conocieron, las cientos de llamadas telefónicas, los paseos en el parque, hacer el amor por primera vez. Hacer el amor por última

vez. Ese día, ese horrible día en la playa y su viaje de vuelta a la capital, desesperado, sin saber qué hacer. La visita a la florería y la sonrisa amistosa de la dependienta. El cariño de Camila al recibirlo en casa, su paciencia para escuchar los desvaríos de un loco.

—Crisantemos... —empezó a hablar, tratando de darle forma a sus ideas, pero su voz salió tan extraña que se detuvo—. Era un ramo de crisantemos el que llevé a casa de tus padres el día... ese día. —Lorena no contestó nada, solo el más leve cambio en su respiración le confirmó que ella escuchaba—. Por eso, cuando vi tu tatuaje pensé... —inhaló profundamente—. Ni siquiera sé qué pensé, excepto que no estaba todo perdido, que podíamos reconstruir nuestra relación. «Un amor incomparable», dijo la mujer en la florería cuando yo seleccioné el ramo. No tenía idea de lo que hablaba, solo me gustó porque lo encontré vivaz, maravilloso. Único. Como tú. Y ella me explicó...

—Antonio, ya basta. No sigas, por favor. No lo hagas más difícil.

—¿Me vas a decir qué pasa? Ya me siento como disco rayado, te lo he preguntado mil veces y no...

—Te voy a decir lo que pasa ahora mismo. Solo... dame un minuto.

Lorena se puso de pie y fue hasta el baño. Del interior sacó una bata blanca de seda y se cubrió. Antes de alejarse, se miró en el espejo. Con una mueca de disgusto, se lavó la cara. Se secó y tiró la toalla a un canasto. No volvió a mirarse, simplemente retrocedió sobre los pocos pasos que había dado y se puso frente a él, que se había sentado en el borde de la cama.

—Soy yo la que parece un disco rayado, Antonio. Yo te he dicho muchas veces que no quiero volver a verte, que lo nuestro se acabó, que fue lindo y todo, pero ya está muerto y sepultado. Eres tú quien insiste en resucitarlo.

—Pero...

—Ahora te toca a ti callarte y escucharme. Y, por favor, escúchame. —Había algo extraño en la calma de Lorena. Por un momento, Antonio pensó que se prestaba a mentirle nuevamente, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y un leve temblor se apropió de ella—. Yo te amé, te amé tanto. Hasta la locura.

Eras un sueño hecho realidad. Dulce, tierno, atento. Un verdadero príncipe, más allá de tu linaje. Un auténtico cuento de *Cenicienta* a la chilena.

—Eso es tonto, Lo...

—Quería una vida contigo, quería ser todo para ti. Pero cometí errores, lo sé, y lo pagué caro.

—Ambos lo hicimos.

—Sí, ambos. Yo falté a mi palabra. Tú me pediste que te prometiera que no iba a hacer ninguna locura sin ti y no pude cumplir, fue tonto e inocente, no como te dije de Manuel y Nelly, pero... —Lorena secó sus lágrimas, inhaló profundo y siguió hablando—. Tú no confiaste en mí y me trataste como si fuera basura. Me gritaste delante de mis compañeros, asumiendo que yo no era capaz de cuidar de mí misma y...

—Te dije que estaba ofuscado, que sabía que estaba equivocado...

—Eso ya no importa, Antonio. —Lorena levantó una mano para silenciarlo—. Solo trato de explicarte qué pasa. Me destruiste. Ese día, destrozaste a la muchacha que te amaba. Rompiste todo en mí. Me costó mucho tiempo y mucho trabajo volver a ser yo. O al menos una parte de lo que yo era. Tú te llevaste el resto y siempre va a ser tuyo. Siempre, una pequeña parte de mí va a ser tuya.

—Yo soy todo tuyo...

—No, Antonio. No eres nada mío porque yo no quiero tener nada de ti, de la misma manera que quisiera recuperar ese trocito de mí que te llevaste. Pero no puedo. Lo intenté y no puedo. Porque ya no existe. ¿De qué va todo esto? —Hizo una pausa y una sonrisa dura atravesó su rostro—. De venganza. Quería destruirte como tú lo hiciste conmigo. Siempre lo he querido, llevo doce años rumiando mi anhelo de venganza. Pensé que si tenía una aventura contigo, después podría contarle a Gabriela y ella rompería el compromiso. Deseaba exponerte al escarnio público. Incluso, por un momento, quise pedirle a Isabel que instalara algunas cámaras en el departamento. Por motivos de seguridad le diría, pero lo que quería era grabarte y poder demostrarle al mundo la basura

que eres. Incluso, hoy, viendo esa serie, creí que si te forzaba a amarrarme, a golpearme y a tener relaciones duras, después podía ir a Carabineros y acusarte de violación.

—Lorena. —Y la derrota dio paso a la angustia—. Lorena, yo no entiendo, cómo...

—Pero no pude. De la misma manera en que tú no pudiste y me soltaste. Y terminaste diciendo que me amabas y haciéndome el amor. Yo no soy así. No somos así, ninguno de los dos.

—Yo te amo. —Antonio dio un paso para acercarse, pero Lorena volvió a levantar su mano.

—Eso no importa, Antonio. Tus sentimientos son lo de menos para mí. Eres como un niño pequeño al que le quitaron su juguete favorito. Tiene otros. Mejores, tal vez, pero él lo quiere todo.

—No acertaste a ninguna. No eres un juguete ni tengo nada mejor... De hecho, creo que ahora no tengo nada. —Antonio se estiró para agarrar sus pantalones. Por fin comprendía lo que se negaba a aceptar. Por fin comprendía por qué él preguntaba una y otra vez qué pasaba, teniendo la evidencia frente a sus narices. Lo sabía, lo había sabido todo el tiempo, desde que colgó el teléfono unas horas atrás. Se había acabado. Todo.

—Te equivocas. Tienes una novia que te ama. Ella misma me lo dijo.

—Que tú me eches de tu vida no implica que yo no termine mi compromiso, Lorena. A Gabriela no la quiero. La respeto y le tengo algo de cariño, pero nada más.

Antonio se había paseado por el dormitorio vistiéndose, sin mirarla. En ese momento se giró y la enfrentó. No sabía qué esperar, pero ciertamente no la apatía que su rostro reflejaba. Como si no le importara nada, nada en lo absoluto.

—Allá tú. —Encogió los hombros y se inclinó para recoger las bufandas que estaban tiradas. Las guardó en su ropero y siguió hablando—. Excepto que le diste tu palabra.

—No.

—Claro que sí. En el momento en que un hombre le pide a una mujer que se case con él, le está dando su palabra de estar en el lugar y momento señalado. Le está dando su palabra de tener una vida juntos. ¿Vas a faltar a tu palabra?

—Lorena levantó una ceja burlona, acusadora.

—¿Qué importa mi palabra si no la quiero? Por última vez, es a ti a quien amo, aunque tú no me ames.

—Curioso. Gabriela te ama, tú me amas. ¿Yo? Yo también me amo. Pero le he tomado un cierto cariño a Gabriela. Ella es una buena mujer, no la destruyas por nuestros errores. Lo mejor que puede pasar ahora es que sigas adelante con tu matrimonio. —Lorena lo miraba de frente, sin desviarse en ningún momento. Hablaba con naturalidad, no exenta de emociones, pero parecía estar en paz con ella misma, como si se estuviera sacando un peso de encima—. Esta es una situación imposible, que al menos dos de tres obtengan lo que quieren.

—¿Dos de tres? Tú y ella —concluyó inmediatamente—. ¿Tengo yo que sacrificarme?

—Solo tú puedes juzgar si es un sacrificio. Pero piensa en el escándalo que va a caer sobre tu familia si rompes el compromiso a dos semanas de la boda. Tu abuelo está enfermo y tu hermana, embarazada. ¿Qué tan mal piensas que puede hacerles que todo esto les explote en la cara?

—Qué extraño, nunca me di cuenta de que te importara tanto mi familia.

—No me importan tanto, la verdad. —Lorena resopló un poco exasperada—. ¡Jesús! Solo intento apelar a tu cariño por ellos.

—¿De la misma manera en que querías tergiversar la historia para hacerme enfurecer? —Antonio se preguntaba desde cuándo era Lorena tan manipuladora. La verdad era que por momentos no la reconocía—. Para que sepas, fue don Manuel de Salas quien impulsó la ley de la libertad de vientres, aprobada en 1811 durante el gobierno de José Miguel Carrera, sin embargo, fueron muy pocos los señores que liberaron a sus esclavos, Carrera fue uno de

ellos. Posiblemente sea el porqué la gente suele acordarse más de la ley de 1823. Aunque esa tampoco fue promulgada bajo el mandato...

—Ahora sueñas como Adriana. Creo que voy a sufrir un enorme dolor de cabeza. —Lorena se llevó las manos a los ojos y los apretó—. No es solo la ciencia, qué gran descubrimiento.

—Ja, ja, muy graciosa. Ah, otra cosita... no me importa tu dolor de cabeza...

—Ya, no me extraña.

—No, eso no era... ¡a la mierda! No sé de doña Javiera, pero Pau empezó con sus absurdos sobre el Huacho Riquelme para hacer reír a mi abuelo durante las primeras fiestas después que mi abuela muriera.

—Tus hermanas y sus rarezas. Antonio, estoy muerta de sueño y de verdad me duele la cabeza. Ya ándate, por favor.

—¿Necesitas algo? —A Antonio la pregunta se le arrancó antes de poder evitarla.

—Dios, eres patético. —Lorena tuvo el mal tino de reírse.

—Y tú, una malagradecida.

—Nunca he dicho que sea perfecta ni nada parecido. Y ya me harté. Me acuesto, ya sabes adonde está la puerta. —Sin esperar que él se fuera, Lorena volvió a quitarse la bata, la tiró a los pies de la cama y se metió bajo las mantas.

—No. No eres perfecta. De hecho, en estos momentos ni siquiera entiendo por qué te amo. —Antonio se dio un golpe mental. Sí que era patético. Tanto, que tampoco pudo evitar seguir hablando—. Sé que no quieres saber nada de mí, no te preocupes, no voy a volver a buscarte. Pero si llegas a necesitar algo, por favor, no dudes en contactarme. —Lorena volvió a resoplar—. No tienes para qué llamarme, solo dile al detective.

—¿Qué detective?

—El que te sigue a todas partes y que lo ha hecho por los últimos doce años. ¿Pensabas que era una broma?

Antes que Lorena pudiera contestar, Antonio salió de su dormitorio y cerró

la puerta. Por suerte, había dejado su chaqueta en una silla junto a la barra. Un par de pasos para allá y otros más de vuelta y salió del departamento.

Cuando llegó a su vehículo, sacó el teléfono móvil y volvió a llamar al último número marcado.

—Me retiro, por favor, retome sus funciones inmediatamente —fue lo único que dijo antes de colgar.

Las luces del departamento de Lorena seguían apagadas, tal como él las dejara. Una sensación de irrealidad se apoderó de él, como si estuviera viviendo una experiencia extracorpórea.

Sabía que estaba ahí, sentado en su todoterreno, afuera del edificio de Lorena. Comprendía que ella le había dado un golpe enorme, metafóricamente hablando. ¿Todo había sido motivado por la venganza? ¿Es que ella lo odiaba? ¿Realmente era capaz de jugar con sus sentimientos y usar cualquier artimaña, incluso ofrecer su cuerpo, para desquitarse de él?

Repasó la conversación que acababan de tener una y otra vez hasta que se sintió entumecido por el dolor y el desconcierto.

Finalmente, llegó a una conclusión. Ella no había sido capaz de ejecutar su venganza porque no estaba en ella hacer algo así. Tal y como le había dicho desde el comienzo, solo quería seguir con su vida. Él insistió, él la buscó. Eran solo sus sentimientos los que estaban involucrados, no los de ella.

Bueno, había alguien más involucrado. Más de alguien. Su familia. Gabriela y los suyos.

No se iba a poner trágico ni a pensar que en ese instante en que había perdido definitivamente a Lorena su vida se había terminado. Seguiría con el plan trazado, era un buen plan, después de todo. Sencillo y correcto. Trataría de sacar lo mejor de su vida y si no era feliz...

«Al diablo», concluyó, «la felicidad es para los tontos».

CAPÍTULO DIECISIETE

El lunes, después de no haber dormido casi nada en tres días, Lorena llegó a una conclusión. Cerraría el taller y tomaría vacaciones. Estaba agotada, así no podría seguir. Y tampoco quería estar en Santiago en las próximas dos semanas.

Cuando le habló a Tamara de sus planes, ella la miró asustada.

—¿Me está despidiendo?

—¿Qué? ¡No! —exclamó Lorena asustada—. No, Tammy. Solo quiero vacaciones. Sé que no es el mejor momento del año, pero las necesito. No sé exactamente cuál es tu situación legal, porque no tenemos contrato, pero le voy a preguntar a Adriana y te voy a pagar las vacaciones, de la forma regular. Cuando vuelva, hablaremos. Si las cosas siguen así de movidas, te voy a necesitar a tiempo completo.

—Oh, señorita Lorena, qué alivio. Pensé... —Tamara aplaudió, extasiada—. Me encanta trabajar con usted, ¿sabe? ¡Yo la admiro muchísimo! Es usted tan joven y talentosa.

—Gracias, Tammy, me alegras el día. —Y en verdad era la primera sonrisa auténtica desde el viernes en la noche.

—De nada. ¿Qué hacemos ahora? ¡Tenemos muchos encargos pendientes, no podemos...

—No lo haremos. —Lorena la interrumpió. En verdad, Tamara a veces se pasaba de entusiasta—. Este es el plan. Calculo que entre las dos podemos terminar todo lo pendiente antes del sábado. No vamos a aceptar más encargos

hasta que volvamos, así que, si llaman para pedir cita, tú dales desde el lunes 20 de noviembre, a cualquier hora. Dentro de nuestra jornada habitual — explicó antes que la costurera pudiera hacer la pregunta que sin duda la molestaba—. Yo no estoy para nadie, excepto mi familia, ¿de acuerdo? Ahora, manos a la obra.

—Señorita y... ¿y el caballero? —Tamara no conocía a Antonio, no tenía idea de quién era, solo había hablado con él un par de veces por teléfono y sacado sus propias conclusiones.

—No creo que él llame. —Llevaba treinta horas en silencio y esperaba que siguiera así. Lorena carraspeó para pasar el nudo enorme que tenía en la garganta y se giró para que Tamara no viera sus ojos enrojecidos—. Y si lo hace, dile que yo te dije que no lo iba a atender más, que no vuelva a llamar.

—Ohhh... Está bien. —Tamara se sumergió en un silencio incómodo—. Señorita Lorena, yo sé que no es mi lugar, usted es mi jefa, pero si necesita hablar, yo estoy acá.

—Gracias, Tammy, pero no. Y no es porque sea tu jefa, es que no hay nada que hablar.

—Está bien, voy a la máquina.

Lorena escuchó sus pasos y suspiró aliviada. Tanta simpatía no era bienvenida. No quería ponerse a llorar en medio de la jornada laboral. Tenía cosas que hacer, sin embargo, cosas urgentes.

Llamó a Isabel directo a su teléfono móvil, no quería hablar con nadie más y si llamaba al taller de mecánica, le contestaría Pamela y quizás hasta escuchara Adriana, y aún no estaba preparada para hablar con ellas. La habían bombardeado con mensajes todo el fin de semana y ya no daba más.

Pero Isabel, la siempre confiable Isabel, no la decepcionó. Escuchó su solicitud, le dijo que iría en la tarde y colgó. Lo que más le gustaba de su prima es que entendía las cosas sin que nadie tuviera que explicárselas. Ella no quería hablar con nadie e Isabel respetaría sus deseos.

Trabajó hasta la hora de almuerzo y siguió haciéndolo sin detenerse, nada

más que para decirle a Tamara que estaba bien que saliera. Quería que el día pasara lo más rápido posible y la única manera de conseguirlo era trabajando. Incluso si tenía que hacerlo frente a la burlona presencia del vestido de Gabriela, que parecía observarla desde su rincón.

Cuando Tamara volvió, lo hizo con Isabel. Mientras su ayudante iba al baño, ella recibió el cálido abrazo de su prima, que no la soltó por largo rato. Lorena no pudo contener sus lágrimas un segundo más y cuando se alejó, estas corrían libres por sus mejillas.

—Sé que no quieres hablar —dijo Isabel, limpiando sus ojos—, pero tengo que decirte esto: si me necesitas, solo tienes que llamar.

—Lo sé.

—Bien, vamos a lo que me pediste. Aquí están las tres cajas que estaban guardadas en casa, ahora la nueva bodega. —Apuntó hacia la entrada, donde había dejado las mencionadas cajas—. No las revisé, por supuesto, pero se la tuve que quitar de las garras a Adriana.

—Gracias. Espero que a Juan no le toque drama hoy.

—Lo que a Juan le tocará va a ser... —Isabel se rio muy fuerte—. ¡Ya lo sabes!, Adriana ha encontrado nuevas formas de sacarse la frustración de encima y él es muy feliz.

—Oh, me imagino —aceptó Lorena. Si Isabel necesitaba una prueba más de lo mal que estaba su prima, ese fue el minuto en que la consiguió. En cualquier otro momento, habría salido con diez o más bromas bastante groseras de lo que le iba a tocar a Juan.

—Y aquí están las llaves. Ya le avisé a los cuidadores que irías, pero no me dijiste cuándo, así que llámalos tú cuando tengas la fecha, *¡oka?*

—Sí, no hay problema.

—Bien, prima, te dejo. Veo que tienes mucho trabajo y yo también. Adriana me dio la lata toda la mañana. Estoy empezando a cansarme de los consejos administrativos, qué quieres que te diga.

—Oh, ya lo creo. —Y Lorena había perdido otra oportunidad de burlarse de

Adriana.

Isabel solo la miró, muy atenta por unos momentos, hasta que compuso una sonrisa a todas luces falsa. Se despidió de Tamara de un grito y se fue.

Eran casi las cinco cuando llamaron a Tamara de su casa. A Lorena no le molestaba que no terminara su jornada laboral ni que la dejara sola para enfrentar a Gabriela. De hecho, era preferible. Lo que la molestó fue enterarse, después de casi un año de trabajar juntas, que era madre de un pequeño de dos años.

—De mi anterior trabajo me despidieron por el bebé —se excusó la costurera—, porque era pequeño y se enfermaba mucho. Estuve varios meses sin algo estable hasta que empecé con usted. Así que preferí no decir nada, por miedo a perder este trabajo también.

—Está bien, pero que sea la última vez que me escondes algo tan importante como un hijo. —Lorena la miró severa—. Ahora, vete, que tu niño te necesita.

—Gracias, jefa. Nos vemos mañana. No se olvide de las cajas que trajo su prima.

—Hasta mañana, Tammy. Las voy a guardar enseguida, antes que me olvide otra vez.

Lorena acompañó a la muchacha a la puerta y tomó la primera caja, la más pequeña. La llevó directamente a la bodega, sin abrirla. Se quedó mirándola mucho rato, en realidad, no estaba muy segura de por qué le había pedido a Isabel que le llevara esas cajas. Contenían sus cuadernos, dibujos y fotografías de su tiempo en el instituto, incluyendo el álbum que había hecho de Isabel con ayuda de Julio.

Aunque le costara, tenía que reconocer que también había guardado algunas cosas que no tenían relación con los estudios. Los boletos de la primera vez que Antonio la llevó al cine, algunas pequeñas piedras que él había recogido como muestras de un día de campo o paseo por el parque. Una flor que arrancó para ella, la hoja que un árbol botó a comienzos de ese otoño y que había caído directamente sobre la cabeza de Lorena, lo que los había hecho

reír. También algunos crisantemos, del ramo que él le llevó el día que discutieron, y todos los regalos que le hizo a lo largo de esos siete meses, excepto la cadena con el corazón dividido, porque se la había devuelto.

Sabía que también debía haber algunas fotografías y otras cosas que ella ya no recordaba.

Entonces lo comprendió. También entendió por qué le había pedido a su prima la casa de la playa. Necesitaba cerrar el círculo. Totalmente y para siempre.

No se había aferrado a las cosas, a los recuerdos, pero tampoco se había deshecho de ellos y ya era hora de hacerlo. Había tomado esa decisión el viernes en la noche, al dejar la casa de Francisca.

Ella sabía que lo que hacía era incorrecto. Antonio era un hombre comprometido, se iba a casar, y debía terminar su relación de una vez y para siempre.

Quiso hacérselo fácil a él, quería que se disgustara tanto con ella que saliera huyendo de vuelta a Gabriela. Tal vez él no la amaba, pero Gabriela sí que lo hacía y ella era la mujer correcta para él.

Y no solo eso, faltaban apenas dos semanas para el enlace y, aunque Antonio y su familia podrían haber sobrevivido al escándalo, Lorena estaba segura de que él jamás se perdonaría por haber faltado a su palabra, por haber roto una promesa. Él siempre lo había dicho, la palabra de un hombre es todo lo que tiene, si no la cumple, no vale de nada.

Y Lorena lo amaba demasiado como para dejar que eso pasara, aunque a ella le costara la mitad de su corazón.

Lo comprendió en el momento en que Baran le dijo que casarse con el amor de su vida era un sueño hecho realidad.

Para ella también sería un sueño casarse con Antonio, ser quien lo consolara en sus momentos de angustia, quien pusiera luz y alegría aún en las épocas más tristes. Dormir a su lado el resto de los días de su vida, ser su esposa, la madre de sus hijos, su amante, su compañera.

Ser todo para él.

Pero era un sueño. No era la única que soñaba con lo mismo y Gabriela tenía más derecho a esperar que sus sueños se hicieran realidad.

Porque la verdad era que ella lo había perdido el día que su orgullo ganó y no se permitió escuchar a su corazón, el día que ella no impidió que él sacara conclusiones equivocadas.

Y, lo más importante, ella lo perdió el día que no luchó por él, cuando no fue capaz de poner su cuota de sacrificio, su parte en la espera y simplemente se fue a pasar un par de días en la playa con algunos amigos en vez de aguardar su llegada, tal vez molesta, tal vez dolida, pero siempre presente para él, para cuando volviera a su lado, después de una ardua semana de trabajo.

Y como sabía lo que era perder al hombre que amaba, comprendía que no podía hacerle eso a otra mujer.

Sabía que Antonio y ella podían ser muy felices, pero siempre existiría una sombra sobre esa felicidad. Por él, porque siempre estaría pensando, lo quisiera o no, en la palabra que no cumplió. Y por ella, porque no podía basar su felicidad en la desgracia de Gabriela.

Guardó la segunda caja y fue a buscar la tercera, pero era muy pesada para ella. ¿Cómo rayos la habría levantado Isabel? Lo intentó varias veces, pero apenas conseguía avanzar un par de pasos y tenía que soltarla. Consideró la idea de abrirla y revisarla inmediatamente para eliminar lo que no quisiera conservar, o simplemente separar su contenido, pero no estaba preparada aún para lo que pudiera encontrar, por lo que finalmente decidió arrastrarla.

La desgracia cayó sobre ella cuando una de las solapas inferiores se enganchó y se rompió. Con mucha dificultad dio vuelta la caja sobre un retazo de tela firme, para ayudarse a arrastrarla y no tener otro incidente.

Pero la parte inferior, ahora superior, requería un arreglo, así que fue a buscar cinta adhesiva de embalaje y un trozo de cartón. Cuando volvió junto a la caja vio un cuaderno de tapa roja que tenía una fotografía pegada. Era del Quinteto cuando ella tenía unos doce años; Francisca y Pamela tendrían ocho y

sonreían mostrando algunos huecos en las encías y dientes a medio crecer. Qué linda etapa había sido esa en su vida, vivía eternamente con un cuaderno en las manos y a la menor oportunidad se ponía a dibujar. Sonrió, porque sus dibujos eran la excusa perfecta para desconectarse de las aburridas conversaciones científicas de Adriana e Isabel.

Con curiosidad por ver su obra temprana, tomó el cuaderno y empezó a hojearlo. De vez en cuando había algún juego o comentarios escritos por ella o sus amigas. Una hoja con los sueños de la vida. Ella quería ser diseñadora de modas, por supuesto. En la de Francisca, lo único que decía era *ballet y prima ballerina*, nada del ruso y la maternidad.

En la de Adriana decía Contralor de la República, pero después había sido tarjado para escribir Presidente. La primera mujer presidente, decía con la letra grande, redonda, pulcra y ordenada de la contadora. Lorena tuvo la tentación de volver a tarjarlo o ponerle alguna indicación de cómo ella y Baran se habían abrazado el verano anterior al conocer los resultados de las últimas elecciones que daban como ganadora a una mujer.

Pamela quería ser artista plástica. Unos preciosos dibujos firmados PM demostraban que tenía el material para conseguirlo. Isabel solo hablaba del taller y los automóviles.

Siguió hojearlo, hasta que una fotografía cayó al suelo con la parte blanca hacia arriba. Lorena se inclinó y la recogió. Pensando que era de ellas, la miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Era una preciosa imagen del cumpleaños diecisiete de Isabel; Antonio y su padre se abrazaban y saludaban a la cámara. Lorena se dio un beso en el dedo índice y después lo dejó en el rostro del joven, acariciándolo. Respiró profundamente y buscó entre las hojas algún otro recuerdo.

Cuando terminó de dar vueltas el primer cuaderno sin encontrar nada más, tomó otro que descartó inmediatamente. Correspondía a una asignatura del último semestre en el instituto, la época post-Antonio.

Por encima, registró todo el contenido de la caja hasta que dio con un álbum

de fotografías. Sus manos temblaban cuando lo sacó. Muchas fotografías familiares le devolvieron la sonrisa. El Quinteto cuando eran pequeñas, sus padres y tíos. Incluso había algunas de la abuela Anunciación y del tío Ismael. Recordó la tarde en que había armado ese álbum, sentada sobre la cama de su dormitorio en la casa de sus padres, con Antonio en el suelo, revisando todas las fotografías que su madre le pasó y Claudio revoloteando por ahí.

«—Escríbeme la historia de tu vida —le había pedido Antonio una semana antes, pero ella dijo que no servía para escribir, que lo de ella eran las imágenes, los dibujos.»

Entonces, Antonio le regaló ese álbum, con una pequeña dedicatoria en la parte interior de la portada:

Háblame, mi cielo, como solo tú puedes hacerlo. Cuéntame de los momentos que te convirtieron en el amor de mi vida. ACG

Y ella lo había hecho. Junto a cada sobre plástico para guardar fotografías, unas pequeñas líneas permitían escribir la fecha y algún recuerdo.

Así, la primera parte la hicieron sus padres. Una imagen de ella en brazos de Camila, saliendo del hospital. Su primer cumpleaños, acurrucada en el regazo de su tío Cristian. Dándole un torpe beso en la cabeza calva de una Isabel recién nacida. Francisca en brazos de su abuela, rodeada por la familia. Claudio llorando y ella con cara de enojada.

Las imágenes de su infancia dieron paso a la adolescencia, con muchas fotografías del Quinteto, incluyendo el día en que, por perseguir un gato, Pamela y ella se cayeron a la piscina.

El mismo Antonio había contribuido con algunas imágenes de la academia que le había pedido a *madame* Danielle. Lorena dudaba de la precisión del comentario, pero con su puño y letra él escribió junto a su favorita: «Esta es del día en que te conocí».

Un nuevo salto fue dado con el aporte de Julio y algunas imágenes del primer año de instituto de Lorena y de ese verano mágico, incluyendo algunas de sus respectivos cumpleaños, de las fiestas en casa de amigos. De la inauguración

del departamento. «Te amo, Lore», había escrito él. «Te amo, Antonio», agregó ella. Ambos sabían que era una referencia a la primera vez en que sus cuerpos expresaron por ellos ese amor. Después quedaban solo cuatro fotografías. Una por cada mes que alcanzaron a estar juntos después de eso, según acordaron esa misma tarde.

Antonio se había entusiasmado escribiendo los nombres de los meses hasta que llegó a noviembre, donde escribió: «1° año». Como quedaban apenas tres espacios, él había dicho que iba a saltar al futuro para que alcanzaran los momentos más importantes, y en la siguiente escribió «Nuestra boda», «N.N. Carrera Irribarren 1» y «N.N. Carrera Irribarren 2».

Lorena recordaba la piel sonrojada de Antonio cuando su padre había leído las últimas entradas.

«—Así que te estás comiendo a mi hija —había dicho Víctor con su postura de rudo trabajador de la construcción a un empequeñecido Antonio, aún sentado en el suelo—. Por tu bien, espero que seas bueno en eso, porque mi princesa se merece solo lo mejor —agregó muerto de la risa después que su esposa lo reprendiera.»

Lorena no se había dado cuenta, pero su viaje al pasado la hacía lucir un poco como la vieja loca que ella pensaba sería su destino final. Se reía con algunas imágenes, las apuntaba y hacía algún comentario. Lloraba con otras, especialmente con la última, tomada por Víctor en el aeropuerto el domingo anterior a su ruptura.

Cuando ella y su padre habían pasado a buscarlo, Antonio bajó con la cámara fotográfica porque decía que aún no habían elegido la de ese mes. Fue Víctor quien se encargó de revelar el rollo y guardarla en el espacio correspondiente.

El llanto que llevaba conteniendo por casi dos días finalmente hizo su aparición. Levantó el álbum contra su pecho y lo abrazó, llorando desconsolada. Escuchaba sus propios gimoteos, pero no podía contenerse.

Lloraba por los jóvenes que se habían amado tanto, pero cuya inexperiencia

los llevó a cometer errores. Lloró por la vida que habían soñado y que nunca tendrían, por los hijos que nunca llegarían.

Lloró por ella, por su soledad y por el enorme sacrificio que estaba haciendo. Pero también por él, porque ninguna decisión lo haría totalmente feliz.

Miraba la fotografía de ellos haciendo muecas en el aeropuerto, pero era la penumbra que rodeaba el todoterreno lo que veía. Su rostro demudado, triste. La breve conversación con el hombre desconocido que había llegado y se estacionó detrás de él. Las luces traseras de su vehículo al alejarse.

En su mente, repasaba una vez más la secuencia de hechos que la habían llevado a ese momento. El día que se encontraron en el *mall*, la noche que la visitó en el taller, las tontas conversaciones en torno a una comida. Los besos y abrazos, del pasado y del presente.

Sonrió con Baran, diciéndole que era la única prima idiota. Y reflexionó con Juan diciéndole que ella era todas. Esa había sido su obsesión la noche del viernes. ¿Qué haría cada una de sus amigas en sus circunstancias?

No le quedaba del todo claro que Juan tuviera razón cuando hablaba de las características que compartía con sus amigas, pero sí sabía qué cualidades necesitaba de ellas para salir de su predicamento.

Isabel planificaría y ejecutaría con frialdad. Adriana sería implacable a la hora de hacer ver todos los problemas y usar la información disponible, incluso adaptándola para su conveniencia. Pamela ocultaría sus verdaderos sentimientos y diría solo lo que le conviniera revelar. Y Francisca daría la actuación de su vida, diciendo las cosas más incómodas, las verdades que nadie más se atrevía a mencionar.

De esa manera, Lorena había pensado todo el día sábado. Planificó y descartó algunas ideas descabelladas y llegó a la conclusión que debía decir la mayor verdad y la mayor mentira de su vida. Lo haría enojar hasta reventar y después le tiraría su historia a la cara, reconociendo el amor y el dolor. Y fingiendo una atroz sed de venganza.

La última pieza del puzle había caído cuando estaba viendo ese terrible programa policiaco. Terrible no porque fuera malo, de hecho, le había gustado bastante a pesar del tema, sino porque mostraba la parte más fea del ser humano en toda su gloriosa decadencia.

Lo de ofrecerse a acostarse y abrir las piernas se le había ocurrido gracias al psicópata rechazado por el amor de su juventud. Lorena tenía muy claro que era una provocación espantosa, un crimen en sí mismo al amor que ellos se tenían.

Lo que no pretendía era terminar haciendo el amor con Antonio una última vez, que le doliera tanto no besarlo y abrazarlo. No responder a sus declaraciones de amor y apoyarlo en el duro trance que significaría terminar su compromiso.

—¿Lorena? ¿Hay alguien? —la voz perfectamente modulada de Gabriela la sacó de sus recuerdos de golpe. Solo atinó a soltar el álbum y tirar encima un vestido recién cortado—. ¡Hola! Estaba la puerta abierta y, como no me contestaban, entré. ¡Lorena! ¿Qué te pasa?

—Nada, Gabriela, no te preocupes. Disculpa, es que no te oí llamando. —Algún día aprendería a cerrar las puertas y a mirar antes de abrirlas. Ya había tenido demasiadas sorpresas desagradables por su descuido.

—Lorena, perdona que me meta, pero a ti te pasa algo. ¿Murió alguien, un familiar? ¿Tienes algún problema económico o de salud? Yo te puedo ayudar.

Lorena casi se rio por su ofrecimiento. Si ella supiera...

—No, Gabriela, en serio. No hay nada de qué preocuparse.

—Es que te veo y me preocupo. Disculpa que te lo diga, pero tienes un aspecto lamentable. Ni yo, después de viajar más de cuarenta horas, me veía tan mal.

—¿Cuarenta horas? —Lorena aprovechó inmediatamente para tratar de desviar el tema—. Vaya, pensaba que viajar a Nueva York no demoraba tanto.

—No lo hace, estoy sumando todas mis horas de vuelo —respondió Gabriela tan rápidamente que Lorena pensó que estaba evadiéndola tanto

como ella—. Pero, cuéntame, por favor, en qué puedo ayudarte. Has de saber que te he cogido un gran cariño. Eres una mujer asombrosa, la verdad, y no puedo verte así.

Fue la ternura de la mujer, más que sus palabras, lo que volvió a llenar sus ojos de lágrimas. Definitivamente, había tomado la decisión correcta.

—No hay nada que hacer. Acabo de terminar una relación y...

—¿Él terminó contigo? ¡Qué hombre más estúpido!

—No... la decisión fue mía.

—Ahhh... —Gabriela parecía estar diseccionándola, pero Lorena ni lo notaba—. Entonces, ¿por qué lloras? Si fue tu decisión... Ya veo... Tal vez él te acepte de vuelta si tú se lo pides.

—No, es mucho más complicado. Pero básicamente, ambos nos herimos mucho y hay cosas que ni todo el amor del mundo puede solucionar.

—Ohh... Bueno, The Beatles nunca tuvieron razón, se necesita mucho más que amor. De hecho, yo siempre he defendido la teoría de que uno puede elegir a quien amar.

—¿Me enseñas cómo, por favor? Ya quisiera yo sacarme este amor del corazón y poner uno más... menos...

—¿Complicado? —ofreció la rubia compasiva.

—Eso. Gabriela, discúlpame un minuto, voy al baño a lavarme la cara y vuelvo para que te pruebes el vestido y ver si está bien o requiere alguna corrección.

Lorena fue rápidamente al baño. Trató de no mirarse en el espejo, pero fue imposible. Gabriela había sido generosa, no tenía un aspecto lamentable, estaba total y absolutamente horrorosa. Ojos rojos e hinchados. Parecía mapache con el maquillaje corrido. La piel, especialmente en las mejillas, las tenía casi cuarteadas por la sal de sus lágrimas. Y Rodolfo el Reno envidiaría su nariz.

Se lavó varias veces, tratando cada vez de mantener el agua fría entre sus manos por un par de segundos. Cuando pensó que no podía mejorar nada más,

se secó, limpió su nariz y salió.

Gabriela estaba de pie frente al vestido, pero su mirada estaba perdida en el infinito. Lorena carraspeó y la rubia se volvió con una sonrisa tensa en sus labios.

—¿Sabes, Lorena?, el vestido es maravilloso y se ve absolutamente perfecto. No creo que sea necesario probármelo.

—Pero...

—De hecho, voy con cierto retraso a mi siguiente cita, ya sabes que tengo mucho que hacer en estos días, más después de haber perdido tanto tiempo en mis viajes.

—Me lo imagino. ¿Cómo está tu amigo? Disculpa que no te preguntara antes, pero...

—Ohhh... E... él está mucho mejor, gracias por preguntar.

—Bien. ¿Veamos rápidamente el vestido para que te puedas ir?

—No, gracias, por favor, guardémoslo sin más.

—Claro, pero...

—¿Dónde dejas las bolsas?

—Aquí.

Lorena fue y volvió de la bodega en un abrir y cerrar de ojos. Gabriela ya había empezado a sacar el vestido del maniquí con cierto descuido que preocupó mucho a la diseñadora. Casi corrió a su lado para impedir que siguiera tirando el delicado encaje bordado a mano.

—Espera, primero hay que... no, ¿sabes?, déjame, yo puedo sola.

La apartó y comenzó a trabajar rápida y diligentemente. En diez minutos, el vestido estaba perfectamente guardado en una bolsa especial, con papel de seda protegiéndolo de cualquier rozadura.

—Gabriela, escúchame, debes probártelo lo antes posible, yo me voy de vacaciones este sábado y después de eso no habrá nada que hacer.

—Claro, claro. Dime, ¿te debo algo?

—No, nada...

—Perfecto. Me voy, Lorena, muchas gracias por... por todo.

—Gabriela, cuando te lo pruebes, debes pedirle a alguien que te ayude, lo mismo que cuando te vistas el día de la boda. La tela es muy delicada y...

—Por supuesto, no te preocupes, mis amigas Pía y Lía serán mis madrinas y estarán conmigo cuando me prepare, además del estilista y la maquilladora.

—De acuerdo, pero...

—Me voy corriendo, estoy muy retrasada. Besos.

Lorena se quedó mirando la puerta, cerrada con premura tras la salida intempestiva de Gabriela. Perdió un par de minutos pensando en su extraño comportamiento.

Filosóficamente, aceptó que ella no era quién para tildar de extraño el comportamiento de nadie, no dado su actuar del último mes.

Pero más importante aún, estaba feliz por perder de vista a la mujer. Al día siguiente instruiría a Tamara de rechazar sus solicitudes de atención, si es que volvía. Bajo ningún aspecto daría ni una sola puntada más de la ropa de Gabriela. Ni siquiera pudo pensar en algún vestido maternal.

El viernes por la tarde consiguieron terminar todo el trabajo pendiente. Lorena le entregó a Tamara el sobre que había preparado para ella y se despidieron con un abrazo.

Después, se dirigió al supermercado a comprar todo lo necesario para tres largas y exquisitas semanas de descanso en Maitencillo. Dejó sus maletas listas y se acostó muy temprano.

Tuvo la intención de ir donde un médico para que le recetara algún somnífero suave, pero en esos días, pese a sus angustias, no estaba teniendo problemas a la hora de dormir. Muy por el contrario. Todos sus desvelos, el excesivo trabajo y el cúmulo de emociones le habían pasado factura, al punto que había tomado la costumbre de dormir pequeñas siestas en la bodega

cuando Tamara la sorprendía con los ojos cerrados frente a cualquiera de las máquinas.

Cuando pasó frente al ya familiar rostro del detective privado, le tocó la bocina. Sin bajarse del automóvil, le gritó que iba a Maitencillo, por si la perdía en la carretera.

Condujo por algo más de dos horas, hasta que la familiar fachada de la casa de sus tíos apareció frente a ella. Bajó del automóvil y respiró profundamente. El exquisito aire marino la revitalizó y empezó descargar sus maletas y cajas. El ruido alertó a los cuidadores que estaban en casa esperándola y salieron a recibirla y ayudarla.

Cuando todo estuvo en su lugar, el matrimonio se retiró y Lorena cocinó algo sencillo para almorzar. Después, se acostó en el sofá a leer uno de los tantos libros que había llevado, pero tras dos páginas, dormía profundamente. Despertó unas tres horas después, con un leve dolor de espalda y mucha hambre, así que se preparó un enorme sándwich que salió a comer a la pequeña terraza de la entrada, mientras veía el lento descenso del sol sobre el horizonte.

Por un momento consideró la idea de ir al único bar que estaba abierto, ya que la temporada estival aún no comenzaba, pero se dio un par de vueltas por la casa, bostezó otras tantas y finalmente se puso su pijama y se acostó, agotada en extremo.

Al día siguiente se levantó, tomó el desayuno y se encontró ante el curioso escenario de no tener nada que hacer por varias horas. Nunca se consideró a sí misma trabajólica ni nada que se le pareciese, pero llevaba varias semanas trabajando de lunes a sábado y teniendo solo el domingo para hacer sus labores domésticas, y compartiendo el día con Antonio, por lo que no había tenido tiempo de ocio y ya ni sabía qué hacer con él.

No le sedujo la idea de sentarse a leer, le quedaba comida del día anterior, así que no tenía que cocinar. La casa estaba impecable, por lo que no había nada que limpiar, y hacer su cama le tomó cinco minutos, considerando el

proceso de dejar esponjosas las almohadas.

Finalmente, decidió salir a caminar. Era un bonito día primaveral y no había mucha gente, así que recorrió todo el paseo costero de ida y vuelta. Al llegar a la casa estaba cansada y hambrienta. Almorzó y se acostó a leer, en esa ocasión avanzó tres páginas antes de dormirse.

Igual que el día anterior, despertó varias horas después con dolor de espalda y hambre. En esa ocasión agregó un enorme vaso de jugo al sándwich y salió a disfrutar de las últimas horas de sol en la terraza.

En los días sucesivos siguió la misma pauta, excepto el viernes, día en que salió a la terraza, vestida solo con un bikini, inmediatamente después de almuerzo, porque se sentía despejada y quería avanzar en sus lecturas o de lo contrario Adriana se enfurecería con ella por no escuchar su consejo. Además, disfrutaría del sol para broncear su piel pálida después de un largo invierno y muchas horas encerrada en su taller.

Pero su cuerpo tenía otra idea y cinco minutos después estaba durmiendo. Calculó que habían pasado dos horas cuando el ruido de un claxon la despertó. Se puso de pie un poco asustada por la brusca interrupción de su plácida siesta solo para notar que tenía la piel muy caliente y comenzaba a ponerse roja.

Entonces descubrió el origen del ruido. El detective privado. Le hizo una señal de agradecimiento y se recostó sobre su vientre para emparejar el bronceado. Esa vez no se quedaría dormida, no señor.

Dos horas más tarde, su extraño despertador sonó nuevamente. Ella se estiró, se desperezó y entró en la casa.

Después de una reparadora ducha y de su ya tradicional sándwich con jugo, no sabía qué hacer y, por llenar algunas horas, prendió el televisor. Además, ese día transmitían el programa farandulero que seguía, con tan mala suerte que el primer titular era el de la boda del año.

Totalmente alterada, Lorena apagó el aparato sin escuchar nada más, maldiciendo su estupidez. ¿Cómo era posible que no se hubiera acordado que

ese día era el matrimonio civil? Por supuesto que sería el tema principal en cualquier programa y revista dedicado a la vida social de los ricos y famosos.

El sábado sería el enlace eclesiástico. Ella nunca supo si definitivamente habían vendido los derechos para su televisación, pero era totalmente seguro que tanto ese día, como los siguientes sería comentario obligado.

Para evitar cualquier tentación, desconectó el televisor y la radio, solo por si acaso, y decidió cambiar un poco la ruta de sus caminatas matinales para evitar el único negocio que vendía periódicos y revistas.

Dio varias vueltas alrededor de la casa y entre las habitaciones. Su estado emocional había quedado fuera de órbita y no creía que pudiera dormir mucho esa noche.

Pero ese fue el día en que Claudio se convirtió en el mejor hermano del universo.

Cuando estaba a punto de estallar, sonó el timbre. Si en el departamento Lorena aún no se planteaba la idea de ver quien era antes de abrir, menos lo haría en el solitario balneario. Y si a eso le sumaba la presencia del detective o el ayudante de turno, incluso cabía la posibilidad de dormir con la puerta abierta.

—¿No vas a preguntar quién es? —la reprendió Claudio cuando apareció detrás de la puerta abierta.

A Lorena no le importó la presencia de otro joven junto a su hermano. Simplemente estalló en llanto y se tiró a sus brazos.

Claudio, alto y fuerte como su padre, no tuvo ningún problema en levantar a Lorena y llevarla hasta el sofá. La dejó llorar hasta que comenzó a hipar. Una toalla humedecida apareció mágicamente frente a ella, y luego refrescaba su frente y ojos.

—¿De dónde aprendiste eso? —preguntó Lorena cuando pudo decir dos palabras juntas.

—Un día vi a tía Coté hacerlo con Franny —contó el hermano menor—, y después descubrí que era una excelente manera de conquistar a cualquier

mujer. Si ella está triste, la dejas llorar en tu hombro y después le pones la toalla mojada en los ojos, santo remedio.

—Y tu hermano tuvo la increíble generosidad de enseñarnos el truco. Todos lo usamos —dijo una voz conocida por Lorena, pero que no podía identificar.

Lorena levantó la toalla y con su vista borrosa observó al joven. No recordaba su nombre, pero sabía que lo había visto muchas veces en casa de sus padres.

—Pero no te preocupes, Lorena —siguió el joven—, las hermanas de los amigos están fuera de cualquier avance. Fue puro altruismo lo que me llevó a pasarle una toalla a Claudio.

—La hermanas y las primas —Claudio no sonaba amistoso ni altruista.

—Fran sí, porque su marido me da pánico, pero Isa...

—Deberías tenerle más miedo a Isa que a Baran —comentó Lorena, ya tranquila e intentado salirse del regazo de su hermano.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó el muchacho asombrado—. Es absurdo tenerle miedo a una mina tan rica como Isabel y no a un ruso enorme que parece salido de una película de espías.

—Bueno, Baran parece un ogro, y muchas veces actúa como tal, pero en el fondo es un buen hombre. Isa, en cambio, es lista y vengativa como pocas. — Lorena por fin había conseguido sentarse junto a su hermano y miraba al muchacho intentando recordar su nombre. ¿Roberto? ¿Rigoberto? ¿Heriberto tal vez?—. Tiene una fuerza descomunal...

—A la par con papá, por todo el tema de la mecánica y eso —aportó Claudio mientras se sacaba los zapatos.

—Y le fastidia ser clasificada como «mina rica» —siguió Lorena después de asentir silenciosamente a la aseveración de Claudio—, es más, incluso le molesta que un hombre la mire mucho solo porque es linda.

—¡Pero eso es una soberana estupidez! —exclamó el muchacho. ¿Alberto, Norberto?—. Si es la tremenda mina, que se queje por que la miran es más tonto que Claudio quejándose de ser tildado de idiota, porque está pensando

en renunciar a la universidad.

—¡Idiota! —exclamó Lorena y golpeó a su hermano en la cabeza—. Papá no te va a pagar otra carrera. Si renuncias a esta, vas a tener que ponerte a trabajar. Y tú —se giró hacia el otro joven—, ¿cuál es tu maldito nombre?

—Juan Carlos.

—¿Qué?! Yo pensaba que era algo terminado en «berto». No importa. Escúchame, ninguna cantidad de toallas mojadas te va a conseguir a una mina... aggg, odio esa palabra, es la manera más horrible y sexista de llamar a una mujer... si le hablas así.

—¿Cómo no, si...?

—No me importa. —Lorena movió su mano, impidiéndole hablar—. ¿Qué hacen aquí?

—Íbamos de camino a la casa de un amigo en Illapel, pero preferimos venir a visitar a mi hermanita —dijo Claudio al tiempo que se inclinaba para besar a Lorena en la mejilla.

—O sea, se quedaron sin combustible y no tienen dinero para comprar más. —«¿Cuándo había empezado a sonar como su padre?», se preguntaba Lorena, casi asustada.

—No —Juan Carlos negaba enfáticamente.

—Sí —confirmó Claudio con indiferencia—, le dije a este idiota que no tomáramos las rutas concesionadas, por los peajes, pero nada, me quedo dormido cinco minutos y se viene por cualquier lado. ¿Podemos pasar acá este fin de semana? Así, cuando volvamos a Santiago el lunes, podemos decir que no fuimos donde Raúl porque preferimos quedarnos con la mina más mina del universo.

—Solo tengo una condición: en sus relatos tengo que ser más alta y delgada, morena de ojos azules, tipo Mujer Increíble. —Lorena le sonrió a su hermano—. ¿Tienen hambre? Puedo prepararles un sándwich o algo así.

—Gracias, Lore, te pasaste, como siempre. —Claudio volvió a besar a su hermana en la mejilla antes de ponerse de pie—. ¿Pueden ser gemelas

idénticas? No me veo cruzando espadas con mi amigo acá.

—Claudio, eres asqueroso. —En esa ocasión, el manotazo de Lorena le llegó a Claudio en el pecho.

—¿Puedo ver televisión? —preguntó Juan Carlos antes que los hermanos se alejaran.

—¡No! —gritó Lorena—. El primero que prende esa porquería se va a dormir con los perros.

Si a Claudio le extrañó la actitud de su hermana, nada dijo. Encogió los hombros y siguió caminando hacia los dormitorios para dejar su mochila.

Tanto sábado como domingo fueron días más movidos para Lorena; con los alegres jóvenes acompañándola, no hubo posibilidad de descansar tanto ni de comer tranquila, pero todo el barullo que armaron le hizo mucho mejor que el silencio absoluto de la semana anterior, especialmente para superar esos días.

El domingo, cerca de las seis de la tarde, Claudio y Juan Carlos se fueron a Santiago. Su idea era irse más tarde, pero las nubes amenazaban con desatar su furia y prefirieron evitar las carreteras mojadas.

No había pasado ni una hora, cuando la temperatura empezó a bajar, así que Lorena encendió la chimenea por primera vez. Por suerte, había llevado su camisa de franela favorita y unos abrigadores y cómodos pantalones deportivos. Abrió un paquete de calcetines rojos que había comprado la semana anterior y calentó una taza de chocolate antes de sentarse frente a la chimenea.

Pensó que era un buen momento para abrir la caja de los recuerdos de Antonio y quemarlos en el excelente fuego que había conseguido, por lo que fue a la terraza donde la había dejado el día que llegó y la entró. Pero antes de comenzar, vio a su eterno compañero dentro de una envejecida camioneta y su corazón se compadeció de él.

Fue a la cocina y preparó más chocolate, se abrigó y salió a dejárselo.

—Gracias, señorita —dijo el detective cuando ella le pasó el termo.

—De nada —respondió ella. El buen juicio le indicaba que debía volver a

la casa, pero ella no era conocida por su buen juicio, así que se quedó ahí hasta que pudo ordenar sus ideas y plantear un tema que le incomodaba enormemente—. Espero que en su informe deje muy claro que los hombres que estuvieron este fin de semana conmigo son mi hermano menor Claudio y un amigo.

—Señorita, tengo fotografías de su hermano a lo largo de los años, lo vi convertirse en hombre, así que tengo más que claro quién es. Y sé que el joven con el que vino es amigo de su hermano, nada suyo. Pero...

—Me alegro que lo tenga claro.

—Pero —si a Lorena no le agradaba el hombre, su gesto implacable lo hizo descender casi hasta el infierno— ya no tengo que informar nada. Las instrucciones de don Antonio fueron protegerla y nada más. Tengo que intervenir si usted se encuentra en un peligro grave y debo comunicarme solo en caso de necesidad.

—Entonces dígame que estoy en peligro grave de cometer un homicidio. El suyo —concluyó amenazante, estaba harta de ser seguida, de ser protegida en contra de su voluntad. ¿Qué pensaba Antonio, que ella era tan inútil que no era capaz de cuidarse sola?—. Y que va a necesitar pagar un funeral para usted y un abogado penalista para mí en caso que no deje de seguirme. ¿Estamos claros? —Lorena se giró y volvió a la casa, aún hablando—. Déjeme el termo junto a la reja cuando se vaya.

A la mañana siguiente, el termo estaba en el lugar indicado y un pequeño Escarabajo rojo, que sería la delicia de Isabel si pudiera desarmarlo hasta la última tuerca, ocupaba el lugar de la camioneta. Aún en pijama, Lorena se acercó al hombre, mucho más joven que el otro, le golpeó la ventana y gritó antes que pudiera reaccionar.

—¡Dígale a su jefe que será un homicidio doble!

Después del almuerzo, la amenaza incluyó un tercer detective y, antes de acostarse, un cuarto. Los turnos comenzaron a repetirse, por lo que, para el miércoles, eran solo seis los supuestos homicidios que cometería. El viernes

amaneció sola en la enorme casa, sin sus habituales visitantes.

Esos días estuvo muy concentrada en hacerle pasar un mal rato a los detectives, atravesando la calzada en cualquier lado, manejando en reversa por varios metros, haciendo malabares con botellas de vidrio, caminando con los ojos vendados, incluso fingiendo que se metería al mar con ropa y zapatos, así que olvidó la caja y su especial «ceremonia de purificación».

Y cuando por fin estuvo sola y tranquila nuevamente, su impulso destructivo había sido saciado, así que la dejó definitivamente de lado para volver a la rutina establecida durante la primera semana. Largas caminatas, largas siestas y abundantes comidas.

Con mucho pesar, abandonó el balneario al medio día del tercer domingo. Le daba pena dejar atrás los días de descanso y soledad, pero se sentía renovada y vigorizada, lista para devorar el mundo, un vestido a la vez.

CAPÍTULO DIECIOCHO

De pie, fuera del exclusivo restaurant donde se celebraría la ceremonia civil, Antonio miraba el reloj, nervioso.

Los hombres, que pronto se convertirían en su suegro y cuñados, charlaban ruidosamente a pocos metros. Su madre y sus tíos Roberto, Rita y Daniela mantenían una cordial y fría distancia con su futura suegra. Carolina, Paula y sus maridos estaban lo bastante lejos como para que nadie pudiera oír la conversación, pero nada bueno presagiaba la tensa tranquilidad de la mayor y el ceño fruncido de la menor, a quien su esposo Hugo intentaba contener apoyando una mano en el vientre ligeramente redondeado.

Los pocos invitados esperaban pacientemente en una sala al interior del local, atendidos por los eficientes camareros que servían un adelanto del cóctel, mientras el barman regaba sus copas con generosidad.

—Hijo, ¿estás seguro? —Antonio ya había perdido la cuenta de la cantidad de veces que su abuelo le hizo esa pregunta.

—Sí, abuelo —respondió él, cansinamente.

—Hijo, ya sabes que no va a pasar nada si te vas ahora mismo. —El anciano tomó uno de sus brazos y lo apretó con la poca fuerza que le quedaba en sus manos—. Tu padre dice que él maneja mientras yo finjo un ataque al corazón. Tú y tus cuñados me suben al Mercedes y salimos de aquí en menos de lo que canta un gallo.

Sin poder evitarlo, Antonio sonrió. Miró una vez más el reloj, preguntándose cuánto más lo haría esperar Gabriela. Ya pasaban quince minutos de la hora

fijada. El oficial del civil estaba preparado; los invitados, impacientes.

—Abuelo, lo voy a hacer, estoy seguro y estoy listo. Lo único que me falta es una novia. No seas así, viejo —agregó después que su abuelo resoplara.

—¿Sabes que hasta Paula está dispuesta a apoyarte si te vas? De hecho, en estos momentos habla con Carolina y Rubén de los vericuetos legales que deben subsanar para inscribir al bebé con el apellido Carrera en caso que sea niño.

—¿Qué? —De todas las cosas que su abuelo podría decirle, nada le hubiera sorprendido más.

—Está furiosa con tu papá. O sea, realmente enojada. —Una blanquecina ceja del hombre apuntaba hacia arriba, destacando la importancia de lo que decía—. El otro día le gritó hasta quedar ronca. Lo culpa hasta del calentamiento global, pero especialmente de obligarte a cometer esta locura. Todo por continuar con el apellido.

—Abuelo, ya tomé mi decisión. Di mi palabra y voy a cumplirla.

—Tú y tu maldita palabra.

—Tú me enseñaste que hay que ser consecuente en la vida.

—Que no te escuche Pau, porque va a incluirme en sus gritos.

Antonio miró el reloj nuevamente, cuando su abuelo se alejaba. Casi veinticinco minutos de retraso. Si eso era para el civil, ¿cuánto lo haría esperar al día siguiente en la iglesia?

Un pequeño sedán plateado se detuvo junto a la madre de Gabriela. «¡Por fin!», se dijo Antonio, reconociendo el vehículo de Pía. Las mellizas se bajaron, pero detrás de ellas, nadie más. Lía caminó hasta él, mientras su hermana se acercaba al padre y hermanos de la ausente novia.

Antonio miró el movimiento con curiosidad. Especialmente las manos empuñadas de Germán, el mayor de los hermanos de Gabriela, a medida que escuchaba lo que Pía tuviera que decirles.

Cuando Lía llegó a su lado, le tendió un pequeño papel blanco. Lo miró con más odio que de costumbre, y Antonio estaba seguro, con deseos de escupirlo.

—Eres un imbécil —dijo antes de alejarse hacia su hermana.

Antonio desdobló la nota e, incrédulo y aliviado, leyó las pocas palabras. «Vive tu vida y sé feliz, con cariño, Gaby».

Miró hacia su familia, todos tan extrañados como él. De pronto las cinco mujeres tuvieron idéntico gesto horrorizado. Incluso Carolina llevó una mano a su boca para tapar una exclamación asustada.

—¡TE MATO, RECONCHATUMADRE! —Antonio solo alcanzó a girar la mitad de su cuerpo antes que el primer golpe diera de pleno en su mandíbula.

Luego llegaron dos o tres puñetazos más antes que él fuera a dar al piso, casi a los pies de Altamira, que estuvo a punto de darle una patada en el rostro, pero su tío Roberto fue más rápido y pudo agarrar a su exesposa por la cintura y alejarla.

Antonio, sin embargo, le daba la bienvenida al dolor de los golpes. Por fin algo lo sacaba del entumecimiento que tenía por las últimas dos semanas. Los gritos, especialmente de Paula, consiguieron dejarlo consciente de lo que lo rodeaba por unos momentos, pero después, una bendita oscuridad cayó sobre él. Lo último que vio fue a su cuñado Hugo interponerse entre Paula y una de sus primas, a la que intentaba arañar, y un zapato de hombre, negro y brillante, que iba directamente hacia su pecho.

—Shhh, tranquilo, no trate de moverse. Tiene varias costillas fracturadas —dijo una voz desconocida cuando Antonio se despertó con una extraña inquietud.

Intentó hablar, pero no salieron palabras, solo leves gemidos dolorosos. Luego, quiso mover una mano, pero sus dedos no respondían y no había nada que pudiera hacer.

—Tampoco trate de levantar la mano, está entablillada. No tiene fractura, solo unos dedos con esguinces. Y ya que estamos, tiene varios hematomas en

el cuerpo, incluyendo tres en la pierna izquierda y dos en la derecha, dos en el abdomen y uno enorme en la mandíbula inferior. Aún no lo ve el dentista, porque con la inflamación de los labios y de la mitad de su cara, no puede abrir la boca. Lo bueno es que las radiografías faciales exteriores no muestran señales de fractura ni de dientes sueltos.

Mientras la mujer seguía enlistando sus lesiones, Antonio trataba de hablar, pero la misma inflamación y su garganta reseca se lo impedían.

—No hable... hay que ver el hombre porfiado... —Cuando ella se acercó, pudo oler el antiséptico y algún medicamento que no logró identificar—. Venga, hábleme al oído. Y no se preocupe, no tengo hermanos que puedan venir a rematar la labor de sus excuñados. —Se inclinó hasta que Antonio pudo sentir en su nariz la cosquilla que el cabello de la mujer le provocaba—. No entiendo. ¿Mi conversación científica le da dolor de cabeza? —Se alejó sonriendo—. Lo siento, querido, creo que eso lo provocó su caída y el golpe en el cemento. Voy a darle un calmante para que duerma unas cuantas horas, esperemos que la combinación de medicamentos actúe y que mañana amanezca mejor.

Nuevamente, la bruma nubló sus sentidos y él se entregó a la bendita oscuridad.

Cuando despertó, un nuevo dolor se sumaba a los anteriores. Le dolía el estómago por el hambre. Trató de calcular cuantas horas llevaba sin consumir alimentos, pero ni siquiera sabía qué día era, menos aún la hora.

La misma mujer que lo atendió la vez anterior se acercó a su cama.

—Tranquilo. Lo mejor es que siga durmiendo. Si no puede, le pongo otra inyección. —Pero él negó con la cabeza y con una mueca por el dolor en su cuello—. Ya sé, quiere ponerse a hablar como cotorro. Lo que hay que ver.

Ella se acercó lo suficiente para poder entender el susurro masculino. Aprovechó de limpiarle la cara con un paño húmedo. Lo que vio, lo dejó horrorizado. ¿Esa pasta oscura y espesa era su sangre?

—Algo, pero también es un medicamento. Le explicaría cual, pero solo

acentuaría su dolor de cabeza. —Antonio volvió a susurrar y la mujer se alejó definitivamente—. Hoy es lunes. Lleva fuera de combate por casi tres días. Lo bueno es que el descanso le hará mejorar en menor tiempo. Lo malo es que todos los periódicos han tenido su agosto gracias al pequeño incidente de su no boda. Ahora, voy a limpiar sus heridas, aplicar algunos medicamentos y volverá a dormir. El médico vendrá a la tarde a verlo. Dulces sueños — concluyó cuando empujaba el émbolo de una jeringa para vaciar su contenido en el suero.

Fue la voz preocupada de su madre la que lo sacó de su sueño profundo.

—No, hijo, no te muevas —pidió Cecilia, acercándose hasta él—. Aún no es conveniente que lo hagas, para que tus costillas se sanen rápidamente.

—Mamá... —solo dos sílabas y Antonio sentía un intenso ardor en la garganta que impidió que siguiera hablando. Comenzó a toser.

—¡Enfermera! —gritó Cecilia.

La mujer que lo había atendido las dos veces anteriores se acercó, con su contundente figura y su buen humor.

—Ah... ya despertó, bien. —Se acercó con una mesa hasta su cama—. El doctor dijo que no hay que darle más somnífero, pero los analgésicos deberían ayudarlo. Espere, puedo darle un poco de agua y refrescarlo con una toalla.

La enfermera acercó una pajilla hasta su boca y Antonio bebió con ansiedad la escasa cantidad de agua que le dieron. Quiso pedir más, pero ella alejó el vaso e inmediatamente le dijo que en una hora volvería a darle. Después lavó su cara, cuello, brazos y manos con la suavidad que una madre limpia a su bebé recién nacido y pasó sus manos húmedas por el pelo para ordenárselo un poco.

—Ahí está, dentro de nada va a volver a ser tan guapo como siempre. Acérquese lo más que pueda, señora Cecilia, pero trate de que no hable. — Con una cordial sonrisa, se alejó para darles intimidad.

—No tiene razón. A mis ojos, eres el muchacho más guapo de todo el mundo. —Su madre lo intentó, pero las lágrimas de sus ojos la traicionaron

inmediatamente—. Lo que ese bruto te hizo —concluyó con un sollozo.

Antonio ni siquiera intentó sonreír para consolarla. Le dolía absolutamente todo. Pero más le dolía ver el rostro agotado y preocupado de su madre. Ella, que siempre estaba perfecta, incluso cuando salía del gimnasio, transpirada y roja por el esfuerzo.

Pero en esos momentos tenía el pelo recogido en una coleta que la hacía verse muy delgada, con sus pómulos demasiado marcados y la frente contraída con un rictus amargo. La piel pálida, excepto por las ojeras, le advirtió a Antonio de las noches de insomnio y preocupación que ella había pasado.

Él dormía un sueño medicado y profundo mientras su madre, y sospechaba que el resto de la familia, lo pasaba pésimamente mal. La última imagen que tenía antes de entrar en su período de inconsciencia provocó un acceso de pánico.

—Pau —susurró y su madre comprendió inmediatamente lo que preguntaba.

—Entre Hugo y Rubén la metieron dentro del automóvil —respondió Cecilia con una sonrisa tensa y artificial.

—¿Qué?

—Bueno, que se descuidaron de Caro y... Ay, Dios, ya no es Pau tu hermana más peleadora. Le dio un golpe tan grande a Pía que le reventó uno de sus implantes de silicona en el pecho. —Si hubiera podido, Antonio se habría reído hasta llorar.

—¿Foto?

—No, lo siento. Pero fue épico. Lía no sabía si reírse, ya sabes que lo de ella es natural, por eso Pía se puso los implantes, o ponerse a pelear con Caro. Al final, fue Rita quien se dio cuenta de que iba hacia tu hermana, furiosa, y pudo agarrarla del pelo... pero se quedó con la peluca en la mano. Lía parecía Abelardo, ya sabes, de Plaza Sésamo.

—¿Abuelo?

—No lo había visto tan feliz en muchos años... excepto, claro, que estaba muerto de miedo por ti.

—Mamá...

—No te preocupes por nada, vamos a solucionarlo. Tu hermana ya está trabajando en eso. Técnicamente, fue ella la que te abandonó y su hermano el que te golpeó, así que somos nosotros los que podemos demandarlos a ellos.

—No.

—Lo sé. Caro dijo que tú no querías. Pero preparó todo como si en verdad estuviéramos pensando en demandar, y hoy, ella, tu padre, Roberto y Rubén se reunieron con Horacio, Nicolás y sus abogados. A Germán no lo dejaron entrar. Caro dijo que no sabía con cuál de sus hijos estaba más furioso Horacio, si Germán o Gabriela.

—Nico.

—No entiendo, ¿por qué con Nicolás?

—Piti y Poti.

—Ah, claro, él las presentó. ¿Con cuál...?

—Dos.

—¿Nico ha estado con las dos? ¿Juntas? —Antonio compuso una mueca—. Cristo, Roberto ya está lo suficientemente furioso con sus hijas. Se lo pedí, que peleara la custodia de las niñas, yo lo ayudaría, pero no. «Déjalas con su madre», dijo, «solo tienen diez años».

—¿Trato?

—Rubén piensa que con tal de no arruinar más la imagen de su familia, Horacio va a aceptar lo que nosotros queramos pedir.

—Nada.

—Lo sé, hijo. ¡Cielos, tú y Pau son igual de exasperantes! En todo caso, ya se está haciendo control de daños. Fue la misma Gabriela quien salió ayer a defenderte. La entrevistaron y ella dijo que ambos eran culpables, porque se habían lanzado de cabeza a una relación que no tenía futuro, presionados por lo que la sociedad dice que es correcto. Que ese era el problema cuando uno elige con la cabeza y no con el corazón. Y que te quería y te respetaba demasiado como para arruinar tu vida, por eso, que ella tomó la drástica

decisión de terminar el compromiso, aunque fuera de esa manera cobarde.

—Yo culpable.

—No te voy a negar eso, tú eres tan culpable como ella. ¿En qué carajo estabas pensando, hijo, por Dios?

—Solo yo.

—Disculpen, pero don Antonio debe descansar. —La alegre enfermera los interrumpió al acercarse con una bandeja—. Vamos a probar qué tan bien soporta la papilla. Mañana puede volver a la misma hora, señora Cecilia.

—No, voy a venir temprano —negó Cecilia, acariciando el pelo de su hijo.

—Lo siento, pero temprano le van a practicar algunos exámenes a don Antonio, así que no va a estar acá en casi toda la mañana —explicó la enfermera—. Puede venir a partir de las tres de la tarde.

—Pero...

—Mamá.

—Está bien —aceptó Cecilia inclinándose para besar la frente de su hijo—. Te quiero, Antonio.

—También yo. —Movié los labios hacia un lado intentando sonreír—. Besos a todos.

Tal como anunciara Marisol, la enfermera, durante la mañana lo visitó un grupo de médicos y le tomaron varios exámenes. Finalmente, le dijeron que no había nada realmente grave, incluso el pequeño sangrado que habían notado en su cerebro durante las primeras pruebas ya había desaparecido.

—A partir de mañana, dieta blanda, no solo papillas. El dentista y el cirujano maxilofacial están de acuerdo en comenzar a exigir un poco de esfuerzo —dijo quien era evidentemente el jefe de la junta médica que lo atendía.

—¿Cuándo me darán el alta?

—Espero que antes del fin de semana, pero todo depende de cómo evolucionen sus costillas y que descartemos definitivamente el compromiso pulmonar.

—Gracias.

Antonio no era muy hábil con la mano izquierda y la derecha seguía entablillada, así que Marisol lo alimentó por un par de días más. Toda su familia iba a visitarlo, sobre todo, su madre y abuelo.

El día que fue Paula, Antonio descubrió que sus costillas estaban soldando muy bien.

—Paula, quiero que juntes todas las facturas que hayan pagado ellos y hagas un cheque. Me lo descuentas de mis dividendos en la empresa —instruyó después de los saludos y unos minutos de conversación.

Hugo movía desesperadamente su cabeza, intentando impedir que Antonio siguiera hablando. Era evidente que habían discutido mucho a propósito de los gastos, y Paula, siendo Paula, no estaba dispuesta a soltar ni un peso en esa locura.

—No —dijo la mujer tercamente.

—Paula, eres un genio para administrar las inversiones. Nadie más que tú podría haber duplicado su valor en cinco años, pero mis dividendos siguen siendo míos. —Antonio intentaba sonar paciente, pero si nunca lo había sido, todo lo que había pasado en esos días no mejoraba en nada sus posibilidades de conseguirlo.

—No voy a aprobar dividendos este año.

—Los dividendos se aprueban con el voto de todos, que tú tengas dos no lo hace una dictadura.

—Mira, Antonio, que te quede meridianamente claro, las bodas las paga el padre de la novia.

—Me costó sangre, sudor y lágrima pagar parte de la mía. —Hugo se ganó una mirada hosca de su mujer por la intervención.

—Además, esos malditos imbéciles te dejaron en unas condiciones

lamentables, las facturas de la clínica van a llegar a las nubes, que agradezcan que no intento quitarles hasta el último peso mal habido que poseen, tengo información de sus actividades ilícitas, ¡así que no me vengas con idioteces tú también!

—Pau.

—Señora, si no se calma, voy a tener que pedirle que se retire, no puede alterar a mi paciente. —Antes que nadie pudiera decir otra cosa, Marisol, imponente y decidida, se había acercado a la cama por el lado opuesto a Paula. Antonio se preguntaba adónde habría ido la jovial enfermera.

—Usted no me puede echar de acá, acuérdesse de quien paga su sueldo.

Antonio había visto a directores de banco y presidentes de enormes compañías tiritar frente a su hermana cuando ella adoptaba esa actitud opresora, pero la enfermera solo lidiaba con otra niña caprichosa.

—Don Luis Carrera, señora —contestó Marisol modificando su postura levemente, solo para quedar más alta e imponente que Paula.

—Mi abuelo —afirmó Paula un poco aplacada.

—También el de mi paciente. —Marisol caminó hasta los pies de la cama de Antonio, y él llevó una mano a sus costillas para aliviar la presión que le estaba provocando aguantar las carcajadas—. Y él es el único que me importa, así que vaya bajándome ese tonito, o voy a llamar a seguridad.

—Pero...

—Y discúlpese con su hermano por las molestias que le está causando, ¿no ve que tiene la cara roja?

Entonces Antonio no pudo soportarlo más y comenzó a reír hasta que las costillas sí le dolieron. Con respiraciones superficiales y lastimosas se calmó, evitando en todo momento mirar la cara de su hermana.

—Nadie le habla así a Pau desde que tiene unos doce años —le confidenció Antonio a Marisol cuando sus visitas se retiraron.

—Alguien tiene que hacerlo —replicó la enfermera retomando su alegría habitual—. Don Antonio, tiene que decidir qué va a hacer, probablemente le

den el alta mañana viernes y la señora Cecilia quiere llevarlo a su casa, pero su tía Dany y la hermana razonable piensan que usted no va a querer ir para allá.

—Mi hermana Carolina, siempre tan observadora. Preferiría ir a mi departamento.

—Me lo imaginaba. El problema es que sigue necesitando muchos cuidados. Su madre dijo que una tal Ernestina lo iba a ayudar.

—No. Aunque no me haya lucido con mi comportamiento, no soy un pelele total. Tengo treinta y seis años, me acaba de dejar la mujer que amo y también mi prometida, su hermano me sacó la mierda y llevo casi una semana en el hospital, creo que me he ganado el derecho a hacer lo que quiera.

—Siempre ha tenido el derecho a hacer lo que quiera. ¿Qué es eso de la mujer que ama?

—Ay, Marisol, es un cuento muy largo y estoy agotado. —Antonio se quedó mirando largo rato a la mujer que le sonreía compasiva—. ¿Cuáles son las probabilidades de que te vayas a casa conmigo?

—Altas, soy viuda y mis hijos ya están casados, así que ninguno me necesita. Tengo una pareja, pero la veo tarde, mal y nunca.

—¿La?

—Así es. No me considero lesbiana, pero ella es especial. Tal vez debería llamarla amiga con derecho a roce en vez de pareja.

—Tengo solo una cosa que decir a eso: que ella tenga claro tus sentimientos, Marisol. No hay nada peor que entregarse a una relación y que después te salgan con que solo estaban experimentando o que tenían algún motivo distinto para estar contigo.

—¿La mujer que amas?

—Otra vez, el cuento es muy largo. ¿Qué me dices, te vienes conmigo?

—Claro. ¿Tienes una cama extra, verdad? Mira que lo mejor es que tengas cuidado 24 horas al día por una semana más, y yo en sillones no duermo. Ya estoy muy vieja para eso.

—Pero... —Antonio miró extrañado el impresionante sillón reclinable donde Marisol descansaba.

—Has estado más fuera de servicio de lo que piensas. Yo estoy acá desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, después vuelves a ser un paciente más, sin enfermera privada.

—De acuerdo, llama a mi mamá... no, mejor llama a Dany para que compren una cama y preparen el dormitorio que está vacío.

—Dalo por hecho. Una última cosa, vino un tal Carlos Lira, dijo que necesitaba hablar urgente contigo. Es más, ha venido dos veces ya.

—¿Puedes llamarlo y pedirle que venga inmediatamente? —pidió Antonio. Solo escuchar el nombre del detective privado lo alteró. No quería ni pensar qué tendría que decirle. No podía pasarle nada a Lorena.

—Cálmate o voy a tener que ponerte una inyección.

—Ya, pero llámalo enseguida —cuando habló, Antonio intentaba controlarse, pero no podía—. No me des nada que me haga dormir hasta que hable con él. Es muy importante. Es lo único importante. Por favor, Marisol, por favor.

—Está bien, está bien. Descansa un rato por mientras yo lo hago venir y llamo a tu tía.

—Gracias, gracias.

Una hora después, nuevamente, se agarraba las costillas para evitar el dolor al reír. Se podía imaginar todos y cada uno de los relatos de las amenazas y los sinsentido de Lorena. Si no estuviera tan machacado, podría ir a Maitencillo en persona para presenciarlo.

—Déjelo. Ella sabe lo que hace mejor que nadie. —Antonio suspiró resignado. Debía aprender a respetar los límites de Lorena, ese había sido siempre su error—. Envíeme la cuenta y los documentos que tenga que firmar para concluir sus servicios. Páguele un bono a sus ayudantes amenazados, un mes de sueldo. Y también para usted, por supuesto.

—Inmediatamente, don Antonio, muchas gracias.

Cuando el hombre se fue, Marisol lo miraba con los ojos entrecerrados. Él estaba tan fastidiado que ya nada podía seguir molestándolo, ni siquiera la censura de la mujer.

A la mañana siguiente, su tía Daniela esperaba en el departamento con todo preparado para recibirlo. Antonio no lo creía posible, pero el trayecto de veinte minutos en automóvil lo dejó agotado, así que, apenas la enfermera lo acomodó en la cama, se quedó dormido.

Los primeros días siguieron una rutina muy parecida a la que tenían en la clínica. Es decir, él trataba de hacer cosas solo y ella se lo impedía.

Por supuesto que su familia y amigos invadían el departamento hasta que Marisol, demostrando esa increíble mano firme, los echaba a todos.

Pero el lunes, después del control médico, las cosas mejoraron mucho para la independencia de Antonio. Le sacaron el entablillado de la mano y le dejaron terapia. Parte de ella era volver a adquirir destrezas como lavarse los dientes y comer solo, así que él estaba muy feliz.

Dos semanas después de la paliza monumental, Antonio ya casi no sentía dolor y sus hematomas y otras heridas estaban desapareciendo. Lo único que le molestaba aún eran las costillas. Según los médicos, era solo cuestión de tiempo y descanso, así que Marisol seguía cuidándolo, pero ya no vivía en su casa.

Volver a trabajar fue más incómodo que doloroso. Lo único que él quería era sumergirse en actividades, pero varios de sus compañeros, incluyendo su jefe, lo trataban como si fuera un anciano achacoso e inútil.

Antonio exageraba en sus quejas, él lo sabía, y Marisol y su madre lo ratificaban.

La verdad era que estaba encadenado a su escritorio por orden médica. No podía viajar, no podía levantar pesos ni desarrollar actividades que fueran físicamente extenuantes.

—O sea, el salto en *bungee* está descartado —comentó, jocosamente, la enfermera.

Pero lo peor de la vuelta al trabajo era soportar ser observado como un animal de zoológico por sus compañeros. Algunos eran meramente simpáticos, otros lo miraban con lástima y algunos, con burla. Incluso más dramática era la cantidad de mujeres que se ofrecían a *consolarlo*.

—De algo que me sirvan las costillas rotas —le dijo a Marisol un día que disfrutaban de una cerveza bien helada, en el balcón de su departamento al término de la primera semana de trabajo.

Por fin se habían acabado las enormes cantidades de medicamentos, así que Antonio se procuró varias cervezas bien heladas. En medio de la conversación, Marisol le contó que ya no veía a su pareja.

—Salud por estas dos almas solitarias —brindó Antonio con simpatía.

—Háblame de ella, se nota que te carcome por dentro.

Entonces Antonio se descargó de todo. Del pasado, del presente, de la última noche con Lorena, de Gabriela y su extraño comportamiento, especialmente de las semanas previas a la boda.

—No sé qué le pasaba. Un viaje y otro, evitándome como la peste y después llamándome a cada rato para saber qué estaba haciendo, pero aún sin sentarse a hablar conmigo porque tenía millones de cosas que hacer según ella. Excusas, por supuesto, yo sabía que estaba todo bajo control. Me molestan las cosas que no entiendo.

—Tal vez sospechaba algo —reflexionó Marisol, apurando el último trago de su cerveza.

—¿Cómo podría?

—Tus primas.

—Piti y Poti estaban muy interesadas en que me casara con Gabriela. Pienso que en sus mentes descabelladas creían que después de la boda ellas podrían manipularme de alguna manera. Y que Horacio presionaría a Nicolás para que él también se casara y que elegiría a una de ellas.

—Hay algo que me llama la atención. Gracias. —Marisol tomó la cerveza que le pasaba Antonio, la abrió, dio un largo trago y después siguió hablando

—. La nota, la que te mandó.

—No sé donde habrá quedado.

—Pero ¿tú estás seguro que la firmaba como Gaby?

—Sí. —Antonio intentaba recordar con claridad la nota. Hasta ese momento no se había dado cuenta de ese detalle, tan pequeño y tan significativo—. Ella odia que le digan Gaby.

—En lo mismo estaba pensando yo. Por lo que dices, insistía en que la llamaran Gaba, de la misma manera en que a ti te decía Nachi, aunque tú lo odiabas y le pedías que te dijera Antonio.

—Esa es la influencia de las Mellizas del Infierno. En casa, yo siempre he sido Antonio, porque mi papá es Ignacio. Aunque no muchos me dicen Toño, igual estuvo siempre botando. Lo de Nachi... —Ambos pusieron cara de asco—. Se los escuchó a Piti y Poti, porque necesitaban una manera de llamarme que no fuera Antonio, y Toño era muy ordinario, según ellas. Lo mismo que Gaby.

—Porque, ya sabes, «La Gaba Matus» suena tan fino. —Marisol se rio—. ¿Es que esas cabezas huecas que tienes por primas no saben que delante de un nombre propio no debe ir un artículo?

—Lo que mis primas saben cabe en un boleto de microbús.

Ese fue el último día de trabajo de Marisol, y aunque Antonio sabía que extrañaría su presencia siempre jovial, le alegraba quedarse solo, principalmente porque significaba que ya estaba recuperado.

El sábado, Antonio salió a una plaza cercana. Quería estirar las piernas y distraerse un poco, pero estaba obsesionado con la nota de Gabriela y su comportamiento. También tenía la idea de que le debía una disculpa.

«Tú y tu estúpida palabra». El rostro de su abuelo bailaba delante de sus ojos, tal y como lo recordaba el día de la no boda, como decía Marisol, mientras repetía lo mismo una y otra vez. «Tú y tu estúpida palabra».

Antonio sabía que era una estupidez sentirse culpable, pero no podía evitarlo. Finalmente, llamó a Carolina y le preguntó si sabía dónde estaba

Gabriela.

—*Antonio, te lo prohíbo* —fue la respuesta de su hermana.

—¿Qué?

—*Sé perfectamente que estás planeando ir a verla, probablemente para disculparte y ofrecerte a pagar lo que sea que su familia haya gastado, pero de esas negociaciones yo me encargué y Paula hizo los cálculos. Todo mitad y mitad, es lo único justo, considerando que...*

—No me importa, yo necesito hablar con ella.

—*Ay, Antonio, ¿por qué haces esto?*

—Es lo correcto. No me importa la justicia que impongan las leyes. Lo correcto es siempre lo mismo.

—*Está bien.* —Carolina sonaba exasperada y resignada por partes iguales —. *Por lo que sé, Gabriela está en el departamento de Reñaca. ¿Tienes la dirección?*

Antonio sí que tenía la dirección y sabía cómo llegar.

El viaje duraba poco más de hora y media y él no sabía si podría manejar tanto tiempo. Menos aún tan tarde ese día. Llamó a Marisol y le pidió que lo acompañara al día siguiente, no había nadie más en quien confiara para tales efectos.

Contraria a la opinión de Carolina, Marisol pensaba que lo único que Antonio podía hacer era hablar con su exprometida, que debía solucionar todo e intentar dar un punto final a esa etapa turbulenta de su vida. Así que aceptó acompañarlo.

Viajaron en silencio y con una respetuosa Marisol al volante. Cuando llegaron, era pasado el mediodía. Antonio prefirió ir a almorzar primero y después dirigirse al departamento de Gabriela.

Decir que la rubia estaba sorprendida de verlo llegar era quedarse corto. Por un momento, Antonio pensó que podría no estar sola, pero no era el caso. Ella lo hizo pasar y le ofreció un vaso de agua. Antonio lo aceptó por romper el incómodo ambiente y para ayudarse a organizar sus pensamientos.

—¿Vas a decirme algo o solo querías el vaso de agua? —preguntó Gabriela después de varios minutos en silencio.

—Quiero decirte algo. Quiero disculparme contigo.

—¿Por qué? ¿Es que tú me dejaste plantada en el altar? ¿Fueron tus hermanas las que me golpearon hasta necesitar hospitalización por una semana?

—No, pero...

—Te lo voy a hacer fácil. Quieres disculparte por engañarme con Lorena.

—¿Qué?!

—Así que te lo voy a hacer aún más fácil. Tus disculpas no son necesarias para mí, más bien pienso que debes disculparte con ella por engañarla conmigo. Aunque, técnicamente no fue eso lo que pasó, ¿verdad? Desde el momento que Lorena reapareció en tu vida, yo dejé de existir.

—Gabriela, ¿Qué...?

—¿Quieres contarme tu versión o prefieres escuchar la mía?

Antonio la miró aturdido por lo que le pareció una eternidad. No entendía cómo Gabriela había podido enterarse de su relación con Lorena. Y más aún, no hallaba ninguna explicación a la manera directa y serena en que Gabriela le hablaba, tan distinta a la empalagosa forma en que solía dirigirse a él, especialmente cuando le decía Nachi.

—Bien, como no te decides, voy a contarte mi historia. El día que fui a buscar mi vestido, encontré a Lorena llorando. No tenía idea de qué podía pasarle, porque no la consideraba una mujer capaz de llorar de esa manera, con auténticos gemidos y sollozos. Pensé que se había muerto alguien, la verdad. Y le pregunté, directamente.

—¿Qué...? Es decir, ¿cómo...?

—Lisa y llanamente se lo pregunté. Estoy un poco harta del papel de señorita bien que mi familia me entregó, así que cuando no estoy con ellos, intento ser yo misma. Ella no me contó nada, solo habló de una mala ruptura y de una relación complicada.

—Entonces, ¿cómo lo supiste?

—Fácil. Registré la caja donde ella había dejado caer un libro que antes abrazaba contra su pecho. —La naturalidad de Gabriela al reconocer su pecado hizo reír a Antonio—. Se fue al baño y yo vi mi oportunidad. Sabía que era una intrusión espantosa, pero no pude evitarlo, no sospechaba nada de lo que me encontraría, solo quería saber.

—¿Qué libro era?

—Ningún libro, era un álbum de fotografías, uno que le regalaste tú. Tenía una inscripción preciosa y, aunque me llamó la atención la coincidencia en las iniciales y lo parecido a tu letra, ni siquiera consideré que en verdad podías ser tú, hasta que llegué a una fotografía tomada en la academia de tu tía. Entonces supe que tú la conocías de antes y no entendía por qué no me dijiste nada cuando yo te conté que ella me haría el vestido o por qué fingiste no conocerla.

—No fue a propósito, solo... ¿Sabes cómo es, cuando te duele tanto que ni siquiera puedes mencionar el nombre de alguien sin sentir que el corazón se te atenaza y puedes estallar por la angustia?

—Ohhh. —Unas pequeñas lágrimas cubrieron los ojos de Gabriela—. Eso... Nach... esto, Antonio. Yo no podría haberlo dicho mejor, y sí, claro que lo sé.

—¿Cómo?

—Yo también perdí a alguien hace muchos años atrás.

—Pero...

—No. Ahora estamos hablando de otra cosa. —Antonio sonrió por la nueva faceta que descubría en Gabriela. Tan decidida—. Después, vi una fotografía de Lorena con sus primas y me acordé del día que traté de presentarte a Francisca Soubllette.

—¿Cuántas horas estuvo Lor... —Antonio inhaló y exhaló con fuerza, apretó los labios y se llevó una mano a las costillas en un acto reflejo que repetía mucho por esos días. Cualquier dolor, físico o mental, repercutía en sus costillas fracturadas—...ena en el baño?

—Siglos. Podría haber revisado la caja completa, pero me conformé con terminar de ver el álbum. Miré por mucho rato una fotografía, estaban ustedes dos en una terraza y se veían tan enamorados. Por un momento pensé que sabían algo que el resto del mundo desconocía.

—Sabíamos algo que el mundo desconocía. —Antonio restregó sus ojos con las manos para evitar mirarla—. Sabíamos lo que era el amor, de verdad. Y ella acababa de decirme que estaba lista para profundizar nuestra relación.

—¿O sea que esa es una fotografía del día que se acostaron juntos por primera vez? ¡Oh, Santo Cielo! —Gabriela se rio tan fuerte que sería un milagro si Marisol, que paseaba por la playa diez pisos más abajo, no la escuchara—. Sí que tenían un secreto.

—Uno maravilloso.

—Espero que algún día puedan rellenar los tres espacios que quedan vacíos en el álbum.

—Eso es imposible.

—No, no lo es —porfío Gabriela, tan testaruda que por unos momentos le recordó a su hermana.

—Que sí, Gabriela.

—No.

—En fin. —Nuevamente las manos a las costillas y Antonio empezaba a pensar que tendría que pasar por una sala de emergencias para que le inyectaran algo para el dolor—, termina con lo que quieras decirme. No creo que solo ese álbum te haya llevado a plantarme.

—Rescatarte. Pero tienes razón. De ahí salí corriendo a ver a Pía y Lía, que se comportaron como un par de arpías espantosas.

—Son un par de arpías espantosas.

—Y negaron absolutamente todo, hasta que me aburrí de ellas y me fui. Pensé en confrontarte o a ella. Me acordé de la cantidad de veces que me dijiste que teníamos que hablar y... Oh, simplemente, no quería darles la posibilidad de negarme la verdad, como ya me había pasado con Lorena y tus

primas. No sabía qué hacer y contraté un detective privado.

—¿Tú contrataste un detective privado? Por favor, dime que no le pagamos al mismo tipo dos veces por un trabajo.

—No, yo busqué una agencia que siempre usa papá, y ellos ya sabían de tu relación con Lorena en el pasado. Mi papá y hermanos también, por eso que trataron de mandarme a Europa a comprar mi ajuar. ¿Sabes? Ahora que sé todo, no me extraña que, ¿cómo les dices tú, Piti y Poti? —Antonio asintió—. Bueno, ese par de brujas que tienes por primas hayan dicho tantas cosas horribles sobre la ropa que Lorena me hacía.

—Entonces, ¿tu papá me hizo investigar? —Antonio estaba tan acostumbrado a que sus primas fueran vilipendiadas que pasó por alto el comentario.

—Eso es. ¿Tú pensabas que iba a dejar que me casara con cualquiera? — Por un momento, el rostro de Gabriela quedó crudamente expuesto. Algo raro había ahí, pero Antonio no acertaba a entender qué.

—Me imagino que no. Yo pensé que tal vez hubieran investigado mis finanzas o algo así, porque me consta que Pau lo hizo con ustedes, pero mi vida amorosa, no.

—Informe completísimo, hasta tus calificaciones del jardín infantil, que pude leer porque el detective de mi padre tiene una sola fidelidad: el dinero. No como el tuyo. De hecho, nos costó muchísimo encontrar alguien en su oficina que quisiera pasarnos la información, porque por más que te seguían a ti y a Lorena, nadie podía decir si se veían.

—Ella terminó conmigo el sábado antes de entregarte tu vestido.

—Lo imaginaba. Es decir, ella me lo dijo, ¿no? —Antonio solo encogió los hombros—. La cosa es que, al final, conseguimos que un ayudante, uno joven que quiere surgir rápido, aceptara ser sobornado.

—Entonces, así te enteraste de todo. ¿Por qué no me llamaste y me dijiste algo?, podíamos haber suspendido ese circo antes de... es decir, ¿has visto las manazas que tiene tu hermano? No sé cómo no me arrancó la cabeza de un golpe.

—No voy a perdonar a Germán el resto de mi vida. Ni a papá, a Nico ni a tus primas. Yo quería llamarte, pero ellas se pasaron toda la noche tratando de convencerme que siguiera adelante, incluso Pía tuvo la desfachatez de quitarme el teléfono móvil y tirarlo por la ventana. Yo solo conseguí la información la tarde del jueves, así que no tenía mucho tiempo para pensar y actuar.

—Pudiste ir tú en persona, ¿no?

—De la misma manera en que tú pudiste obligarme a hablar contigo, pero igual seguiste adelante con los planes.

—Lo intenté, pero después que Lorena... que ella... —Antonio llevó la mano a sus costillas y las sobó por unos minutos—. Gabriela, yo no quiero ponerte en una posición incómoda, pero esa noche, cuando ella terminó conmigo, me dijo dos cosas que me llevaron a seguir con los planes. Una, que yo te había dado mi palabra de casarme contigo...

—Tú y la manera ridícula en que sacrificas todo por tu palabra.

—Detente. Suenas como mi abuelo. —Antonio ya no aguantaría más sorpresas. Necesitaba que Gabriela volviera a ser la linda señorita de sociedad, no esa mujer decidida que hablaba sin tapujos.

—O sea, sueño como un hombre que ya fue y volvió en la vida y se guarda muy pocas cosas para él. Yo nunca detesté a tu abuelo ni a nadie de tu familia. Paula, de hecho, me cae bien.

—Ya, suficiente, lo siguiente que vas a decirme es que Piti y Poti ya no son tus amigas.

—¿Crees que después de lo que hicieron van a seguir siendo mis amigas? ¿Y de lo que te hicieron a ti y a Lorena?

—¿Qué le hicieron a Lorena? —preguntó Antonio poniéndose de pie, asustado.

—Físicamente, nada, pero ellas sabían todo. Y dieron una entrevista. Salió ayer, ¿no la viste?

—No. ¿Qué le hicieron a Lorena?

—Dijeron que el verdadero motivo por el que yo, su pobre y cornuda amiga, no se había casado era que te había pillado en una infidelidad con mi diseñadora. Pero tergiversaron la verdad hasta que resultó totalmente irreconocible. Nada de linda historia de amor de juventud y el encuentro fortuito en el *mall*. Sino que dijeron que tú me acompañaste un día a su taller y ella usó sus malas artes para conquistarte, esperando chantajearte incluso.

—Esas... ¡Van a arruinar el negocio de Lorena! —Antonio comenzó a pasearse de un lado para otro del departamento, totalmente fuera de sí—, ese maldito par de asquerosas alimañas... espera que termine con ellas...

—A ellas déjamelas a mí. Antes que termine, van a saber lo que es ser paria en esta sociedad pequeña y enclaustrada. Ya comencé. Llamé a un periodista de confianza para que viniera ayer. Le conté la verdad. Y él escribió un artículo precioso que va a salir mañana. ¿Quieres leerlo?

Gabriela fue hasta la mesa que había en un rincón y tomó una carpeta que le tendió a Antonio. Él leyó el artículo rápido y arrugó la hoja.

—Te lo agradezco, pero preferiría que nada de mi relación con Lorena fuera expuesto.

—Bien, espera.

Gabriela desapareció por unos minutos, mientras Antonio seguía paseándose y rumiando su desdicha. Cuando volvió, hablaba por teléfono.

—Antonio, pregunta mi amigo Gerardo que qué quieres que diga el artículo.

—Me da lo mismo, pero que no mencione a Lorena.

—Tiene que hacerlo —siguió Gabriela después de transmitir sus deseos por teléfono—, dice que si es un descargo para defenderla, tiene que mencionarla.

—No.

—Antonio, no seas tan...

—No. O el acuerdo de nuestras familias queda roto, yo demando a tu hermano por cuasidelito de homicidio y a ti por incumplimiento de contrato, y al que se me ocurra por lo que pueda. Seguro que Pau va a estar radiante de felicidad inventando demandas.

—Hazlo —Gabriela sonaba tan tranquila—. Y tú, publica una versión reducida y trata de no mencionar a Lorena —pidió al teléfono antes de colgar.

—¡Gabriela!

—Shhh... aún estás convaleciente, tranquilízate. Ahora, me dijiste que había dos motivos para continuar con el compromiso. Uno era tu palabra, pero del otro no dijiste nada.

—Gabriela, esto es muy incómodo para mí. —Antonio carraspeó—. Quiero que sepas que no soy yo quien lo cree, simplemente transmito las palabras de Lorena.

—¿Qué? ¿Es que me estoy muriendo y no lo sé?

—Espero que tengas una vida larga y fructífera, Gabriela, así que no. Lorena dijo que tú le habías dicho que me querías. Que lo mejor que podía hacer era seguir adelante con nuestros planes. También dijo algo del escándalo que traería a la familia, pero eso era lo menos importante para mí.

—Pero ¿de dónde sacó ella eso? —Gabriela se dejó caer delicadamente sobre el mismo sillón que ocupaba antes y golpeó sus dedos unos con otros mientras pensaba—. ¡Ah! Ya sé. Pero me malinterpretó terriblemente. No es culpa de ella, estábamos hablando de ti, por supuesto que iba a pensar que si decía «Yo lo quiero tanto», me refería a ti. Perdóname, pero no te quiero nada. Es decir, es un cariño de amigo y nada más.

—Entonces, ¿por qué aceptaste casarte conmigo?

—¿Piensas que tienes la exclusiva en cometer errores, pagarlo caro y después tener que vivir con la presión de tu familia? No sé si considerarte egocéntrico o patético.

—Patético, es el común acuerdo —Antonio no sabía qué le causaba más gracia, si el gesto mordaz de Gabriela o su elección de vocabulario—. En fin, te agradezco que me hayas contado todo, me estaba volviendo loco de tanto pensar por qué habías terminado nuestro compromiso. Quisiera que me dijeras si hay algún gasto que no haya cubierto el acuerdo de nuestras familias.

—No que yo sepa. Ni que me interese, la fortuna de mi papá es tan enorme

que puede permitirse dos o tres matrimonios fallidos para sus hijos. Y si no puede, se lo tiene bien merecido.

—Oh, Gabriela, me gusta mucho esta nueva tú. Me perturba, claro, pero me gusta. —Antonio se acercó a ella para despedirse—. Ah, y, por favor, acepta mis disculpas. Sé que te dañé mucho y...

—No más de lo que yo te dañé a ti.

—Tal vez, pero fui yo el que empezó toda esta tontera y quien la remató con... ya sabes. Se mire por donde se mire, yo fui infiel.

—La única manera que uno puede ser infiel, es no siendo uno mismo. — Gabriela le sonrió con simpatía y dulzura—. Así que yo he sido infiel la mitad de mi vida y tal vez más. No hay nada por lo que debas disculparte.

—Pero...

—No, Antonio, por favor.

—Siento que te debo...

—No me debes nada.

—Sí, pero...

—¡AHHH! Ya, suficiente. Adiós, Antonio, que tengas una buena vida. — Gabriela se acercó a él y besó una mejilla—. Dale mis saludos a Lorena en cuanto la veas.

—Que será más o menos cuando el infierno se congele. Ella no me quiere ver, ya te dije.

—¿Eres solo patético o también rematadamente idiota? Esa mujer te ama. — Nuevamente volvieron al punto en el que a Antonio no le gustaba la nueva Gabriela, firme y tan decidida que en realidad sonaba intransigente—. Lo confesó. Indirectamente, lo admito, pero con todas y cada una de sus letras, que quería arrancarse ese amor del pecho y...

—No, Gabriela, ella me lo dijo. Que me amó, sí, pero ya no.

—¿Y su relación actual se debe a que no te ama?

—No, se debe a sus deseos de vengarse por lo que le hice en el pasado. Quería tener pruebas de mi desliz y arruinar nuestro matrimonio.

—Cosa que pasó, pero no por la mano de ella.

—Solo porque al final se arrepintió, me lo dijo y me mandó a la mierda.

—A la mierda deberías irte si no eres capaz de entender lo que ella hizo esa noche. Lo mismo que yo hice, pero por motivos más altruistas. Yo, en realidad me estaba salvando a mí misma tanto como a ti. Aunque, bien pensado, ella también nos estaba salvando a los dos. A ti, del escándalo y de vivir toda tu vida sabiendo que no habías cumplido tu palabra, y a mí, de no tener al hombre que supuestamente amaba. Y por eso se sacrificó.

—Mira, yo amo a esa mujer y la conozco. Sé que ella es capaz de todo por los que ama, pero yo no estoy entre ellos.

—¡Mierda, Antonio!, hay que ver que eres porfiado. Tú no la viste ese día en el taller. Yo sí. La manera cómo lloraba... —Por primera vez desde que la conocía, Gabriela mostraba abiertamente sus propias lágrimas—. Solo recordarlo me desgarró el alma. Y como se aferraba al álbum, como si su vida se fuera en eso.

—No.

—¿Sabes qué? No te disculpo. Viniste a disculparte y te vas a ir igual. No te disculpo por ser tan idiota.

—Pero...

—Y antes que puedas decir alguna otra imbecilidad, que te quede perfectamente claro. Tú no me diste tu palabra de nada. De hecho, tú ni siquiera me pediste que me casara contigo. No me hiciste ninguna promesa, no me regalaste ningún anillo.

—Pero...

—¿Es que no te acuerdas que el día que decidimos casarnos fui yo quien sacó el tema? Lo recuerdo claramente. Mi papá me dijo que ya era suficiente de tanto tonto, que debía concretar las cosas contigo ya y arrancarte una propuesta a como diera lugar, incluso embarazándome si era necesario. Así que cuando estábamos en tu casa, por primera y única vez en toda nuestra relación, hablamos después del sexo. Siempre he creído que aceptaste solo

para que te dejara tranquilo, porque una vez que tú terminabas, te dabas la vuelta y a dormir.

—Yo intenté, al comienzo, pero tú...

—No te sientas mal, yo nunca estaba en mi cuerpo cuando nosotros... Miraba vitrinas ficticias —agregó sonrojada— para evadirme de lo que estaba pasando.

—No entiendo.

—Es que esa, Antonio, es otra historia y no te la voy a contar. Así que, en resumen, ninguno de los motivos esgrimidos por Lorena para mandarte de vuelta a mí son ciertos. Excepto la parte del escándalo, pero eso ya pasó, y no hay nada que hacer, solo ponerle el pecho a las balas.

—Gaba, querida, estás profundamente equivocada. —Antonio quería burlarse de ella, e imitar a sus primas fue la única manera que se le ocurrió.

—Gaby, si no es mucha molestia. Y no lo estoy. ¿Quieres que te perdone por ser infiel? De acuerdo, estás perdonado con una condición. Ve y habla con Lorena una última vez. Si ella vuelve a decirte que no te ama, se acabó. Pero... ¿y si tengo razón?

—No la tienes y si voy, me manda a la mierda de nuevo.

—¡Agggg! ¡Vete, no quiero verte jamás en la vida! —Gabriela gritó y golpeó las costillas de Antonio con poca fuerza, pero, aun así, le dolieron—. ¿Ves? Así suena una mujer que empieza a despreciarte y que no quiere saber nada de ti. —Gabriela lo tomó por el brazo y lo empujó hacia la salida—. Adiós, Antonio, no sé si es justo decir que fue un placer verte.

Y antes que el hombre pudiera reaccionar, ella le había cerrado la puerta en la cara.

Cuando Antonio llegó a la calle, vio su todoterreno vacío. Caminó un poco hasta que encontró a Marisol disfrutando de la brisa marina mientras veía a unos niños jugar.

—¿Te conté que voy a ser abuela? —le preguntó la mujer con una sonrisa radiante—. Imposible, ¿no? Me acabo de enterar. Mi hija está embarazada de

seis semanas.

—Felicitaciones.

—Gracias. ¿Cómo te fue?

—Bueno, resulta que no tenías razón. Gabriela no sospechaba nada de mi relación con Lorena. Tenía la certeza absoluta.

Antonio le contó toda su conversación con Gabriela, incluyendo el golpe en sus costillas, por lo que Marisol levantó su camisa y palpó el lugar para descartar cualquier daño.

—Entonces, ¿nos vamos ahora a Maitencillo? Estamos cerca, no debería haber problema.

—¿A ver a Lorena? No. No voy a verla.

—¡Mierda, Antonio! Sabes que he sido paciente contigo y con tu familia, pero esto ya colmó el vaso.

—¿Para qué querría yo exponerme a ser mandado a la mierda de nuevo? ¿Qué rayos les pasa a las mujeres, están todas locas? —Antonio pateó el pequeño muro de piedras que marcaba el camino hacia la playa.

—Ay, querido. No. —Marisol lo tomó del brazo y comenzó a caminar en dirección al vehículo—. Mira, yo sé que es doloroso y que existe la posibilidad de que te vuelvas a caer. Pero ¿y si tiene razón? ¿Cómo es eso que dice San Agustín?

—¿«La medida del amor es amar sin medida»? Eso no es de San Agustín.

—No, no, la otra. Ah, ya me acordé: «Equivocarse es humano, perseverar voluntariamente en el error es diabólico». Eres un niño travieso, lo sé, pero capaz de corregir sus propios errores, como despedir al tipo ese que perseguía a tu chica por todas partes.

—Marisol, no sé si...

—Yo tampoco lo sé, pero ¿qué tal si te arriesgas? Pierdes o ganas, no hay nada peor que no jugar. Vamos, te permito que me invites a comer algo, el aire de la costa me da mucha hambre, después nos vamos a Santiago y lo pensarás mucho.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Lorena se lavó los dientes y dejó el baño sintiéndose muy mal. Comía tanto por esos días que adivinar qué era lo que le había provocado ese malestar estomacal iba a ser imposible. Sin embargo, no podía decir que estaba enojada por devolver todo el desayuno, ya que había subido casi dos kilos en el último mes y sus pantalones favoritos no le cruzaron cuando se vistió en la mañana.

—¿Ha pensado que debería ir a un doctor? —le preguntó Tamara cuando volvió a sentarse en la mesa de dibujo—. Lleva malita varios días.

—Sí, lo he considerado. —Lorena ni siquiera había pensado en visitar una consulta médica, ya que sus malestares iban y venían sin mayores consecuencias que un buen vómito algunas mañanas—. Pero esto se ha reactivado, así que hay que trabajar, después buscaré algo.

—No deje pasar mucho, señorita Lorena. Lo que tiene puede ser de cuidado. Apendicitis, tal vez. Mi hermana la tuvo más o menos al mismo tiempo que yo quedé embarazada. No sé cuál de las dos tenía peor aspecto. Mamá pensaba que teníamos algo al estómago y nos daba aguas de hierbas en cantidades industriales, pero ninguna se mejoraba.

—Lo haré, Tammy. Gracias.

Lorena intentó concentrarse en el vestido que estaba dibujando, pero no podía. La verdad era que la clienta no había sido muy agradable durante su visita y la miraba como si ella fuera la plaga, así que no tenía muchos deseos de hacerla lucir bonita.

Lo peor era que no había sido la única que la había mirado extraño, pero ninguna con tanto odio, solo curiosas. Lorena se preguntaba si había salido algo en la prensa o en la televisión, pero no se atrevía a buscar la respuesta. Llevaba más de tres semanas sin escuchar o leer noticias y no le apetecía cambiar de costumbre.

—Señorita Lorena, la llama su amiga Pamela —dijo Tamara, interrumpiendo sus pensamientos.

Reclamando en contra de costumbres que sería mejor olvidar, Lorena fue hasta el teléfono y contestó la llamada diaria de Pamela. Aún no entendía por qué la colorina la llamaba todos los días casi exactamente a las diez de la mañana. Había empezado a llamarla el lunes después de la visita de Claudio a Maitencillo, pero era una conversación tan insulsa y repetida que Lorena estaba desconcertada.

—Hola, Pame.

—*Hola, Lore, ¿cómo estás?*

—Bien, Pame, ¿y tú?

—*Bien, gracias. ¿Cómo están las cosas por allá?*

En ese punto, la conversación variaba. Ella hablaba del clima y si saldría a caminar, cuando estaba en la playa, o de la cantidad de trabajo que tenía en el taller. Después le preguntaba a Pamela cómo estaban las cosas en su casa y en el trabajo y respondía de la misma manera todos los días.

—*Mi mamá bien, gracias a Dios. Y mucho trabajo, como siempre.*

—Bien. ¿Llamabas por algún motivo en particular? —le preguntó ese martes, ya impaciente por la actitud enrarecida de su amiga.

—*No, solo para saber cómo estabas y si necesitabas algo.*

—Nada, gracias.

—*De acuerdo. Hablamos mañana, entonces.*

—Hasta mañana.

Esperaba que cualquier día, Pamela dejara de llamarla, sus conversaciones le incomodaban más y más. Volvió a la mesa de dibujo, pero no lograba

concentrarse. Entre la actitud de sus clientas, algunas citas canceladas sin previo aviso, las incómodas llamadas de Pamela y la conversación con Tamara temprano, no conseguía concentrarse.

—Tammy, ¿cuáles dijiste que eran los síntomas que tú y tu hermana tenían?

—Rafaela tenía fiebre, dolor abdominal, se quejaba de que le dolía al caminar. Y yo, lo típico, supongo. Mucha hambre, mucho sueño, náuseas, mareos. Y claro, no me llegó la regla como en dos meses, así que me hice una prueba de embarazo. Rafa también se hizo una, pero la de ella salió negativa. La muy idiota. —Tamara se rio—. Había tenido su menstruación una semana antes.

—Ya. No creo que tenga apendicitis, no me duele nada y no tengo fiebre. Voy a buscar una hora con un gastroenterólogo.

Después de eso, Lorena sí que no pudo trabajar. Ella tenía todos los síntomas que Tamara describía de los comienzos de su embarazo, excepto que a ella, además, le dolían los pechos. Intentó recordar cuándo había tenido su última menstruación, pero no lo conseguía, así que debió ser mucho tiempo atrás. Pero, claro, se recordó calmándose, ella siempre fue de períodos irregulares, así que eso no era nada, no indicaba nada.

Terminó el dibujo de doña Desagrados, y empezó con el de Flaquiña Grasiña, una mujer que vestida se veía delgada, pero que tenía una increíble cantidad de grasa en su abdomen. Miraba las fotografías que le había tomado a la mujer y leía las medidas, pero nada venía a su mente, excepto el recuerdo de haber tenido la regla después del nacimiento de Dimitri, pero no sabía exactamente cuándo. Y en todo caso, desde la mitad de agosto hasta fines de noviembre era mucho tiempo.

Se acordaba de la visita de Gore o George o como fuera, el mismo día que nació Dimitri. Y también se acordaba de ella rompiendo el envase de un preservativo con los dientes. Y de haber sacado la basura con un montón de ellos usados el martes. ¡Ah! Se gritó, el día de la Parada Militar, ese día había tenido una menstruación. Bien, 19 de Septiembre, un mes menos.

Pero de pronto, ya no fue tan bueno. Había estado con Antonio en la bodega el sábado anterior. Y muchas veces después de eso. Y...

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó de pronto, corriendo otra vez al baño.

En ningún momento había usado condones con Antonio. ¿Cómo mierda había podido ser tan idiota? Pensó en esa misma noche, en él diciéndole que tener un hijo sin padre no era ser rebelde, sino irresponsable. ¿Y qué tal una mujer embarazada de un hombre que acababa de casarse?

«No», se dijo mientras lavaba sus dientes por cuarta vez en el día, «que no cunda el pánico. Primero, las pruebas, y después, la histeria».

—Tammy, me siento muy mal, voy a emergencias. Si viene alguna de las clientas, les muestras los dibujos y que firmen el contrato si les gusta. Haz lo que puedas con los encargos que ya tenemos. Nos vemos.

Salió rauda hacia la farmacia más cercana. Por el rabillo del ojo pudo ver una fotografía de Gabriela, radiante como siempre y siguió corriendo sin detenerse. A falta de una, compró dos pruebas caseras, se subió al primer taxi que pasó, dejando olvidado su automóvil en el estacionamiento cercano al taller, y le dio su dirección al chofer.

Cuando llegó al departamento, leyó las instrucciones unas tres veces para entenderlas. Bebió dos vasos de agua para asegurarse de tener suficiente muestra y fue al baño.

Choqueada miraba el resultado de ambas pruebas cuando sonó el timbre. Tomó ambas en una mano y salió al pasillo. Sin comprobar quien era, abrió la puerta y casi gritó.

Antonio se quedó quieto por unos minutos, sin decir nada. Luego miraba alternativamente su rostro pálido y conmocionado y las pruebas de embarazo en sus manos, ambas evidentemente positivas. Una cruz en la primera, dos rayas en la otra.

Sin decir una palabra, el hombre se dio la vuelta y se fue.

Lorena cerró la puerta de golpe, botó las pruebas al tarro de la basura en la

cocina y se tiró en el sofá después de agarrar el teléfono. Discó tan rápido que se equivocó en un número que había aprendido veinticinco años atrás. Colgó y lo intentó de nuevo.

Pamela tecleaba en su computador, apresurada por terminar los documentos que Isabel le había pedido, cuando el sonido del teléfono la interrumpió.

—Soublette e Hijos, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo la colorina al aparato.

—¡Pame! —el grito angustioso de Lorena la obligó a saltar en su silla. Agarró una perforadora y golpeó la superficie de su mesa con ella.

—Lore, cariño, ¿qué pasa? —Pero Lorena no era capaz de decir nada concreto, solo balbuceaba cosas incoherentes, gimoteaba un poco y repetía su nombre—. Lore, no te preocupes, vamos para allá. Voy a colgar y salimos enseguida, ¿de acuerdo? Quédate tranquilita, llegamos en cinco minutos.

Pamela no alcanzó a gritar dos veces el nombre de Adriana cuando ella e Isabel llegaron junto a su escritorio.

—¿Qué pasa? —preguntó Adriana.

—Explotó —fue la única explicación que dio, pero nadie necesitaba nada más.

Cuando Lorena escuchó el timbre nuevamente, casi se cae del sofá donde estaba acostada. Con pasos temblorosos llegó hasta la puerta y levantó el brazo para tomar el picaporte. Antes de girarlo se arrepintió.

—¿Quién es? —preguntó, sonando terriblemente congestionada por todo el llanto.

—Lore, abre, somos nosotras —respondió Isabel, y Lorena casi se desmaya

del alivio.

Abrió la puerta y, al ver a sus cuatro amigas al otro lado, comenzó a llorar de nuevo. Se tiró a los brazos abiertos de su prima sin importarle que ella vistiera un overol sucio hasta a la cintura y una camiseta negra.

Isabel y las otras se miraron preocupadas. Con un gesto, la mecánica le pidió a Adriana que la ayudara a llevar a Lorena, porque ella no podía ni caminar. Al llegar al *living*, Pamela puso una manta sobre el sofá e Isabel se sentó allí, con Lorena acurrucada junto a ella, con la cabeza en su regazo, como si fuera una niña pequeña.

—Fran, una toalla húmeda. Pame, trae otra manta, Lore está congelada. Adri, prepara café para todas.

—No —sollozó Lorena.

—Sí, cariño. —Isabel acariciaba su cabello con ternura—. Tienes que tomar algo caliente.

—No... no *cafeeee*.

Isabel respiró profundo, procurando olvidar que su querida prima, siempre tan alegre y bromista, se había convertido en una regadera humana.

—Lore, tienes que tomar algo caliente y dulce, para que te abrigues y te tranquilices.

—No.

—Lore...

—Isa —intervino Francisca—, no creo que no quiera algo caliente. Lo que no quiere es café. —Lorena asintió mirando a su prima.

—¿Entonces? —Isabel contempló atentamente a su hermana, esperando una explicación.

—Lore, cariño... —Era una pregunta tan peliaguda que ni Francisca se atrevía a hacerla. La respuesta, sin embargo, era obvia para ella, así que la reformuló—: ¿Quién es el padre?

—¡ANTOOONIOOOOOOOOOOOOOOO!

El silencio que siguió a su lastimoso grito fue tan profundo que se podía

escuchar hasta el vuelo de una mosca. Las cuatro amigas se miraban sin atreverse a decir nada. Todas tenían la esperanza que otra hablara. El taconeo de Adriana rompió la dinámica cuando el agua para las bebidas calientes estuvo lista. Fue hasta la barra y empezó a prepararlas.

—Lore, mírame —pidió Francisca, con la toalla húmeda en las manos.

Lorena, que tenía los brazos cruzados sobre el rostro, se negó en principio, pero Isabel la obligó a sentarse y a dejar que Francisca la limpiara. Unos minutos después, todas tenían una taza en las manos y esperaban tensas. Como siempre, fue la bailarina la que ponía voz a los pensamientos de sus amigas.

—¿Estás mejor ahora? —preguntó cuando su prima terminó de beber el té.

Lorena moqueó un poco, trató de limpiarse con una manga, pero antes que rozara la tela, un pañuelo había aparecido en sus manos. Agradeció a Adriana en un susurró, respiró profundo muchas veces y se lanzó.

Partió por contarles de la pelea que habían tenido en Maitencillo, doce años atrás, y terminó con la visita rápida y más rápida huida de Antonio esa misma mañana.

—Seguro que pensaba que ahora que estaba casado, de verdad podía convertirme en su amante —concluyó Lorena aceptando una segunda taza de té—. *Lady* Gabriela ni siquiera lo deja verla desnuda, y los hombres... bueno, la mayoría al menos, buscan algo más entretenido a la hora del sexo.

Todas miraron a Pamela. Francisca incluso la apuntaba. La colorina carraspeó, abrió la boca y la volvió a cerrar. Después inhaló y se lanzó con lo que llevaba tanto tiempo guardado.

—Estás equivocada, Lore —empezó Pamela—, él no se casó. Hay versiones encontradas en este sentido, pero los hechos concretos son: la novia lo dejó esperando el día del Civil y su hermano mayor le dio tal paliza, que Antonio pasó varios días en una clínica. Según don Luis Carrera, su nieto solo se casaba por su sentido del deber, aunque él le había recomendado encarecidamente que no lo hiciera. Según una tal Pía Goicochea —las cinco amigas hicieron una mueca. Todas recordaban claramente a las desagradables

primas de Antonio—, Gabriela es una pobre víctima de las maquinaciones perversas de la cruel y trepadora diseñadora de modas Lorena Irribarren.

—¿Qué? —preguntó Lorena, perturbadoramente tranquila.

—Gabriela parece ser la única que mantiene la imparcialidad en el asunto —siguió Pamela—, dijo que eso no es correcto. Que tú eres una maravillosa diseñadora, una mujer muy especial, y ella te admira mucho. Según un reportaje, en realidad no sabía mucho de esa supuesta relación tuya con Antonio, pero que si era así, les desea toda la felicidad del mundo. Textualmente declaró: «al corazón no hay que ponerle riendas» y si había tomado la decisión de no casarse, era porque su matrimonio podía hacer felices a muchos, pero ella no era una de esas personas. Y condenó la actitud de sus examigas y de su hermano, a quien también deseaba clasificar como exhermano, pero que, muy a su pesar, no podía porque les daría un disgusto aún mayor a sus padres. Lamentó todo el barullo por algo que se había exagerado y distorsionado y que esperaba que nada de eso se viera reflejado en la fundación benéfica de su familia que ella presidía, ya que ellos hacían muchas cosas buenas y bla, bla, bla... —Pamela exhaló con fuerza y se recostó en la silla donde estaba sentada—. Qué alivio.

—¿Cuánto llevabas guardando tanta información? —Adriana se puso detrás de la silla de Pamela y comenzó a masajearle los hombros.

—Casi dos meses, desde que empezaron a salir los artículos de la boda del año, ahora escándalo del año —respondió Pamela relajándose bajo los fuertes dedos de Adriana.

—Más importante que eso, ¿había alguna escuchado a Pamela desembuchar tanta información de corrido? —preguntó Isabel jocosa.

—No.

—Nunca.

—Solo cuando estaba enamorada de ese tipo, el de los New Kids on the Block.

—Jordan Knight, el amor de mi vida. —Pamela suspiró con las manos sobre

su pecho—. El verdadero motivo por el que nunca me voy a casar.

—Bueno, he aquí el verdadero motivo por el que nunca me voy a casar — dijo Lorena acariciando suavemente su vientre.

—Estoy segura de que Antonio va a volver. —Isabel abrazó a su prima y juntó su mano libre con la de Lorena, sobre su vientre.

—No lo tengo tan claro, Isa. Yo le dije que no lo quería, que no... —Lorena presionó sus ojos para evitar llorar nuevamente.

—Pero él volvió de todas maneras —razonó Isabel tranquila—, sin saber que estás embarazada.

—Y me vio con las pruebas en la mano y salió corriendo. —Lorena no quería tener esperanzas y ser nuevamente decepcionada, por eso le llevaba la contraria a su prima—. Mi ataque de histeria se debe a eso en realidad. Yo estoy feliz porque voy a tener un hijo de Antonio. No me importa ser madre soltera.

—Yo, lo único que sé es que me alegro de que estés embarazada, porque la próxima vez que vea a ese geólogo terroso voy a patearle las... ya saben. —Adriana no podía evitar soltar una amenaza o dos—. Y probablemente no pueda funcionar en un buen rato.

—No seas cruel, ya ha tenido suficiente de palizas por un buen tiempo. —La sonrisa de Francisca, falsa para quien la conociera, abarcaba gran parte de su delgada cara—. Podemos esperar a que Malik venga de vacaciones. Ya quisiera ver cómo se las arregla Antonio con un excampeón de boxeo. El hermano de esa tipa es un alfeñique al lado de Mal.

—Si es por eso, yo tengo una llave inglesa nueva, guardada solo para Antonio —aportó Isabel.

—¿Saben qué artículo encontré hoy en el periódico? «Cómo fabricar un muñeco de vudú que realmente funcione» —contó Pamela—. Lo único que necesito es algo personal de él, así que Adri o Isa, la que lo pille primero, no se laven antes de que yo tome una muestra de su sangre.

Lorena empezó a reír como no lo hacía en semanas. Realmente había

extrañado a sus amigas, encerrada en sí misma como estuvo desde septiembre. Cuando las otras vieron que Lorena reaccionaba así, siguieron desarrollando descabellados planes de venganza que incluían desde hormigas rojas en su cama hasta instrumentos de tortura medieval.

Después, se pusieron a inventar nombres ridículos para el bebé y a discutir si era correcto permitir que Dimitri y su primo formaran una *Boys Band*.

—Es decir —comentaba Adriana—, existe la posibilidad de que Dimi pueda bailar, pero ¿cantantes en nuestra familia? A Juan no lo dejó ni escuchar la radio, parece que hubiera matado un gato.

—¿Existe la posibilidad? —reclamó Francisca—. Dimitri Vinográdov Soublette va a ser el más grande bailarín de la historia, más que Barýshnikov, que Nuréyev.

—Dimi es un Soublette de cabo a rabo, va a ser mecánico para seguir la tradición familiar —dijo Isabel, tan tranquila, sabiendo que provocaría la furia inmediata de su hermana.

—¡No intentes meter a mi hijo en tus asquerosos autos, María Isabel, que te mato!

—Yo solo digo...

—Ya he tenido bastante de tus amenazas, no sé...

El timbre interrumpió la frase de Francisca a la mitad. Todas se giraron hacia Lorena y ella solo encogió sus hombros. Después, las miradas se dirigieron a Isabel y ella se puso de pie con movimientos estudiadamente pausados.

Isabel no tenía los problemas de su prima a la hora de abrir una puerta, así que se acercó a la mirilla y lo que vio la hizo retroceder dos pasos para coger la llave correcta de un pato de madera de cuyas alas abiertas colgaban varios manojos.

La puso en un bolsillo de su overol, abrió la puerta y dio un paso afuera.

—¿Qué haces aquí, Antonio? —preguntó con la misma calma habitual en ella.

—¡Isa! —Antonio esperaba que en algún momento Isabel y el resto del Quinteto intervinieran, pero no que fuera ese mismo día. Pero cosas más urgentes pasaron por su cabeza—. ¡Señor, Isa, tantos siglos sin verte! ¡Qué gusto!

—Me encantaría decir lo mismo, pero en vista de las circunstancias, voy a reservar mi opinión.

—Isa, yo...

—¿Qué quieres, Antonio?

—Hablar con Lorena. —Antonio se acercó a la muchacha, sabía que no sacaba nada intentando amenazarla, intimidarla o incluso suplicarle. Si Isabel no quería dejarlo pasar, no pasaría—. Por favor.

—No, creo que no.

—Isa...

—¿Qué quieres, Antonio?

—Ya te dije, hablar con Lorena.

—¿Es que tú piensas que soy *hueona*? —Antonio recordaba a Isabel como una muchacha alegre, sensata y decidida, pero no ese tono amenazante... al menos, no dirigido a él, reflexionó, antes que ella siguiera hablando—. Ya me dijiste que hablar con Lorena, eso me quedó claro. Lo que yo te estoy preguntando es qué quieres de Lorena, ¿para qué me pides hablar con ella?

—Isabel, mira, yo entiendo que tú quieras defender a Lorena. Es más, te lo agradezco, pero no creo que sea asunto tuyo. —Debía ser firme, ¿no? Ya había permitido que demasiadas personas lo manipularan.

—Lamento disentir. —Irónicamente, Isabel sonreía—. Pero tengo una llave inglesa que dice lo contrario. Y detrás de mí hay una puerta cerrada y yo no soy mi prima...

—Lo tengo más que claro, si fueras tu prima, yo no estaría acá. —¿Había sonado tan imbécil como él creía? Probablemente sí.

—Y no soy descuidada con las llaves, así que, si consigues pasarme, tienes que patear la puerta para llegar a ella. Pero detrás de la puerta está cierta

bailarina con conexiones en la KGB. —Isabel apretó los labios, pero Antonio no pensaba que fuera riendo.

—¿Cómo está Fran?

—Oh, ya sabes, pequeña, delgada y reciente madre. O sea que se despertaron sus instintos asesinos.

—¿Es que dormían antes de eso? —Antonio no quería sonar irónico, pero no lo consiguió.

—Y después de eso, hay una colorina silenciosa y letal que está leyendo algunas cosas interesantes.

—Por...

—Y si eso no bastara, tenemos una contadora con muy malas pulgas, que ha conseguido derribar a un hombre que sobrepasa su estatura por treinta centímetros y pesa cuarenta kilos más de puro músculo.

—Y...

—¿Te mencioné que ese gigante fue campeón de boxeo en África? El continente, ya sabes, ese que parece pie.

—Yo...

—Sí, tú. Ese cuñado tuyo, el que te sacó la mierda, es un bebé de pecho al lado del boxeador. Así que imagínate cómo te podría dejar Adriana si le saco la correa.

—Excuñado, Isabel, gracias a Dios.

—Simple semántica. Sigo esperando.

Había tratado de ser simpático. Había tratado de sonar ingenioso. Había pensado en amenazar, pero lo descartó automáticamente. Quiso creer que era una suerte que fuera Isabel quien hablaba con él, porque ella se prestaría a ser razonable, pero no. A falta de uno, fueron cinco posibles escenarios en los que él terminaría nuevamente en la clínica.

Esas niñas eran muy, así que él también tendría que serlo.

—Tengo todo lo que la mayoría de los hombres quieren tener. —Antonio llevó una mano a sus costillas y las sobó por unos instantes—. Propiedades,

vehículos, inversiones. Y no es solo por mi familia. ¿Sabes que gano más que la presidenta? Sí —asintió con sencillez, ante la mirada escéptica de Isabel—. Un geólogo recién titulado gana algo así como diez sueldos promedio. Y yo soy uno de los especialistas en geología económica más reconocidos a nivel mundial, llevo trabajando en mi campo casi trece años. Hasta hace un mes era envidiado por muchos, por el excelente matrimonio que iba a hacer. Gabriela es una mujer hermosa, inteligente y dulce. Sus conexiones son fantásticas; su fortuna familiar, inmensa. ¿Sabes lo que ella no es? Lorena. Ella no es Lorena. La amo. A la loca que tienes por prima. Me ha echado de su vida más veces de las que puedo contar, llevo deseándola casi desde el retorno a la democracia y ya llevamos cuatro presidentes electos. ¿Qué quiero, preguntas? El alivio de sus brazos. La tranquilidad que solo me da estar junto a ella.

—¿Por qué te fuiste antes?

—Por esto.

Antonio sacó de su bolsillo un papel de color verde y se lo entregó a Isabel. Ella lo desdobló, lo leyó por encima y después lo leyó más profundamente. Antes de devolvérselo, sonrió. Una sonrisa tan parecida a la de Lorena que Antonio sintió que el piso se abría bajo sus pies.

—Oh, te van a matar, primo. Lo sé. Se va a poner histérica, va a gritar y se va a tirar al sofá y a negarse a salir de ahí.

—¿Primo?

—Pero yo lo voy a solucionar, no te preocupes. —Isabel le guiñó un ojo y abrió la puerta. Antonio se quedó pasmado, ni siquiera notó que sacara la llave de donde fuera que la tuviera.

Avanzaron por el tan familiar pasillo, con las voces de Pamela, Adriana, Francisca y Lorena de fondo, conversando de su última loca ocurrencia, y Antonio pensaba que no era muy buena idea el intercambio de pantaloncillos en vez de camisetas al término de un partido de fútbol.

—Espera —susurró deteniendo a Isabel con una mano en su hombro—. ¿Es necesario que estén todas ustedes?

—Por supuesto.

Antonio no alcanzó a dar dos pasos cuando se escuchó la clara voz de Francisca preguntando a Isabel porque había dejado entrar a semejante alimaña.

—Tranquilas, sabe perfectamente que da un solo paso en falso y va a salir de acá en una caja de fósforos.

—No creo que...

—Por supuesto que sí. —Adriana se puso de pie. En verdad estaba magnífica. Fuerte y segura. Con sus manos apoyadas sobre las caderas irradiaba confianza en sus habilidades—. Como las que regalan en los bares. O sea, ni siquiera una caja, sino que un sobrecito de cartulina de malísima calidad. Lástima que haya dejado a Reggie en casa. ¿Te contaron que tengo un perro? Es un mastín napolitano, negro y feroz, entrenado para ir directo a las partes pudendas con una sola orden.

Antonio estaba tan impresionado por la cantidad, y calidad, de las amenazas que había recibido en los últimos minutos que ni siquiera vio que las otras cuatro habían llevado una mano a la boca. Y aunque lo hubiera notado, no sabría hasta el domingo siguiente que sus risas ocultas se debían a que Reggie era un perro tan dulce y alocado que obedecía un día no y al otro tampoco.

—Lore —dijo Isabel—, escúchalo. Si lo que tiene que decir no te gusta, se va inmediatamente.

—En dos segundos, no quiero salir de acá con los pies por delante —aclaró Antonio, aún aterrado por la imagen que Adriana y su perro habían formado en su mente.

—Yo...

—Por favor, Lore. —La miró suplicante, casi sin poder contener el amor que se desbordaba de su corazón. Ahí estaba ella, su amor y su vida. Pensaba que jamás volvería a verla ni a estar en la misma habitación que ella.

—Está bien —a regañadientes, Lorena se levantó de su puesto entre Pamela y Francisca—. Dime.

—¿Cómo estás?

—¿En serio? —espetó la muchacha impaciente—. Está bien, voy a pasar por esto —aceptó al escuchar el gemido colectivo de sus amigas—. Estoy bien, gracias. ¿Y tú? —Lorena no quería reconocerlo, pero creía ver una pequeña sombra sobre su mandíbula y los vestigios de un corte en su sien derecha, y sentía su dolor en carne propia.

—Estoy... mejor. Ya... ya no duele, excepto las costillas.

—Eso está bien, supongo. —Lorena apretó las manos en sus costados para evitar levantarlas y tocar sus costillas adoloridas—. Ya que cumplimos las formalidades, ¿puedo ahora preguntarte qué quieres?

—¿Cuánto tiempo tienes? —Antonio podría haberse cacheteado por idiota. ¿En serio la primera pregunta que hacía era por el tiempo de su embarazo?

—Tres meses —soltó Lorena sin saber muy bien porqué mentía.

—Yo...

—No es tuyo, si es lo que te preocupa. —Con la punta de su lengua, Lorena mojó sus labios, fingiendo calma e indiferencia.

—¿Sabes, Lore? Si abrieras esa puerta —un poco molesto, señaló la entrada a la pequeña oficina de la muchacha—, y salieran diez «Huachos Irribarren» amaría a todos y cada uno de ellos, solo porque serían una parte de ti.

Lorena levantó una mano al escuchar el ruido furioso que hacían Adriana y Pamela detrás de ella. Se quedó largo rato en silencio, pensando, esperando.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito preguntarte algo. —Antonio carraspeó y se llevó la mano a las costillas—. Antes, quiero que sepas que esto no es una idea mía. De hecho, mi mente y mi corazón están en conflicto en estos momentos. Yo... bueno, como me dijiste un día, puedo tener el cerebro reblandecido, pero lo compenso sabiendo escuchar. Y te he escuchado muchas veces decir que no me quieres, incluso que me desprecias y que lo único que querías obtener era venganza por el mal que te hice en el pasado. Pero... mi corazón está lleno de esperanzas. O eso, o el golpe que Gabriela me dio el domingo en las costillas las volvió a

fracturar y lo que siento es un pequeño trozo enterrado en mi corazón, literalmente.

—¿Viste a Gabriela el domingo? ¿Después de todo, sigues volviendo con ella?

Antonio no sabía cómo interpretar el tono cáustico de Lorena ni la manera en que su cuerpo pareció tensarse repentinamente.

—Fui a disculparme con ella. Sabes que soy muy terco en ese sentido. Yo le di mi palabra y traté de cumplirla, pero hay fuerzas que son superiores a mí. Por eso la busqué, a pesar que la decisión fue suya.

—Eres un idiota, Antonio.

—Lo sé. Además —Antonio carraspeó —, quería saber por qué. Y, esto es lo que me trajo aquí, a pesar de que sé... creo... sé que no soy bienvenido. Gabriela me dijo que... ella misma me incentivó a venir para acá, para eso fue el golpe en las costillas. Ella dijo que el día que fue a buscar el vestido te vio... que te vio llorando y abrazando un libro. Ella... bueno, yo nunca la conocí en verdad, así que me sorprendió con muchas cosas el domingo, pero esto fue lo más grande. Ella me dijo que, cuando tú fuiste al baño, ella tomó el libro, pero era...

—¡Por eso la maldita salió como alma que lleva el diablo! ¡Intrusa de mierda! ¡Tu maldita novia...!

—Ex. Y tengo las facturas de la clínica para probarlo, junto con un acuerdo entre privados, con Carolina Carrera firmando como mi representante, de la disolución de cualquier compromiso adquirido entre nosotros y la partición de los gastos y bienes realizados en torno a ese compromiso.

—¡Tu maldita exnovia entonces, si lo quieres así!

—Sí, gracias. Pero, mi cielo. —Antonio hizo una pausa y antes que Lorena pudiera reaccionar, tomó su mano y la llevó a su corazón, presionándola con sus dedos para que sintiera el fuerte y desacompasado latido—. Lo más importante acá era el libro que abrazabas. El álbum de fotografías que te regalé cuando te pedí que me contaras la historia de tu vida. También me habló

de lo que tú le dijiste... Lore... ¿Tiene ella la razón? Es decir, existe la posibilidad de que tú... que tú...

—Yo te amo, Antonio —declaró Lorena con sencillez—, en contra de mi voluntad, de mi buen juicio... aunque escaseé... en contra de todo lo que creo que quiero, yo te amo.

Antonio soltó su mano, la rodeó por la cintura y tiró de ella hasta que la tuvo pegada a su cuerpo. Se inclinó y enterró el rostro en su pelo. Sintió los brazos de Lorena rodear sus hombros y se relajó. Jamás lo admitiría, pero sabía que temblaba. De alivio, de alegría, de lo que fuera, pero temblaba. «Gracias», susurraba en su oído. Simplemente gracias por amarlo, por aceptarlo, por dejar de lado todo el dolor y la amargura y recibirlo en su vida otra vez.

—Te amo, mi chiquilla traviesa. —Besó su frente, su mejilla, la comisura de sus labios—. Te amo.

—Y yo a ti —Lorena se alejó de su pecho para acariciar sus mejillas—. Antonio, ¿estás llorando?

—No, cómo se te ocurre, los hombres no lloramos. —Sin disimular ni un poco, Antonio se limpió los ojos.

—¡Ja! Juan llora cada vez que llega una moto maltratada al taller —dijo Adriana exasperada.

—Baran lloró el día que nació nuestro hijo —aportó Francisca sonriente—. Y el día que lo sacaron de la incubadora y pudo tomarlo en brazos. Y cada noche, cerca de las tres de la mañana, cuando Dimi despierta llorando... claro que eso puede ser porque interrumpe la fabricación de otro hermanito, ahora que ya podemos.

—Entonces Juan va a llorar también... por las patadas que yo le voy a dar para que vaya a callar al bebé. Después de todo, es él quien insiste en que tengamos uno.

—Adri, ¿Estás...?

—No. No, por Dios, no. —Adriana cortó la pregunta de Pamela sin contemplaciones—. No aún, al menos. Pero llegamos a un acuerdo. Vamos a

dejar de tomar pastillas anticonceptivas para nuestro primer aniversario de matrimonio.

—Los hombres no tomamos pastillas anticonceptivas.

—Este al menos —dijo Lorena apuntando a Antonio—, no toma ningún tipo de medida anticonceptiva.

—Contigo, mi cielo. —Antonio deslizó una mano a lo largo de su cintura hasta llevarla a su vientre y ahí la dejó, se inclinó para hablarle al oído, sonriendo sobre su piel, mientras las otras discutían de quien era la responsabilidad por un embarazo no planificado—. Tienes un duendecillo ahí dentro.

—Sí.

—Y yo con las ganas que tengo de ser papá.

—Felicitaciones entonces. Y no me preguntes cuánto tiempo, ¡Jesús! —exclamó Lorena ante el gesto divertido de Antonio—. Como si yo fuera capaz de hacer un cálculo cuando acabo de enterarme que estoy embarazada.

—Dejémoslo en «como si yo fuera capaz de hacer un cálculo» y punto —pidió Adriana, y todos rieron.

—Pero...

—Es tuyo, Antonio, por supuesto. No soy *taaaaaan* loca.

—Solo quiero saber cuándo va a llegar —alegó Antonio, apretando a Lorena más contra él

—Ay, tengo pésima memoria, por lo que recuerdo, la última vez que tuve la regla fue para las Fiestas Patrias.

—¿Así que nueve semanas y media? —preguntó Antonio solo para ella—. Te dije que podías dejarte los calcetines puestos, pero yo no usé el mío.

—Nunca lo hiciste, ¡idiota!

—No puede ser —intervino Pamela—, me acuerdo que nos quejamos juntas por la tontera esa. Ay... ¿Cuándo fue? ¡Ah, claro! el doce de octubre. No sabíamos si era peor tener el período o tenerlo en un día libre.

—Tienes razón, Pame, pero yo ya había tenido el período. —Lorena se llevó

dos dedos sobre los labios mientras trataba de hacer memoria—. Recuerdo que mis reclamos eran porque se me había adelantado.

—¿Antes del doce de octubre? No. No, por favor, Lore dime que no. —Antonio miró a Lorena, angustiado—. Lore, dime que no fue esa noche.

—Shhh... tranquilo. —Lorena acarició suavemente el mentón de Antonio, después lo tomó por la nuca y lo besó—. Yo apuesto por el miércoles en el taller. Llevaste comida tailandesa y estrenamos esos cojines... en todos los sentidos.

—Lo más probable es que haya sido entre el dieciocho y el...

—¡Cállate, Adriana! —exigió Francisca, cortando definitivamente el momento romántico—. Ahora, si me perdonan, esta es la tercera vez que suena mi teléfono y es mi esposo, así que tengo que contestar.

—Qué bueno —Antonio, que aún abrazaba a Lorena, hizo amago de tomar el teléfono de Francisca—, tengo una pocas palabras que decirle a tu marido.

—Oh, y mi marido va a tener unas cuantas palabras para ti, créeme. Es su prima favorita esa que tienes ahí —replicó Francisca ominosa—, pero de momento, yo voy a hablar con él.

—Soy su única prima, idiota —aclaró Lorena.

—Adriana, ¿cuándo dirías, entonces, que va a nacer el bebé? —preguntó Antonio mirando a la contadora—. ¿Fines de julio?

—Si no se adelanta, claro. Con las mujeres primerizas no se puede tener ninguna certeza —respondió Adriana—, sobre todo si tienen períodos irregulares.

—Más aún, con una tan vieja como mi prima —agregó Isabel, ganándose una patada al aire de Lorena.

—Ah, perfecto. Mi cielo, si consigues que nazca el treinta de julio, sería maravilloso. Es el cumpleaños de mi abuelo —explicó Antonio a las mujeres que lo miraban atentas.

—Chicas, si me disculpan, me tengo que ir. —Francisca se acercó guardando su teléfono.

—¿Qué pasó? —preguntó Pamela preocupada.

—Baran derramó la leche que le dejé y Dimi no quiere tomar el relleno. — Francisca se puso la chaqueta y se acercó a su hermana que buscaba la llave de su camioneta entre los bolsillos de su overol—. No te preocupes, tomo un taxi —agregó apurada.

—Qué bien. Quiero estar aquí para cuando Antonio explique por qué se fue corriendo antes. —Isabel volvió a sentarse sobre la manta.

—Yo no quiero saber nada de eso —reclamó Lorena, que aún pensaba que Antonio había corrido porque no quería saber nada de un bebé, a pesar de lo que acababa de decir.

—Oh, sí que quieres saberlo —dijo Isabel.

—Entonces, primo, apúrate, porque si no te va a tocar vértelas con el señor director, ya está a punto de aparecer —pidió Francisca devolviéndose del pasillo—. ¡A qué esperas!

—Me gustaría no tener público —indicó Antonio.

—No. —Adriana puso las manos sobre sus caderas.

—Jamás —negó Pamela.

—Ninguna oportunidad. —Isabel se recostó, esperando la explicación.

—Lorena, mi cielo, si salí corriendo no fue por miedo ni nada que se le parezca —Antonio empezó a hablar después de haber mascullado varias veces algo que sonaba a «muy, todas ellas»—. Solo necesitaba algo de mi departamento. —Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una caja de cartón celeste con una cinta azul—. Te amo, eres mi vida. —Ante el asombro de las cinco amigas, Antonio llevó una rodilla al piso y abrió la caja—. Por favor, cástate conmigo y termina de una buena vez mi desdicha.

—¡Sí! —gritó Lorena—. Sí, por favor. Sí, gracias. Sí, lo que sea, sí.

Antonio se puso de pie, sacó el anillo de la caja y se lo puso a Lorena en el dedo. Las otras mujeres se acercaron inmediatamente a verlo y se miraron entre ellas, muy curiosas. Como siempre, fue Francisca la de las preguntas peliagudas.

—Pero... ¿ese anillo es de plástico?

—Sí, y tiene un pito, mira —dijo Lorena llevándose el anillo a la boca y haciéndolo sonar—. Fueron muy populares cuando yo estaba... —entonces su alegría y aceleración se desvanecieron— en el instituto. Antonio, ¿haz guardado este anillo por doce años?

—Eso mismo —Antonio confirmó sus palabras asintiendo con la cabeza—, lo compré en el último viaje, quería encontrar un momento propicio para dártelo.

—Pero...

—No te preocupes —pidió Antonio, tomó su mano y le dio un dulce beso.

—Por eso. —Adriana aún miraba el anillo, todas se dieron vuelta hacia ella, pensando que iba a reclamar algo, pero la contadora las sorprendió—. Era un anillo muy apropiado para una loca tan grande como Lorena, más aún en esa época.

—Bueno —Antonio se rio—, mi idea era que lo llevara por unos meses, solo para divertirnos un poco al ver las reacciones de todos cuando vieran ese anillo de compromiso. Le iba a dar el de verdad cuando cumpliéramos un año.

—Si esto es por lo que dije de las joyas...

—Mi cielo, en algún momento vamos a tener que superar lo de esa noche.

—Ajá. —Isabel, Adriana, Pamela y Francisca mostraron su acuerdo al unísono.

—¿Es que saben todo? —preguntó Antonio mirando a Lorena, pero nuevamente fue el coro el que le respondió.

—Ajá.

—Y queremos ver el otro anillo —pidió Francisca, que parecía haberse olvidado de la urgencia que tenía en casa.

—No es necesario que haya otro anillo —dijo Lorena rápidamente.

—Tal vez no sea necesario, pero lo hay —declaró Antonio, metiendo la mano a su otro bolsillo. Sacó una caja recubierta en terciopelo burdeos y la abrió. Era un solitario de diamante en una fina argolla de platino—. No es la

piedra más grande que existe, pero es preciosa, tiene un color fantástico, que se debe al corte. Un amigo gemólogo la encontró para mí.

—Yo... yo... —Lorena no podía dejar de tartamudear, estaba demasiado impresionada por la belleza y sencillez del anillo—. ¿Cuándo? No tuviste tiempo, volviste en dos horas.

—Un poco más, pero... es que estaba junto al otro anillo —explicó Antonio un poco avergonzado, no tenía ninguna intención de contarle que había guardado un anillo de diamantes en el doble fondo de su cómoda por tantos años—. De hecho, este lo compré antes, el diamante me llegó a comienzos de junio, ese año, y un joyero conocido de mamá hizo el trabajo. El otro era solo de broma.

—Perfecto, ahora solo faltan las alianzas. —Isabel buscó en la mesa lateral hasta que halló un papel en blanco. Miró a Adriana, ella le pasó un lápiz de su cartera e Isabel comenzó a escribir.

—*Bueeeeno...*

—Ay, no —Lorena gimoteó quejumbrosa—. Antonio, por favor dime que no tienes un par de alianzas desde hace doce años. Te juro que me pongo a llorar.

—Solo le falta la fecha —Antonio no quería que Lorena se sintiera mal por eso, pero la verdad era que sí los tenía más o menos desde la misma fecha. Exactamente desde el lunes siguiente a la pelea, cuando todavía tenía la esperanza de arreglar las cosas entre ellos.

—Estamos listos, entonces —dijo Isabel y tarjó algo de su lista—, solo hay que encontrar un joyero que los grave. ¿El amigo de tu mamá sigue activo? Hablando de eso, tal vez sería bueno llamar a sus familias. Estoy segura que tío Víctor debe estar en casa, tomando su larga hora de almuerzo.

—No. No es necesario que llamemos enseguida a nuestras familias. —Lorena negaba enfáticamente—. No aún. Un ginecólogo, tal vez, pero...

—Yo te consigo una hora con el mío, es muy bueno —ofreció Adriana sacando su teléfono de la cartera.

—Te lo agradezco —Lorena le sonrió, feliz por el cambio de tema.

—Oh, primo —canturreó Isabel—, me parece que aún te falta algo.

—Lo sé —Antonio creía que hablar con Lorena sería complicado. Luego, que aceptara casarse, pero ahora entendía que Isabel tenía toda la razón. ¿En qué rayos estaba pensando?—. Mi cielo...

—¿Qué hiciste ahora? —preguntó Lorena imitando tan bien la postura de Adriana, con las manos en las caderas, que Antonio tuvo que morderse los labios.

—Bueno, no me demoré dos horas en ir y volver de mi departamento. Eso pude hacerlo en media hora.

—¡Antonio, suéltalo ya!

Antonio prefirió pasarle el mismo papel que Isabel ya conocía. Al comienzo, Lorena ni siquiera lo leyó. Solo seguía esperando que él diera una respuesta. En silencio, apuntó nuevamente el papel. Entonces Lorena, con un gesto de hastío, empezó a leer. Encogió los hombros aún sin entender lo que Antonio trataba de decirle. Finalmente, la hizo leer el título y un reglón en particular.

—No —dijo Lorena inmediatamente, soltando el papel—. No, no, no. No. No. Oh, no, no, no. No. No. —Cada «no» tenía una entonación particular. Desde la simple negación a la resignación, pasando por la sorpresa, histeria, incredulidad, enojo, miedo—. Me niego, Ignacio Antonio Carrera Goicochea, no. No lo acepto, no.

Tal como presagiara Isabel, Lorena fue a sentarse a su lado en el sofá, cogió la manta libre y se tapó con ella, casi usándola como si fuera una armadura.

—Lore.

—No, Antonio, no insistas o me veré en la obligación de tomar medidas drásticas, aunque tenga que terminar buscándole otro padre a mi hijo.

—Nuestro hijo no necesita otro padre, tiene uno perfectamente saludable. —Antonio no sabía si reír o llorar por la reacción de Lorena. O sentirse admirado por la precisión de Isabel al describirla.

—No por mucho, no si insistes en ese absurdo. —Lorena estiró la mano hacia la mesa de centro buscando el control remoto. Claramente, no pensaba

abandonar su posición.

—Con uno que aclare de qué hablan es suficiente —exigió Francisca, viendo como los ojos de su hermana brillaban de regocijo.

Adriana decidió ir directamente a la fuente y recogió el documento que había sido olvidado junto a la mesa de centro, cuando Lorena no quiso seguir tomándolo.

—Ohhhh... Sí que es bueno —dijo cuando terminó de leerlo—. Esto es una solicitud para un matrimonio civil a realizarse en domicilio. Mañana a las cinco de la tarde.

—¿Qué? —gritaron Pamela y Francisca.

—Rómpelo, bóvalo a la basura, haz lo que quieras, pero que desaparezca de mi vista. —Lorena se arrellanó aún más en el sofá. No prendió el televisor, pero jugaba con el control remoto en sus manos.

—Mi cielo, recorrí muchas oficinas del Civil hasta encontrar esa hora.

—Prima, considerando que ya aceptaste casarte y que estás embarazada, el escenario es perfecto. Así, cuando nazca, pueden decir que el bebé es prematuro y va a colar sin problemas —intervino Isabel, sonando juiciosa y razonable. Una absoluta loca para su prima.

—¡Isabel! ¿Cómo puedes decir eso? —Lorena la miró como si le hubiera salido otra cabeza—. No me puedo casar mañana. ¡Mañana! Faltan veintisiete horas para que sean las cinco de la tarde de mañana.

—Va a ser como la Teletón. —Pamela se refería al programa televisivo que unía a todas las cadenas y que procuraba, en las llamadas veintisiete horas de amor, reunir una determinada cantidad de fondos para el Instituto de Rehabilitación Infantil—. Difícil, pero no imposible.

—Pero... pero... un matrimonio requiere mucho trabajo, la fiesta, la comida...

—Tengo la lista acá y muchas ideas para concretarla —comentó Isabel.

—...la música, el fotógrafo...

—Ese puede ser Julio —aportó Antonio, e Isabel hizo una nota en su lista.

—...la torta, el vestido... ¡Isabel! no puedo casarme mañana. ¡No tengo vestido!

—¿No hay un vestido en la casa de una diseñadora de modas? Lorena, estás siendo simplemente ridícula —Isabel sonaba un poco impaciente—. Pame, llama a Tamara, que deje todo de lado y seleccione las telas más apropiadas para un vestido de novia.

—Yo voto por cuero negro, seda roja y clavos o tachas, no sé cómo se llaman —dijo Antonio.

—Eso es para la ropa de una dominatrix, no para una novia —lo increpó Adriana.

—Lo sé —Antonio sonaba absolutamente feliz.

—Espero que no creas que es apropiado que Lorena se case vestida de esa manera. —Adriana no podía creer lo que escuchaba—. Lo que hagan en la intimidad de su hogar es problema suyo, pero estamos hablando de su boda. No puedes...

—Tammy dice que la cosa está muy tranquila por allá, que va a empezar inmediatamente —les contó Pamela, interrumpiendo la discusión—. ¿Qué más? ¿Juan?

—Eso mismo —pidió Isabel—, dile que se queda a cargo y que mañana cerraremos al medio día, para que pongan inmediatamente el aviso.

—Dalo por hecho.

—Esperen, antes que sigan. Ahora sí que me tengo que ir —anunció Francisca—. Si hay algo que pueda hacer en mi casa, los recuerdos, llamadas telefónicas, lo que sea, avísenme. Adiós.

—Pero ¿y el local? —preguntó Lorena que al menos había dejado el control remoto de lado y se había sacado la manta de encima—. Amor, ¿crees que tus padres nos presten el patio de su casa? Por lo que recuerdo, era inmenso.

—No hay problema —dijo Adriana, colgando su propio teléfono—, acabo de hablar con Bernie, dice que para mañana no tiene nada, así que en este momento está llamando a su personal para que se preparen. Y Blanca ya está

metida en la cocina, empezando con la torta. Tengo que ir a ayudarla y hacerle algunas compras, pero primero paso donde Bernie para ver el menú con su chef.

—¿Quiénes son Bernie y Blanca? —preguntó Antonio.

—Blanca es mi hermana, es repostera —explicó Adriana—. Y Bernie, Bernarda, en realidad, es una compañera del instituto de Juan, ahora administra un centro de eventos, así que tiene de todo lo que se necesita para la cena y el cóctel. Excepto comida, porque hay que comprarla fresca. ¿Isa, puedo reclutar a Diego para que me ayude en eso?

—Ningún problema —respondió la aludida—. ¿Bernie tiene datos de DJ...? Espera. Lorena, ¿qué haces aquí aún? Anda inmediatamente a trabajar en tu vestido, mujer. Déjanos a nosotros el resto.

—Pero...

—¡LORENA! —gritó Adriana.

—Es que no tengo auto —explicó la diseñadora—, lo dejé allá porque no podía manejar.

—Vamos, yo ando en el mío, te paso a dejar y me voy donde Bernie. —Adriana tiró de la mano de Lorena para ponerla de pie.

—Pero y...

—Prima, tú solo preocúpate de estar lista mañana a las cinco. De lo demás nos encargamos nosotras. ¿Necesitas más ayuda además de Tamara?

—Podría ser.

—Pame, llama a Jacque, que vaya donde Lorena apenas pueda y no se preocupe del trabajo de mañana —instruyó Isabel—. Yo voy a partir por llevar al novio a comprar un traje.

—Yo le hago la corbata —gritó Lorena cuando era empujada por Adriana hacia la salida.

—¿Ves, primo? Todo solucionado —Isabel sonaba tan modesta que Antonio no pudo evitarlo y se tiró en el sofá, con las manos en las costillas, muerto de la risa.

CAPÍTULO VEINTE

«Lo podemos lograr» fueron las palabras que las cinco amigas más repitieron en las siguientes horas. Cuando parecía que estaba todo bajo control y cada detalle estaba siendo preparado, Isabel y Adriana se reunieron nuevamente, esta vez, en el taller de Lorena. Isabel, que aún andaba con Antonio para todos lados, entró en la sala de confección con la apariencia del gato que se zampó al proverbial canario.

—Perfecto —dijo Adriana, que se había apropiado de la mesa de dibujo, el tablero de corcho y la pizarra de Lorena—, tu tiempo es perfecto, como siempre.

—Gracias, me encanta que me digan que soy perfecta —aceptó Isabel mientras esperaba que Antonio acarreara una silla y Tamara se escondiera con el vestido en la bodega.

—Yo no dije...

—Vamos a la lista, que tenemos poco tiempo. No quiero estar llamando a nadie a las doce de la noche. —Isabel sacó una libreta del bolsillo de su chaqueta y empezó a recitar puntos que Adriana escribía en la pizarra y anotaba la información que tenían.

—No tenía idea que un matrimonio requería tanta preparación. De haberlo sabido, me hubiera quedado en la oficina, que tenía hora para el lunes. —Antonio estaba repartiendo la cena que habían comprado y no se dio cuenta de las tres miradas asesinas que cayeron sobre él.

—Amor...

—Después, Lore. —Adriana chasqueó sus dedos, para llamar la atención de todos—. Ahora tenemos que cuadrar los invitados. Por si acaso, le dije a Bernie que eran cien. Pueden ser menos, no más, pero vamos en noventa. Así que se ajustan o tenemos que corregir eso.

—Nos ajustamos —pidió Lorena.

—Se corrige —indicó Antonio.

—Pero...

—Quiero invitar a todo el mundo —aclaró Antonio obligando a Lorena a comer, ya que había pasado todo el día solo bebiendo té—, me importa un bledo si tengo que vender alguna propiedad para financiarlo.

—Hablando de eso, ¿dónde vamos a vivir? —preguntó Lorena después de tragar el bocado.

—Señala una casa y te la compro. Abre. —Antonio volvió a acercar el tenedor a la boca de Lorena.

—Pero mañana...

—En cualquier departamento. No, quiero seguir alimentándote. Y a mi hijo. —Lorena había intentado quitarle el tenedor, pero Antonio fue más rápido.

—Tenemos que terminar ya. Hay que llamar a sus familias inmediatamente. —Adriana ni los miraba, escasamente saludó a Pamela y Jacqueline cuando ellas entraron, y siguió trabajando con la ubicación de las mesas.

—Hagamos eso enseguida y después vamos con el resto, ahora que llegaron Pamela y Jacque —sugirió Isabel.

—Mi cielo, antes que se me olvide, no firmes nada que te pasen Carolina o Paula antes de la boda —dijo Antonio.

—¿Por qué? ¿Qué van a querer que firme? —preguntó Lorena, que había empezado a alimentar a su novio.

—Un acuerdo prematrimonial —explicó Antonio después de tragar su comida.

—¿Es que eso existe en Chile? —Isabel estaba auténticamente curiosa.

—Se llaman capitulaciones matrimoniales —dijo Adriana—, las firmas en

el momento de la ceremonia civil. Las hay de participación en los gananciales, separación total de bienes y... Oh, no me acuerdo como se llama el otro régimen.

—Pero con la nueva ley de matrimonio civil también se pueden hacer verdaderos contratos prematrimoniales —explicó Antonio—. Caro estudió en Stanford, no recuerdo qué especialización, algo de comercio internacional, y ahí aprendió a hacerlos, así que ahora se ha hecho famosilla por sus contratos blindados. De hecho, el otro día ganó un caso para su...

—¿Y eso nos interesa por...? —Antonio apretó los labios y se llevó una mano a las costillas, Juan en verdad debía ser un santo si aguantaba a Adriana cuando se ponía así de intransigente.

—Para Gabriela —continuó Antonio—, escribió un contrato como de cien páginas. Pau insistió en establecer todas mis propiedades separadamente del caudal familiar. Hacer proyecciones de ganancias futuras y...

—Mañana, lo primero que vas a hacer, es presentarme a tu hermana —instruyó Adriana, pero Isabel y Pamela, de pie detrás de su amiga, movían desesperadas sus cabezas, contradiciéndola—. Me encanta su manera de hacer las cosas.

—Ambas son muy diligentes —aceptó Lorena haciéndole una mueca burlona a Adriana—, así que me imagino que lo que sea que me pasen va a estar bien.

—No. Tú no vas a firmar ningún acuerdo prenupcial. —Antonio tomó la mano de Lorena y la llevó a sus labios—. Como intentes divorciarte de mí, te encierro en una torre a lo Rapunzel.

—Pero si tu familia...

—Siguen siendo mis bienes y tú serás mi esposa y la madre de mis hijos. Todo lo mío es tuyo. —Lorena le sonrió y Antonio tuvo el peor dolor de costillas en la vida—. Todo yo soy tuyo.

—Y yo tu...

—¿Quieren el par de tórtolos dejarse de esas cosas y concentrarse en el trabajo? —Adriana estuvo a punto de tirarles el plumón que tenía en la mano

—. Mi esposo va a venir a buscarme en una hora y yo... —Respiró profundamente y sonrió—. ¿Seguimos?

—*Oka*. Ahora, terminen de comer... rápido, ya tendrán tiempo para darse cada uno en la boca mañana... —Isabel también había perdido la paciencia y, lo peor, al menos para sus amigos, es que ella no tenía en quien pensar para distraerse—. Y empecemos con la familia cercana para que podamos llamar a los amigos, partiendo por Julio, para que pueda preparar sus equipos.

La primera llamada fue para los padres de la novia. Ambos se tomaron con total calma el hecho de que su hija se casara en menos de un día. Estaban al tanto del fallo en el matrimonio de Antonio y ni siquiera se sorprendieron al saber que Lorena estaba embarazada. Ella estaba segura que apenas colgaran, sus padres se pondrían a gritar como locos.

Antes de llamar a su familia, Antonio le pidió a Lorena que no les dijera aún del embarazo. Quería verles la cara cuando eso pasara. La muchacha aceptó con la condición de no decirle a Julio quién se casaba.

—Solo le diremos que se casa un familiar lejano tuyo, y que su fotógrafo les falló a última hora —dijo Lorena con ánimo festivo.

Al comienzo, Cecilia Goicochea pensaba que su hijo le estaba jugando una broma macabra, pero cuando escuchó el nombre de la novia, casi se desmayó. Y después, Antonio tuvo que alejar el teléfono para no escuchar sus gritos. Finalmente, pudo pedirle que avisara a todos, menos a su abuelo, de eso se encargaría él.

La alegría de Luis Carrera era inimitable. Lloró con Antonio y se rio con Lorena. Inmediatamente empezó a ofrecer regalos como viajes, casas, automóviles, lo que los jóvenes quisieran. No pudo seguir hablando por la emoción cuando Lorena le dijo: «Simplemente tu presencia, abuelo». Él susurró su adiós y colgó.

—Recién me doy cuenta de algo, mi cielo. —Antonio dejó el teléfono de lado y tomó la mano de Lorena—. Hemos hecho esto tan apresuradamente que ni hablamos de los regalos. Gabriela me arrastró por un montón de tiendas

exclusivas para hacer una lista, ¿qué quieres hacer tú?

—Mmmm... no sé, no necesitamos nada, en verdad. —Lorena llevó sus dedos a la boca y los golpeteó pensando—. Al departamento que vayamos, está listo. Y cuando compremos una casa, nos llevaremos nuestros muebles. ¿Qué te parece si les pedimos que hagan una donación a nuestro nombre en alguna beneficencia?

—¿La fundación de Gabriela? —preguntó Antonio, no muy convencido.

—Según un artículo que publicaron ayer —intervino Pamela—, lo único que ella realmente lamenta de su ruptura y el escándalo subsecuente, son las repercusiones que podría haber para las personas y causas que reciben ayuda de la Fundación Matus.

—Es bonita la idea, primo. —Isabel se acercó a Lorena para apoyar su propuesta—. Yo, al menos, haré eso. Una buena donación de la familia Soubllette.

—Es una suerte de justicia poética —agregó Adriana—. Juan y yo haremos lo mismo.

—¿Es lo que quieres? —le preguntó Antonio a Lorena, que asintió en silencio—. Está bien, que así sea.

—Gracias. —Lorena le dio un dulce beso a Antonio en la mejilla y después se volvió hacia sus amigas. Llevó el anillo/pito a su boca y lo hizo sonar—. ¿Y ustedes a qué esperan? ¿Es que no tienen nada que hacer? ¡Moviéndose!

Por un par de horas, Isabel, Adriana, Pamela y Antonio se dedicaron a hacer llamadas. Después, se fueron a casa de Francisca donde prepararían los recuerdos, excepto Adriana, que iría a ayudar a Blanca con la torta, y dejaron a Lorena, Tamara y Jacqueline para que terminaran el vestido de la novia.

Faltaba un minuto para las cinco de la tarde y Antonio, que solo había conseguido dormir tres horas, esperaba impaciente junto a Julio. A base de

estar pegado a él, había conseguido que nadie le revelara el secreto. También contaba con la complicidad de las amigas y familia de Lorena, que lo conocían y esperaban en la oficina de Bernarda.

—Toñito, no te enojés ni nada, pero acaba de entrar alguien conocido y no sé si vas a querer verla —dijo Julio, muy preocupado por su amigo.

—¿A quién? —preguntó Antonio inocentemente.

—Pamela, la amiga de... esto, la colorina, ya sabes, esa que está ahí. —Moviendo su mentón en dirección a la puerta, Julio trataba de disimular su estupor. No sabía qué hacer si la siguiente en aparecer fuera su querida amiga Lorena.

—Ah, bien. Esa es mi señal. —Antonio saludó a Pamela, que acompañaba a la oficial del Civil que presidiría la ceremonia—. Me voy a mi lugar.

—¿Adónde? —Julio sabía que estaba a punto de hiperventilar y se veía aún más pálido que de costumbre bajo su pelo fucsia.

—Junto a la mesa, ese es el lugar del novio, ¿no?

—Toñito, ¿te volviste loco?

—He estado loco por doce años, Tulio, pero ahora ya recuperaré mi cordura. Dime —Antonio miró nuevamente hacia la puerta—, ¿no es hermosa mi novia?

—¡Me cago en la puta madre! ¡LORENA! —fueron los flashes de las cámaras de Isabel y Adriana dirigidas hacia él para captar su ridículo semblante lo que hicieron que el fotógrafo reaccionara y empezara a retratar a Lorena y su padre ingresando al recinto.

Fue una ceremonia bella y sencilla, pero Antonio no se enteró de nada. No podía dejar de mirar a Lorena y el milagroso trabajo que había realizado en menos de un día.

El vestido era sencillo, de cintura alta, con escote palabra de honor. Varias capas de un brillante organdí que llegaban hasta el piso le daban un aspecto etéreo. Sobre el pecho tenía bordadas algunas flores blancas y lilas. También hojas y ramas, de tono verde claro y oscuro. Pero además, tenía cosidas otras flores, brillantes y hermosas, confeccionadas en seda de color violeta oscuro.

Aunque la tradición indicaba que la novia debía llevar flores, Lorena no quiso hacerlo. En cuanto la vio, Antonio comprendió que la negativa de Lorena se debía a que usaba su vestido para ese propósito. Había hecho con él un hermoso ramo de crisantemos.

Con el pelo cogido en una fina trenza, que bajaba por su espalda y dejaba al descubierto el tatuaje, y el suave maquillaje que Daniela Carrera había insistido en hacer, Lorena estaba radiante.

Después de firmar el registro, se pusieron las argollas y se besaron. El salón estalló en aplausos y Julio siguió sacando fotografías, a pesar de que sus lágrimas casi no lo dejaban ver.

El cóctel estuvo delicioso y la cena, simplemente, perfecta. Para cuando empezó el baile, ya nadie se preguntaba si Antonio y Lorena estaban locos por casarse con un día de aviso. Era evidente para todos que así era.

Estaban absolutamente locos el uno por el otro.

A Lorena, sin embargo, le llamaba la atención la cantidad de conversaciones que Antonio mantenía exclusivamente con los hombres de su familia.

Cuando Claudio, Juan Carlos y otros muchachos que el hermano de Lorena había exigido que invitaran se alejaron de Antonio, ella se acercó a su esposo

—Amor, ¿qué pasa? —preguntó al verlo con el rostro pálido.

—Yo pensaba que Isa y las otras eran buenas profiriendo amenazas —confidenció Antonio llevándose a Lorena a un rincón del salón—, pero es que en tu familia son todos violentos.

—¿Qué pasó?

—Todos, absolutamente todos, me han prometido golpizas y duras acciones. Claudio y sus amigos. Tu papá y el papá de Adriana, Baran y Juan. No sé qué piensan que puedo llegar a hacer que amerite tantas amenazas. Es decir, sé que mi historial no es bueno, pero Gabriela no era la mujer correcta. Tú lo eres.

—Mi amor, no te preocupes, solo están preocupados por mí, porque no he estado nada bien en estos días. Ven, vamos a la terraza. Nos esperan allá.

—¿Para qué?

—Primera reunión del Quinteto con un nuevo miembro honorario.

—Ese soy yo. —Antonio dejó sus preocupaciones de lado y fue a disfrutar de lo que prometía ser un buen momento.

Por cerca de una hora estuvieron conversando los ocho. Juan y Baran se reían de Antonio, Lorena lo defendía. Todos bromeaban a costa de la cantidad de «niños», o sea los amigos de Claudio, que perseguían a Isabel, y ella despotricaba porque no había nadie interesante en la fiesta. Pamela la rebatía, alegando que ella, al menos, había encontrado dos o tres prospectos interesantes, incluyendo un tipo de aspecto militar al que apodaron G.I. Joe, que probablemente tendría suerte esa noche.

Cuando Isabel y Pamela se fueron, Francisca manifestó su molestia por la forma en cómo los hombres no dejaban de perseguir a su hermana, y los tres presentes alegaron que ellos no lo hacían. Baran, más que molesto, estaba preocupado porque el encargo de su suegro avanzara tan lento.

Cuando Antonio preguntó cuál era el encargo de Cristian Soublette, Baran le contó del memorable consejo administrativo del taller de mecánica, el único en el que él había participado, de Pamela y Adriana hablando de que tenía que golpearlo un rayo en condiciones imposibles antes de conseguir que cualquiera de ella se casara y dejando claro que también hablaban por la ausente Lorena.

Por supuesto, los tres hombres y Francisca se burlaban de Adriana y de Lorena, que ya habían caído.

Finalmente, Baran terminó pidiendo la opinión de todos los presentes para elaborar una lista de las características que debían tener los candidatos para Isabel y Pamela. Juan los sorprendió a todos sacando una libreta de apuntes que Adriana siempre cargaba en su cartera para él. Lo primero que hizo fue tarjar a Lorena y la única palabra que acompañaba su nombre: IACG, las iniciales de Antonio.

Después les dijo que partiría por la lista corta. Para Pamela no se le ocurría nada. Antonio agregó solo valiente y declaró que el tipo que lo intentara

contaría con todo su apoyo.

Pero a todos se les ocurrían cosas para Isabel. Alto, moreno y guapo fue el acuerdo de las mujeres. Paciente, amante de los deportes, o sea, de verlos, especialmente el fútbol, daba lo mismo practicarlos, bueno en la cocina o al menos para comer tenía apuntado Juan.

Baran, que había estado unos minutos en silencio, confesó que él también tenía una lista en casa, así que después se la pasaría a Juan para que él pudiera juntarla con la suya.

Antonio dijo que si de confesiones se trataba, él también había confeccionado una especie de lista durante el tiempo que había estado con Lorena en el pasado, solo que ya no la tenía, pero sí se acordaba de algunos detalles. Por ejemplo, para Adriana había escrito «Juan», pero para Francisca jamás consideró a un alguien como Baran, sino un tipo dulce y tierno. Fue la bailarina que salió a defender a su esposo, calificándolo de «osito de peluche» para fastidio de él.

De Isabel lo único que recordaba era que ninguno de sus compañeros de universidad calificaba, aunque en ese momento podía pensar en profesional y seguro de sí mismo.

Entonces Adriana les sugirió que se juntaran el domingo a almorzar en su casa y así los tres hombres podrían comparar notas tranquilamente y salir a buscar candidatos para Isabel, porque lo más seguro era que ellos tuvieran un hijo antes del final del próximo año, que Isabel sería la madrina, pero que ella preferiría que el padrino no fuera Alfredo, el primo de Juan, sino el esposo de Isabel, así que ellos tenían que conseguir los candidatos y ella haría que Isabel aceptara a alguno, pre-aprobado por ella misma, claro estaba.

Después de eso, Antonio notó que Lorena no intervenía para nada porque estaba casi dormida sobre su pecho, así que pidió la complicidad de los otros para llevársela sin que nadie lo notara.

Lorena había llevado un bolso con algo de ropa en la camioneta de Isabel. La cambiaron al vehículo de Antonio, que en honor a la ocasión era el BMW y

no el todoterreno, y partieron.

Habían acordado que se quedarían en el departamento de Antonio por ser más grande que el de Lorena. Pero cuando llegaron ahí, ella, que no lo conocía, ni siquiera quiso entrar.

—En este departamento estuviste con Gabriela —dijo a modo de explicación.

Antonio no necesitó escuchar nada más. Había dejado preparada una maleta por si había algún problema, así que la subió a su automóvil y se fueron al departamento de Lorena, pero cuando llegaron a su destino y prendieron las luces del pasillo, Antonio se quedó congelado.

—Sé que yo mismo digo que tenemos que superar esa noche en algún momento, pero aún no ha llegado —le explicó a Lorena—. También sé que acá hemos vivido momentos muy felices, que superan con creces esa noche, pero...

—Pero acá yo he estado con otros hombres —concluyó Lorena por él. De pronto, unas lágrimas bañaron sus ojos—. No han sido nueve millones. Ni siquiera noventa, pero, amor...

—Shhh... tranquila. —Antonio la abrazó y besó su frente—. No te preocupes, mi cielo. Yo tampoco he sido un santo. Al menos yo puedo decir que fui el primer hombre en tu vida, tú no tienes ni eso.

—Soy la última mujer en tu vida.

—Mi destino. Vamos, Lore, que nada enturbie nuestro día.

—Excepto que no tenemos donde dormir.

—Hay una alternativa. No es una solución definitiva, pero tal vez nos pueda servir por un tiempo.

—¿Cuál?

—Ven, déjame que te muestre.

Volvieron al automóvil y Antonio manejó por largo rato. Primero, fueron a su departamento a buscar una tarjeta que Antonio necesitaba. Lorena ni se bajó del automóvil. Cuando siguieron su camino, ella miraba como el paisaje

cambiaba a su alrededor. Su familia siempre vivió con comodidades, pero no con grandes lujos, como ese vehículo, por ejemplo, o las casas y edificios que veía en ese momento.

Se detuvieron junto al acceso controlado de un edificio que Lorena solo podía clasificar como fastuoso. Incluso pretencioso. Era una enorme mole de granito, acero y vidrio termolaminado, con mampostería de piedra y pisos de porcelanato.

Antonio acercó la tarjeta a un lector y las puertas se abrieron automáticamente. Miró un papel donde tenía escrito algunos datos, miró entre los estacionamientos hasta que encontró el que buscaba. Bajaron del vehículo, pero Antonio no quiso sacar las maletas, le pidió a Lorena que primero vieran el lugar y si le gustaba, él volvería a buscarlas.

En el ascensor, Antonio volvió a acercar la misma tarjeta a un lector y marcó unos números que tenía anotados en el papel que llevaba aún en la mano. El aparato subió a una velocidad impresionante, Lorena incluso llegó a sentir un leve mareo.

—Seguro que a Isabel y a Juan les gustaría ponerse a jugar en la sala de máquinas —dijo la diseñadora, aferrándose al brazo de Antonio.

Cuando las puertas se abrieron, pasaron a un vestíbulo. Lorena miró a su alrededor y le resultó muy extraño, porque no habían puertas para entrar al departamento. Pudo ver dos pasillos, uno se dirigía a un comedor y el otro, no tenía idea. Al frente, un *living* enorme.

—Amor, no entiendo. ¿Por dónde entramos al departamento? ¿Por qué hay un *living* y un comedor a la vista?

—Ya estamos en el departamento. Por eso en el ascensor hay que pasar la tarjeta y la clave. También se activa desde ese panel. —Se giró para apuntar un tablero de similares características al que había en el interior del aparato—. Cuando quieres que tus invitados puedan subir. Ese de acá es la sala para las fiestas y otras actividades sociales. —Apuntó hacia adelante y Lorena fue al lugar—. A tu izquierda, el comedor formal y un bar. El comedor que está

acá es para la familia.

—Ah, comprendo. Adriana hizo algo similar en su casa. Tiene *living* y comedor separados para recibir visitas y lo que ella llama sala familiar, con sofás cómodos, un comedor y la cocina abierta. Ella dice que ahí le va a permitir a los niños ser libres y hacer un poco de desorden. Ya quiero verla cuando sus hijos pequeños no comprendan la separación de espacios que ella eligió. —Lorena llegó hasta los ventanales correderos que daban paso a la terraza—. Ahora entiendo por qué tienes este departamento. Esto es precioso, vista a toda la capital, aire puro, aunque sea un poco, y sol.

—Camina hacia tu izquierda —instruyó Antonio, que la había seguido.

Lorena fue en esa dirección y quedó impactada. Daba vueltas y no conseguía encontrar las palabras para describir lo que veía ni lo que sentía.

—La pisci...

Antonio intentó seguir con sus explicaciones, pero Lorena levantó una mano para callarlo y siguió con el tour. Sola. No dejó que su esposo la acompañara, por lo que él se quedó en un cómodo sofá y puso los pies en la mesa de centro, relajándose. La mujer se demoraría un buen rato.

Media hora más tarde, Lorena tuvo que remecer el hombro de Antonio para que él despertara.

—¿Qué te parece? —preguntó cuando ella se sentó a su lado.

—Mira, lo de las dos oficinas lo entiendo. Incluso lo del *living* y comedor formal y el familiar. Me gusta la idea, la verdad, la encuentro súper práctica, más aún para un hombre como tú.

—¿Un hombre como yo?

—Yo conozco a tu familia y sé que siempre tienen muchas fiestas y visitas. Además de tu posición en la empresa. Me imagino que debes tener la necesidad de invitar a tus colaboradores, especialmente si te dan el ascenso.

—Hay un *pero* ahí.

—No, ningún *pero*. Yo te voy a acompañar en todos los eventos que necesites. Tienes que agradecerle a tu tía el hecho de que no te voy a dejar en

vergüenza. —Lorena lo miró con un gesto inocente y Antonio la abrazó y besó su sien

—Entonces, ¿nos quedamos aquí? ¿Te gusta?

—La decoración es bonita, sofisticada y elegante. No totalmente de mi gusto, pero...

—Puedes cambiar lo que quieras.

—La cocina es enorme y me imagino que me alegraría si supiera qué hacer dentro, aparte de fideos y sándwiches. Cuatro dormitorios más la suite es ser optimista en cuanto a los hijos o generosos con los invitados, especialmente con los baños y terrazas privadas.

—Entonces sí hay un *pero*.

—No... bueno, sí que hay un *pero*. Me encanta la piscina y el quincho, ¡pero preferiría que fuera en un patio! —Lorena dejó de sonar razonable y empezó a burlarse—. Claro, dos dormitorios de servicio son absolutamente necesarios. Y ascensores separados para los empleados, no vayan a creer que son iguales, o que tienen algún tipo de derecho. Antonio, ¿para qué quiere alguien un *living* en el dormitorio? Entiendo lo del *walk in closet*, pero ¿tiene que ser del tamaño de mi bodega? ¿Y dos?

—Sala íntima —corrigió Antonio—, para que marido y mujer puedan conversar sin interrupción de la servidumbre, claro. Un *walk in closet* para cada uno, y no son del tamaño de tu bodega. Apenas del tamaño de la sala de confección. Entonces no te gusta.

—¡NO! ¡Lo odio!

—Ay, gracias a Dios. —El suspiro de Antonio relajó todo su cuerpo—. Gabriela lo eligió. Yo solo exigí terraza. Pero ese monstruo...

—¡Es más grande que el patio de Francisca!, qué diablos. ¡Es más grande que todo mi departamento!

—Ella pensó que me gustaría el *penthouse*, porque el patio de mis padres es gigantesco y nos reunimos mucho ahí, en torno a la parrilla.

—A Baran también —le contó Lorena, que se sentó a horcajadas sobre él—,

por eso compraron esa casa, por el quincho, pero ¡Jesús! ¡Esto es un departamento! Ni siquiera sabía que hacían departamentos tan grandes y con piscinas privadas, acceso directo del ascensor. No me opongo a una casa de este tamaño, pero ¡una casa!

—No hay problema, vamos a vender o arrendar este departamento. Yo ya había decidido deshacerme de él, pero como aún no tenemos dónde vivir, pensé que te lo podía mostrar, por si acaso.

—Bueno, yo puedo hacer un sacrificio y por mientras vivir como los ricos y famosos —Lorena sonaba tan compasiva que Antonio no pudo evitar burlarse de ella.

—Toda una Teresa de Calcuta, mi mujer.

—Oh, una hace lo que puede. ¿Qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a un hotel? ¿Nos quedamos acá unos días?

—¿Sabes?, aún tenemos una opción. Creo que esta será la acertada, al menos hasta que podamos comprar nuestra casa.

—¿Y cuál es?

—No te enojés, pero tenemos que volver a mi departamento. No tengo las llaves conmigo.

—Vamos a tener una cama en algún momento, ¿verdad? No sé si lo sabes, pero las mujeres embarazadas dormimos mucho.

—Sí, mi cielo. Vamos a tener una cama, calculo que en una hora, más o menos.

Cuando llegaron nuevamente al departamento de Antonio, Lorena optó por entrar. No sabía cuánto se demoraría y ella necesitaba con urgencia un baño. Y aunque no quería reconocerlo, tenía curiosidad por conocer el lugar.

Al contrario de lo que pasaba en el *penthouse*, ese departamento era bastante normalito, *living* y comedor grande, cocina con una pequeña área de servicio, dos baños, uno de los cuales era privado. En general, muy parecido al antiguo departamento de Antonio. Lo único que llamó la atención de Lorena fueron los dormitorios.

—Cuando compré este departamento, lo hice por la terraza —explicó Antonio, que había seguido a la mujer—. Tenía tres dormitorios, lo que era excesivo para mí, pero me encantó la ubicación y el hecho de que viniera con dos estacionamientos. Esta habitación estuvo vacía hasta hace algunas semanas, cuando Marisol se vino conmigo porque me dieron el alta, pero aún necesitaba ayuda y atención todo el día.

—Ah... ahora lo entiendo. Oye, pero esa cama es grande, nos podemos quedar acá.

—No. Es hora de enfrentar el pasado. Juntos. Y dejarlo ir. Ven conmigo.

Fueron hasta la suite y Lorena miró atenta los movimientos de Antonio. Él sacó una llave de la mesa de noche y fue hasta la cómoda. El misterio del cajón que se saca totalmente quedó resuelto enseguida, cuando Antonio usó la llave para abrir el doble fondo. Lorena reconoció inmediatamente su camisola de *Hello Kitty*, la camiseta negra con la inscripción *Geology rocks*, que Antonio había usado la primera vez que fue al taller, una fotografía de ellos cuyo marco lo había comprado Lorena, y algunos otros recuerdos. Una caja vacía que supuso que habían contenido los anillos que ya estaban en su mano, y otra llena de discos y memorias USB.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando lo último.

—Algo que vamos a destruir a la primera oportunidad. Doce años de informes del detective privado.

—Explícame.

—Juan me dijo que tú ni siquiera permitías que me nombraran, que habías prohibido hablar de mí y que, según él sabía, te habías desecho de todas las cosas que te recordaran a mí.

—En realidad, un día le pedí a Isabel que me ayudara a sacar todas las cosas inútiles, como cuadernos y tal, de mi dormitorio y se las llevara. Isa... Bueno, tú sabes que ella es muy especial, así que entendió claramente lo que yo quería. Esconderlos, mantenerlos fuera de mi vista, pero no deshacerse de nada, no estaba preparada. —Lorena se sentó en el borde de la cama y levantó

la cara para seguir mirando a Antonio—. Después de esa noche, yo pensé que lo mejor era darle un corte definitivo. Por eso me fui a Maitencillo, con la idea de cerrar el ciclo y quemar todo. Pero no pude. Al final ya no dolía. Casi. En realidad, se había vuelto un dolor soportable y pensar en nuestros días juntos era más dulce que amargo.

—Yo, por el contrario, me aferraba a tu recuerdo. Por doce años viajé, estudié, trabajé e hice muchas cosas. Estuve con gran cantidad de mujeres, porque de alguna manera me recordaban a ti. Me decía que en realidad era para olvidarte y al comienzo lo conseguí gracias a ellas, pero... no podía. —Antonio se arrodilló frente a Lorena y tomó sus manos—. Por esos días dejé abandonado el departamento y me quedaba con mis padres cuando me tocaba descanso. Tuve un accidente, nada grave, pero el auto quedó destrozado y me deshice de él. Y también del que tenía cuando te conocí. Me decía que era lo sano, lo lógico. Ni siquiera me enojé cuando supe que mamá y Ernestina se metieron al departamento y sacaron todas tus cosas. Acababa de verte con otro tipo y de enterarme de lo del detective. Fingí que estaba bien, fingí que era normal que le pagara a un tipo para que te siguiera a todas partes. Ya no eras mía, pero yo quería seguir cuidándote. Llegó el momento en que yo sabía que tenía que seguir con mi vida. La conversación con papá acerca de asegurar el futuro de la familia solo apresuró un paso que yo sabía que tenía que dar. Dejarte ir. La decisión de comenzar mi relación con Gabriela fue por eso.

—Ella no se parece en nada a mí.

—No había nada en ella que me recordara a ti, nada en lo absoluto.

—Pero hay fuerzas que son superiores a nosotros. —Lorena recordaba claramente lo que había dicho Antonio el día anterior en su departamento.

—Mi amor, mi deseo y mi necesidad por ti. Hay veces que pienso... que pensaba que era la distancia la que acrecentaba el recuerdo y encendía un fuego ya extinto.

—Tenías razón. —Lorena puso sus manos a ambos lados de la cabeza de Antonio y tiró de él para acercarlo—. Cuando elegiste regalarme crisantemos.

Un amor como el nuestro no tiene comparación, no puede extinguirse.

—No podemos borrar todo el dolor que nos provocamos, pero podemos ser tan felices que eso ya no importe.

—Eso ya no importa. —Lorena sentía que un nudo se formaba en lo más profundo de su corazón y crecía hasta ocupar todo su cuerpo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y apenas podía pasar las palabras—. Antonio, el departamento...

—Está tal cual lo recuerdas. En el mismo viaje en que comencé a controlar los informes del detective privado contraté una empresa de aseo y le pedí a mamá que me devolviera todas tus cosas. Separé algunas, y mandé a hacer esta cómoda. No quería que estuvieras lejos, pero no podía tenerte cerca. Todo lo demás, tu ropa, zapatos y otras cosas las devolví al departamento. Solo he ido una vez después de eso, el día que Gabriela me dijo que estaba lista nuestra cita en el Civil y la Iglesia. Fui a despedirme de ti.

—¿Entonces ahora vamos para retomarlo donde lo dejamos?

—No. Vamos porque aprendimos de nuestros errores y estamos tan unidos que nada ni nadie nos puede separar. Y porque ese departamento es la cuna de todas nuestras esperanzas y anhelos.

—Nuestro pasado, pero también nuestro futuro.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—¡TE JURO QUE TE MATO, MALDITO MÉDICO DE QUINTAAAAAAA!

—¿Pero yo qué hice? —preguntó el doctor que estaba ubicado en el extremo de su camilla.

—¡SER HOMBREEEEE! ¡Y TAMBIEN TE MATO A TI! —La mujer se giró hacia el joven enfermero en práctica, que estaba rojo de vergüenza—. ¡Y TÚ NO TE RIAS, QUE ERES EL SIGUIENTEEEEEE! —agregó mirando al camillero que la había llevado hasta esa sala.

—Mi cielo, tranquila, si ya...

—¿QUIÉN TE CREES TÚ QUE ERES PARA DECIRME TRANQUILA? APENAS SALGA DE AQUÍ TE VOY A APLICAR UN «REGGIE ESPECIAL».

—Amor, no... ¡AY! —gritó el hombre cuando su esposa le apretó la mano con mucha, mucha fuerza.

—INTENTA PASAR UN SER HUMANO COMPLETO POR TU VAGINA Y DESPUÉS HABLAMOS, MALDITO IDIOTA.

—Vamos, Lore, una más, ya casi estamos —dijo el médico, que junto a la matrona procuraban no reírse de Antonio.

—VEN TÚ PARA ACÁ SI CREES QUE ES TAN FA... ¡AHHHHHHH!
¡AHHHHHHHHH!

Lorena, roja y sudorosa por el esfuerzo, siguió gritando por varios minutos que para ella fueron horas, con su cuerpo dividiéndose en dos, mientras el dolor más grande que sintiera la hacía creer que moriría.

—Listo, mamita, mira lo que hiciste.

Ese fue el preciso instante en que Antonio casi perdió el conocimiento por segunda vez en su vida. El dolor de su mano no era nada. Era la impresión que le causaba la manera en que el personal médico manipulaba a su hijo, como si fuera cualquier cosa, no el tesoro máspreciado del universo.

—¡Parece una rata *mojaaadaaaa!* —sollozo Lorena, quejumbrosa.

—Tómalo en brazos, a ver si te sigue pareciendo una rata mojada. —El médico acercó el bebé hasta el pecho de Lorena y se lo entregó.

Las siguientes lágrimas de la reciente madre fueron de felicidad. Acariciaba la pequeña cabecita y le daba delicados besos en la frente. Cuando Antonio puso una mano en su espalda, ella se giró para mirarlo y recibió su beso en la boca, feliz.

—Gracias. —Antonio no se tomó la molestia de disimular sus lágrimas. Lloró con Lorena por la felicidad indescriptible de recibir a su hijo, de verlo tan hermoso y perfecto.

—Tiene mis orejas —dijo Lorena tranquila. Solo tener al niño en brazos le había quitado cualquier dolor pasado en las últimas horas.

—Te dije que era un duendecillo. Y vas a ser un chiquillo travieso, ¿no, Antonio Víctor?

—Me sigue gustando más N.N. Carrera Irribarren 1. —Antonio vio la sonrisa de su mujer y supo que todo estaba bien.

Cuando consiguió salir a la sala de espera, no lo sorprendió ver que los cuatro hombres se paseaban de un lado para otro y las dos mujeres conversaran tranquilas. Carraspeó y los seis llegaron a su lado en un segundo.

—Todo está bien —anunció mirándolos de uno en uno—. Es un bebé precioso, aunque Lorena dijo que parecía una rata mojada.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó Víctor. El hombretón parecía a punto de desmayarse. Antonio sonrió para tranquilizarlo.

—Le gritó a todos los hombres presentes que eran basura, a mí me llamó un millón de veces maldito imbécil y me amenazó con un «Reggie especial». Y

estoy seguro de que tengo un par de dedos fracturados.

—O sea, bien —dijo Camila abrazando a su esposo.

—Mi hermana considera que el día está perdido si no llama a alguien maldito imbécil. Bien te podía tocar a ti, ya que tú fuiste el que la metió en esto. —Claudio abrazó a su padre por el lado contrario y tomó la mano que su madre tenía en la espalda de Víctor.

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó Luis, el abuelo de Antonio.

—Tal vez a la tarde. Ahora se lo llevaron para lavarlo, vestirlo y no sé qué más. Lorena se apagó como una vela, no alcanzó a llegar a su habitación y ya iba dormida. —Antonio se acercó a su madre y besó su mejilla—. Mamá, gracias. Y disculpa por todo lo que te hice pasar. —Cecilia y Camila se rieron—. Ahora entiendo por qué las mujeres tienen a los bebés. Si fuéramos nosotros, la humanidad se habría acabado hace siglos.

—Amén, hijo mío —dijo Ignacio.

—Papá, ¿le avisaste a las niñas? —preguntó Antonio—. ¿Y a las otras niñas? —agregó mirando a Claudio.

Era la tercera vez que había tenido que salir corriendo con Lorena. Las primeras dos habían sido falsa alarma y Paula había empezado a llamar al bebé Pedrito, por el niño del cuento que gritaba «Lobo, lobo». Ambas veces habían estado todos presentes. El Quinteto en pleno, sus hermanas y cuñados. Todos los tíos abuelos, excepto María José, que vivía en Iquique y no podía viajar tan fácilmente.

En esa ocasión no quisieron avisarle a nadie, para no recibir más burlas por parte de su familia, hasta que, cerca de las dos de la mañana, el médico había anunciado que Lorena estaba completamente dilatada y comenzaría el trabajo de parto.

Entonces Antonio llamó a sus padres y suegros. Pero sus hermanas no podían venir. Carolina y Rubén aprovecharon las vacaciones escolares para viajar con la familia al sur. Y para Paula, con su segundo hijo recién nacido y el niño de tres años, era imposible salir de noche.

Francisca había viajado urgente a Chicago porque Baran había tenido un accidente, e Isabel se había quedado con Dimitri. Adriana lo estaba pasando fatal con su embarazo y la mamá de Pamela estaba muy delicada en esos días, así que tampoco pudieron acompañarlos.

—Hijo, ¿qué es un «Reggie especial»? —preguntó Luis cuando terminaron las explicaciones.

Antonio, Víctor y Claudio se rieron. Después, Antonio contó de las amenazas que había recibido por parte de Adriana y de su supuesto mastín napolitano negro y feroz que le provocó pánico y aprensión la primera vez que fue a su casa, pero terminó siendo un golden retriever muy travieso.

—Es que es una cosa exquisita —concluyó—, tan tierno. Un poco loco, aunque muy inteligente y voluntarioso.

—Como Adriana —intercaló Camila—. Sabe un montón de trucos, pero los hace solo cuando quiere.

—Ahora no la deja sola nunca y ni siquiera Juan se puede acercar mucho —agregó Claudio.

Ese día, Lorena y el bebé tuvieron visitas limitadas, pero Antonio se las arregló para dejar entrar a Julio y que sacara un montón de fotografías de Toñito, como todos llamaban al niño para distinguirlo de su padre.

Al día siguiente, Lorena, harta de que Antonio no la dejara ni moverse, lo mandó a trabajar para así quedarse sola con el bebé, pero sola fue lo único que no estuvo.

Con las visitas liberadas, llegaron muchas personas a verla, felicitarla y conocer al bebé. Amigos y compañeros de la universidad de Antonio, algunos colegas y muchas de las esposas, especialmente Alicia, la mujer de quien era mano derecha de Antonio, desde que anunciaron su ascenso en diciembre pasado.

Ambas se rieron recordando el día que se conocieron.

El segundo viernes del anterior diciembre, la filial chilena de la Corporación Van der Meer había realizado una magnífica fiesta para celebrar

el término del año y despedir a uno de los más antiguos trabajadores de la empresa. Era la ocasión propicia para anunciar quién lo reemplazaría como jefe del departamento de Desarrollo de Explotaciones Mineras, y decir que Lorena estaba histérica era quedarse muy corto.

Llevaban escasos dieciséis días casados y la noticia de su matrimonio había llegado a la prensa solo esa semana, volviendo a abrir la polémica por el fiasco en que se había convertido la boda del año.

En el taller, Lorena había tenido grandes dificultades. Clientes que cancelaban sus pedidos, muchas que iban solo por curiosidad e incluso algunos hombres que fingían interés en algún vestido para sus esposas, pero solo iban porque creían en las declaraciones de Pía y Lía, sobre la supuesta disposición de Lorena de mantener relaciones extra conyugales.

Lo peor había sido que Gabriela justo eligió esos días para abandonar el país. Un comunicado de la Fundación Matus informó que era solo coincidencia, que el viaje se había planificado con anterioridad. Aprovechaban de felicitar a los recién casados y de agradecer la generosidad de las familias e invitados a la boda, porque con sus donaciones habían adquirido el instrumental para un policlínico, con énfasis en el área pediátrica, de atención gratuita en zonas necesitadas de la capital.

Aunque la intención de la Fundación había sido restarle importancia al sorpresivo enlace, lo único que provocó fue lo contrario y muchos decían que la familia Carrera simplemente buscaba limpiar su imagen después del desprecio al que habían sometido a la dulce y sacrificada señorita Matus.

Así, Lorena había estado al borde de las lágrimas durante la cena por el desprecio al que era sometida por las otras mujeres. Sabía que si escuchaba un cuchicheo más, terminaría abandonando la fiesta.

La suerte había estado de su parte cuando un representante de la familia Van deer Meer ofreció sus felicitaciones de parte de la familia, declarando que Thomas había enviado una donación para la Fundación Matus por diez mil dólares, que lamentaba enormemente no haber podido asistir a la boda, pero

que esperaba con ansias su propio matrimonio para ver el maravilloso vestido que Lorena estaba confeccionando para Teresa.

Después, se habían entregado los premios por años de servicio y algunas menciones especiales. Se llamó a don Alejandro, el hombre que se jubilaba, le entregaron varios regalos, diplomas y distinciones, y después él mismo se encargó de anunciar a su reemplazo.

Como habían llamado a Ignacio Carrera, ni ella ni Antonio reaccionaron al comienzo. Pero cuando sus compañeros de mesa comenzaron a felicitarlo, se dieron cuenta de que era él. Después, hubo un par de actos musicales y comenzó el baile.

Cuando Lorena había ido al baño, se encontró con dos mujeres tratando de arreglar el vestido de una de ellas. Se acercó para ayudarlas, pero la mayor le dijo, en términos muy groseros, que no era necesario.

La otra, la que tenía el problema, la llamó antes que Lorena pudiera salir del baño.

«—Es diseñadora, Inés —había dicho la mujer—, ha de saber mejor que tú cómo arreglarlo. Después de todo, no puedes ni enhebrar una aguja.

—Si tuviera una aguja, la enhebraría solo para paseártela por la cara, Alicia —replicó la otra con acidez.

—Si le dice a mi marido que traiga mi caja de herramientas que está en el auto, puede demostrarlo —ofreció Lorena con simpatía.

Inés la había mirado como si le hubiera tirado agua hirviendo, pero salió del baño y dejó a su amiga a solas con Lorena.

—Sáquese el vestido, es mejor para ver cuál es el problema.

—Creo que se atascó el cierre con el forro y no puedo sacarlo. Lorena...

—No sabía que conocía mi nombre —había dicho la diseñadora con desconfianza.

—Acá todas sabemos quién eres. Y lo lamento, porque representas la peor pesadilla del bono minero. —Lorena era consciente de que la tal Alicia estaba tratando de ser simpática con ella, pero no tenía idea de qué estaba hablando

—. Ya sabes, cuando los trabajadores de las empresas mineras hacen sus negociaciones y les pagan bonos sustanciosos y la decisión que tienen que tomar: enchular a la vieja y cambiar el auto o enchular el auto y cambiar a la vieja.

—Enchular como en...

—Pagarle una cirugía plástica a tu mujer para que no se vea tan vieja y fea, y para tener algo nuevo te compras una camioneta cero kilómetro o te consigues una mujer más joven y bonita y arreglas tu camioneta vieja.

—Comprendo. Ustedes piensan que Antonio cambió a su mujer por un modelo más joven y se quedó con un vehículo viejo. ¿No nos vieron llegar en un Grand Cherokee que el abuelo Luis nos compró de regalo de bodas? Antonio tenía uno parecido, pero ya estaba viejo.

—Yo...

—Lo compró después de que nos separamos, cuando yo aún estaba en el instituto de arte, porque no quería seguir usando el auto que tenía tantos recuerdos de nosotros.

—Parece...

—Además, déjeme decirle que Gabriela es cuatro años menor que yo.

—¡Lorena! —como la diseñadora no había dejado de darle un dato tras otro cada vez más furiosa, Alicia no encontró otra manera de interrumpirla que gritarle—. Yo soy una segunda esposa —susurró—. Mi marido, que va a ser asistente ejecutivo del tuyo, es quince años mayor que yo. Y él...

—¿Enchuló el auto y cambió a la vieja?

—Ajá. Además, mi enchulado es permanente porque soy esteticista y en vez de cirugías plásticas, me compran máquinas. Me forro y me arreglo. —Alicia tenía un brillo travieso en sus ojos que a Lorena le recordó a ella misma—. Aquí nadie lo sabe. Ah, y a Inés la dejaron en una ocasión, pero la nueva no cocinaba tan bien como ella y el esposo, Aníbal, es un animal de costumbres. Así que vendió el auto nuevo y enchuló a la vieja.

Para cuando Inés había vuelto, Alicia y Lorena ya eran grandes compinches y

destripaban, no se podía decir de otra manera, a todas las viejas aburridas que las rodeaban. Porque en cuanto Alicia se enteró de la interpretación de Lorena de la «señoras mayores sin nada en común», como había dicho Gabriela, estuvo de acuerdo en que todas eran unas viejas aburridas.

Y ese día, cuando Alicia fue a visitarla a la clínica, no fue distinto. El tema favorito era, como siempre, Inés, especialmente sus desafortunadas elecciones de vestuario.

La visita más sorprendente fue, sin ninguna duda, la de Gabriela. La rubia, que estaba muy bronceada y vestía de una manera tan corriente que Lorena no la hubiese reconocido de no ser por su voz, entró con un enorme oso de peluche en sus brazos.

—¡Hola! —saludó, radiante y hermosa como siempre.

—¡Gabriela! —exclamó Lorena.

Marisol, de visita en ese mismo momento, paseaba al bebé, pero se acercó a la cama, ayudó a Lorena a acomodar al pequeño en sus brazos y cogió una bandeja de la mesa auxiliar.

—Ya te va a tocar la merienda, Lorena. Voy a buscarla y vuelvo en diez minutos —terminó mirando a la recién llegada con cara de pocos amigos y salió de la habitación sin perder un segundo más en ella.

—Uy, como que no me quieren mucho.

—Marisol es la enfermera que contrató la familia de Antonio cuando tu hermano...

—Oh... ¿Cómo estás? —La sonrisa radiante volvió tan rápido que Lorena se preguntaba si en realidad Gabriela había parecido desconcertada por un momento.

—Bien. Aún agotada, pero bien. ¿Qué haces acá, Gabriela?

—Yo... Bueno, conozco al neonatólogo de tu bebé. Ayer vine a verlo y, por divertirme, como lo hace siempre, me contó que había atendido un parto natural. Lo que pasa es que...

—Estuve ahí y no me avergüenzo de haber ofrecido palizas a todo el mundo.

—Lo sé. Yo no sería capaz de pasar por algo así. Bueno, Hernán dice que es lo mejor, siempre que las condiciones para el bebé sean favorables. —Hubo algo en la manera de decir «Hernán» que llamó mucho la atención de Lorena.

—¿Hernán? ¿El doctor Guzmán?

—Sí, Hernán Guzmán. Sus padres no tuvieron muy buen tino para elegir el nombre de su hijo. Por suerte, a la hermana de Hernán no la perjudicaron tanto. Conozco a Fabiola desde que somos...

—¿Fabiola? Tu... Oh... El doctor Guzmán es el hermano de tu amiga Fabiola, ese que tuvo el accidente, por el que fuiste a Nueva York.

—Nueva Delhi.

—¿Nueva...? —Lorena nunca había brillado por su buena memoria, pero había cosas que estaban grabadas a fuego y una de ellas era Gabriela llorando y diciendo...—. ¡Oh! ¡Es él, al que tanto quieres!

—El mismo.

—Pero...

—Nos vamos a casar —declaró Gabriela, y Lorena se preguntaba si era posible que una sonrisa fuera más brillante que el sol.

—¡Felicidades! Por favor, déjame regalarte el vestido, es lo menos que te debo. Apenas vea al *doc*, lo voy a felicitar, se supone que...

—¡No! No, por favor.

—Pero...

—Es que nos vamos a casar, de eso no hay dudas. El problema es que él aún no lo sabe.

En ese momento Lorena comprendió lo que quería decir Antonio con que no conocía a Gabriela. Ya no quedaba ni rastro de la joven políticamente correcta que hacía lo que su familia le indicaba. La mujer que estaba frente a ella era segura, confiada, levemente intransigente y muy decidida a obtener lo que quería... Bueno, eso no había cambiado mucho, solo la manera de hacerlo.

—¿Sabes lo que pensé de ti cuando te conocí? —Gabriela negó en silencio—. Que lo intentabas demasiado. Y que no era natural. No cometas ese error.

Si tú quieres al doctor...

—Lo amo. Lo he amado toda la vida. Nos conocimos cuando yo tenía catorce y Fabiola llegó a mi colegio. Nos hicimos amigas enseguida y me invitó a su casa. Hernán tenía veinte y era estudiante de medicina. Me deslumbró.

—Es guapo.

—Sí, pero fueron sus ideas las que me enamoraron. Irónicamente, fueron esas mismas ideas las que nos separaron. Papá no tenía problemas con él, porque era un buen muchacho y provenía de una familia de bien, aunque no tuvieran una fortuna considerable. Papá pensaba apoyarlo y construir una clínica para él. Pero Hernán la quería en los barrios pobres y mi papá no.

—¡Ah! Por eso el policlínico.

—Exactamente. Muchas gracias, por cierto.

—¿Qué pasó?

—Los dos queríamos estar juntos, los dos queríamos ayudar a los más necesitados, pero para él significaba sacrificar nuestra vida e irnos a un país con más problemas que nosotros, y para mí, ser anfitriones de magníficas fiestas y recaudar fondos. Es para lo que me educaron, pero él quería que yo dejara todo de lado y... —Gabriela se detuvo unos momentos para limpiar sus ojos, y Lorena la miró con simpatía.

—¿Sigue con la misma postura?

—Ajá.

—¿Y te resulta tan difícil renunciar a los lujos por el hombre que amas?

—Es que...

—Lo siento, Gaby, pero yo creo que no lo amas.

—No es eso, es que... no soy tan fuerte como tú.

—¿Piensas que para mí fue fácil? —Fue el turno de Lorena de limpiarse los ojos.

—¿Por qué no entiende que con mi fortuna y contactos podemos conseguir lo que tanto anhela? Ayudar a los niños que tanto lo necesitan, pero aquí, en su

propio país. Como está haciendo ahora, que trabaja en esta clínica medio día y en el policlínico el resto del tiempo.

—Y vivir con los grandes lujos que la fortuna de tu familia puede proveer. Esto es espantoso para mí, o sea, sonar razonable como mi prima Isabel, pero ¿has pensado que lo correcto es encontrarse en la mitad? India para ti debe sonar tan lejos como Lo Barnechea para él.

—Es que...

—Gaby, ¿de cuándo que no usas Chanel? —Gabriela se sonrojó—. Ya no te pareces a la señorita que yo conocí. ¿Por qué no dar el siguiente paso y ser quien realmente deseas ser? ¿Sabes qué es, al menos?

Gabriela se quedó en silencio por tanto rato que Lorena llegó a creer que se había quedado dormida. Cuando se fue, iba tan resuelta a conseguir lo que quería que incluso le pidió a Marisol que le deseara suerte.

Durante la tarde, Marcelo, un excompañero de Antonio, fue a visitarla. Conversaron y se rieron unos minutos, hasta que llegó Isabel y el hombre empezó a babear como siempre le pasaba en presencia de su prima.

—¿Ya no eres menor de edad, cierto? —preguntó en cuanto recuperó la voz, lo que provocó las risas de las mujeres—. Es que no quiero que tu marido me vuele la raja a patadas, ¿te acuerdas?

—*Sip* —respondió Lorena.

—Yo también —agregó Isabel—. Y lo siento, pero ya es muy tarde. ¿Puedo tomar en brazos a mi nuevo sobrino?

—Claro.

Conversaron por unos minutos de nada en particular, con Isabel paseando y arrullando al niño, que estaba un poco inquieto. La maestría de la mecánica era tal que llamó mucho la atención de su prima. Ella misma era aún un poco torpe para manipular al bebé

—Oye, se te da bien —comentó cuando Isabel cambió la postura del niño y revisó su pañal.

—Tener a Dimi veinticuatro horas al día en mi casa me ha enseñado un par

de cosas. Aunque tenga ayuda, y mucha; cuando un niño depende de ti, aprendes o te mueres en el intento.

De pronto a Lorena se le ocurrió que la maternidad traía automáticamente más perspicacia consigo, porque al igual que le había pasado con Gabriela, había algo extraño en la manera de su prima de decir «ayuda» que despertó las alarmas de Lorena. ¿Y qué quería decir Isabel con eso de «lo siento, ya es muy tarde»?

—Lore, creo que Toñito tiene hambre. —Isabel se acercó a la cama de Lorena con la clara intención de entregarle al bebé.

—Y esa es mi señal para retirarme. —Marcelo se puso de pie, asustado, al ver a Lorena tomar su bata para descubrirse un pecho—. Es muy bonito y natural y la mujer no solo tiene el derecho, sino que la obligación de alimentar a su hijo cuando le da hambre adonde sea, pero a mí Antonio me mata si sabe que vi un pecho de su mujer. Besos, abrazos y saludos.

Después que Marcelo saliera casi corriendo y que Lorena acomodara a Toñito para amamantarlo, Isabel, que la había ayudado, se sentó en la silla abandonada por el hombre. Lorena se quedó unos minutos observando algunas sutiles diferencias en su prima, cosas que nadie más que ella, o el Quinteto, notaría. La forma en que se relajaba, de verdad, en la silla, el brillo optimista de sus ojos como la miel, la sonrisa alegre de siempre, pero un poco más exultante. No eran grandes cosas, pero ahí estaban.

—Isa, ¿qué quisiste decir con eso de que ya era muy tarde? —Lorena soltó la pregunta sin poder contenerse más—. A Marcelo, me refiero.

—Ohhh... —La piel de Isabel se tiñó de rojo. Aunque la muchacha trató de ocultarlo tras sus manos, para Lorena fue evidente que algo grande pasaba—. Es... conocí a alguien.

—Yaaaa... Cuéntame, vamos, dile a doña Lorena todos tus secretos. ¿Cómo es? ¿Alto, moreno y guapo?

—Oh, sí, todo eso, pero te falta algo. La palabra favorita de tu marido. Muy.

—¿Muy alto, muy moreno o muy guapo?

—Todas. Pero... es que por primera vez realmente entiendo lo que Antonio quiere decir cuando nos llama Muy a nosotras. Porque él es Muy.

Isabel habló como solo Isabel podía hablar, o sea, mucho. Y Lorena escuchó como solo Lorena podía escuchar, o sea, casi nada. No se sentía culpable por desconectarse tanto de la cháchara de su prima respecto del vecino, ya que su interés primordial estaba en esos momentos expulsando los gases que el amamantamiento le había provocado.

Cuando Antonio llegó, Lorena estaba sola con el bebé en brazos. Tan agotada como se sentía, le hizo espacio inmediatamente en la cama porque él tenía peor aspecto.

—Me ausento un día de la oficina y se descontrola todo —dijo como única explicación.

Antonio se recostó en la almohada y acomodó a Lorena en su pecho, abarcándola a ella y al niño en sus brazos.

—Veo que estuviste ocupada —comentó jocoso, apuntando la cantidad de regalos y flores que había recibido durante el día.

—Vino todo el mundo. Incluso hablé por teléfono con mi tía Coté. Está furiosa con Isa, claro que no lo demuestra, porque no le pide ayuda con Dimi. Yo le dije que podía venir a verme a mí, pero ¿adivinas de donde salió Fran tan orgullosa?

—Adivina tú de donde salieron todas ustedes muy —replicó Antonio—. Me enteré de una visita curiosa que tuviste.

—Oh, esa Marisol no sabe guardar un secreto. Yo te lo iba a decir, claro, pero tenía que adelantármelo. Porque eres su no hijo favorito.

Entonces Lorena le contó con pelos y señales la visita de Gabriela, agregando sus impresiones y conclusiones.

—Lo va a lograr, lo sé —concluyó, pero no obtuvo respuesta. Antonio dormía profundamente.

—Ya va a ver tu padre —le reclamó a Toñito, pero el niño, aunque hubiese tenido la capacidad de contestarle, tampoco lo habría hecho. Dormía tan

profundamente como Antonio.

Lorena besó la calva frente del bebé y la mejilla rasposa de barba del hombre. Le fastidiaba hacer eso, pero tendría que hablar con Antonio, al niño no se podía acercar mal afeitado.

Pero no ese día, ese día se relajaría. Acercó la nariz hasta su pecho, le encantaba el aroma de Antonio, esa fragancia sutil y masculina que encerraba el calor del sol, abrasador en el desierto mineral, que Antonio hacía producir como la tierra más fértil del sur.

Una sonrisa beatífica cruzó su rostro.

Habían sido muchas cosas, habían pasado por mucho a lo largo de su vida. Ella y Antonio habían tenido alegrías y tormentos. Amor, desengaños y separación. Pero ese día estaban más unidos que nunca. Ya no eran almas solitarias que vagaban por el mundo buscando lo que nunca encontraban.

Así que ahí, encerrada en el círculo de sus brazos, con el niño pegado a su cuerpo, sabía que, por fin, todo estaba bien en su mundo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a la Editorial y a todos cuyo trabajo hacen posible que esta historia, que rondaba en mi cabeza, salga por ahí y llegue a manos de quien quiera leerla, especialmente a Lola, por su tiempo, su paciencia y su buena onda.

En esta ocasión, también quiero agradecerle a Rosa Gámez por la preciosa portada. Siempre son geniales, pero ahora simplemente te pasaste. ¡Ídola!

A mi familia y amigos, por escucharme y por tolerarme, por las horas robadas para estar con mi «otro» cómplice y compañero de mil batallas, mi computador... ¿Qué más creían? ¡Ah!

A mi amado esposo, por su apoyo incondicional y por todos sus aportes... ¡lo sepa él o no! Ya que muchas de sus locuras y sus bromas encuentran el camino a la boca de mis personajes.

A Owen, por su asesoramiento técnico (ji,ji,ji). ¡Ya tú sabes!

Y a ti, querid@ lector, por elegirme, por creer que mis ideas sirven de algo, más que sea para pasar una tarde de relax. Espero que disfrutaras leyendo, tanto como yo escribiendo.

Si te ha gustado

La otra

te recomendamos comenzar a leer

El Cuervo y el ángel

de *Ann R. Bright*



PRÓLOGO

Alta mar, entre Europa y las Indias Occidentales. 13 de agosto del año 1736.

Olas meciendo trozos de cuerpos humanos bajo el crepúsculo del amanecer; cabezas con caras, el terror en sus ojos; torsos destrozados que aún conservaban alguna extremidad. Y, abandonada a su suerte, la quilla de un navío condenado a hundirse en el olvido de la profundidad de un mar hostil.

Se oyeron sollozos de algunos hombres que aún se asían con desesperación a cualquier cosa que los mantuviera a flote, intentando salvarse. No había salvación para sus vidas. Y unos ojos negros, muy negros, los ojos de un diablo observando con basta satisfacción el resultado de la batalla. Ojos rezumando el mal como fuego fatuo. Su mano descansando aún sobre la empuñadura del sable cubierto de espesa sangre. Ojos entornados, bebiendo de aquella escena dantesca. Y una mueca infame en su rostro barbado, oscuro, una sonrisa torcida, su pecho aún jadeante, recobrando el aliento. Matar requería de esfuerzo físico... y mental.

Comenzaban a oírse las más infames risas, y voces contando con entusiasmo episodios de muerte y vida que habían ocurrido momentos antes. Ya comenzaban a pelearse por lo obtenido. Ya había discordia. Ya era necesaria la intervención de quien mandaba.

—*Questo è stato un macellaio...* —se oyó.

La alta figura, cubierta de lo siniestro y lo malo, ni siquiera miró a quien le hablaba. Y solo se dignó a asentir. Una carnicería. Si.

CAPÍTULO 1

Alta mar, entre Europa y las Indias Occidentales. 15 de agosto del año 1736 (dos días después).

El *The Stronghold* navegaba con las velas bajas, escondido entre las olas. Era una corbeta de 35 cañones por banda, con munición de 5,4 kilos de peso y 45 metros de eslora, dos mástiles menores y un palo mayor. Su tripulación estaba compuesta por marineros italianos, franceses, argelinos e ingleses.

—¡Barco a estribor! —gritó el vigía desde la cofa en el palo mayor.

El contraмаestre corrió al puente de mando para tomar el catalejo y observar. Una sonrisa de satisfacción y unos dientes ennegrecidos surgieron en su enjuto rostro curtido por el sol.

—¡Capitáno! —gritó el hombre—. ¡Llamad al capitán, bastardos... bribones. ¡Inútiles... llamad al capitán!

El pequeño grumete tomó la orden para sí y corrió con una expresión de azoramiento en sus facciones marcadas por la viruela, rengueando con su delgada pierna coja y sus ropas raídas, a toda prisa hacia el camarote del capitán.

—¡Capitán!, despertad. ¡Despertad!

El grumete no se atrevió a entrar sin permiso del capitán. Solo escuchó un gruñido como el de un oso que inverna en su cueva y es perturbado. Pero insistió. Tenía que cumplir con su cometido.

—Capitán... ¡Un navío a estribor!

Y solo unos instantes después se oyó un rugido desde dentro cuando el niño insistió por cuarta vez. Era una voz ronca y enfurecida. El hombre tenía muy mal humor y una fuerte resaca tras la borrachera de la noche anterior.

—Capitán, el... el contraмаestre os manda a llamar... po... porque...

—¡Que arda vuestra alma en los infiernos, maldito muchacho!

Hazhim, que conocía la crueldad del capitán, tembló al oírlo. No dudó en que, si este lo disponía, enviaría su alma a arder en los infiernos. Muchos hombres habían conocido el infierno en sus manos. Hazhim había presenciado, no pocas veces, cómo el capitán ordenaba colgar en la mesana a hombres insubordinados... o por cualquier motivo que ese preciso día, y para la mala suerte de esos hombres, molestara al capitán. A los que simplemente le incordiaban los había flagelado con el látigo bajo el implacable sol de alta mar... él personalmente.

El día anterior, después de aquella batalla con el *Lady Beatrice*, el capitán había bebido hasta perder el conocimiento en la celebración, después de poner paz entre los que se peleaban por lo saqueado. Unos ya cumplían su sanción, encerrados en las bodegas. Luego dio paso a la endemoniada celebración. Pero, era que sobraron motivos para celebrar. Habían hundido en menos de medio día al buque de guerra de la Marina Real inglesa. Solo un navío con las características del *The Stronghold*, con una tripulación tan feroz y capaz, bajo el mando de la mente prodigiosa de un marino como su capitán, podía haberle dado caza al ya póstumo *Lady Beatrice*. Después, habían encontrado un buen botín en monedas de oro, vajilla de plata, licor, y documentos de guerra que podrían ser de utilidad dependiendo de a qué bando podía hacérselos llegar y a cuya venta se dedicaría el infame líder, tan pronto llegaran a su puerto de destino.

No estaba mal, nada mal. Y debían atracar para repartir el botín, como era justo, entre toda la tripulación y depositar el resto en los almacenes de las islas de Bajamar para que fuera vendido a comerciantes sin escrúpulos, que eran muchos y distaban muy poco de ser también unos criminales del mar... como lo eran el capitán y la tripulación del *The Stronghold*.

Lo único que había faltado en la estruendosa celebración habían sido las mujeres. Aun así, todos los piratas del oscuro navío vencedor bebieron y cantaron obscenas melodías y rieron como hienas hasta el amanecer. Y el capitán fue uno de los últimos en caer en la cubierta de popa como un tronco,

totalmente ebrio. Solo supo que era arrastrado a su camarote por su grumete y otros dos marineros porque era un hombre grande y pesado. Pero antes había dejado a Guido y al timonel Wilkinson al cuidado del navío. No confiaba en nadie más, solo en ellos.

La noche anterior, su grumete intentó quitarle las pesadas botas, pero estando tan ebrio se conformó con dejarlo sobre la cama. También había intentado despojarlo, por seguridad, de las armas que siempre llevaba con él. Era peligroso sobrio... y peor ebrio. Pero fue otra empresa imposible. Y el chico se llevó otro mamporro en la cabeza y otro gruñido. «¡Stronzo!» (bastardo), le había gritado el capitán cuando Hazhim puso una mano en la empuñadura de la daga que se hallaba siempre a disposición en la cintura del hombre. El niño se marchó entonces, dejando al capitán dormir vestido, con su mosquete de cañón corto siempre cargado en la faja de cuero de su cintura junto a su inseparable daga.

Por la mañana, el mismo hombre sufría de un terrible dolor de cabeza, y los gritos de Hazhim le parecían artillería de cañón en sus oídos. Toda la tripulación sabía que él tenía mala voluntad durante y después de una noche de licor. Tenía náuseas, pero no tenía el estómago revuelto pues su estómago era como una bolsa de duro y curtido cuero. Desde los 7 años, cuando su madre y sus hermanas habían muerto de hambre en sus brazos, él había quedado solo en los muelles y callejones inmundos de Boloña, Italia. Y había comido durante sus siguientes años lo que había encontrado o robado. No, no tenía un estómago delicado. Pero la cabeza era otra cosa.

El capitán al fin salió a la puerta del camarote de muy malas pulgas, gruñendo maldiciones en su lengua natal y rascándose la espesa y oscura barba renegrada y recortada que cubría su rostro, con los ojos enrojecidos y la boca reseca.

—¿Qué pretendéis mozuelo miserable, viniendo a perturbar?

—Ca... capitán... un navío —dijo el chico mientras estrujaba nervioso entre sus manos su gorro—. Guido quiere que subáis a echar un vistazo.

—«Un navío» —lo imitó burlón, para luego lanzar otro gruñido herrumbroso. Volvió a rascarse la barba y a frotarse los ojos —¡Algún día de estos os enseñaré a hablar como un hombre y no como lo que sois... una mariposa... marica!

Después de instantes de silencio sin que Hazhim supiera de qué forma iba a reaccionar el hombre que tenía frente a sí, este habló finalmente.

—Traed un poco de agua para lavarme. Té... y ron.

El grumete asintió y corrió cojeando en busca de lo pedido. Después de atender sus imperiosas necesidades humanas, el capitán se lavó la cara con el agua de la jofaina y tomó el té caliente con una buena dosis de ron que trajo su grumete. Después encendió uno de sus puros, fumó y después exhaló el humo lentamente. Con todo esto, se dirigió al puente de mando donde Guido aún observaba con el catalejo cuando lo encontró.

Ni siquiera se saludaron. Los buenos modales no eran la baza de aquellos hombres y tampoco eran necesarios.

Guido sonrió maliciosamente cuando vio el estado deplorable del capitán. Cuanto este encontró la sonrisa burlona de su conrmaestre, y único amigo además, le quitó con un manotazo el catalejo para saber por qué había sido perturbado su descanso. Observó a través de este e hizo silencio.

—Otro buque de guerra —dijo Guido a su lado—. Puede que haya venido a buscar al otro y que también lleve carga valiosa.

El capitán, mientras miraba por el catalejo, sopesó las posibilidades.

—¡Bah!... no me interesa. Ya tenemos suficiente. Aún no están reparados los daños de la banda de estribor. —Porque se había defendido muy bien el *Lady Beatrice*, causando daños considerables al *The Stronghold*—. ¡Y me duele la maldita cabeza, *porca misseria la mía!* ¡Creo que hay cientos de demonios en ella! A Nueva Orleans..... ¡Seguid el rumbo!

Guido sonrió de nuevo. El capitán siempre había tenido aquello que llamaban «mala bebida». Cuando estaba borracho le daba por pelearse con cualquiera y además despertaba de mal humor.

—Como digáis... *fratello*. —Le hizo una reverencia florida y burlona para despedirse.

El capitán gruñó otra imprecación y, sin más, le entregó el catalejo. Quería caer derrumbado en la cama hasta la tarde, hasta que pudiera hacerse cargo él del timón durante la noche. Eran las horas de más placer para navegar, al menos, para él.

Y tomada su decisión, mientras se dirigía a bajar las escalerillas del puente de mando rumbo a su camarote, observó de nuevo a la lejanía. Contempló esa lejanía, aquel horizonte, y a otro barco que no era más que un punto, sin usar el catalejo. Se detuvo. Levantó su rostro moreno, cubierto por la barba oscura, por las arrugas en sus ojos, su mirada gélida, curtida por años en penurias y pocos, muy pocos, en abundancia, endurecida por fracasos y victorias, por la presencia inexorable de la muerte en su vida diaria. Dirigió su negra y mortecina mirada a ese horizonte. Miró a Guido.

Este también estaba avistando al nuevo navío a través del catalejo. Bajó el instrumento y leyó en los oscuros ojos del capitán. Era un pequeño barco mercante. Un festín en altamar. Lo que todo navío de criminales como aquellos ansiaba encontrar. Los barcos mercantes eran tan fáciles de interceptar... y saquear.

—Estamos preparados, *capitáno*... si es lo que ordenáis. Los daños no son importantes. Podemos interceptar al paquebote. Debe llevar carga valiosa en sus bodegas o no estaría escoltado por dos fragatas de la Marina Real.

—Sí... —dijo sombríamente el capitán sin quitar sus ojos de oxidiana del segundo barco—. Lo están escoltando... Debe estar navegando junto a los otros porque no tienen defensas y su carga es buena. ¿Vituallas? ¿Oro? ¿Licor?

Guido asintió a todas. Todo era posible.

Salvatore observó a su contramaestre y de nuevo al pequeño punto en la distancia. Entrecerró sus ojos y se volvieron dos rayas del ónix más negro. Las bodegas del *The Stronghold* no estaban llenas del todo. Habían encontrado plata y vajilla costosa en el buque de la Marina Real hundido el día anterior,

algo de licor, pero las provisiones no habían podido salvarse del abordaje y del salvaje enfrentamiento. Las vituallas siempre eran bien recibidas por los piratas y los marinos mercantes. Servían para aprovisionar sus propios barcos o podían venderse muy bien. Las vituallas no daban grandes riquezas, pero eran muy necesarias y fáciles de introducir en el mercado negro.

—Que no icen la vela mayor aún —dijo lentamente el capitán, sin dejar de mirar al pequeño e indefenso punto en la lejanía. Y una sonrisa diabólica se dibujó en su rostro—. Mantened el rumbo del navío... cargad los cañones que sirvan. Avisad al artillero y que abandone lo que esté haciendo. Que todos tomen sus puestos.

El mar estaba picado. Debían tener precaución y navegar al lado de las olas para que no los advirtieran tan pronto. Podrían alcanzar al mercante para el anochecer e interceptarlo cuando amaneciera. Sería una noche de caza muy interesante.

Guido corrió a gritar las órdenes del capitán a la tripulación. Al oírlas, los feroces piratas, aunque también sufrían de una resaca de los mil demonios, rugieron de expectación ante la nueva batalla.

Todos alzaron sus espadas, sables, cuchillos, dagas y trabucos. Una nueva batalla. Una nueva victoria o fracaso. La vida o la muerte tal vez.

En todo caso, todos gritaron de perverso placer y expectación.

Quinteto de la Muerte: Te metes con una y te metes con todas. Ella vivía la vida, la gozaba. Él se casaría porque era lo que debía hacer. ¿El resultado? Un desastre.



La diseñadora de modas Lorena Irribarren sonríe feliz porque sabe que por fin su marca «I de Irresistible» está llegando adonde ella quiere, ya casi no da abasto con todos los encargos que recibe.

Pero cuando llegó hasta su taller Gabriela Matus, una de las señoritas de clase alta más fotografiadas del medio nacional, dejó todo de lado por atenderla.

La mayor sorpresa de Lorena fue el día que se encontró con Gabriela y su novio, ya que no era otro que Antonio, el primer hombre de su vida. El único realmente importante.

Cuando Antonio descubre que la diseñadora tan apetecida es Lorena, sabe que tiene que enfrentar el pasado antes de pensar en el futuro, por lo que una tarde se ve a sí mismo visitando a Lorena en su taller.

Pero la salvaje naturaleza de su pasión y lo profundo de su amor es más fuerte, y sin poder hacer nada por evitarlo, terminan recordando viejos tiempos en la bodega de las telas.

Por cosas de la vida, las amigas de Lorena, su «Quinteto» siempre bromearon a costa de ella llamándola «La Otra». Lo que jamás, ninguna de ellas pensó, ni siquiera por la disipada vida que lleva Lorena, es que era eso justamente en lo que terminaría convirtiéndose.

¿Lo peor? Era la otra de Antonio...

Sandra Heys. Nací en la ciudad de Antofagasta. A veces pienso que me he pasado la vida leyendo. Creo haber leído de todos los géneros habidos, pero siempre mis favoritos han sido la novela policíaca y la romántica, siendo esta última mi preferida. Estudié Contabilidad, creo que hay muy pocas profesiones que sean tan poco románticas como la contabilidad y estaría de acuerdo conmigo misma si no fuera porque a mi amado esposo lo conocí gracias al aburrido trabajo contable.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Sandra Heys

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-041-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

LA OTRA
NOTA EDITORIAL
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
AGRADECIMIENTOS
SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...
SOBRE ESTE LIBRO
SOBRE SANDRA HEYS
CRÉDITOS